G. Torrente Ballester

aprendiz de hombre

DONCEL

GONZALO TORRENTE BALLESTER

APRENDIZ DE HOMBRE

DONCEL

7.ª edición, 1965

Cubierta: Motivos infantiles de los tapices de Goya.

© *Delegación Nacional de Juventudes*

- **Esta obra ha sido declarada de texto para enseñanzas de Educación Política en 2.º Curso de Bachillerato General.**
- **Portadas y guardas tiradas en offset por Rivadeneyra, S. A.**
- **Distribución: Ediciones DONCEL. Pérez Ayuso, 20. Teléfono 2558202. Madrid, 2.**

Número de Registro: 3.104-65. Depósito legal: M. 7.532.—1965

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.—PASEO DE ONÉSIMO REDONDO, 26.—MADRID.

Todo pasa. Pasan pompas y vanidades, pasa la nombradía como la oscuridad. Nada quedará, a fin de cuentas, de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o su satisfacción. Una cosa sola, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha.

EUGENIO D'ORS

Icono de la Virgen de Fátima, venerado en la capilla de la sede de *Ayuda a la Iglesia Necesitada*

Estás entre los hombres, de los hombres naciste y entre ellos, con ellos, vivirás. Hombres cuidarán tu cuerpo cuando estés para morir, hombres encomendarán tu alma, hombres acompañarán tu cuerpo y lo volverán a la tierra. Con los hombres, o a causa de ellos, te apenas o te alegras. Nada puedes pensar para ti que no esté relacionado con los hombres, así para el bien como para el mal. Y esto te sucede porque eres hombre y porque no puedes dejar de serlo, ni aun después de muerto: feliz en presencia de Dios, o infeliz alejado de ella, seguirás siendo un hombre; pues al final de los tiempos está profetizado que cada uno recobrará su cuerpo y, con él, su integridad humana. Es lo que quiere decir ese versillo del Credo que rezáis cada día, quizá sin fijaros bien en lo que significa:

Creo en la resurrección de la carne.

Naciste hombre, y hombre serás eternamente. Y has sido puesto en el mundo precisamente para vivir entre hombres, para sufrir y gozar con ellos, y para hacer con ellos, entre ellos, tu vida, minuto a minuto. Porque, al hacerte hombre, se te dio una vida para que la vayas haciendo: una vida de la que serás responsable.

EL AUTOR

Madrid, 25 julio 1960

CONVIVENCIA

Serás hombre

Considera lo que hay a tu alrededor que no sean hombres: estás en una casa, donde hay muebles y otros objetos. Fuera de ella está la ciudad, y, más allá, los campos, las montañas, acaso el mar. Arboles, hierbas, flores, las ves lo mismo en la ciudad que en el campo o en la montaña. Ves también animales, grandes o chicos; sabes que en la mar hay peces. ¿Se te ha ocurrido compararte alguna vez con todas esas cosas, con las animadas y las inanimadas, con las vivas y con las que no tienen vida? Y, si te has comparado, ¿has observado las semejanzas y las diferencias? Las semejanzas son pocas: las cosas son seres, como tú; pero, ¡tan distintos! ¿Y los animales? Son seres vivos, como tú, y hasta existen algunos con una forma semejante a la tuya: semejante, no igual. Te has entretenido con ellos muchas veces: has visto, en el Zoo, fieras tremendas o animales raros; has jugado alguna vez con el gato de la vecina o con el perro del amigo; has deseado montar en un caballo; has envidiado la facultad voladora de las aves y no es imposible que, en sueños, hayas volado como ellas. Mientras eras niño, todo ese mundo te parecía, no sólo tuyo, sino semejante a ti: hablabas a los animales, les dabas órdenes o les pedías ayuda. Sin darte cuenta, te habías asociado a él. Formaba un conjunto en el que querías imponer tu voluntad y del que no excluías a los seres remotos, inalcanzables: el sol, la luna y las estrellas. Todos los niños han deseado alguna vez una estrella. Como aquella princesa a que se refiere la canción:

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger...

Y, para que llegase a tenerla, fue necesario un milagro, uno de esos milagros que sólo se hacen para los niños, y que dejan de acontecer cuando los niños, en vez de desear una estrella, desean un cigarrillo. Sí; hay un momento en nuestras vidas en que dejamos de mirar al cielo y empezamos a desear las cosas al alcance de nuestra mano. Para conseguirlas ya no son menester milagros

Es en ese momento cuando empezáis a daros cuenta de que sois diferentes. Y cuan-

do empezáis a encontraros solos y a desear salir de la soledad. Unos, afortunados, hallan fácilmente compañía; otros, de menor fortuna, permanecen solos durante toda su infancia. "¡Ay del solo", *dice la Sagrada Escritura.*

Pero esa clase de soledad, ese anticipo del Infierno a que la Sagrada Escritura se refiere, no está todavía a vuestro alcance. La que vosotros habéis experimentado, la que podéis experimentar, es de distinta naturaleza. Vais a reconocerla en un maravilloso cuento de Antón Chejov, un gran escritor ruso, muerto hace más de medio siglo, del que sabréis más cosas cuando estudiéis Literatura. El cuento se llama VAÑKA, *"Vañka" es el nombre de un niño, el diminutivo familiar; Vañka es a Iván lo que Juanito es a Juan; Vañka, literalmente, quiere decir Juanito.*

Vais a tropezar, a lo largo de este libro, con algunos nombres parecidos: "Alioscha", "Illiúscha". Son diminutivos masculinos, aunque terminen en "a". Tenedlo en cuenta. "Alioscha", como "Vañka", son mocitos, más o menos como vosotros.

Vañka Jukov, chicuelo de nueve años, que tres meses antes fuera llevado al zapatero Allajin para ser adiestrado por éste en el oficio, pasó la Nochebuena sin acostarse. Después de esperar a que amos y oficiales salieran de casa para asistir a la misa del alba sacó del armario una botellita con tinta, un mango de pluma provisto de una plumilla roñosa, y, tras colocar ante sí una arrugada hoja de papel, se dispuso a escribir. Antes de trazar la primera letra miró varias veces asustado a las ventanas, a las puertas..., lanzó una ojeada al obscuro icono, a continuación del cual corrían por la pared los estantes cargados de hormas, y dejó escapar un suspiro entrecortado. El papel descansaba sobre el banco, ante el que él se hallaba de rodillas.

"Mi querido abuelito Konstantin Makarich—escribía—: Te mando esta carta. Te felicito por la fiesta de Navidad y te deseo todo lo que pueda darte Nuestro Señor. No tengo padre ni mamaíta. No me queda nadie más que tú."

Vañka paseó la mirada por la obscura ventana, sobre la que oscilaba el reflejo de la vela, representándosele claramente en ella la imagen del abuelo Konstantin Makarich, guardián nocturno en casa de los señores Jivariov. Es éste un viejecito de unos sesenta y cinco años, menudo, raquitiquillo, extraordinariamente movible y vivaracho, de cara perennemente risueña y ojos borrachines. De día duerme en la cocina de servicio o pasa el tiempo bromeando con las cocineras, mientras que de noche, arropado en un amplio *tulup*, da vueltas por la hacienda acompañándose del golpeteo de un chuzo. Con la cabeza baja le sigue *Kaschtanka*, su viejo perro, a más de otro, de nombre *Vium*, llamado así por la negrura de su pelo y su cuerpo alargado como el de una serpiente. Este *Vium* es un

perro sumamente respetuoso y amable. Mira de la misma manera conmovida a propios y extraños; pero no se le concede crédito. Bajo su respetuosa sumisión se esconde la más refinada hipocresía. Nadie mejor que él sabe acercarse oportunamente, agarrarse por la pierna, introducirse en la cueva en que se guardan las provisiones para mantenerlas frescas o sustraer una gallina. Varias veces sufrió que le pegaran en las patas traseras, dos ha sido colgado, y todas las semanas se le azota hasta dejarle medio muerto, pero siempre revive. Seguramente que el abuelo está ahora junto al portalón guiñando los ojos a las ventanas rojo vivo de la iglesia de la aldea, dando pataditas en el suelo con sus *valenkii* y bromeando con la servidumbre. Lleva el chuzo atado al cinturón, mueve las manos, se encoge de frío y con su risita de viejo pellizca tan pronto a una doncella como a una cocinera.

—¿Un poco de rapé?—dice ofreciendo su tabaquera a las *babas.*

Las *babas* toman rapé y estornudan. El abuelo se llena de un indescriptible entusiasmo y de una alegre risa, mientras dice en voz alta:

—¡Arranca..., que se te hiela!

También da a sorber tabaco a los perros. *Kaschtanka* estornuda, mueve el hocico y, ofendido, se retira hacia un lado, en tanto que *Vium*, que por respeto se abstiene de estornudar, se limita a sacudir el rabo. El tiempo es espléndido; el aire, quieto, transparente y fresco. Y, aunque la noche es obscura, se acierta a distinguir la aldea con sus blancos tejados y sus hilillos de humo saliendo de las chimeneas; los árboles están platedos de escarcha y hay montones de nieve. El cielo aparece cuajado de estrellas que parpadean alegres, y la Vía Láctea se destaca de él tan claramente como si hubiera sido, para la fiesta, lavada y frotada con nieve...

Vañka exhaló un suspiro, mojó la pluma y continuó escribiendo:

"Ayer me gané una regañina. El amo me sacó al patio, tirándome del pelo y me zurró, porque, cuando les estaba meciendo al niñito en la cuna, me quedé dormido sin querer. También la semana pasada el ama me mandó que la limpiara el arenque, y porque yo empecé por la cola me lo quitó de las manos y se puso a darme en los morros con su cabezota. Los oficiales hacen burla de mí. Me dicen que vaya a la taberna por *vodka* y me mandan que robe pepinos al amo, que luego me pega con lo primero que se le viene a mano... De comer tampoco hay aquí nada. Por la mañana te dan pan para tomar el *kascha;* pero no te dan té ni *schi.* Se lo zampan los amos. También me mandan que vaya a dormir al zaguán; pero, cuando su niñito llora, no puedo dormir nada y tengo que estar meneándole la cuna... Querido abuelito: ¡Hazme una merced en nombre de Dios! ¡Sácame de aquí y llévame a la casa de la aldea! ¡Ya no puedo

aguantar más!... Te saludo hasta tus piececitos y rezaré a Dios por ti eternamente. ¡Llévame de aquí porque me voy a morir!..."

Vañka torció la boca, se frotó los ojos con un puño negro y dejó escapar un sollozo.

"Yo te prepararé el rapé—prosiguió escribiendo—. Rezaré a Dios por ti, y, si hago algo malo, azótame todo lo que quieras. Si crees que no hay allí trabajo para mí le pediré entonces al administrador que me tome para limpiarle las botas o que me mande en lugar de Fedka cuando lleven a pastar al ganado. ¡Abuelito querido!... ¡No puedo soportar más esto! ¡Es, sencillamente, la muerte! Quería escaparme a pie a la aldea, pero no tengo botas y me da miedo la helada. Cuando sea grande, yo, en cambio, te daré de comer. No permitiré que nadie te haga daño y si te mueres rezaré por ti lo mismo que rezo por mi madrecita Pelagueia. Moscú es una ciudad muy grande, todas las casas son de señores y hay muchos caballos. Lo que no hay son ovejas, y los perros no son malos. Los chicos aquí no salen con la estrella, y en el coro no dejan entrar a nadie. He visto una tienda donde vendían anzuelos y sedales para toda clase de peces. Los tenían en el escaparate. Eran muy buenos. Había uno que podría hasta con un salmón de un *pud*. También he visto tiendas en que se vendían escopetas de todas clases, parecidas a las del señor. A lo mejor cada una de ellas vale cien rublos. En las carnicerías tienen perdices, y codornices, y liebres, pero no te dicen dónde las matan... Querido abuelito, cuando los señores pongan el árbol de Navidad con los dulces coge para mí una nuez dorada y guardámela en el baulito verde. Pídesela a la señorita Olga Ignatievna. Dile que es para Vañka..."

Vañka suspiró convulsivamente y fijó de nuevo la mirada en la ventana. Recordaba que, cuando el abuelo iba al bosque a buscar el abeto de Navidad para los señores, le llevaba consigo.

¡Qué tiempo tan alegre aquél!... La garganta del abuelo deja oir un a modo de erujido, cruje también el árbol, y Vañka, mirando, les imita. El abuelo, generalmente, antes de empezar a cortar el árbol se pone a fumar su cachimba, luego invierte largo rato en tomar rapé y burlarse de Vañka porque siente frío... Los jóvenes abetos, revestidos de escarcha, esperan inmóviles, sin saber cuál de ellos ha de morir. De repente, sin que se sepa cómo ni de dónde, sobre los montones de nieve pasa rauda una liebre. El abuelo no puede contenerse y grita:

—¡Coge..., coge..., cógela!... ¡Demonio de bicho!...

El abeto cortado es conducido a la casa de los señores, donde se procede a su adorno. Más que nadie, se agita la señorita Olga Ignatievna, la favorita de Vañka. Cuando todavía vivía Pelagueia, la madre de Vañka,

y cuando no tenía otra cosa que hacer, les había enseñado a leer, a escribir, a contar hasta cien y hasta a bailar el *quadrille*. Sin embargo, cuando Pelagueia murió, el huerfanito Vañka fue enviado a la cocina de la servidumbre, junto al abuelo, y de la cocina pasó a la casa del zapatero Aliajih, en Moscú.

"¡Ven, querido abuelito!...—proseguía Vañka—. ¡Por el amor de Dios te lo pido!... ¡Sácame de aquí! ¡Ten piedad de mí! ¡De este desgraciado huérfano! ¡Todos me pegan y tengo tantas ganas de comer!... Además, ¡tengo una tristeza tan grande que no te la puedo contar!... ¡Me paso el tiempo llorando!... El amo me pegó el otro día un porrazo tan fuerte en la cabeza con una horma, que me caí al suelo y tardé mucho en volver a respirar... ¡Mi vida es una perdición!... ¡Peor que la de un perro!... También mando mis saludos a Alona, a Egor el tuerto y al cochero. Mi armónica no se la dejes a nadie. Quedo de ti tu nieto,

Iván Jukov.

"¡Ven, querido abuelito!"

Vañka plegó la hoja escrita en cuatro dobleces y la introdujo en el sobre comprado la víspera por una *kopeika*... Después de meditar un momento, mojó la pluma y escribió las señas: "Para el abuelito que está en la aldea".

Luego se rascó y, tras un instante de cavilación, añadió a lo escrito: "Para Konstantin Makarich".

En seguida, y contento de no haber sido molestado mientras escribía, se caló el gorro y, sin ponerse la pellicita, en mangas de camisa, echó a correr a la calle... Por los dependientes de la carnicería a quienes había preguntado la víspera sabía que las cartas se depositaban en los buzones, desde donde eran repartidas por toda la tierra por cocheros entre un resonar de campanillas. Vañka llegó de una carrera al primer buzón e introdujo la preciosa carta por la ranura...

Una hora después, mecido en sus dulces esperanzas, dormía profundamente. Soñaba con la estufa.

En la yacija, junto a la estufa, veía sentado al abuelo, descalzo, con las piernas colgando y leyendo la carta a las cocineras. *Vium* daba vueltas junto a la estufa, moviendo el rabo...

ANTON CHEJOV: *VAÑKA*

Asociación

¿Piensas que alguien que no sea humano puede sentir esa clase de soledad, esa necesidad de sus semejantes? No sabemos, es cierto, lo que pasa en el interior de los animales, pero podemos suponer que la soledad de los más próximos a nosotros, de esos animales domésticos que con nosotros conviven, es diferente. Los animales están prácticamente solos. Viven entre otros de su especie, o entre nosotros, pero ignoran su naturaleza, la de sus semejantes y la de los hombres con quienes conviven. Más adelante, a su tiempo, sabréis lo que son "reflejos" y su importancia en la vida de los animales. Y lo que son "estímulos"; aprenderéis también que el animal no vive rodeado de "cosas", sino de "estímulos",

Pues bien; a pesar de eso, y precisamente por eso, los animales también se asocian. Necesitan de los otros animales para nacer, para vivir. Y cada uno desarrolla esa necesidad de acuerdo con las leyes de su especie. El pájaro, como el niño, necesita que sus padres le lleven el alimento; el potrillo se mueve con autonomía desde su nacimiento y puede correr hasta su madre. Inerme como el niño, o más preparado que él para la vida, el animal también se asocia. O, mejor dicho, no se asocia; nace de una sociedad animal, y, según las exigencias específicas, continúa en ella o se aparta de ella. Según.

Habéis leído libros en que se habla de algunas sociedades animales bastante perfectas. A su debido tiempo tendréis una idea científica de estas sociedades. Sin embargo, ¿qué niño no se ha maravillado ante las descripciones de los diques que construyen los castores o ante los panales en que almacenan su miel las abejas? ¿Y quién no ha oído alguna vez el cuento de la vida de las abejas? Acerca de ella se han escrito libros y libros. Y los que se escribirán. No faltó quien la tuviera por la sociedad perfecta y propusiera a los hombres su imitación.

Ved, al detalle, un episodio de la vida de estos insectos. Vedlo con atención.

Una nueva colonia exige una nueva reina, y solamente cuando ésta exista puede formarse otra población, fenómeno que se realiza mediante la denominada enjambrazón.

La preparación del proceso tiene lugar silenciosamente. En el mes de mayo, lo más tarde, se preparan las obreras algunas realeras y cuidan en ellas a las larvas de manera conveniente para la aparición de nuevas reinas, proporcionándoles cebo adecuado. Una reina es, ordinariamente, suficiente: pero se crían varias para estar aseguradas contra cualquier accidente; no es ninguna dificultad para las abejas suprimir un par de reinas sobrantes, mientras les resultaría imposible porporcionarse una en una necesidad momentánea. La naturaleza carece de sentimentalismo. Así, son

criadas media docena, o más, de reinas, de las que la mayor parte están condenadas a muerte de antemano.

Aproximadamente una semana antes de que la joven reina salga de su celda se produce la enjambrazón. La iniciativa parece de nuevo que corresponde a las obreras. Desde unos días antes de que esto llegue la actividad semeja decrecer en el interior de la colmena. Si se trata de una colonia fuerte y numerosa, se reúnen las obreras en grandes grupos ante la piquera o entrada de la vivienda: agrupan algunos machos, y, como obedeciendo a una decisión tomada en común, se introducen en la colmena, caen sobre los panales y llenan de miel sus estómagos-sociales. No todas las obreras se comportan así: sólo la mitad de la población, aproximadamente, se entrega a tales preparativos, Las que han tomado parte en ellos, bien provistas para el camino, salen tumultuosamente y emprenden un viaje hacia lo desconocido, huyendo por la piquera y formando un confuso torbellino, una verdadera nube de abejas, que se eleva en el aire un poco. Con ellas abandona el hogar la vieja reina.

Primeramente no se alejan mucho del hogar, y ahora es la reina la que guía. Si ésta se detiene en una rama de árbol o en cualquier otro elemento saliente, allí se detienen todas las obreras, presumiblemente atraídas por el olor de la reina, y se amontonan en un denso racimo alrededor de la soberana. Estas abejas emplean quizá algunos días buscando en todos sentidos, para tener referencia de dónde puede existir un árbol hueco o una caja vacía, aun cuando sea a distancia realmente considerable. Las exploradoras movilizan el enjambre y hacen que abandone su lugar de descanso; el racimo de abejas se disuelve y sigue como una nube a las exploradoras hacia el nuevo hogar, y esto a veces en el instante mismo que el colmenero ha terminado sus preparativos de captura.

Como hemos dicho, la mitad, aproximadamente, de las obreras quedan en el antiguo hogar; se encuentran, así, huérfanas durante algunos días, si bien esto dura muy poco tiempo: solamente hasta que sale de su celdilla la primera de las nuevas reinas. Como es natural, ésta no sale de la celda con capacidad maternal. Al abandonar la celdilla debe realizar su vuelo nupcial antes de comenzar la puesta de huevecillos. La reina no es nunca fecundada en el interior de la colmena, sino que, por ello, sale de la misma, la mayor parte de las veces unos catorce días después de haber nacido, y realiza el apareamiento con el macho, volando a gran altura. De este vuelo retorna fecundada al hogar, que ya no abandonará nunca, a no ser que, al año siguiente, sea destronada por una nueva reina y tenga que salir con un enjambre en vuelo de enjambrazón.

Los zánganos, "hambrones, gordos, perezosos y torpes", según las ca-

lificaciones de Wilhelm Busch, no se ocupan en buscar alimentos, misión para la que no se encuentran convenientemente dotados por la naturaleza: la mayor parte son tan comodones que no se molestan en tomar su alimento de los depósitos comunes y se dejan alimentar por las obreras. Su cerebro es más pequeño que el de éstas y el de la reina; en este caso no cabe ninguna duda acerca de la inferioridad psíquica del sexo masculino. La única razón de existir de los zánganos es la fecundación de la reina. Cada reina se aparea únicamente con un zángano; a pesar de ello en la colmena se producen algunos cientos, de los que casi ninguno cumple los fines para que nació.

La fecundación de la reina se realiza en el aire libre, y así los zánganos salen de la colmena en los días bellos y soleados en busca de alguna reina a quien perseguir en vuelo nupcial. Es muy frecuente que no encuentren de nuevo su hogar y se introduzcan en las colmenas cercanas, donde son admitidos gustosamente como huéspedes, mientras dura la época de la formación de enjambres.

Pero cuando la aparición de reinas jóvenes ha pasado, cuando comienzan los rigores del calor y se reduce algo el manantial de la miel, se modifica la actitud de las obreras para con estos huéspedes gordinflones y ya innecesarios. Los hasta ahora cuidados y alimentados por aquéllas comienzan a ser empujados y repelidos; las obreras los acometen enganchándolos por donde pueden, sujetándolos con sus fuertes mandíbulas por las antenas o por las patas, intentando sacarlos de los panales y arrastrarlos hasta la piquera de salida de la colmena. No puede decírseles de manera más clara que son unos indeseables. Los zánganos, incapaces de asegurar su propio alimento, quedan entregados a los tormentos del hambre al ser arrojados. Por ello buscan tenazmente la manera de volver a entrar, pero son recibidos por las mandíbulas y hasta por los envenenados aguijones de las obreras, dardos contra los cuales no tienen defensa alguna, pues es de advertir que los machos no poseen aguijón ni la menor propensión a la lucha. Así encuentran un fin vergonzoso—abandonados y hambrientos—cualquier hermoso día de verano, a las puertas mismas de las repletas colmenas. Esta es la batalla de los zánganos. No una derrota rápida; no una matanza sangrienta, como cantan los poetas que entienden poco de apicultura, sino una creciente hostilidad por parte de las obreras, que dura varias semanas y va creciendo de día en día, hasta que el último zángano perece.

A partir de este momento, y hasta la nueva primavera, las abejas forman un pueblo exclusivamente femenino y mantienen entre sí una paz ininterrumpida.

En la primera etapa (de uno a diez días) sus ocupaciones se encuentran siempre en el interior de la colmena. Se las ve siempre con sus cabecitas introducidas en alguna celdilla de las que acaban de quedar libres por el nacimiento de otras abejas, limpiándola y trabajando en el interior de las paredes con sus mandíbulas. La significación de esta última actividad no se conoce todavía, pero puede asegurarse que la reina solamente pone sus huevecillos en celdas que hayan recibido tal preparación. Las abejas jóvenes se sitúan también sobre las celdillas con pollo o cría para evitar que se enfríen y, por otra parte, pasan mucho tiempo agrupadas o paseándose sobre los panales.

En la segunda etapa de la vida (de los diez a veinte días) terminan la actividad como nodrizas al modificarse las glándulas alimenticias de que hablamos. Entonces llegan a la plenitud de su desarrollo las glándulas de la cera que constituyen ahora el fundamento de su actividad como constructoras. Otras misiones que se llevan a cabo durante este período son: hacerse cargo del néctar que va siendo aportado a la colmena; prepararlo y almacenarlo en las celdillas-almacén, y apretar y reunir debidamente, utilizando para ello cabeza y mandíbulas, el polen que las pecoradoras que lo traen depositan simplemente en las celdillas. También deben mantener limpia la colmena, trabajo en el cual necesitan salir al exterior. Detritos de todas clases, e incluso cadáveres de los habitantes de la colmena, deben ser recogidos, sacados de ella y llevados en vuelo hasta cierta distancia de la misma, antes de abandonarlos.

Muchos son los que, habiéndose aproximado inconscientemente a una colmena, han recibido algunos aguijonazos. Pero no son ya tantos los que saben que las abejas que los atacaron son de una edad estrechamente limitada, dentro de la cual cumplen este deber de defensa, señalando las leyes que nunca fueron escritas. Al final de la segunda etapa de su vida acostumbran a situarse, cuando lo exige la necesidad, montando guardia en las proximidades de la piquera. Estas abejas comprueban con sus antenas la naturaleza de las que desean penetrar en la colmena: rechazan a las avispas y otros depredadores de miel y salen tumultuosamente para atacar a los hombres, caballos, o cualquier otro monstruo que se aproxime a su hogar.

En la tercera etapa (del vigésimo día a la muerte) las obreras se dedican a la recolección o pecorea. Vuelan alrededor de las flores para tomar de ellas el néctar o polen. Durante el mal tiempo, que impide la salida de las pecoradoras, éstas vuelven de muy mala gana al trabajo del interior. Prefieren esperar tranquilamente la llegada de mejores horas. El

mito de la laboriosidad de las abejas se ha difundido debido a que, ordinariamente, no se ve más que a las recolectoras. Quien se ha familiarizado con la vida en el interior de la colmena se da cuenta en seguida de la gran cantidad de tiempo que allí se consagra a la inactividad.

KARL V. FRISCH: *LA VIDA DE LAS ABEJAS*

La familia

Pues bien, si habéis llegado a comprender que la asociación de las abejas es una necesidad de las mismas abejas, y que esa necesidad es compartida, cada cual a su modo, por todos los animales, conviene que, ahora, establezcáis las diferencias. Una de ellas, muy importante, es que las abejas, los castores y todos los animales, grandes, chicos y microscópicos, vienen haciendo lo mismo desde que existen: millones y millones de años. El panal que podéis ver y chupar es idéntico al que cogían y chupaban, como importante alimento, los cazadores prehistóricos. El régimen de estímulos y respuestas que rige la vida de los animales es invariable. Los animales no pueden modificar nada de su vida. *No son libres. Pero el hombre, que comparte con ellos un sistema de instintos y necesidades semejantes, posee, además, imaginación, fantasía, inteligencia y libertad. Concretamente destruye y crea. Lo que hoy hace, ¡es tan distinto de lo hecho ayer! El mismo instinto—pongamos por caso el de asociación—, ¡ha inventado y realizado tantas formas distintas de convivencia! Pensad, recordad, lo que, a vuestro modo, conocéis: tribus de indios, clubs deportivos... ¿Cuántas más? Vuestras propias asociaciones juveniles, de las que volveremos a hablar. Unas desaparecen; otras se modifican; otras se repiten. El hombre imagina y crea conforme a su imaginación.*

No obstante, y antes de que se os haya dado ocasión de imaginar y de crear, os encontráis en el seno de una asociación, a la que pertenecéis por naturaleza y por necesidad: la familia. Desde que el hombre existe, un hombre y una mujer han juntado sus vidas, y de ellos han nacido hijos. Eso es lo que permanece invariable desde la aparición del hombre sobre la tierra. Lo demás ha variado. Hace diez mil años las familias no eran como la vuestra. ¿Cómo serán dentro de otros diez mil? Estad, sin embargo, seguros de que habrá siempre, necesariamente, un padre y una madre, y de que los hijos necesitarán del padre y de la madre en tanto no alcancen su personal autonomía.

Considerad, pues, la familia como el núcleo de toda asociación, como la asociación-madre, original y perdurable. Conviene que examinéis el modo cómo pertenecéis a ella, vuestra función dentro de ella, los lazos que a ella os unen. ¿Recordáis el principio de Peter Pan y Wendy? *Allí se describe la vida corriente de una familia vulgar: vuestra misma vida en el seno de vuestra propia familia. Estos fragmentos contribuirán a que vuestros recuerdos sean más precisos:*

Y volvían a sentarse en el cuarto de los niños, ahora vacío, y a recordar tiernamente hasta el más mínimo detalle de aquella horrible noche. Había empezado exactamente igual que todas las noches, y *Nana* había preparado el agua para el baño de Miguel, llevándole hasta él sobre su lomo.

—¡Yo no quiero ir a la cama!—había gritado el niño, como quien cree que puede decir la última palabra sobre este asunto—. ¡No quiero! *Nana*, aún no son las seis en punto; mira que no te querré más, *Nana*. Te digo que no me bañaré; ¡que no, que no y que no!

Entonces había entrado la señora Gentil, vestida con su traje blanco de noche. Se había vestido temprano, porque a Wendy le gustaba muchísimo el verla con aquel traje y con el collar regalado por Jorge. Llevaba también la dama la pulsera de Wendy en su brazo. Se la había pedido prestada a la niña, ¡le gustaba tanto a Wendy prestar su brazalete a su mamá!

Al entrar la dama había encontrado a los dos niños mayores jugando a que eran Papá Gentil y Mamá Gentil, en ocasión del nacimiento de Wendy. Juan decía:

—Tengo la satisfacción de informar a usted, señora Gentil, de que ya es usted madre.

Y lo decía en el mismo tono que el señor Gentil hubiera empleado en tal ocasión.

Wendy había bailado de alegría, exactamente del mismo modo que lo hubiera hecho la verdadera señora Gentil.

Más tarde nacía Juan, rodeado de la extraordinaria pompa que, en su concepto se debía al nacimiento de un varón, y Miguel llegó corriendo desde el baño a decir que él quería nacer también. Mas Juan le dijo brutalmente que no querían más chiquillos.

Miguel casi había llorado.

—Nadie me quiere—dijo. Y, como era natural, la dama del traje de noche no pudo soportar esto.

—Yo te quiero—dijo—; yo quiero tener un tercer niño.

—¿Niño o niña?—preguntó Miguel, no muy esperanzado.

—Niño.

Entonces él había saltado a sus brazos.

Era ésta una insignificancia que el matrimonio Gentil y *Nana* recordaban ahora, pero que no resultaba tan insignificante al pensar que aquélla fue la última noche que pasó Miguel en la casa. Y el matrimonio siguió adelante en sus recuerdos.

—Fue entonces cuando yo entré como un vendaval, ¿verdad?—dijo el

señor Gentil culpándose. Y la verdad era que se había portado como un huracán. Aunque quizá hubiera para él disculpa. También él se había vestido para la reunión y todo había ido perfectamente hasta llegar a la corbata. Es algo bochornoso tenerlo que decir, pero aquel hombre perfecto, que conocía tan bien la cotización y las acciones, no podía dominar a su corbata. A veces aquella prenda cedía sin disputa, pero había ocasiones en que hubiera sido mejor para la familia que, prescindiendo de su orgullo, el señor Gentil hubiera usado una cortaba de nudo hecho; y ésta fue una de aquellas ocasiones.

El señor Gentil entró precipitadamente en el cuarto de los niños con a corbata apuñuscada entre sus manos.

—¿Qué sucede, querido?

—¿Que qué sucede?—aulló él (porque verdaderamente lo aulló)—. Este lazo que no se quiere anudar.

Y continuó con tono sarcástico:

—Que no se quiere anudar alrededor de mi cuello. En cambio, se anuda en torno al barrote de la cama. Sí, sí. Veinte veces lo he hecho perfectamente en torno al barrote de la cama, pero alrededor de mi cuello, no. ¡Señor, Señor!

Le pareció que la señora Gentil no se impresionaba bastante con el caso y prosiguió con severidad:

—Te advierto esto, querida, porque, si no consigo anudar la corbata en torno de mi cuello, no vamos a cenar fuera de casa esta noche, y si no voy a cenar fuera de casa esta noche no puedo volver más a la oficina, y si no voy a la oficina tú y yo moriremos de hambre y nuestros hijos serán arrojados a la calle.

Aun después de oir esto la señora Gentil se mostró serena.

—Déjame probar, querido—dijo. Y esto era lo que, en efecto, él había venido a pedirle. Con sus lindas manecitas frías la dama hizo el nudo de la corbata a su marido, mientras los niños, de pie en torno de ellos, esperaban que se decidiera su destino.

Otro hombre cualquiera se hubiese resentido de que su mujer hiciera con tanta facilidad lo que a él le costaba tanto trabajo, pero el señor Gentil tenía demasiado buen carácter para esto. Dio las gracias a su esposa con naturalidad, olvidó al instante su rabieta y un momento después danzaba alrededor del cuarto con Miguel sobre sus hombros.

—¡Qué buen rato pasamos!—decía la señora Gentil al recordarlo.

—¡Fue nuestro último buen rato!—dijo el señor Gentil.

—Recuerdas, Jorge, cuando me dijo Miguelito de súbito: "¿Cómo me conociste, mamá?"

—Lo recuerdo.

—Eran muy buenos, ¿verdad, Jorge?

—Y eran nuestros, eran nuestros hijitos, y ahora no los tenemos.

Siguieron los recuerdos. La algazara había terminado con la aparición de *Nana,* con la que, desgraciadamente, tropezó el señor Gentil, cuyos pantalones no sólo eran nuevos, sino que eran los primeros que el negociante tenía con trencilla, de modo que le fue preciso morderse los labios para evitar que salieran las lágrimas que acudían a sus ojos. Claro que la señora Gentil le cepilló cuidadosamente, pero esto no impidió que él volviera a decir que era un horror tener un perro por niñera.

—Pero, Jorge; si *Nana* es un tesoro.

—Sí, sí; pero me molesta a veces pensar que considera a los niños como muñecos.

—No, no, querido; estoy segura de que *Nana* sabe que los niños tienen alma.

—No sé—dijo el señor Gentil pensativo—. No sé.

Esta era, según el criterio de su esposa, una oportunidad para hablarle del chiquillo de la ventana. Al principio el negociante acogió la historia con su característico "¡Bah, bah!", pero después, cuando su esposa le mostró la sombra, se quedó pensativo.

—No es de nadie a quien yo conozca—dijo examinándola cuidadosamente—; parece ser de un diablillo. Esto era lo que discutíamos, ¿recuerdas?—dijo el señor Gentil—cuando *Nana* entró con la medicina de Miguelito. Nunca más llevarás la botella en la boca, *Nana*..., ¡y todo ello por culpa mía!

Siendo como era un hombre fuerte, no podía negarse que en aquella ocasión y con aquella medicina se había portado tontamente.

Tenía una verdadera debilidad por recordar que durante toda su vida había tomado las medicinas con valor, y por ello, cuando Miguel rehuyó la cuchara que *Nana* le presentaba, le había dicho reprendiéndole:

—Hay que ser hombre, Miguel.

—Pues no lo seré, y no lo seré—exclamó Miguel con malos modos.

La señora Gentil dejó la habitación para ir a buscar un bombón y el señor Gentil opinaba que esto demostraba falta de energía.

—Querida, no le mimes tanto—gritó a su espalda—. Miguelito, cuando yo tenía tu edad tomaba las medicinas sin una protesta y aun decía: 'Gracias, queridos padres, por darme estas bebidas para que me ponga bueno."

Pensaba realmente que esto era verdad y Wendy, que vestía ahora su

camisa de dormir, lo creía también, por lo que dijo para animar a Miguelito:

—Esa medicina que tú tomas a veces, papá, es mucho más mala, ¿verdad?

—Mucho más—dijo el señor Gentil valientemente—. Y si no hubiese perdido la botella la tomaría ahora para darte el ejemplo, Miguel.

No era precisamente que la hubiera perdido, sino que, encaramándose, en el silencio de la noche, a lo alto del armario, la había escondido allí. Lo que él no sabía era que la fiel Liza la había encontrado y vuelto a colocar en la repisa del tocador.

—Yo sé dónde está, papá—exclamó Wendy, deseosa siempre de ser útil—. Yo te la traeré.

Y, antes de que pudiera retenerla, había salido de la estancia.

Inmediatamente el ánimo del señor Gentil decayó del modo más extraño.

—Juan—dijo estremeciéndose—, es la peor medicina que puedas imaginarte. Es fea, untuosa, pegajosa y dulzona.

—Será cuestión de un momento, papá—dijo Juan alegremente.

Y en aquel mismo momento penetraba Wendy en la habitación con la medicina en un vaso.

—He ido lo más de prisa que he podido—murmuró.

—Has sido maravillosamente ligera—replicó su padre, con una cortesía vengativa que la chica no podía comprender.

—Ahora, Miguel, toma la tuya primero—dijo tercamente.

—No, no; papá primero—dijo Miguel, que era desconfiado por naturaleza.

—Me pondré malo, ¿sabes?—dijo el señor Gentil en tono de amenaza.

—Vamos, vamos, papaíto—dijo Juan.

—Cállate tú, Juan—exclamó su padre.

Wendy estaba perpleja.

—Yo creí que la tomabas con gusto, papá—dijo.

—No se trata ahora de eso—replicó el señor Gentil—; de lo que se trata es de que en mi vaso hay más cantidad que en la cuchara de Miguel (su vanidad estaba a punto de estallar) y eso no es justo. No me cansaría nunca de decirlo; eso no es justo.

—Papá, que te estoy esperando—dijo Miguel con crueldad.

—No está mal eso de decir que me estás esperando; yo sí que te estoy esperando.

—Papá, eso es una cobardía.

—Tú sí que eres cobarde.

—Es que yo no tengo miedo.

—Ni yo tampoco.

—Pues empieza a tomarla.

—Bueno; pero... ¿la tomas tú?

Wendy tuvo una magnífica idea.

—¿Por qué no la tomáis los dos al mismo tiempo?—dijo.

—Es verdad—repuso el señor Gentil—. ¿Estás preparado, Miguel?

Wendy dio tres palmadas, ¡una, dos, tres!, y Miguel tomó su medicina mientras el señor Gentil tiraba la suya, por detrás, al suelo.

Se oyó un grito de rabia de Miguel, y Wendy exclamó:

—¡Oh, papá!

—¿Qué quieres decir con ese "¡Oh, papá!"?—preguntó el señor Gentil—. Y tú no chilles de ese modo, Miguel. Yo iba a tomar mi medicina, pero... se me ha caído.

Era espantoso para papá Gentil el modo de mirarle de los tres chiquillos. Parecíale como si ahora no le admirasen.

—Vamos—dijo con tono suplicante al ver que *Nana* entraba en el cuarto de baño—. Se me acaba de ocurrir una broma espléndida. Verteré mi medicina en la taza de *Nana* y ella se la tomará creyendo que es leche.

La medicina era, en efecto, del color de la leche, pero a los niños no les hizo mucha gracia la humorística idea de su padre y le miraron con expresión de reproche, mientras él vertía la medicina en la taza de *Nana*.

—¡Qué gracia!—dijo él sin mucho entusiasmo.

Y ellos no se atrevieron a descubrirle cuando volvieron *Nana* y la señora Gentil.

—*Nana*, querida perra—dijo el papá, acariciándola—. He puesto un poco de leche en tu taza, *Nana*.

Nana, moviendo la cola, corrió a la taza y empezó a lamer la medicina. En seguida lanzó al señor Gentil una mirada terrible, no precisamente una mirada de enfado, sino una mirada que mostraba su gran lagrimal rojo, lo que da clara idea de la tristeza de los nobles perros. Después fue a meterse dentro de su casilla.

El señor Gentil estaba terriblemente avergonzado de sí mismo, pero no cedió. En medio de un espantoso silencio la señora Gentil tomó la taza y la olió.

—Jorge—dijo—, si es tu medicina.

—Ha sido una broma—rugió él, mientras ella consolaba a los pequeños y Wendy abrazaba a *Nana* con ternura—. La culpa es mía—continuó enérgicamente—por preocuparme tratando de bromear en esta casa.

Wendy continuaba abrazando a *Nana*.

—Muy bien—gritó él—, ahora mímala. A mí nadie me mima. ¡Señor Señor!, yo soy sólo el ganapán de la familia y a mí nadie me mima, nadie, nadie, nadie.

—Jorge—suplicó la señora Gentil—, no grites tanto. Pueden oirte los criados.

Hacía tiempo que se había acostumbrado a llamar "los criados" a Liza.

—No importa—contestó él osadamente—. No me importa que lo oiga el mundo entero. Pero desde este momento prohibo que la perra se enseñoree así del cuarto de mis niños ni una sola hora más.

Los niños lloraban; *Nana* corrió hacia él, suplicante. Pero un gesto del señor Gentil la hizo retroceder. Papá Gentil se sentía de nuevo hombre enérgico.

—Es inútil, es inútil—exclamó—. El sitio adecuado para ti es el patio y allí vas a ser atada en seguida.

—Jorge, Jorge—murmuró la señora Gentil—, recuerda lo que te conté acerca de aquel chiquillo.

Pero, ¡ay!, él no la escuchó.

Estaba decidido a demostrar que era el amo de la casa y, como sus órdenes no bastaran a sacar a *Nana* de su casilla, él la engañó con melosas palabras y, cogiéndola rudamente, la arrastró fuera del cuarto de los niños. Estaba avergonzado de sí mismo, y, sin embargo, lo hizo así. Y todo se debía a su especial temperamento, que padecía verdadera sed de admiración.

Una vez la hubo atado en el patio posterior, el desgraciado papá Gentil fue a sentarse al corredor con los puños en las sienes. Mientras tanto, la señora Gentil había metido en la cama a los niños, siempre en silencio, y había encendido las lamparillas.

Desde allí podían oir a *Nana* aullar, y Juan dijo gimiendo:

—Eso es que la está encadenando en el patio.

Pero Wendy era más sabia.

—Ese no es el aullido de queja de *Nana*—dijo adivinando lo que estaba a punto de ocurrir—; ése es el aullido que lanza cuando olfatea un peligro.

¡Peligro!

—¿Estás segura, Wendy?

—Sí, sí.

La señora Gentil tembló y se dirigió a la ventana. Estaba bien cerrada. La abrió para mirar afuera y vio que la noche estaba cuajada de estre-

llas. Las estrellas se agrupaban en torno a la casa como curiosas de ver lo que iba a suceder allí, pero mamá Gentil no notó esto, ni tampoco cómo una o dos de las más pequeñas le hacían guiños maliciosos. Y, no obstante, un desconocido terror se aferró a su corazón y la hizo exclamar:

—¡Oh, cuánto me gustaría no tener que ir a la reunión esta noche!

Hasta Miguelito, que estaba casi dormido, advirtió su turbación y le preguntó:

—¿Puede alguien hacernos daño, mamita, cuando están encendidas las lamparillas?

—No, rico—dijo ella—. Las lamparillas son los ojos que las madres dejan para vigilar a sus hijitos.

Después fue de cama en cama diciéndoles cosas bonitas y el pequeño Miguel le echó los brazos al cuello.

—Mamita—le dijo—. Estoy muy contento de ti.

Eran las últimas palabras que iba a oirle durante un largo tiempo.

El número 27 estaba sólo a unos cuantos metros de distancia, pero había nevado, y papá y mamá Gentil fueron sorteando la nieve para no manchar sus zapatos. Eran las únicas personas que a aquella hora atravesaban la calle y todas las estrellas les miraban. Las estrellas son muy bellas pero no pueden tomar parte activa en nada; tienen que contentarse con contemplar siempre.

J. M. BARRIE: *PETER PAN Y WENDY*

Padre y madre

En el libro de primer curso, que conservaréis, se insistía, ante todo, en la figura de la madre. El niño aprende fácilmente todo cuanto a la madre se refiere, porque se entiende con ella y porque la quiere. ¿Por qué se habla siempre, cuando nos referimos al amor filial, de la madre y no del padre? Hablar del padre, de su significación en la vida del niño y en el seno de la familia, es oportuno y necesario. Este libro os servirá para que aclaréis vuestras ideas acerca de algunas cosas importantes, vividas y conocidas de vosotros, como la autoridad, la ley, el mando... Todo eso lo habéis experimentado en vuestro padre, que es la primera figura de la ley, de la autoridad y de la relación enter el mando y la obediencia. ¡Y de qué manera! Tiempos hubo en que toda la autoridad recaía en las manos del padre, y en que el jefe de la sociedad era un padre más, un padre de padres, un patriarca. Hoy han disminuido sus funciones y, con ellas, buena parte de su autoridad. Pero no por eso el papel del padre

ha perdido importancia—eso lo sabéis muy bien vosotros—. El padre es la columna vertebral de esa asociación—la familia—a la que pertenecéis por la sangre y por el destino; pero es también la columna vertebral de vuestra personalidad, que casi siempre empieza a forjarse a ejemplo del padre. ¿Queréis asistir, leyendo otro texto de Peter Pan, *a las congojas económicas de un matrimonio modesto al que empiezan a llegar hijos?*

La señora Gentil se había casado vestida de blanco, y, al principio, llevó las cuentas perfectamente, casi alegremente, como si se tratara de un juego y sin olvidar la más insignificante minucia; pero, con el tiempo, menudearon las omisiones y en lugar de cifras la joven señora Gentil dibujó figuritas de niños sin rostro. Las dibujaba precisamente en el lugar de la suma total. Eran éstos los presentimientos de la señora Gentil.

Primero nació Wendy, después Juan y luego Miguel.

Durante una semana o dos después de la llegada de Wendy era dudoso que el matrimonio Gentil pudiera conservar a la niña, siendo como era otra boca más que mantener. El señor Gentil estaba orgullosísimo de ella, pero era muy honrado y, sentado al borde de la cama de su esposa, teniendo su mano cogida, calculaba gastos mientras ella le miraba, implorante. La esposa quería correr el riesgo, sucediera lo que sucediera, pero éste no era el sistema de él; el sistema de él era armarse de lápiz y papel y, cada vez que ella le hacía equivocarse, volver a empezar de nuevo.

—No me interrumpas—le rogaba—. Yo tengo aquí una libra con diecisiete chelines y dos libras con seis chelines en la oficina... Suprimiendo mi café en la oficina, pongamos diez chelines, que hacen dos libras, nueve chelines y seis peniques; con tus dieciocho y tres hacen tres libras, nueve chelines, siete peniques; con cinco, cero, cero en mi libro de cheques, hacen ocho libras, nueve chelines, siete peniques... ¿Quién se mueve?... Ocho, nueve, siete... y llevo siete...; no me hables ahora, querida... Contando la libra que prestaste a aquel hombre que llegó a la puerta... ¡Quieta, niña!... Siete y llevo niña... ¿Lo ves, mujer, lo ves?... Nueve libras, nueve chelines, siete peniques. ¿He dicho nueve, nueve, siete? Sí. He dicho nueve, nueve, siete. Ahora, ésta es la cuestión. ¿Podremos intentarlo por un año con... nueve libras, nueve chelines, siete peniques?

—Claro que podemos, Jorge—exclamó ella. Pero ella se inclinaba notablemente en favor de Wendy, y él era, de los dos, el de carácter más enérgico.

—Recuerda que luego vendrá la dentición—advirtió en tono casi amenazador. Y continuó—: Dentición: una libra; esto es lo que he apuntado,

pero me atrevería a decir que no baja de treinta chelines...; no hables...; sarampión, cinco más; falso sarampión, media guinea, hacen dos libras, quince chelines, seis...; no muevas ese dedo...; tos ferina, quince chelines.

Y así sucesivamente, aumentando cada vez más; pero al fin Wendy salió adelante con la dentición limitada a un gasto de doce chelines, seis peniques, y los dos sarampiones reducidos a uno solo.

La misma preocupación causó Juan, y a la llegada de Miguel aún fue la cuestión más ardua, pero el matrimonio conservó a los niños como había conservado a la niña, y pronto pudo verse a los tres ir a la escuela Kindergarten de la señorita Fulsom, acompañados de su niñera.

A mamá Gentil le gustaba tener de todo y papá Gentil tenía una verdadera pasión por ser lo mismo que sus convecinos. Por ello, naturalmente, tenían una niñera. Como eran pobres, debido al gran consumo de leche que hacían los niños, su niñera era una relamida perra de Terranova, llamada *Nana*, que no había servido particularmente a nadie hasta que los Gentil la contrataron.

J. M. BARRIE: *PETER PAN Y WENDY*

El padre

El almirante inglés Collingwood no es una figura de ficción, como la del señor Gentil: es una figura histórica, jefe de flota, primero, a las órdenes de Nelson, y sustituto suyo después. El poeta francés Alfredo de Vigny, en un libro hermoso, Grandeza y servidumbre de las armas, *que algún día debéis leer entero y meditar sobre él, nos habla, en varios lugares, de Collingwood. Imagináoslo en su barco, en uno de aquellos grandes y hermosos barcos de fines del siglo XVIII, cargados de airosas velas, armados de cañones numerosos que, en la batalla, disparaban por andanadas. Imaginarlo encerrado, de noche, en su cámara, en esa hora en que todo duerme en el barco, menos las guardias. Durante aquella singladura la escuadra inglesa no ha interceptado el paso a ningún barco francés. Es posible que, al amparo de la noche, un aviso, procedente de las Antillas, logre burlar el bloqueo y llegar a Saint-Malo, pero eso no puede evitarlo el almirante. Es hora de sosiego; es la hora en que Collingwood deja de ser almirante, abandona por unas horas su responsabilidad ante Inglaterra y asume su responsabilidad ante dos hijas que no le conocen y a las que él casi desconoce.*

Collingwood no conoció, durante cuarenta y nueve años, otra cosa que la guerra y el mar; jamás dejó de estudiar en el inagotable pozo de la ciencia náutica. Cuando un barco estaba inservible, subía a otro, como un caballero sin piedad; todos sucumbían antes que él. Estando yo con él fatigó siete. Pasaba la noche vestido, sentado sobre los cañones, sin dejar por un momento de calcular el modo de mantener su barco inmóvil, centinela en el mismo punto, sin echar el ancla, en medio de los vientos y las tormentas; hacía practicar constantemente a sus tripulaciones y velaba sobre ellos y por ellos; no gozaba de nada, y mientras le nombraban par de Inglaterra, él comía la misma sopa que sus marineros; después que tuvo a sus hijas les escribía para que no fuesen unas grandes señoras, y les aconsejaba leer historia, viajes, ensayos y Shakespeare, que a él le gustaba tanto *(as often as they please)*.

"Mis hijas me dirán—me decía un día—que no conocieron a su padre. Sarah y Mary dirán eso, y, sin embargo, las quiero con todo mi ardiente y tierno corazón. Las educo de lejos, las vigilo desde mi barco, las escribo todos los días, dirijo sus lecturas, sus trabajos, les mando ideas y sentimientos, y recibo sus confidencias de chiquillas; las riño, me apaciguo, me reconcilio con ellas; preveo quién se casará con ellas; haré de ellas mujeres piadosas y sencillas. No se puede ser mejor padre de lo que soy yo... Y todo esto no sirve de nada, porque no me ven.

"Sarah no ha estado sentada en mis brazos desde los dos años, y la última vez que vi a Mary sus ojos aún no estaban abiertos. Y no se puede querer a una persona invisible. ¿Qué es, para ellas, su padre? Una carta cada día; un consejo más o menos frío. Pero se ama a las personas, y no se puede amar a quien no se ve. Y cuando esa persona muere está tan ausente como estaba, y no se la llora."

A veces sentía su salud débil, y escribía a Inglaterra, que inexorablemente respondía: "Siga en la mar", y le enviaba una medalla o un galardón de oro, que ya no cabían en su pecho. Volvía a escribir: "Desde que dejé mi país no he pasado diez días en puerto, y mis ojos se debilitan; cuando pueda ver a mis hijas el mar me habrá cegado. Me quejo de que entre tantos oficiales no sea posible encontrar uno que me sustituya, más hábil que yo." E Inglaterra respondía: "*Seguiréis en la mar, siempre en la mar.*" Y siguió en la mar hasta su muerte...

Murió como había vivido, sin quejarse ni glorificarse, sin volver a ver a sus dos hijas. Solo y sombrío como uno de esos dogos de Ossian que guardan eternamente las costas de Inglaterra en medio de las olas y las nieblas.

A. DE VIGNY: *SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DE LAS ARMAS*

Es importante que no olvidéis esta figura, que recordéis su nombre y sus hazañas; y no sólo las que llevó a cabo su genio militar, sino esa otra hazaña, callada, gris, dolorosa, de padre. Si estáis atentos a vuestra propia vida, si sabéis mirar y ver lo que a vuestro alrededor sucede, cualquier día descubriréis que, en el fondo, vuestro padre, cualquier padre, es como el almirante Collingwood. Y quizá entonces sepáis y podáis aplicar al vuestro y a todos esa admiración que, desde ahora, sentís por el gran almirante inglés y comprenderéis cómo es cierto que el padre es la columna vertebral de vuestra casa y de vuestra propia alma.

La empresa común

Pero salgamos ya del hogar y de la familia. Existe en vosotros un instinto que os lleva, también, a salir y a organizar fuera de casa una vida más vuestra, una vida que no os han dado hecha, sino que es vuestra propia creación. Es la vida del juego, de la actividad en común con los muchachos de vuestra misma edad (coetáneos), de esos grupos que formáis con muchachos como vosotros, por los que os sentís atraídos para la compañía, la conversación, la empresa común a todos. Formáis con ellos esas asociaciones que empiezan por la pandilla y que terminan en el club deportivo. ¿Pensáis que eso carece de importancia, que no merece la atención de los mayores? Os invito a leer esos párrafos de Ortega y Gasset, uno de los mayores ingenios de España contemporánea. Ya veis: ese hombre que se pasó la vida pensando y escribiendo sobre cosas importantes, pensó también sobre vosotros, sobre vuestras cosas, sobre vuestras actividades.

Un pedagogo inglés dio a la estampa cierto estudio sobre psicología de la infancia. Se había propuesto el autor ver si había manera de establecer épocas claramente distintas en el desarrollo de la vida infantil. A este propósito busca alguna actividad espiritual libre de influencias voluntarias y externas, para investigar las variaciones que año tras año en ella se producen. La encuentra en los sueños. Y analizando los sueños del niño advierte que se pueden distinguir tres etapas: en la primera el niño sueña que está jugando él solo; en la segunda aparece en sus sueños un nuevo personaje, que es otro niño, pero este segundo niño no tiene otro papel que el de espectador: está allí para verle jugar. Tras ésta viene una última etapa, próxima a la pubertad, durante la cual irrumpe en el sueño del niño todo un grupo de muchachos que juegan con él y en cuyo enjambre inquietísimo queda sumida su individual persona.

Es, en efecto, una de las fuerzas decisivas en el alma del adolescente, que no hace sino aumentarse en la plena juventud, el apetito de convivir con otros muchachos de su edad. Se quiebra el aislamiento de la primera infancia y la personalidad del muchacho se derrama por completo en el grupo coetáneo. Ya no vive por sí ni para sí: no quiere y siente como individuo, sino que se halla absorbido por la personalidad anónima del grupo que piensa y siente en su lugar. De aquí que la adolescencia y la juventud sea la sazón de las amistades. Durante ellas el hombre, con la individualidad aún no formada, vive sumergido en el enjambre muchachil, que vaga indiviso, inseparable, donde los vientos le empujan sobre el vergel de la existencia. Yo llamo a este apetito soberanamente sociable el instinto de coetaneidad.

X

JOSE ORTEGA Y GASSET: *EL ORIGEN DEPORTIVO DEL ESTADO*

¡Qué importante es, para vuestra vida futura, para vuestra vida de hombres, esa pandilla, ese club que vosotros habéis creado y que tenéis como cosa propia! ¡Cómo lo defendéis contra toda injerencia, contra toda influencia, contra toda colaboración extraña a vosotros mismos! Todos cuantos, alguna vez o como profesión, nos hemos llegado a vosotros, sabemos que la asociación infantil inventada y dirigida por los mayores lleva dentro el fracaso. Lo que os gusta es hacerlo todo vosotros, entregaros en cuerpo y alma a vuestra creación, con el mismo entusiasmo con que el gran político se entrega a la edificación del Estado o a su reforma. Cuando se ha llegado a hombre los recuerdos de estos días son, a la vez, alegres y melancólicos. El hombre, al recordarse, se ve el mismo que es ahora, pero en germen; ve cómo sus cualidades empezaban a aparecer y a desarrollarse, incluso su figura, su fisonomía, eran lo mismo. Esto sucede porque el niño entra en la pandilla con su personalidad entera, sin dimitir un ápice de ella, antes bien, poniéndola enteramente en juego. La pandilla bien organizada—vosotros lo sabéis—dedica espontáneamente a cada uno a aquella función para la que sirve. Fulano no es su capitán caprichosa o casualmente, sino porque es el único que lo merece; y este otro chico de gafas, tan inteligente, pero tan poco activo, es, en cambio, el que da los mejores consejos, las mejores ideas. A Perengano no se le pudo admitir en la pandilla porque lo quiere ser todo a la vez y no hace nada positivo: Perengano, con sus greñas, con el bolsillo abultado de trompos y la guita saliéndole, siempre sucio y a veces roto, no para en ninguna pandilla, no encaja en ningún grupo de amigos. Y, sin embargo, a él le gustaría... ¡Cuidado con Perengano! Puede ser un gran hombre o un gran delincuente: esto depende, en parte, de vosotros. Es necesario que lo comprendáis. Nadie es inútil, y todo muchacho, hasta el díscolo, puede desempeñar un destino en la gran asociación de todos los hombres. Hay destinos, hay funciones, que sólo las ejercitan los solitarios. ¿Recordáis a don Quijote? Es inconcebible en compañía de otros caballeros andantes, atacando o defendiéndose en grupo. El pertenece—lo dice insistentemente—a la Orden de la Caballería, que es una gran asociación de solitarios. La Orden de Caba-

llería surgió como surgen vuestras pandillas; surgió porque a unos hombres se les ocurrió una gran idea, una idea hermosa y, aparentemente, descabellada. Un cuentista moderno la narra así en un libro para niños; sus personajes son el rey Arturo (Artús) y los Caballeros de la Tabla Redonda:

En cuanto Arturo llegó a Logres en compañía de la reina Ginebra promulgó un bando en el que anunciaba su propósito de reunir a todos sus vasallos, con sus respectivas esposas, en Carduel para la Navidad.

Reuniéronse, pues, en el día previsto todos los caballeros y damas del reino con sus galas más ricas, y Arturo y Ginebra se pusieron corona por primera vez. Después de la misa sentáronse todos a las mesas, ricamente aparejadas, en la sala de palacio.

Keu, como senescal del rey, y siguiendo la costumbre, presentaba el primer plato a Arturo, cuando entró en la gran sala el muchacho más hermoso que se ha visto jamás. Tenía este muchacho los cabellos rubios como las nubes tocadas por el sol del atardecer y ondulados como las lanas de un perro de aguas; tocábase con una corona y llevaba las calzas de color pajizo y un tonelete muy corto de seda labrada en oro. Su cinto era verde y adornado con oro y piedras preciosas que brillaban de tal modo que iluminaban toda la sala, y usaba zapatos de cuero blanco cerrados con lazos de oro. Finalmente, llevaba colgada del cuello un arpa de plata con las cuerdas de oro.

Por desgracia, este hermosísimo muchacho era ciego, aunque tenía los ojos más azules que el mar al mediodía; pero un perrillo blanco que llevaba atado al cinto con una cadena le condujo sin vacilar ante el rey Arturo.

Calláronse los convidados al ver a aquel muchacho, el cual, después de inclinarse ante el rey, comenzó a cantar una triste y dulce canción bretona acompañándose con el arpa. Tan melodiosa era la canción que el senescal Keu, olvidando que tenía que presentar los platos al rey, se sentó para escucharla mejor.

Cuando el angelical muchacho hubo terminado la canción entró en la sala con paso arrogante y decidido un caballero de aspecto extranjero. Al ver a los reyes coronados y sentados en el estrado mayor, y a sus pies al artista tocado de oro, se detuvo un momento confuso, mas pronto se recobró y, dirigiéndose al rey en voz alta, dijo:

—Rey Arturo, no te saludo, pues aquel que me envía no me lo ha ordenado. Te diré solamente lo que él te manda. Si te sometes a ello alcan-

zarás gran honor y provecho; de lo contrario, tendrás que huir de tu reino, pobre y desterrado.

—Amigo—repúsole el magnánimo rey Arturo—, comunícame tu mensaje, que ningún mal hemos de hacerte.

—Rey Arturo, me envía el señor y dueño de todos los cristianos, el rey Rión de las Islas, dominador del Occidente y de toda la Tierra. Veinticinco reyes le han rendido ya homenaje, y a los veinticinco les ha quitado la barba con la piel. El rey Rión, señor del mundo, te ordena que te presentes ante él y le rindas homenaje. También ordena que te lean la carta que te dirige, para que así conozcas su voluntad.

Cogió el rey la carta que le tendía el altivo mensajero y se la entregó al arzobispo de Brice, que sabía muy bien leer, el cual la tomó y la leyó como sigue:

"Yo, el rey Rión, señor de toda la tierra de Occidente, hago saber a todos aquellos que vean y oigan estas palabras que estoy en este momento en mi corte, en compañía de veinticinco reyes que me han rendido sus espadas y a los que he rapado las barbas con su correspondiente piel. Y en testimonio de mi victoria he hecho formar con sus barbas un manto forrado de seda roja, al que sólo falta la orla. Hasta mí ha llegado noticia de la valentía y destreza del rey Arturo y quiero que sea él más honrado que los demás, y así le ordeno que me mande su barba, con la que haré la orla de mi manto por amor a él. Y como no me pondré el manto mientras no tenga éste la orla, y no quiero otras barbas para hacérsela que las del rey Arturo, le ordeno que me las envíe por uno o dos de sus mejores amigos y que se presente luego él mismo para rendirme homenaje. Si no lo quiere hacer, que abandone su trono y tierra y parta para el destierro, o de lo contrario iré con mi ejército y le haré arrancar la barba, y a contrapelo, para que más le duela y como escarmiento."

Oído el mensaje, el buen rey Arturo se echó a reir, pues, dada su edad, muy escasa era la barba que tenía, y la estúpida jactancia de la misiva más le incitaba a la risa que a la indignación. Dijo luego al mensajero que no pensaba hacer nada de cuanto decía su señor, y después de despedirle, comenzó a cenar.

El arpista iba cantando de mesa en mesa, y todos estaban de acuerdo en que nunca habían escuchado un canto tan maravilloso. Al fin, el hermoso muchacho ciego se detuvo en el centro de la sala, y dirigiéndose al rey dijo:

—Señor, te pido el precio de mi canto.

—Lo tendrás, amigo, si es cosa que te pueda dar y no sea contraria a mi honor y a mi reino.

—Te pido, señor, que me dejes llevar tu enseña en la primera batalla a que acudas.

—Amigo mío, el Señor te ha metido en su cárcel, pues eres ciego. ¿Cómo podrías conducirnos?

—¡Ah, mi señor! Jesús, que es el verdadero guía y me ha sacado de tantos peligros, sabrá conducirme.

Al oírle replicar de modo tan discreto Arturo se dijo que sólo Merlín era capaz de dar una respuesta así, y se le alegró el corazón al pensar que todo aquello podía ser obra de su sabio amigo. Iba ya a conceder el favor pedido cuando el arpista se desvaneció, y ante los ojos atónitos de todos los presentes apareció un niño de ocho años, medio desnudo y con los cabellos enmarañados, que llevaba una gran maza al hombro y con voz estridente reclamaba ser el portaestandarte del rey en la guerra contra el rey Rión. Al oírle todo el mundo se echo a reir, y Merlín, que tal era, en efecto, el arpista, recobró su forma natural. Estas cosas solía hacer Merlín para diversión y solaz de los caballeros, sus amigos.

Hízole el rey Arturo una gran acogida y le invitó a sentarse a cenar, y, una vez levantadas las mesas, Merlín se puso en pie y, con la venia del rey, dijo en voz alta:

—Señor, tienes que saber que el Santo Grial, en que el Señor ofreció por primera vez su sagrado cuerpo y donde José de Arimatea recogió la preciosa sangre de Jesucristo, ha sido transportado a la azul Bretaña. Mas sólo el mejor caballero del mundo lo encontrará. Y está ordenado que, en nombre de la Santísima Trinidad, el rey Arturo funde la mesa, que será la tercera después de aquellas de la Cena y del Grial, por lo que este reino recibirá gran provecho y verá grandes maravillas. Esta mesa o tabla será redonda, para significar que todos los caballeros que a ella se sienten son iguales, y enfrente de mi señor el rey quedará un sitio vacío en memoria de Nuestro Señor Jesucristo, en el que nadie podrá sentarse sin exponerse a correr la misma suerte de Moisés, que fue tragado por la tierra, salvo el mejor caballero del mundo, que conquistará el Santo Grial y conocerá su sentido y verdad.

—Hágase la voluntad del Señor y que no sea yo un estorbo para ella —dijo Arturo.

Y al instante llegó por los aires, y fue a posarse en el centro de la sala, una mesa redonda, alrededor de la cual había ciento cincuenta asientos, y en la mayoría de ellos estaba escrito en letras de oro:

"Aquí debe sentarse Fulano de Tal..."

Mas aquel que se encontraba enfrente del asiento del rey no tenía ningún nombre.

—Señores—les dijo Merlín—, he aquí los nombres de los que Dios ha elegido para ser Caballeros de la Tabla Redonda y para ir en busca del Santo Grial cuando el tiempo sea llegado.

Entonces el rey y los caballeros designados fueron a sentarse a sus respectivos sitios, teniendo buen cuidado de no hacerlo en el asiento peligroso. Y estos caballeros eran Govén con los donceles que habían defendido el reino en ausencia de Arturo, y los treinta y nueve que habían ido con éste y Merlín a Carmélida. Y cuando estuvieron sentados se sintieron llenos de paz y buena voluntad.

Y Merlín les dijo:

—Señores, cuando oigáis hablar de un buen caballero haréis cuanto esté en vuestra mano para traerlo aquí, y, si demuestra que es valeroso y diestro, lo recibiréis entre vosotros, ya que está dicho que los Caballeros de la Tabla Redonda llegarán a ser ciento cincuenta antes que comience la busca del Santo Grial. Pero es necesario elegir bien a los que han de completar este número, pues un solo hombre malo avergonzaría a todo el resto. Y cuidad de no sentaros en el asiento peligroso, ya que ello os acarrearía un grave daño.

Después de estas palabras Govén consultó con los demás, y, puesto en pie, habló de este modo:

—En nombre de los Caballeros de la Tabla Redonda hago votos de que jamás llegará a esta Corte una dama en busca de socorro sin que lo encuentre, y de que nunca un hombre vendrá a pedirnos ayuda contra un caballero sin que la halle. Y si uno de nosotros desapareciera, los demás le buscarán por separado durante un año y un día.

El rey mandó traer entonces las más veneradas reliquias que había en palacio y sobre ellas los Caballeros de la Tabla Redonda juraron mantener el voto que había pronunciado Govén. Hecho lo cual la reina Ginebra dijo, dirigiéndose a éste:

—Querido sobrino: quisiera, con la venia de mi señor el rey, que desde ahora cuatro elérigos se dedicaran únicamente a escribir todas vuestras hazañas para que, después de nuestra muerte, quede memoria de vuestras proezas.

—Y que me place—dijo el rey—. Yo, por mi parte, hago voto de que, cuantas veces lleve corona, no he de sentarme a la mesa sin que antes haya tenido lugar alguna aventura en mi corte.

Y fue por aquel tiempo cuando se comenzó a ver por los caminos, grabada en letras que nadie podía borrar, esta leyenda:

"Este es el comienzo de las aventuras por las que será capturado el león maravilloso. Un hijo de rey, casto y el mejor caballero del mundo, las terminará."

JOSE MIGUEL VELLOSO: *LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA*

Los amigos

En fin: os juntáis por algo y para algo, y ese algo para el que os juntáis impone, por su naturaleza, la forma de la pandilla, su estructura (palabra cuyo significado debéis entender desde ahora mismo). No es igual la asociación para jugar al fútbol que el grupo veraniego que marcha al campo a cazar grillos. De todas maneras, la convivencia, la obra común, la compañía, engendran el afecto. Ser amigos es mucho, es una de las cosas más hermosas inventadas por el hombre. El afecto a los amigos es una necesidad y una creación vuestra, una creación libre, porque nadie os obliga a ello, sino vuestra propia generosidad. Otra vez un gran escritor—esta vez el ruso Dostoyewski—*hace una excursión por vuestro mundo y describe el afecto de los amigos entre sí. Son muy hermosas las páginas de* Los hermanos Karamazov, *en que se cuenta el entierro de un niño y lo que entonces sucedió. Al leerlas hallaréis descritos vuestras propios sentimientos.*

Llegaron por fin a la iglesia y colocaron en su centro la caja. Todos los chicos colocáronse en torno de ella, y así permanecieron en actitud reverente durante todo el funeral. Era vieja la iglesia y bastante pobre, y había en ella muchas imágenes sin adornos de plata; pero en esas iglesucas es donde mejor se reza, Durante la misa Snieguíriov pareció más tranquilo, aunque de cuando en cuando sumíase en la misma como inconsciente y desatentada preocupación de antes; ya se acercaba al féretro para arreglar el paño fúnebre o el *vienchik*, ya se lanzaba a enderezar una vela que se doblara sobre el candelero, entreteniéndose mucho tiempo con ella. Luego se tranquilizaba y permanecía inmóvil al lado del féretro, con cara de obtuso arrobo. Después de la Epístola murmuróle al oído a Alioscha que la Epístola no se leía "así", pero sin explicarle, por lo demás, la razón. Al llegar al cántico del querubín, empezó a cantar por por lo bajo, pero no terminó y, postrándose de rodillas, hincó la frente en

el piso de losas de la iglesia, y así se estuvo largo rato. Finalmente bendijeron el cadáver y procedieron a la distribución de los cirios. El enloquecido padre volvió a dar muestras de inquietud; pero aquel patético, impresionante canto funeral conmovióle el alma. Pareció abstraerse de pronto y rompió a sollozar, primero quedo y, a lo último, fuerte. Cuando llegó el momento de despedirse y cubrir la caja cogióse a ella con ambas manos, cual si se opusiese a que tapasen a Ilíuschechka, y púsose a dar muchos besos, ansiosamente, sin parar, a su muertecito en los labios. Por fin, le convencieron y se lo llevaron de allí hasta la escalinata; pero, de pronto, tendió anhelante la mano y cogió unas flores del féretro. Las miraba y parecía asaltado de una nueva idea, tanto, que se olvidó literalmente de lo principal. Poco a poco volvió a sumirse en su ensimismamiento de antes y ya no opuso resistencia cuando cargaron con la caja y la condujeron al sepulcro. Estaba éste no lejos de allí, en el camposanto, junto a la iglesia misma, y era de los caros; habíalo costeado Katerina Ivánovna. Tras la ceremonia consabida los sepultureros descendieron el ataúd a la fosa. Snieguíriov agachóse tanto, con sus flores en las manos, sobre la abierta sepultura, que los chicos, asustados, le cogieron del paletó y empezaron a tirar de él. Pero él parecía no darse ya cuenta cabal de lo que pasaba. Cuando procedieron a apisonar la fosa púsose a señalar distraído a la removida tierra y a musitar alguna cosa, pero era imposible entenderle, y de pronto se calló. Entonces le recordaron que había de echar la miga de pan, y, muy emocionado, cogió el trozo de pan y empezó a desmenuzarlo, arrojando las migajas sobre el sepulcro.

—¡Venid acá, pajaritos; venid acá, gorrioncillos!—balbucía abstraído.

Uno de los chicos le hizo notar que con las flores en la mano no podía partir bien el pan y que debía por un momento dejárselas a alguien. Pero, lejos de hacerlo así, pareció sentir de pronto un miedo grande por sus flores, cual si quisieran quitárselas, y, después de contemplar el sepulcro y convencerse de que ya estaban esparcidas las migajas, dio tranquilamente media vuelta y se volvió a su casa. Pero cada vez apretaba más el paso, caminaba aprisa y casi corría. Los chicos y Alíoscha no se separaban de él.

—Para la mámochka estas flores, para la mámochka estas flores. ¡La ofendí!—empezó a exelamar de pronto.

Alguien le gritó que se pusiera el sombrero, que iba a coger frío; pero al oir aquello, como furioso, tiró el sombrero a la nieve y rezongó:

—No quiero sombrero, no quiero sombrero.

Smúrov recogiólo y se hizo cargo de él. Todos los chicos, sin excepción, lloraban, y más que ninguno Kolia y aquel chico que había descu-

bierto Troya, y aunque Smúrov, con el sombrero del capitán en la mano, lloraba también como para partir los corazones, acertó a coger, poco menos que a la carrera, un cacho de teja que rojeaba sobre la nieve del camino, para tirársela a una bandada de gorriones que pasaba volando. No les dio y siguió corriendo y llorando. Pero a la mitad del camino detúvose de pronto Snieguíriov, estúvose inmóvil un momento como impresionado por algo y, rompiendo en súbita y desolada carrera, encaminóse a la iglesia en busca del sepulcro. Pero los chicos, en un periquete, lo alcanzaron y empezaron a tirar de él por todos lados. Y él entonces, como sin fuerzas, dejóse caer sobre la nieve, y retorciéndose, gritando y llorando, empezó a decir:

—¡Padrecito, Ilíuschechka, padrecito querido!

Entre Alíoscha y Kolia lo levantaron e hicieron por consolarle.

—Capitán, basta; el hombre que es hombre está obligado a mostrar entereza—balbució Kolia.

—Que desluce usted las flores—díjole Alíoscha—, y mámochka está allí aguardándolas... Lloraba porque usted no quiso antes darle las flores de Ilíuschechka. Allí está todavía la camita de Ilíuschin...

—Sí, sí, vamos con mámochka—dijo Snieguíriov, volviendo de nuevo en sí—. ¡Van a deshacer la camita, van a deshacer la camita!—añadió, como temeroso de que, efectivamente, fuesen a deshacerla; dio un brinco y echó a correr otra vez en dirección a su casa.

Pero ésta no distaba ya mucho, y todos llegaron al mismo tiempo. Snieguíriov abrió ansiosamente la puerta y gritóle a su mujer, con la que antes tan cruelmente riñera:

—Mámochka, rica; aquí tienes estas flores, que te envía Ilíuschechka. Estás malita de los pies—exclamó, brindándole el puñado de flores, que se habían helado y estropeado un poco al revolcarse él sobre la nieve.

Pero en aquel instante divisó al pie de la camita de Ilíuscha, en un rinconcito, las botitas del niño muerto, que estaban las dos una junto a otra, acabaditas de poner allí por la casera..., aquellas botitas viejas, remendadas, enrojecidas, desgastadas. Al verlas alzó los brazos, lanzóse a ellas, postróse de hinojos, cogió una de las botitas y, posando en ella sus labios, púsose a darle muchos besos, sin dejar de gritar:

—¡Padrecito Ilíuschechka, padrecito querido! ¿Dónde están tus piececitos?

—¿Adónde te lo llevaste? ¿Dónde está él?—clamó la voz desgarradora de la pobre demente.

Entonces rompió a llorar también Ninochka, Kolia fuese corriendo

de allí, y lo mismo hicieron todos los otros chicos. Salióse, finalmente, también Alíoscha.

—Dejémoslos que lloren—díjole a Kolia—; para ellos ya no hay consuelo. Esperaremos un rato y volveremos.

—Sí, es imposible, es horrible—confirmó Kolia—. Mire usted, Karamázov—añadió, bajando la voz de pronto para que no le oyesen—: a mí me da mucha pena y, si pudiera volverlo a la vida, daría por ello todo lo de este mundo.

—¡Ay, yo también!—dijo Alíoscha.

—¿Qué le parece a usted, Karamázov? ¿Volveremos a la tarde? Porque él se emborrachará.

—Puede que se emborrache. Vendremos los dos solos, y es bastante, para estar una horita con la madre y con Ninochka, pues si venimos todos juntos van a recordarlo todo—aconsejóle Alioscha.

—Ahora, la casera pondrá la mesa... Para el convite fúnebre vendrá el pope. ¿Volveremos entonces, Karamázov?

—Desde luego que sí—dijo Alíoscha.

—¡Qué raro es todo esto, Karamázov! Tanta pena y de pronto esos pasteles.

—También habrá salmón—observó de pronto el chico que descubriera Troya.

—Seriamente le ruego, Kartáschov, que no nos importune más con sus estupideces, sobre todo cuando nadie le habla a usted ni quiere saber que existe en el mundo—saltó Kolia, irritado.

El chico púsose muy encarnado, pero no se atrevió a replicar. A todo esto había llegado al camino, y de pronto exclamó Smúrov:

—¡Esa es la piedra al pie de la cual quería Ilíuschin que lo enterrasen!

Todos detuviéronse en silencio junto a la gran piedra. Alíoscha miró, y todo el cuadro que Snieguíriov le trazara de Ilíuschechka, llorando aquella vez abrazado a su padre y diciéndole: "Pápochka, pápochka, ¡cómo te he humillado!", representósele de pronto en su imaginación. Algo pareció conmover su alma. Con serio y grave semblante paseó sus miradas por aquellos simpáticos, claros rostros de colegiales, compañeros de Ilíuschin, y de pronto les dijo:

—Señores, querría decirles aquí, en este mismo sitio, unas palabras.

Los chicos rodeáronle, y en seguida fijaron en él sus atentas, expectantes miradas.

—Señores, no tardaremos en separarnos. Yo ahora, durante algún tiempo, he de consagrarme a mis dos hermanos, de los cuales el uno está con-

denado a deportación y el otro en peligro de muerte. Pero pronto también habré de dejar esta ciudad, quizá para mucho tiempo. Así que vamos a depedirnos, señores. Convengamos aquí, junto a la piedra de Ilíuschin, no olvidar nunca: primero, a Ilíuschechka, y luego, no nos olvidemos tampoco unos de otros. Y sea de nosotros lo que fuere en la vida, aunque luego llevemos veinte años sin vernos..., nos acordaremos, sin embargo, de que dimos sepultura a un pobre chico, al que antes le habíamos tirado piedras, ¿recuerdan ustedes?, allí en el puente..., para luego quererlo todos tanto. Era un buen chico, bueno y animoso; tenía el sentimiento del honor, y sufrió en lo vivo y se sublevó por la terrible ofensa inferida a su padre. Así que lo primero que haremos, señores, será tenerlo presente toda la vida. Y aunque nos reclamen los más graves asuntos, ya escalemos la cúspide de los honores o caigamos en la mayor desgracia..., será igual; no olvidéis qué a gusto estuvimos aquí una vez, todos juntitos, unidos por un bueno y noble sentimiento, de que también a nosotros nuestro amor a ese pobre chico nos había hecho mejores de lo que en realidad somos. Palomitos míos—permitidme que os llame así—, palomitos, ya que todos sois muy parecidos a ellos, a esas azules avecillas, ahora, en este instante en que contemplo vuestras simpáticas caritas llenas de ingenuidad..., hijitos míos, puede que no entendáis lo que os estoy diciendo, pues muchas veces hablo de un modo incomprensible; pero, a pesar de todo, no lo olvidéis, y luego, alguna vez, les daréis la razón a mis palabras. Habéis de saber que nada hay más elevado, fuerte y sano, ni más provechoso para el ulterior curso de la vida, que algún buen recuerdo, y especialmente los que arrancan de la infancia, de la casa paterna. Os hablan mucho de vuestra educación; pero un recuerdo así de bello, así de santo, conservado desde la infancia, puede que sea la educación mejor. Quien atesora muchos recuerdos de esa índole es hombre salvado para toda su vida. Y, aunque sólo nos quede en nuestro corazón un buen recuerdo de esos, puede valernos un día para nuestra salvación. Es posible que nos volvamos luego malos, que no tengamos valor para abstenernos de una mala acción, y nos riamos de las lágrimas humanas y de esas criaturas que dicen, como antes dijo Kolia: "Quiero padecer por todos los hombres", y hasta les tengamos rencor. Pero por malos que fuésemos, no lo permita Dios, al recordar que dimos sepultura a Ilíuscha, lo que le amábamos los últimos días y lo afectuosamente que hemos estado conversando todos juntos en torno de esta piedra, el más duro y burlón de nosotros, si es que llegamos a serlo, no se atreverá, a pesar de todo, a reírse en sus adentros de haber sido bueno e ingenuo en el presente instante. Es más: puede que este solo recuerdo le libre de un gran mal y recapacite y diga: "Sí, enton-

ces era yo bueno, animoso y honrado." No importa que se ría para sus adentros, que el hombre suele reírse de todo lo bueno y noble; pero eso sólo lo hace por puro aturdimiento; pero os aseguro, señores, que en cuanto se le pase la risa ya estará diciendo en su corazón: "No; hago mal en reírme, puesto que de esas cosas no es posible reirse."

—Sin falta alguna lo haremos así, Karamázov; le comprendo a usted, Karamázov—exclamó, con relumbrantes ojos, Kolia.

Los chicos estaban emocionados y también querían decir alguna cosa, pero se contuvieron, mirando atenta y tiernamente al orador.

—Esto lo digo por el miedo de que nos volvamos malos—prosiguió Alíoscha—; pero ¿por qué hemos de volvernos malos? ¿Verdad, señores? Seremos, en primer lugar y ante todo, buenos, y después... no nos olvidaremos jamás unos de otros. Vuelvo a repetirlo: yo, por mi parte, os doy palabra, señores, de no olvidar a ninguno de vosotros, de recordar cada una de las caras que en este momento me miran, aunque pasen treinta años. Hace poco le dijo Kolia a Kartáschov que no queríamos saber "que existe en el mundo". Pero ¿acaso puedo yo olvidar que Kartáschov existe en el mundo, y ya no se ruboriza como cuando descubrió Troya y me está mirando con sus alegres y dulces ojillos? Señores, queridos señores míos, seamos todos generosos y atrevidos como Ilíuschechka; inteligentes, atrevidos y generosos como Kolia (que será mucho más inteligente según vaya siendo mayor), y seamos tan vergonzosicos, pero inteligentes y buenos, como Kartáschov. Pero ¿por qué me refiero a ellos dos solos? Todos vosotros, señores, me seréis caros desde ahora; a todos los acogeré en mi corazón, y a todos os ruego me llevéis en el vuestro también. Pero ¿quién nos une en este buen sentimiento, que de ahora en adelante hemos de recordar siempre toda nuestra vida, y hacernos intención de recordar, quién sino Ilíuschechka, ese buen chico, ese chico simpático, que ya por siempre nos será querido? No lo olvidaremos nunca; eterno y buen recuerdo guardarán de él nuestros corazones de ahora para siempre.

—¡Así, así, eterno!—exclamaron todos los chicos con sus agudas vocecitas y las caras enternecidas.

—Recordaremos su cara y su traje, y sus pobres botitas, y su féretro, y a su desventurado y pecador padre, y lo atrevidamente que salió en su defensa contra toda la clase.

—¡Nos acordaremos, nos acordaremos!—volvieron a exclamar los chicos—. Era valiente, era bueno.

—¡Ay, cuánto le quería yo!—exclamó Kolia.

—¡Ay, hijitos; ay, queridos amigos, no le temáis a la vida! ¡Qué buena es la vida cuando haces algo bueno y justo!

—Sí, sí—repitieron con entusiasmo los chicos.

—¡Karamázov, nosotros le queremos!—exclamó sin poder contenerse una voz, al parecer la de Kartáschov.

—Le queremos, le queremos—asintieron todos. Muchos tenían los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Hurra por Karamázov!—gritó, fervoroso, Kolia.

—¡Y eterna memoria para el muertecito!—añadió Alíoscha con pesar.

—¡Eterna memoria!—repitieron los muchachos.

—Karamázov—gritó Kolia—, ¿es verdad que la religión dice que hemos de resucitar todos de entre los muertos, y viviremos de nuevo, y volveremos a vernos unos a otros, y a todos, y a Ilíuschechka también?

—Cierto que resucitaremos: sin duda que nos veremos de nuevo, y con alegría nos contaremos todo lo que haya pasado—respondió Alíoscha, medio en broma, medio en serio.

—¡Ay, que gusto ha de ser eso!—se le escapó a Kolia.

—Bueno, pero ahora demos por terminados los discursos y vayamos al convite fúnebre. No os preocupéis por que hayamos de comer pasteles. Es una antigua, sempiterna costumbre, y tampoco está mal—rio Alíoscha—. Pero vamos allá. ¡Mirad, vamos ahora cogidos de las manos!

—Y eternamente así toda la vida cogidos de las manos. ¡Hurra por Karamázov!—volvió a gritar con entusiasmo Kolia, y una vez más todos los chicos volvieron a corear su exclamación.

F. M. DOSTOYEWSKI: *LOS HERMANOS KARAMAZOV*

MODOS DE RELACION HUMANA

Nacimiento de la ciudad

Bien. La vida en comunidad, la vida en común, no se agota en esas dos asociaciones: en la familia en que nacéis y en el grupo, pandilla o como queráis llamarle, a que pertenecéis. En realidad, la vida comunitaria, la sociedad, abarca a todos los hombres. Tiempo hubo en que grupos enteros de pueblos vivían aislados, separados entre sí, ignorantes unos de otros. Hoy esa situación ya no es posible. Hoy la sociedad humana es una. Abarca la tierra entera y aún quiere emigrar de ella y cubrir espacios insospechados. La sociedad humana se siente poderosa y ejerce su poder ante su propio asombro.

No se pertenece a la sociedad de los hombres desordenadamente, por las buenas, porque se está en ella, sino con un orden, mediante una serie de instituciones, de realidades, a las que se pertenece. Una de ellas la conocéis muy bien, porque constituye vuestro espacio inmediato, el espacio en que vivís, en que actuáis. Es la ciudad, vuestra ciudad. Grande, inabarcable, o pequeña, pequeñita. Gran ciudad o pueblo. Algunos de vosotros apenas conoceréis, de la vuestra, más que vuestro barrio, y esos aledaños por los que, en grupo, os aventuráis a veces, o esas calles lejanas y magníficas a que, un día, os llevaron vuestros padres, o esos parques en los que habéis jugado una tarde con los chicos de vuestra clase. Otros, en cambio, conocen la suya como la palma de la mano; no hay para ellos rincón inédito. La han recorrido cien veces; la recorrerían, con los ojos vendados, como Perico recorre su casa. Son dos modos distintos de estar en la ciudad, pero lo esencial es estar en ella, pertenecer a ella. Porque, lo mismo que se pertenece a una familia y a una pandilla, se pertenece a una ciudad. La ciudad nos forma, nos imprime su sello. ¡Cuánto de lo que somos se debe a nuestra ciudad!

Pero no es sólo eso. Si la familia es el núcleo de la vida natural, la ciudad lo es de la vida histórica. Mientras no existen ciudades no existe historia. Las primeras memorias que el hombre deja de sí son memorias ciudadanas. ¿Qué hubo antes de la ciudad? ¿Cómo vivió el hombre? ¿Qué fueron la horda, la tribu y otras formas primitivas de asociación? ¿Qué era el hombre en ellas? La respuesta sólo puede ser hipotética porque los componentes de la horda, de la tribu, no dejaron de sí más que testimonios mudos, utensilios milagrosamente conservados. Imaginamos lo

que fueron por analogía con pueblos actuales que conservan esos modos de asociación. Imaginaria es también, aunque acaso bastante próxima a la verdad, la descripción siguiente de lo que pudo ser un poblado primitivo, cuando aún no existían ciudades. Un poblado del que, a lo largo de muchos años, una ciudad pudo nacer:

Nos hallamos ahora en los alrededores del año 50000. Todo está listo para que el Hombre Sabio *(Homo sapiens)* haga su entrada en el mundo. Todavía no lo han encontrado los antropólogos, pero existe indudablemente en algún lugar de Asia o de Africa; el progreso de la humanidad no ha sido jamás sincrónico, y todavía hoy el ciudadano de París y el de Nueva York son contemporáneos de los antropófagos del Amazonas. Lo que sucede es que todavía no hemos explorado los hombres civilizados de los alrededores del año cincuenta mil, y que, en Europa y Africa, sólo podemos estudiar los restos de los neandertalianos. Pero si admitimos que existen, no en concepto de "primeros hombres", sino de habitantes de la prehistoria, saludémosles, antes de abandonarlos como los representantes posibles de los últimos dos o tres cientos de milenios.

En las proximidades de un arroyo (porque carecen de vasijas para transportar el agua) se han sentado mezclados en torno al fuego; mujeres y niños se afanan en recoger ramas con el fin de que este inapreciable fuego no se extinga nunca; pieles de animales están esparcidas por el suelo: no saben coserlas ni abotonarlas; si hace frío, se envolverán en ellas. Una gruta arrebatada a las fieras les asegura el abrigo. Los varones son de corta estatura (1,60 m.), aunque capaces de despiezar con una espina de madera de ébano el elefante hallado en un lago desecado, cerca de Verdens-ur-Aller; pero no creamos que, como David a Goliat, atacaban de frente a semejantes monstruos; previamente los hacen caer en una trampa. Si el elefante anda escaso (o el ciervo, o el rinoceronte), el hombre neandertaliano sabe que necesita de animales más pequeños: liebres, conejos cazados con la mano, ratas, lagartos, ranas... Añadamos a las habituales comidas prehistóricas nueces, ciruelas, cerezas, champiñones, huevos de pájaros y pájaros cogidos en el nido, porque, si vuelan, se pierden. El hombre manifiesta ya su regia universalidad: come de todo.

Sus casas son resúmenes del arte moderno neolítico. Las vigas aferradas con fuertes clavijas, pegadas con mortero, reforzadas con tirantes, sostienen techos de paja, juncos, de caña o de cortezas de árbol. Los suelos están hechos de arcilla; los muros, de ramas cubiertas de arcilla. Un aldeano neolítico se hallaría como en su casa en una choza de Auvernia. Encontraría allí todo lo que inventó: potes de barro, utensilios de

cobre, palancas, tenazas, escalas, poleas y ruedas, su obra maestra. Su mujer, con el trigo recolectado por ella misma, fabrica tortas; hila en su rueca de piedra pulida el lino y la lana; teje la tela de sus batas, la tiñe del más bello color rojo con jugo de cerezas, se adorna con collares de perlas o de conchas.

A su alrededor los niños juegan con los perros, cacarean las gallinas, balan los carneros, gruñen los cerdos y rumian las vacas. Hombres y animales viven en comunidad, como todavía puede verse hoy en algunos sitios.

JEAN DUCHI: *EL ANIMAL VERTICAL*

Los hombres de este poblado prehistórico están todavía muy lejos de la civilización, de lo que hacen las ciudades. Han puesto sus cimientos: nada más. El camino hasta la ciudad es muy largo, muy obscuro, muy penoso. Las ciudades aparecen—según sabéis—cuatro mil años, más o menos, antes de Cristo. Próximas a los grandes ríos, en medio de tierras fértiles. ¡Qué gran ejemplo de convivencia nos da la historia de las ciudades! El hombre que cazaba a su semejante se acomoda a considerarlo como vecino, como conciudadano. Buena parte de su vida la hace en común con los otros; y de esta comunidad van surgiendo todas esas relaciones humanas, todas esas instituciones que constituyen la civilización. Interiormente, funcionalmente, las ciudades han cambiado muy poco. Sus cambios exteriores han sido muchos y enormes. Los veremos luego. De momento, nos interesa lo perdurable, lo que se refiere a las puras relaciones humanas, a la vida colectiva dentro de la ciudad. Primeramente, a esa idea, tan antigua como la ciudad misma, de que es algo sagrado. ¿Habéis leído alguna historia de la colonización española en América? ¿No recordáis que la fundación de una ciudad va precedida de una ceremonia religiosa, de una bendición, sin la cual la ciudad no se funda? Esa idea de la ciudad como algo religioso podéis verla estudiada en las páginas siguientes:

Ciudad y urbe no eran palabras sinónimas entre los antiguos. La ciudad era la asociación religiosa y política de las familias y de las tribus; la urbe era el lugar de reunión, el domicilio y, sobre todo, el santuario de esta asociación.

Conviene no forjarnos de las urbes antiguas la idea que nos sugieren las que vemos erigirse en nuestros días. Si se construyen varias casas resulta una aldea; insensiblemente aumenta el número de casas, y resulta la urbe; y si es preciso la rodeamos de fosos y murallas. Entre los antiguos la urbe no se formaba a la larga, por la lenta incorporación de hombres y de construcciones. Fundábase la urbe de un solo impulso, entera, en un día.

Pero era preciso que antes estuviese constituida la ciudad, que era la obra más difícil y ordinariamente la más larga. Una vez que las familias, las fratrías y las tribus habían convenido unirse y tener un mismo culto se fundaba al punto la urbe para que sirviese de santuario a ese culto común. Así, la fundación de una urbe era siempre un acto religioso.

Tomemos por primer ejemplo a la misma Roma, no obstante la ola incrédula que acompaña a esta antigua historia. Se ha repetido frecuentemente que Rómulo era un jefe de aventureros, que se hizo un pueblo atrayendo en torno suyo a vagabundos y ladrones, y que todos esos hombres, reunidos sin seleccionar, edificaron al azar algunas cabañas para guardar el botín. Pero los escritores antiguos nos ofrecen los hechos de otra manera; y nos parece que, si se quiere conocer la antigüedad, la primera regla debe ser sustentarse en los testimonios que de ella proceden. En verdad, estos escritores hablan de un asilo, es decir, de un recinto sagrado, donde Rómulo admitió a todos los que se presentaron; en lo cual observó el ejemplo que muchos fundadores de ciudades le habían dado. Pero ese asilo no era la ciudad; ni siquiera se abrió hasta que la ciudad estuvo fundada y completamente edificada. Era un apéndice añadido a Roma, no Roma. No formaba parte de la ciudad de Rómulo, pues ésta se encontraba en la ladera del monte Capitolino, mientras que la urbe ocupaba el otero del Palatino. Conviene distinguir bien el doble elemento de la población romana. En el asilo están los aventureros sin fuego ni hogar; sobre el Palatino están los hombres venidos de Alba, esto es, los hombres ya organizados en sociedad, distribuidos en gentes y en curias, que tienen cultos domésticos y leyes. El asilo no es más que una especie de aldea o arrabal donde las cabañas se alzan al azar y sin regla; sobre el Palatino se eleva una ciudad religiosa y santa.

El primer cuidado del fundador consiste en escoger el emplazamiento de la nueva ciudad. Pero esta elección es cosa grave y se deja siempre a la decisión de los dioses. Si Rómulo hubiese sido griego habría consultado al oráculo de Delfos; samnita, vecino de los etruscos, iniciado en la ciencia augural, demanda a los dioses que le revelen su voluntad por el vuelo de los pájaros. Los dioses le designan el Palatino.

Llegado el día de la fundación, empieza ofreciendo un sacrificio. Sus compañeros forman fila a su lado, encienden fuego de zarza y uno tras otro brincan sobre la llama ligera. La explicación de este rito es que, para el acto que va a realizarse, se necesita que el pueblo esté puro; ahora bien, los antiguos creían purificarse de toda mácula física saltando sobre la llama sagrada.

Cuando esta ceremonia preliminar ha preparado al pueblo para el gran acto de la fundación Rómulo traza un pequeño agujero de forma circular y arroja en él un terrón que ha traído de Alba. Luego cada uno de sus compañeros se acerca por turno y arroja, como él, una poca de tierra, que ha traído de su país de origen. Este rito es notable y nos revela en esos hombres un pensamiento que conviene anotar. Antes de llegar al Palatino habitaban en Alba u otra cualquiera de las ciudades vecinas. Allí estaba su hogar; allí los padres habían vivido y allí estaban enterrados. La religión prohibía abandonar la tierra donde se había establecido el hogar y donde los divinos antepasados reposaban. El hombre no podía trasladarse sin llevar consigo su suelo y sus abuelos. Era necesario que este rito se consumase para que pudiera decir, mostrando el nuevo lugar que había adoptado: "También ésta es la tierra de mis padres, *terra patrum*, patria; ésta es mi patria, pues aquí están los manes de mi familia".

El hoyo donde cada uno había echado un poco de tierra se llamaba *mundus*; esta palabra designaba especialmente en la antigua lengua religiosa la religión de los manes. De este mismo sitio, según la tradición, se escapaban tres veces por año las almas de los muertos, deseosas de volver a ver la luz.

Alrededor de este hogar debe elevarse la urbe, como la casa se eleva alrededor del hogar doméstico. Rómulo traza un surco que indica el recinto. También en esto los menores detalles están prefijados por el ritual. El fundador ha de servirse de una reja de bronce; el arado ha de ser arrastrado por un toro blanco y una vaca blanca. Rómulo, cubierta la cabeza y revestido con el traje sacerdotal, sostiene personalmente la mancera del arado y lo dirige entonando preces. Sus compañeros marchan detrás observando un silencio religioso. A medida que la reja subleva los terrones se les arroja cuidadosamente al interior del recinto para que ninguna partícula de esta tierra sagrada caiga en poder del extranjero.

Este recinto trazado por la religión es inviolable. Ni el extranjero ni el ciudadano tienen el derecho de rebasarlo. Saltar sobre este pequeño surco es un acto de impiedad; la tradición romana decía que el hermano del fundador había cometido este sacrilegio y que lo había pagado con la vida.

FUSTEL DE COULANGES: *LA CIUDAD ANTIGUA*

Una ciudad española

Hoy se viaja más que antaño, y lo que un hombre puede recorrer a lo largo de una vida es mayor que nunca. ¿Quién ignora hoy la existencia de pueblos y costumbres distintos de los nuestros? ¿Quién, al mentar la palabra ciudad, recuerda sólo la suya propia? Quien no ha viajado ha podido conocer otras ciudades gracias a los enormes medios de difusión de que gozamos. Por ejemplo, el cine. A muchas gentes que no han salido, que no saldrán de su pueblo, Nueva York, París, son imágenes familiares gracias al cine. Y el mismo cine les ha llevado reconstrucciones más o menos imaginarias de las ciudades desaparecidas o de las ciudades muertas. Si leemos algo acerca de la antigua Roma o de la antigua Atenas no necesitamos imaginar: nos basta recordar.

Muchas clases de ciudades ha levantado el hombre, muchas son sus fisonomías, sus arquitecturas, sus paisajes urbanos. El mero emplazamiento basta para configurar las ciudades de manera distinta, pues no es lo mismo la ciudad edificada junto a un río que esta otra levantada en una cima, o aquélla en la llanura, o la que está en el valle. El emplazamiento da forma y dirige el crecimiento. Madrid se desparrama por la llanura; Lisboa puebla las márgenes del río y trepa por las colinas; Nueva York, escasa de espacio, crece hacia arriba, hacia el cielo infinito. Tal vez se yergue como un castillo, tal se esconde entre árboles.

También influye la época de su fundación. Y el clima. Y las gentes que construyeron y poblaron, las gentes con sus recuerdos, con sus nostalgias y con sus saberes. En un lugar de la Mancha hay una plaza que parece traída de Flandes... porque, en las cercanías, existieron unas minas que explotaron capitalistas flamencos. Y en toda América hay ciudades que parecen españolas. Al hombre que se desplaza le gusta reconstruir a su alrededor, como habitáculo, lo que deja, quizá para siempre, y a lo que tiene amor. La reproducción alimenta el recuerdo y, a veces, llega a sustituir a lo reproducido. El que abandona su ciudad amada acaba por amar la que construyó a muchos miles de millas de distancia. A veces, hasta los nombres se repiten.

Un escritor actual, Camilo José Cela, nos describe con pluma insuperable una de nuestras ciudades antiguas más hermosas, Segovia. Estudiadla como ejemplo de ciudad medieval, de ciudad castillo y taller.

El vagabundo, por la ronda o camino de Santa Lucía, deja a su derecha a las murallas, con su puerta de Santiago enfrente, altaneras y bien plantadas sobre las rocas. El vagabundo piensa que quizá sea éste uno de los sitios mejores para verlas.

Poco más arriba, y en un recodo de la muralla, aparece el arco de San Cebrián, poético y gracioso. Detrás del arco de San Cebrián, y ya intramuros, queda el paseo del Obispo, con sus añorantes viejos, sus niños esperanzados y sus honestas niñeras sin ilusión.

A izquierda del camino, y siempre adelante, se presenta el convento de Santa Cruz la Real, hoy dedicado a la beneficencia, con su aire gótico, su tanto monta, monta tanto, sus yugos y sus flechas. Torquemada, el primer inquisidor general, fue prior de este convento. En la iglesia se guarda el sepulcro de San Corbalán.

Detrás de la Santa Cruz el vagabundo se topa con una capilla por la que se entra a la cueva donde Santo Domingo de Guzmán hacía penitencia. A esta cueva vino como peregrina, y en ella entró en éxtasis, Santa Teresa de Jesús.

La muralla, a estas alturas, aparece derruida y románticamente tapizada de hiedra. El postigo Picado, o postigo de San Matías, y, poco después, el postigo de San Juan, aún se distinguen, ciegos como los ojos sin luz, en la muralla. A la izquierda deja el vagabundo al viejo barrio de San Lorenzo, con su iglesia románica, y más allá, y al otro lado del río, queda el convento de San Vicente, de monjas bernardas, el más antiguo convento segoviano y que, según la tradición, se levanta sobre las ruinas del templo de Júpiter.

Doblando el recodo que hacen la muralla y la ronda de Santa Lucía, el vagabundo ve ante sus ojos el barrio del Salvador, con las torres del Salvador y de San Justo, hospedaje de cigüeñas, sus callejas de nombre medieval y artesano y su leyenda del Cristo de los Gascones. En el siglo XIII, y en tierras de Francia, unos soldados alemanes y otros franceses encontraron, al mismo tiempo, una imagen de Cristo. Se pelearon por ella, pero, como la disputa no se resolvía, acordaron colocar al Cristo sobre una mula, para que se lo llevase hasta donde le pareciese mejor, comprometiéndose cada bando a respetar la decisión del animal. La mula echó a andar y, andando, andando, no paró hasta Segovia, hasta la iglesia de San Justo, donde cayó muerta. Los franceses y los alemanes, admirados del prodigio, se quedaron en Segovia para poder atender al Cristo, que desde entonces se llama Cristo de los Gascones. Aún queda, cerca de San Justo, el callejón de los Gascos o de los Gascones, a cuyo pie corre un canijo regato que, en tiempo, se llamó arroyo Alemán. El Cristo de los Gascones es sacado en procesión, el día de Viernes Santo, por la gente de curia.

En el barrio del Salvador, entre la Encarnación y el convento de misioneros, de donde parte la carretera de Segovia a Madrid, por La Granja, el puerto de Navacerrada y Villalba, nace el acueducto—al que Unamuno quería llamar aguaducho, por entender que era menos erudito—que, al principio, no levanta vara y media del suelo y que va tomando altura conforme el terreno cae. Los setenta y cinco primeros arcos forman la

parte más sencilla del acueducto, y entre ellos están los treinta y seis que tiró Almamún—o Yahya Ben Ismael Ben Dylinun Almamún—y levantó Escobedo; estos arcos reconstruidos son fáciles de señalar por su aire ojival.

Frente a la Academia de Artillería, antiguo convento de San Francisco, el acueducto, que pasa a ser de doble fila de arcos, dobla en ángulo para meterse, por la calle de Fernán García, hasta la plaza del Azoguejo, donde alcanza los veintiocho o veintinueve metros de su mayor altura.

El Azoguejo es una plaza irregular y graciosa, anárquica y enloquecedora, punto de carros y estación de autobuses, tabladillo de sacamuelas y escenario de pícaros y picardías, bolsa de trabajo y lonja de contratación de todo lo que se puede—y aun de mucho de lo que no se puede ni se debe—comprar y vender, y recreo y distracción de vagos, de forasteros y de arbitristas. Don Fermín Caballero, hace ya más de un siglo, al repasar la geografía cervantina, dijo que el Azoguejo era plazuela muy concurrida de antiguos prestidigitadores y buscavidas manidiestros.

... ...

El acueducto con dos filas de arcos es el motivo heráldico que los segovianos pintaron en su escudo. Su aspecto, desde el Azoguejo, es realmente impresionante, y al vagabundo nada le extraña que un poeta romántico—Víctor Hugo, hijo de uno de los generales de Napoleón que pasaron por Segovia—, desmelenándose al contarlo, le pusiera una fila más, quizá por aquello de que no hay dos sin tres, y quizá también porque los poetas suelen ser gentes aficionadas a tomarse licencias, a falta de cosa de mayor substancia.

Después del Azoguejo, el acueducto se mete por el postigo del Consuelo, recientemente reconstruido, para perderse y reaparecer más tarde, como un Guadiana de piedra, en los tres últimos arcos que se ven en la plazuela de Avendaño.

El número de arcos es algo que el vagabundo no se entretuvo en contar. Quienes lo hicieron no están muy de acuerdo, aunque parezca raro, y unos hablan de ciento cuarenta y ocho, otros de ciento cincuenta y nueve, otros de ciento sesenta y tres, otros de ciento sesenta y seis, y otros de ciento setenta, que es alrededor de lo que debe de andar la cosa.

... ...

De la plaza del Azoguejo, y por debajo del acueducto—que desde hace veinticinco años vuelve a llevar la sutil agua de la Fuenfría sobre el entrecuesto—, el vagabundo sale por la calle de San Juan a la plaza del conde de Cheste, donde están las dos casas que se disputan, más o menos platónicamente, el nombre de Casa de Segovia: la que hoy se

llama así y en la que tuvo su imprenta, en el siglo XVIII, el grabador Antonio de Espinosa, y la que, según su dueño, el marqués de Lozoya, así se llamó y fue, probablemente, tribunal de la Inquisición en el siglo XV.

En la misma plazuela están también el caserón que fue de los marqueses de Quintanar, donde hoy se vienen dando los cursos de verano para extranjeros, y el palacio de los condes de Cheste, con su portada gótica.

Por la plaza, rodeados de misterio y de meditabunda y contenida alegría, tres niños juegan, casi en silencio, mientras las golondrinas dibujan torres sobre las torres, languidece la hierba a ras del santo suelo y el musgo verdea entre los negros y fríos gatos de los tejados.

El vagabundo, al ver los niños de la plazuela del conde de Cheste, se alegra al recordar las palabras que el viejo Antonio Machado, el hombre más bueno del mundo, escribió en Segovia, en la Segovia que le vio caminar, gravemente pensativo, durante catorce largos años de su vida: "En estas viejas ciudades de Castilla, abrumadas por la tradición, con una catedral gótica y veinte iglesias románicas, donde apenas encontráis rincón sin leyenda ni una casa sin escudo, lo bello es siempre, y no obstante—¡oh poetas, hermanos míos!—, lo vivo actual, lo que no está escrito ni ha de escribirse nunca en piedra: desde los niños que juegan en las calles—niños del pueblo, dos veces infantiles—y las golondrinas que vuelan en torno de las torres, hasta las hierbas de las plazas y los musgos de los tejados". El vagabundo—¡que Dios y don Antonio le perdonen!—se permite el lujo de pensar lo mismo. El vagabundo, como es pobre de solemnidad, tiene, a veces, raros caprichos de los que procura no privarse.

Por una callecita humilde y entre altas tapias de jardines el vagabundo sale hasta la plaza de Colmenares, sobre la muralla y encima de la ronda de Santa Lucía, del barrio de San Lorenzo y del ya casi lejano Eresma, que corre entre sus gráciles, entre sus airosos chopos alabarderos.

CAMILO JOSE CELA: *JUDIOS, MOROS Y CRISTIANOS*

La capital de España

Y ésta que os describe ahora un gran pensador moderno, Pedro Laín Entralgo, con pluma elegante y precisa, es Madrid. Se os pone aquí su descripción porque Madrid es capital de España y todo país se halla simbolizado y representado por su capital. Hay un momento en su historia en que la capital deja de pertenecer a sus moradores propiamente dichos para hacerse obra y propiedad de todos. A Madrid acuden todos los españoles y en Madrid van dejando sus huellas, van imprimiendo matices y pequeñas diferencias, de tal modo que en él encuentren todos cobijo y holgura espiritual. Todos queremos venir a Madrid, todos empezamos por hallarnos incómodos en él. Pero, un buen día, nos encontramos mejor, más confortables, más asistidos de lo que es nuestro y nos parecía lejano. No es sólo que hayamos ampliado nuestras amistades o que hayamos tropezado con paisanos nuestros; es que, además, Madrid empieza a ser nuestro porque descubrimos en él el reflejo de nuestra ciudad natal: esta calle, este rincón, este olor que son *los nuestros. A partir de este momento somos un poco de Madrid y Madrid es un poco nuestro.*

Mirad un momento el plano de Madrid. Veréis en él—aceptadme, os lo ruego, esta pedantería botánica—una inmensa hoja palminervia y palmihendida, la hoja de parra con que cubre su árida desnudez el cuerpo de Castilla. El pecíolo de esta hoja de parra, interrumpido por la estrecha ribera del Manzanares, está constituido por la Casa de Campo y la plaza de Oriente; es centro u ombligo de la nerviación foliar la superficie del triángulo que se extiende entre el edificio de la Capitanía General, la iglesia de la Encarnación y la Puerta del Sol; son, en fin, nervios principales las calles de la Princesa, San Bernardo, Hortaleza, Alcalá, Atocha, Embajadores y Toledo.

¿Quién ha dado a Madrid esta aproximada configuración foliar de su plano? No ha sido un plan, sino el capricho sucesivo de sus hacedores, o, si se quiere, una serie de planes, cada uno de los cuales ha buscado su primera peculiaridad—hasta ahora, cuando menos—en desconocer todo lo posible la existencia y la viabilidad de los anteriores. Si todo plan humano es, por definición, un acto en que se cuenta con el futuro, los planes de los sucesivos hacedores de Madrid fueron siempre una constante lucha, una lucha vana y dramática contra un futuro que casi por necesidad histórica había de empeñarse en desconocerlos; lo cual ha sido tanto más grave y significativo cuanto que la edificación de Madrid comenzó hace tres siglos y medio, a la hora en que ya se

había iniciado entre los europeos el hábito de calcular y prever a largo plazo sus obras sobre la tierra. Madrid, por obra de su condición campamental, ha sido un permanente Adán de su propia vida. Quien sepa comparar el plano de Madrid con los planos de París, de Viena o de Buenos Aires tendrá ante sus ojos la prueba suficiente.

La energía actualizadora de Madrid se expresa también en la irregular dispersión de sus monumentos arquitectónicos. Cada una de las situaciones históricas que ha vivido Madrid ha dejado en la figura de la ciudad algún testimonio pétreo de su capacidad creadora y de su estilo: del Madrid austríaco quedan, con la Plaza Mayor, los palacios de Santa Cruz y de la Villa; el Madrid dieciochesco e ilustrado dejó el Palacio de Oriente, el Museo del Prado, la Casa de la Aduana, San Francisco el Grande, el Observatorio, la Puerta de Alcalá; el Madrid napoleónico y fernadino, la Puerta de Toledo; el Madrid isabelino, el Palacio de las Cortes y la Biblioteca Nacional; el de la Restauración, el Banco de España. ¿Puede descubrir alguien la existencia de un plan en la necesaria dispersión topográfica de todas estas edificaciones? ¿Cuántas de ellas han sido emprendidas contando con una perspectiva posible en lo futuro? ¿Cuántas han gozado luego de la perspectiva que al planearlas se previó? Las huellas visibles del pasado de Madrid, tan dispersas e inconexas, demuestran con ello lo que antes dije: son testimonio del recuerdo de ese pasado, en modo alguno prenda visible de su tradición.

Dejad por un momento las calles y las edificaciones que pasan por características de Madrid; dejad, sobre todo, esa pretensión cosmopolita de la Gran Vía. Un día de verano, cuando el sol hiere sin piedad el ámbito de las calles más anchas, buscaréis alivio a vuestro sudor y elegiréis las calles estrechas y umbrías. Tal vez, por azar, sean éstas las que rodean a la iglesia de Santiago; calles de Biombo, de los Señores de Luzón, de Santiago, del Espejo. ¿Estáis entonces en Madrid? ¿Contempláis un rincón de ciudad andaluza? Si la acuidad del calor ha adormecido levemente la clara vigilia de vuestra conciencia—lo cual no es insólito durante nuestro estío—, acaso no sepáis resolver ese dilema geográfico. Otra vez penetraréis en una de las angostas vías que van transversalmente desde la calle de San Bernardo a la de Fuencarral: Palma, San Vicente, Espíritu Santo. Hay en una de ellas cierta tapia baja, encalada, sobre cuyo borde asoman su follaje los impacientes arbustos de un jardinillo interior. ¿Qué ciudad estáis viendo? ¿No sentís la impresión de caminar por una de esas calles sevillanas acostadas hacia la ribera de la Barqueta: calles de Santa Clara, de San Vicente, de Teodosio?

Otras zonas de Madrid tienen el corte y la atmósfera de esos barrios porteños exentos de circulación rodada, húmedos, llenos de rumores humanos, olorosos a marisco y fritura. Tal es el mundo que sugieren al buen conocedor de España las calles de la Victoria, de Cádiz, de Fernández y González, de Echegaray. Todas ellas representan en el mosaico madrileño otras tantas zonas urbanas de Barcelona, de Gijón, de Cartagena, de La Coruña. Madrid, tan poco marinero, tan terrestre, cumple su destino de espejo y símbolo copiando como puede algo de la condición marinera de España. Más fácil le resulta adoptar la traza ancha, abierta y humilde de los pueblos manchegos, y así es tan fielmente castellana nueva y manchega la franja meridional de Madrid, desde la calle de Santa Isabel hasta la de Segovia, siguiendo el contorno de las Rondas, como es toledano el Madrid en torno a la plaza del Cordón. Y, aunque pasme a muchos, confesaré que en más de una ocasión he sentido en las afueras de Madrid el pálpito de hallarme en las inmediaciones de una ciudad levantina. ¿No evoca las afueras de Valencia, por ejemplo, ese triángulo semiedificado que limitan las calles de López de Hoyos, Francisco Silvela y María de Molina, con su luz, su claro color, sus dispersas masas de verdura y una valiente palmera, tan terca y magníficamente empeñada en desconocer los seiscientos cincuenta metros que la levantan sobre el mar alicantino?

Madrid, actualidad y recuerdo de España. Madrid, también, compendio, espejo, símbolo de España. Lo sentiréis en lo más vivo de vuestra alma—con honda claridad, con casi tangible delicadeza—si os decidís a una mínima excursión urbana. Elegiréis un día fresco y soleado; no es difícil hallarlo durante la primavera y el otoño de Madrid. Esperaréis la hora del crepúsculo vesperal, cuando la luz, más azul unos días, más rosada otros, todavía permite reconocer con precisión figuras y colores. Entonces os dirigiréis andando y, si podéis, en compañía amistosa, hacia el Museo del Prado. Tal vez os convenga hacer breve estación ante la fachada de la escalinata; cumplida la cual buscaréis la puerta principal del Museo, a espaldas de la estatua sedente de Velázquez. Haced allí nuevo y más largo detenimiento. La visión de la gracia mesurada que la fábrica del edificio tiene habrá puesto en vuestro espíritu orden y armonía. Contemplaréis luego lo que resta de aquellos cuatro hermosos cedros que D'Ors puso definitivamente entre los cien mejores árboles del mundo—"¡cuán altos árboles éstos, cuán nobles, dignos y profundos!", ha dicho de ellos—, y esta contemplación de la nobleza vegetal dará nobleza al sentimiento de vuestra propia vida. Miraréis, por fin, a través

de las seis estupendas columnas dóricas, la penumbra semiiluminada del pórtico central, y esa penumbra os hará sentir en vuestra alma el misterio de las cosas y vuestro propio misterio.

PEDRO LAIN ENTRALGO: *LA GENERACION DEL NOVENTA Y OCHO*

La ciudad de los rascacielos

¿Y Nueva York? ¡Ese centenar de rascacielos pujantes como torres de castillos! ¡Esas calles, hondas y aparentemente estrechas, que entre ellos se dibujan como surcos! Los contornos del río, las islas, los puentes... ¿Qué habrá ahí? ¿Cómo serán los millones de hombres que la pueblan? Todos nos hemos estremecido cuando, desde el barco o desde el avión, el cine nos ofrece una imagen fugaz de Nueva York. Nos gustaría que la cámara se acercase, que nos describiese una calle tras otra, un barrio y otro barrio, el centro y el suburbio, los lugares donde los hombres se apretujan y aquellos otros que van quedando solos. El paso rápido del elevado nos sorprende más que el subterráneo. ¿Qué habrá en Nueva York? Involuntariamente, nuestra imaginación, nutrida de historias cinematográficas, se pierde, hasta agotarlas, en esas figuras, casi míticas, de la delincuencia en gran escala. Pero sabemos que Nueva York, como cualquier ciudad, es mucho más que sus defectos. Allí trabajan millones de hombres, allí sufren y se alegran, allí se aburren y se divierten como en tu ciudad, exactamente igual, aunque quizá con más ruido. De todos modos, saber esto no nos tranquiliza ni nos convence de que el viaje a Nueva York es una vulgaridad. Nos gustaría ir.

Nueva York es la ciudad moderna por excelencia. En ninguna otra podemos imaginar con mayor propiedad la colaboración de la técnica, el triunfo de la civilización mecánica. Cuando alguien nos trae un objeto de Nueva York lo examinamos con más curiosidad que si procede de otra parte, lo examinamos con emoción. De lo que viene de Nueva York lo esperamos todo, lo increíble y lo que es casi milagroso. Nueva York es un símbolo de nuestra civilización.

Un gran escritor francés, Paul Morand, le dedicó un libro. De él entresacamos unas cuantas páginas en que se describen aspectos conocidos o inéditos de la gran urbe. Esas pocas páginas nos proporcionan imágenes nuevas, pero, además, nos comunican la palpitación de la ciudad y de sus hombres, que, más o menos apresurados, son hombres como nosotros. Podemos hacer lo que ellos hacen. Podemos entendernos con ellos.

Al norte de la plaza hay una pradera de forma oval, rodeada por una delicada verja inglesa del siglo XVIII, de la que han arrancado las coronas reales: en Bowling-Green, el más viejo de los parques de Nueva

York, la matriz de donde sale Broadway. Allí es donde Manhattan fue comprada a los indios; allí es donde se celebraba la antigua feria de ganado; allí también es donde fue derribada la estatua de bronce de Jorge III, con la que los revolucionarios forjaron balas.

Entre la explanada y los primeros rascacielos de Broadway y de Wall Street, en los números 6, 7 y 9, unas cuantas casas viejas de tres pisos han sido respetadas. Detrás se abren los barrios orientales, sirios y griegos, por donde pasaremos más tarde. No lejos de allí está la bonita casa de saledizo de la Misión de Jóvenes Irlandesas, con su antigua columnata de madera, su marquesina y su balcón de hierro forjado. ¡Qué contraste con el Nueva York de hoy, que levanta sobre ella, amenazadores, sus primeros rascacielos como escaleras sin barandilla sobre el azul implacable de un cielo de invierno indio! Vistos de perfil, parecen estar recortados sobre cartón y carecer de espesor. Entre ellos, a la altura del primer piso, flexible como una víbora anaranjada, se insinúa el ferrocarril aéreo. Desde aquí los ruidos comerciales de la Ciudad Baja se atenúan en beneficio de los ruidos marinos: sirenas, cabrias, chillidos de gaviotas, golpeteos de la rueda de aspas de los transbordadores. Frente al mar y al sol, un contraluz de plata me ciega, de donde emerge la estatua de la Libertad, mientras en el horizonte, escondido en la niebla, un gran transatlántico, con prisa por llegar antes de anochecer, requiere al práctico con rugidos de animal en celo.

La Batería es uno de los sitios más poéticos de Manhattan; no conozco otro más dulce ni más esencial, como no sea Washington Square. Piensan gastar mucho dinero para embellecerla y erigir allí un monstruoso altar a la inmigración. La Batería debiera ser conservada tal como está, como un lazo de unión sentimental entre Europa y América.

En el momento de hundirme en la sima helada de Broadway no pude resignarme a ello, de lo grato que resultaba calentarse allí al sol. Iba a salir un barco para Ellis Island y para la estatua de la Libertad. Llevaba yo precisamente en el bolsillo una carta para el director de Inmigración; franqueé la pasarela.

Me alejé de la orilla en la vieja barcaza de madera, pintada de verde, con un piloto borracho, unas ventanillas que golpeaban con el viento y una puerta abierta que dejaba ver los más antiguos retretes de América, tan sucios como los de Europa. Nueva York se alejaba. A mi izquierda extendíase el Hudson (o río del Norte), sin puentes; a mi derecha, el río del Este, atravesado por el arco metálico de Brooklyn, que en la niebla aparecía aumentado como un arco iris doble, por un segundo puente, el de Manhattan; frente a mí se escalonaban los rascacielos, re-

ciendo a medida que me aproximaba. La Standard Oil dominaba con su campanil cónico, de cuatro obeliscos, todas aquellas torres cuadradas. Antiguos rascacielos cúbicos, parecidos a pilas de tablas en las serrerías mecánicas, a orillas de los ríos, y otros nuevos, con sus pisos en disminución, como para escalar las nubes. Conservo un recuerdo luminoso y fortalecedor de la pirámide con escalones del Banker's Trust, de la torre Singer, del faro cuadrado de la Equitativa, del American Telegraph and Telephone, del Woolworth. No sólo les encuentro una belleza decorativa; me producen una honda satisfacción; no han crecido así por el gusto de asombrar a los extranjeros, de aterrar a los inmigrantes; si se han elevado hasta semejantes alturas es porque había que utilizar las últimas parcelas de una roca que iba a faltar; se han elevado, naturalmente, como el nivel de un río a medida que se reduce en el encajonamiento de sus márgenes.

Aquella tarde, al ponerse el sol, esa Libertad proyectaba una sombra sobre el mar... Nueva York se desvanecía en negro y en azul; el aire era tan templado que dejé marchar el barco, sin subir a él. Los rascacielos me hacían pensar en la arquitectura agrandada de ciertas colonias sionistas... Encima, una techumbre permanente de humaredas, colgantes. Enfrente, la isla del gobernador flotaba sobre el agua como una hoja de loto que tuviese por botón central, redondo y sonrosado, el antiguo fuerte Jay. Pensaba yo en 1917 y en 1918, en todos los apuestos soldados americanos que allí se embarcaron con destino a Francia. ¡Cómo habían crecido los nuevos rascacielos de Brooklyn desde hacía unos años! Comprendí lo que había querido decir Emerson al escribir que la belleza no es sino la expresión de la eficacia. Detrás de mí, la entrada de los estrechos, los Narrows, que cierran la bahía exterior de Nueva York, se hundían ya en algo tan tibio, que no se atrevía uno a pensar en una noche de invierno. Luego, el haz blanco de Sandy Hook, la segunda luz que ven los transatlánticos al llegar de Europa, después del barco-faro de Nantucket, apareció al mismo tiempo que las primeras estrellas.

Ante mí se abre una avenida que sería ancha si estuviese bordeada de casas europeas; dominada por edificios de treinta y cuarenta pisos, parece tan sólo una callejuela. El sol no entra en ella más que un momento, cuando está en el cenit, y entonces se ve mejor, en el fondo de ese desfile geométrico, un río humano que un deshielo instantáneo de las cimas irá a engrosar tres o cuatro veces al día. La masa de esas construcciones pesa sobre el transeúnte, y, si no le aplasta, le falta muy poco. Esos rascacielos, unidos por una simpatía de gigantes, se sostienen para ayudarse a subir, se arquean, se prolongan hasta el agotamiento de las

perspectivas. Intenta uno contar los pisos uno por uno, y luego, cansada la mirada, empieza a subirlos por docenas; levanta uno la cabeza hasta partirse el cuello, y el último que se ve no es, en realidad, sino el primero de una serie de terrazas en disminución, que sólo una visión de perfil o a ojo de pájaro podrían revelar.

¡Los rascacielos! Los hay femeninos y masculinos; unos parecen templos del Sol, otros recuerdan la pirámide azteca de la Luna. Toda la locura del crecimiento que aplasta sobre las praderas del Oeste las ciudades americanas y hace brotar hasta el infinito los suburbios vivíparos se expresa aquí en un impulso vertical. Estos infolios dan a Nueva York su grandeza, su fuerza, su aspecto porvenirista. Sin tejados, coronados de terrazas, parecen esperar globos dirigidos, helicópteros, hombres alados del porvenir. Se asientan verticalmente, como números, y sus ventanas, horizontalmente, como ceros cuadrados, y los multiplican. Anclados en la carne viva de la roca, con cuatro o cinco pisos bajo tierra, conteniendo en lo más profundo de ellos mismos sus órganos esenciales, dínamos, calefacción central, remachados en hierro al rojo, amarrados por cables subterráneos, vigas de gran sección, ejes de acero, se levantan, estremecidos todos por el temblor formidable de los pisos superiores; la furia de las tempestades atlánticas retuerce con frecuencia el marco de acero; pero ellos resisten, gracias a la flexibilidad de su armazón y a su delgadez ascética. Los muros han desaparecido, al no significar ya sostén alguno; esos ladrillos huecos, cuya construcción es tan rápida que puede levantarse un piso por día, no son más que un abrigo contra el viento, y ese granito, esos mármoles que guarnecen la base de los edificios no tienen sino unos milímetros de espesor y constituyen únicamente un adorno; los cielos rasos enlatonados están simplemente prendidos en las armaduras, y el techo es de hojas de acero. Toda madera está prohibida, hasta en el decorado: todo el esfuerzo, aumentado por la altura, está horadado por esas jaulas ígneas, atravesadas por una veintena de ascensores y tantos haces de cables eléctricos que diríase cabelleras... Mientras escribo estas líneas, habiendo salido de Nueva York hace tiempo, tengo aún en los oídos los ruidos de la taladradora que perfora en el hierro el agujero del roblón, manejada por un obrero enguantado, a caballo sobre el andamiaje aéreo, sin más herramientas que un cable eléctrico.

... ...

Es hora ya de almorzar. Las calles se llenan de nuevo. En Nueva York nadie vuelve a su casa al mediodía; se come en el mismo sitio, ya sea en las oficinas, mientras se trabaja, ya sea en los clubs, o ya sea en las cafeterías. Muchas casas tienen su cooperativa. Los banqueros toman un ligero

almuerzo en las habitaciones particulares que se reservan detrás de sus mostradores. A cada paso surgen *grills*, *chophouses* y restaurantes llamados *exchange-buffets*, donde cada cual declara al marcharse su consumición, sin más comprobación. En las casas de comidas populares millares de seres alineados devoran, con el sombrero puesto, en una sola fila, como en el establo, unos alimentos frescos y apetitosos por lo demás, por unos precios inferiores a los nuestros. Se arrojan sobre sus platos llenos de rollos de carne; detros de ellos, otras personas esperan a que desalojen sus sitios. En los bares automáticos me ha ocurrido con frecuencia almorzar, por unos diez francos, una hermosísima loncha de jamón caliente con maíz, fresas con nata batida, pastas vienesas y un excelente café tostado a la americana. Amemos estos bares con sus aparatos para devolver el cambio en monedas, el paseo de cada comensal con su plato, los empujones, el puré que le lanzan a uno al cuello, las sonrisas de las camareras con tipo de rubias enfermeras, la presencia de toda esa gente de la calle; el policeman que acaba de terminar su servicio y que coloca sobre la mesa su maza, ahora inútil; el joven vegetariano, tímido, que se parece a Lindbergh; la negra tan charolada como sus zapatos, y la mecanógrafa a quien su jefe no ha regalado todavía unas perlas; siento una gran debilidad por los americanos del pueblo; son los más agradables.

PAUL MORAND: *NUEVA YORK*

El mercado

Pese a las diferencias de tamaño que habréis advertido inmediatamente; pese a la antigüedad o a la modernidad de las piedras y de la vida que se hace entre ellas; pese a la abundancia o a la ausencia de instrumentos técnicos, algo habrá de común entre Nueva York y la capital de tu provincia para que ambas puedan llamarse ciudades. Quiérase o no, la asociación humana engendra semejanzas de actividad y de conducta que ninguna voluntad puede hacer desaparecer. Las casas podrán ser diferentes, pero todos los hombres viven en casas; hay donde se comen gachas de almorta en la antigua y ancha cocina, y donde se comen rápidamente emparedados de lechuga; donde se bebe el tinto cosechado en la viña propia por las manos del que lo bebe, y donde la comida se rocía de variados zumos producidos industrialmente. De igual: en cualquier ciudad, el hombre necesita comer y beber, y esta necesidad engendra formas de vida comunes a todas las ciudades. ¿Conocéis el mercado de vuestra ciudad? ¿No habéis merodeado alguna vez entre los puestos de verdura, no habéis escuchado el pregón de los pescadores y de los vendedores ambulantes? ¿No habéis

estorbado, con vuestra manía de curiosearlo todo, la marcha ajetreada de las amas de casa, que disponen de poco tiempo para la compra? ¿Habéis creído que eso sólo pasa en vuestra ciudad, pero que, en otras, las cosas se desarrollan de otro modo? Leed la descrición que un gran historiador español, don Claudio Sánchez Albornoz, hace de un mercado en la ciudad de León... ¡hace mil años! ¿No se parece bastante al que vosotros conocéis?

A vender y a comprar acuden al mercado también los aldeanos del alfoz y aun los ricos propietarios laicos y los numerosos monasterios de la campiña leonesa. Lo reducido y lo disperso de sus grandes dominios, por lo general grandes tan sólo en parangón con las pequeñas parcelas que poseen los más de los labriegos, les impide vivir de sus propios recursos y les fuerza a enviar sus mayordomos a León las cuartas ferias. Ni aun los más poderosos pueden bastarse a sí mismos económicamente. Necesitan vender los sobrantes de sus cosechas o de sus ganados para adquirir enseres de labor o de casa, prendas de lujo, armas, arreos de caballo o productos alimenticios de comarcas extrañas. Se mueven, por tanto, sin remedio dentro de la órbita comercial de la ciudad vecina, y con frecuencia, de una parte sus bolsas bien repletas y de otra sus gentes, sus ganados o sus carros cargados de cereales, legumbres u hortalizas, contribuyen a hacer del mercado leonés centro de contratación importantísimo, por el que no se puede marchar sin embarazo.

Al dejar atrás el teso del ganado cruzan primero nuestros incógnitos amigos por entre algunos labriegos y varios mayordomos de ciertas iglesias y magnates que, al socaire de sus asnos o al pie de sus carretas, venden, en sacos, cebada, centeno, trigo y mijo. Cuando pasan por frente a los criados del monasterio de Abeliare ven medir a una panadera de León varios modios de trigo a sueldo el modio. No les sorprende el precio. De antiguo es el modio de trigo, como también la oveja, valor equivalente al sueldo, y cien veces han visto pagar en modios o en ovejas tierras, ganados o mercaderías ajustados en sueldos.

Más allá atraviesan entre los hortelanos de la ciudad y del alfoz. Para gozar de sombra—el sol calienta hoy después de haber estado oculto entre nubes varios días—los hortelanos han armado sus miserables toldos. Han clavado en el suelo gruesos troncos, cruzado dos ramas por los dos agujeros abiertos en los palos unos dedos antes de su remate superior y tendido sobre las dos varas aspadas un sucio pedazo de lienzo moreno. Bajo estos tenderetes, en grandes banastas hechas con delgadas tiras de casta-

ño, haya o sauce, o en cestos, cuévanos, carguillas o talegas de mimbre, ofrecen manzanas, ajos, cebollas, uvas, higos, peras, castañas, nueces y otras mil frutas y hortalizas diversas. Empiezan ya a venderse también nabos tempranos, alimento fundamental en todos los yantares leoneses y de los que hacen, por tanto, gran acopio las mujerucas de León, vestidas de ordinario con sayas bermejas y amarillas. Un hombre al servicio de los canónigos de Santa María elige ahora en uno de los puestos referidos los mejores higos que ha logrado encontrar en el mercado. No son para la mesa del capítulo, sino para la del monarca, que mientras el soberano habita en la ciudad han de proveer de higos y de postre los capitulares de León.

El sayón viene recaudando las maquilas del rey, los derechos que pertenecen al monarca, impuesto que pagan cuantos llevan algo a vender al mercado de León las cuartas ferias. Por cada carreta de nabos exige tres denarios, uno por la carga de cada pollino y un puñado de nabos a los labriegos que vienen a pie con las alforjas llenas. De cada carro de ajos o cebollas toma veinte ristras de ocho cabezas, diez ristras por la carga de un asno y cinco por la de un peón, y en proporción análoga cobra maquilas de las castañas, peras, nueces y demás productos que se venden en aquella zona del mercado.

Desde allí se encaminan hacia poniente, donde se agrupan pellejos de vino de Toro y de aceite de Zamora, traídos de las márgenes del Duero por recuas leonesas; varios sacos de sal, venidos a lomos de pollinos desde las salinas de Castilla; ramas de urce para encender el fuego, sebo, cestos con gallinas y palomas, cera, miel, pimienta, grandes patos, queso, sicera, es decir, sidra del país o de Asturias, y numerosas grullas que crían para el mercado de León las gentes de una aldea vecina, de Grullarios. El sayón cobra una emina por cada carro de sal, un sueldo y una olla de vino por cada carreta de pellejos o cubas, quince cuartillos a los vinateros por la carga de cada asno, y así de la cera, grullas, gallinas y palomas. Los pellejos de aceite están ya desinflados. No viene aceite a León todas las cuartas ferias, sino de tarde en tarde, y el día que aparecen con él las recuas de Zamora, en las primeras horas del mercado se lo disputan los siervos de cocina del obispo, del conde, de palacio y de algunos magnates. La disputa explica; no es siempre fácil proveerse de manteca en cantidad bastante, es insufrible el sabor del sebo en las comidas, y da mejor gusto en ellas el aceite de olivas que el de linaza, de uso muy general, procedente del Orbigo, y que el de nueces, fabricado en el país o traído de Asturias, pero también difícil de encontrar y de adquirir. Hoy se han terminado los pellejos venidos de Zamora más temprano que nunca, porque unos

hombres del monasterio de Escalada han acudido de mañana al mercado y adquirido cuanto aceite han podido cargar en sus carretas. Mozárabes aún algunos monjes de aquel claustro y acostumbrados al aceite andaluz o toledano, por todos los medios a su alcance pesquisan el rico producto de aquellas luminosas campiñas que les vieron nacer.

Resguardados por toldos parecidos a los usados por los hortelanos, venden hacia saliente del mercado los industriales de León y su alfoz diversos utensilios de uso diario en las casas de los artesanos y de los labradores, de la ciudad y de las aldeas. Sentadas detrás de sus cántaros, ollas, pucheros, barreños y cazuelas de barro rojo vidriado en su interior, unas mujeres de Nava de Olleros, cejijuntas, de pómulos salientes, pelo entrecano y tez morena, esperan comprador a sus cacharros. A su lado otras mujerucas de Tornarios venden zapicos o jarros y platos, fuentes, dornas y herradas de madera. Junto a ellas unos mozos, de manos ennegrecidas y de rostros ahumados, ofrecen instrumentos de hierro, latón, acero y cobre. Sobre mantas raídas tienen hachas, hoces, azadas, azuelas, candados, cuchillos y tenazas; amontonadas junto a las mantas varias rejas de arado, y delante largas filas de trébedes, morteros, sartenes, calderos y cuencos, entre los que figuran algunos de latón. Un siervo de cocina del obispo, que ha comprado entero un pellejo de aceite, elige en este instante unas enormes trébedes, y un rústico de Trobajos trata de convencer a Domingo el herrero de que gana al cambiarle por una carga de nabos y de trigo un caldero, un hacha, un cuchillo y una reja.

Inmediatos a los puestos de olleros y torneros varios aldeanos de Saliame (Sejambre) ofrecen trillos, carros, bieldos, manales para majar el trigo y forcados o carretas sin ruedas; y junto a ellos algunos artesanos de Rotarios las típicas ruedas leonesas que fabrican sin radios, con trozos de madera ensamblada, y que venden sueltas o emparejadas por un eje. Un hombre de behetría, que habita junto a San Félix del Torío, entrega en este punto tres sueldos galicanos o francos por una carreta de madera de sólida y fuerte construcción. El vendedor elogia al mercader la calidad de la mercadería y le garantiza que ha de advertir las excelencias de su carro al escuchar el chirrido armonioso que su rodar produce.

... ...

Abarcas y zapatones en hilera esperan comprador en el puesto de al lado; más allá pieles de conejo, cordero, ardilla y comadreja penden de sogas sujetas en dos álamos blancos, y enfrente, echados sobre arcones, tendidos sobre lienzos en el suelo o colgados también de varias sogas atadas a otros árboles, se ofrecen a la venta sayas, plumacios o colchones; galnapes, es decir, mantas o cobertores; mantos, paños, camisas y tapetes

de cama. Tres, cuatro, cinco, seis, siete y hasta ocho sueldos se pagan por varias pellicas de conejo, comadreja o cordero; tres por un tapete, ocho por dos galnapes o cobertores, cinco por un manto azul, tres modios de trigo por un largo sayal, treinta por una rica saya carmesí y quince sueldos por una saya bermeja de lana, saya de habí, como dicen los vendedores de abolengo mozárabe, que aún emplean vocablos aprendidos en tierras de Toledo.

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ: *ESTAMPAS DE LA VIDA EN LEON HACE MIL AÑOS*

Unión ante el peligro colectivo

La vida en la ciudad es siempre algo así como la suma de las vidas particulares de todos sus habitantes. Normalmente, cada cual anda a lo suyo, y lo suyo se desenvuelve en un ámbito de relaciones limitadas: los familiares, los amigos, los compañeros de trabajo. Cuando, en una gran ciudad moderna, un hombre camina entre millares de hombres, o se sume en las apreturas de un ferrocarril metropolitano, o forma paciente en la fila lenta de los automóviles, ese hombre apenas mantiene con sus semejantes, con sus conciudadanos, otra relación que la puramente mecánica, física, de la coincidencia en el mismo lugar. Tiene que suceder algo extraordinario—un accidente—para que la indiferencia del transeúnte se trueque en atención, en solicitud; para que la mera relación mecánica se cambie en relación humana. Continuamente los escritores acusan a la gran ciudad de que, en ella, el hombre se encuentra solo, pierde personalidad, pasa inadvertido. Efectivamente, el número, el tamaño, la vida mecanizada, deshumanizan (ésta es la palabra usual) las relaciones entre los hombres que habitan la misma ciudad. Pero, entendámonos, se trata de una soledad relativa, de la soledad casi inevitable que se produce necesariamente cuando un hombre se aleja de ese círculo pequeño que él ha sabido hacer suyo dentro de la gran ciudad: el barrio, el jardinillo de enfrente, los clientes del bar de que es cliente, los tenderos que le sirven y, naturalmente, su propia familia y sus amigos.

A pesar de eso, hay ocasiones en que la vida de la ciudad, grande o chica, deja de ser la suma de las vidas individuales: un acontecimiento que afecta a todos ha sobrevenido, y, entonces, parece como si se hubiera creado un alma colectiva. Todos los habitantes viven para lo mismo, se sienten movidos o conmovidos por ese acontecimiento. Ya no van por la calle entre la indiferencia de los demás; los desconocidos hablan entre sí como si fuesen amigos de siempre. Lo que les afecta a todos ha despertado en todos el instinto de hermandad. Se han borrado las distancias.

Una de estas ocasiones es el peligro. Los habitantes de una ciudad en guerra se

sienten unidos ante el peligro. Y, cuando llega la ocasión del heroísmo, hasta los cobardes se sienten arrastrados por el arrojo común. Numancia, Sagunto fueron ciudades en que este espíritu colectivo llegó al sacrificio de la comunidad. ¿Queréis leer, descrita por la pluma de Pérez Galdós, una de estas ocasiones, la reacción popular del pueblo madrileño el día 2 de mayo de 1808?

Llegar los cuerpos de ejército a la Puerta del Sol y comenzar la embestida fueron sucesos ocurridos en un mismo instante. Yo creo que los franceses, a pesar de su superioridad numérica y material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que, en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería, era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron a funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada noble, y los famosos mamelucos cayeron a sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces jinetes. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mío, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante, además de *la Primorosa,* un señor grave y bien vestido, que parecía aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, a quienes yo de antiguo conocía.

Teníamos a mano izquierda el callejón de la Duda, como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo dirigíamos nuestros tiros a los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir que los tiradores formábamos una especie de retaguardia o reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes eran los que luchaban a arma blanca entre la caballería. También de los balcones salían muchos tiros de pistola y gran número de armas arrojadizas, como tiestos, ladrillos, pucheros, pesas de reloj, etcétera.

—Ven acá, Judas Iscariote—exclamó *la Primorosa,* dirigiendo los puños hacia un mameluco que hacía estragos en el portal de la casa de Oñate—. ¡Y no hay quien te meta una libra de pólvora en el cuerpo! ¡Eh, so estantigua! ¿Pa qué le sirve ese chisme? Y tú, *Piltrafilla,* echa fuego por ese fusil, o te saco los ojos.

Las imprecaciones de nuestra generala nos obligaban a disparar tiro tras tiro. Pero aquel fuego mal dirigido no nos valía gran cosa, porque los mamelucos habían conseguido despejar a golpes gran parte de la calle y adelantaban de minuto en minuto.

—¡A ellos, muchachos!—gritó la maja, adelantándose al encuentro de una pareja de jinetes, cuyos caballos venían hacia nosotros.

Nadie podrá imaginar cómo eran aquellos combates parciales. Mientras desde las ventanas y desde la calle se les hacía fuego, los manolos les atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, o saltaban, asiendo por los brazos al jinete. Este recibía auxilio, y al instante acudían dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusión, una mezcolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencían al fin y avanzaban al galope; y cuando la multitud, encontrándose libre, se extendía hacia la Puerta del Sol una lluvia de metralla les cerraba el paso.

Perdí de vista a *la Primorosa* en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular a la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fue herido junto a mí; quise sostenerle; pero, deslizándose de mis manos, cayó, exclamando: "¡Muera Napoleón! ¡Viva España!"

Aquel instante fue terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella que, siendo yo de los más cercanos a la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendía del plomo y del hierro. En cambio, era tan fuertemente comprimido contra la pared que casi llegué a creer que moría aplastado. La masa de gente se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara a invadir una casa de las que hoy deben tener la numeración desde el 21 al 25, entramos decididos a continuar la lucha desde los balcones. No achaquen ustedes a petulancia el que diga "nosotros", pues yo, aunque al principio me vi comprendido entre los sublevados como el acaso y sin ninguna iniciativa de mi parte, después el ardor de la refriega, el odio contra los franceses, que se comunicaba de corazón a corazón de un modo pasmoso, me indujeron a obrar enérgicamente en pro de los míos. Yo creo que en aquella ocasión memorable hubiérame puesto al nivel de algunos que me rodeaban si el recuerdo de Inés y la consideración de que corría algún peligro no aflojaran mi valor a cada instante.

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo a las buhardillas; por todas las ventanas se hacía fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraban a mano. En el piso segundo un padre anciano, sosteniendo a sus dos hijas, que medio desmayadas se abrazaban a sus rodillas, nos decía: "Haced fuego; coged lo que

os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón y perezcamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!"

Estas palabras reanimaban a las dos doncellas, y la menor nos conducía a una habitación contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

—Quemad las puertas y arrojadlas ardiendo a la calle—nos dijo el anciano—. Animo, hijas mías. No lloréis. En este día el llanto es indigno aun en las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotras sabéis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestro ejército, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!

Entre tanto los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían atrocidades en la de Oñate.

—¡Ya entran, nos cogen; estamos perdidos!—exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

—Subid a la buhardilla—nos dijo el anciano con frenesí—, y, saliendo al tejado, echad por el cañón de la escalera todas las tejas que podáis levantar. ¿Subirán los caballos de estos monstruos hasta el techo?

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban a los brazos de su padre, rogándole que huyese.

—¡Huir!—exclamaba el viejo—. No; mil veces no. Enseñemos a esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.

Los mamelucos subían. No había salvación. Yo me acordé de Inés, y me sentí más cobarde que nunca. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompían el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y, en efecto, vi que habían abierto en la medianería un gran agujero por donde podía pasarse a la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos a pasar; pero antes de que estuviéramos del opuesto lado sentimos a los mamelucos y otros soldados franceses vociferar en las habitaciones principales; oyóse un tiro; después una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió de ocurrir no es para contado.

Cuando pasamos a la casa contigua, con ánimo de tomar inmediatamente la calle, nos vimos en una habitación pequeña y algo obscura, donde distinguí dos hombres que nos miraban con espanto. Yo me aterré también en su presencia, porque eran el uno el licenciado Lobo y el otro Juan de Dios.

Habíamos pasado a una casa de la calle de Postas, a la misma en cuyo cuarto entresuelo había yo vivido hasta el día anterior al servicio de los Requejo. Estábamos en el piso segundo, vivienda del leguleyo y trapisondista. El terror de éste era tan grande que al vernos dijo:

—¿Están ahí los franceses? ¿Vienen ya? Huyamos.

Juan de Dios estaba también tan pálido y alterado que era difícil reconocerle.

—¡Gabriel!—exclamó al verme—. ¡Ah, tunante!, ¿qué has hecho de Inés?

—¡Los franceses, los franceses!—exclamó Lobo, saliendo a toda prisa de la habitación y bajando las escaleras de cuatro en cuatro peldaños—. ¡Huyamos!

La esposa del licenciado y sus tres hijas, trémulas de miedo, corrían de aquí para allí recogiendo algunos objetos para salir a la calle...

PEREZ GALDOS: *DEL 19 DE MARZO AL 2 DE MAYO*

La calamidad colectiva

Del libro de Alessandro Manzoni Los novios *escogemos un fragmento en que se describe un momento de la vida ciudadana acongojada por otra calamidad colectiva: la peste, esa enfermedad que, misteriosamente, va aumentando el número de sus víctimas hasta rebasar los límites de lo individual y convertirse en una amenaza para todos. No es, por fortuna, un espectáculo frecuente en la vida moderna, pero, vosotros lo sabéis, hasta hace pocos años (la última gran peste fue en 1917) los pueblos vivían bajo el temor de que, un día cualquiera, la muerte aumentase su diaria cosecha.*

Desde aquel día se fue aumentando cada vez más el furor del mal; a poco tiempo no hubo casa libre; la población del lazareto subió, según afirma Somaglia, de dos mil a doce mil enfermos, y progresivamente llegó,

como todos aseguran, hasta dieciséis mil. El 4 de julio, por lo que encuentro en una carta de la Junta de Sanidad al capitán general, los muertos pasaban diariamente de quinientos; más adelante, en la mayor fuerza de la enfermedad, llegaron y continuaron, según el cálculo más general, de mil doscientos a mil trescientos, y si hemos de dar crédito a Tadino, pasaron alguna vez de tres mil quinientos.

Cualquiera podrá hacerse cargo de la angustia del Ayuntamiento, sobre el cual habían cargado el peso de proveer a las necesidades públicas y acudir a lo que era indispensable en tamaña calamidad. Era preciso reponer ner cada día y aumentar dependientes de varias clases. En primer lugar, los sepultureros, que, por denominación antigua y de origen obscuro, se llamaban monatos, y cuyo oficio era el duro y peligroso de sacar de las casas, calles y lazareto los cadáveres, acarrearlos a la fosa y enterrarlos, conducir al lazareto a los enfermos y quemar o purgar las ropas infectadas o sospechosas; en segundo lugar, ciertos sirvientes llamados descubridores, cuyo oficio era ir delante de los carros avisando con una campanilla a los que pasaban para que se retirasen; luego, los comisarios, que mandaban a unos y otros bajo las órdenes inmediatas de la Junta. Había que tener provisto el lazareto de médicos, cirujanos, medicinas, víveres y de cuanto se necesitase en una enfermería, y era igualmente indispensable buscar y aprontar nuevo alojamiento a los nuevos huéspedes. Con este motivo se mandó construir casillas de madera y paja en el interior del lazareto; otro nuevo se estableció también con casillas y cabañas, cerrado con tablas y capaz de contener cuatro mil personas; y, no bastando éstos, se acordó que se formasen otros dos, los cuales, aunque empezados, por falta de medios quedaron sin concluir. Los medios, las personas y el ánimo iban disminuyendo a medida que se aumentaban las necesidades.

Hallándose ya atestada la inmensa pero única fosa abierta cerca del lazareto, y quedando, de consiguiente, en muchos puntos sin enterrar los nuevos y numerosos cadáveres que daba de sí cada día, los magistrados, después de haber buscado inútilmente brazos para esta faena, se vieron reducidos a confesar que no sabían ya de qué medio valerse. El presidente de la Junta de Sanidad, hasta con lágrimas, los imploró de los dos beneméritos religiosos que gobernaban el lazareto. El padre Miguel se comprometió a darle en cuatro días limpia de cadáveres la ciudad, y en ocho lo que bastase no sólo para la urgencia presente, sino también para lo que la más triste previsión pudiese suponer para lo futuro. Con un fraile compañero y oficiales que le facilitó el presidente salió de la ciudad en busca de aldeanos, y parte con la autoridad de la Junta, parte con la

de su hábito y sus palabras, reunió unos doscientos de ellos, que distribuyó para cavar en tres distintos puntos; despachó luego del lazareto sepultureros para recoger los muertos, por manera que en el día señalado se vio cumplida su palabra.

En una ocasión quedó el lazareto sin médicos, y con el ofrecimiento de crecidos sueldos y honores, apenas, y no tan presto, se consiguieron algunos, en número muy inferior al que se necesitaba. Con frecuencia se halló también el lazareto tan escaso de víveres que se temió que las gentes muriesen de hambre; más de una vez, mientras se buscaban medios para adquirir comestibles o dinero, esperando apenas encontrarlos, o temiendo que no fuese a tiempo, llegaron oportunamente subsidios por donativo inesperado de compasión privada, porque en medio del estupor general y de la indiferencia con respecto a los demás, dimanada de tener cada uno que temer continuamente por sí, hubo almas siempre dispuestas à la caridad; otras hubo cuya caridad nació al cesar toda alegría terrenal, así como en el estrago y fuga de muchos, a quienes tocaba vigilar y disponer, hubo siempre algunos que, gozando salud corporal, se mantuvieron con valor firmes en su puesto y otros, en fin, que, animados por la caridad, tomaron sobre sí y desempeñaron animosamente cargos a que por su oficio no estaban obligados.

Donde resplandeció más y con mayor generosidad el exacto cumplimiento de las difíciles obligaciones que imponían las circunstancias fue en los eclesiásticos. Los lazaretos y la ciudad jamás carecieron de su asistencia. En donde había aflicciones, allí se hallaban; siempre se vieron mezclados con los enfermos y con los moribundos, estando muchas veces enfermos y moribundos ellos mismos. Con los auxilios espirituales suministraban, según sus medios, los temporales, haciendo todos los servicios que se exigieron de ellos. Más de sesenta párrocos de la ciudad murieron de peste, esto es, de cada nueve, ocho.

ALESSANDRO MANZONI: *LOS NOVIOS*

La ciudad en fiestas

Pero no todo es dolor. El hombre se olvida pronto de las calamidades. El hombre, para poder vivir, necesita desembarazarse de lo que le abruma. La fiesta es también un acontecimiento colectivo; es, siempre, algo en que se ofrece a cada cual ocasión de olvidarse de sí mismo y sumarse a la alegría general. En las fiestas la ciudad se engalana y se multiplican los ornatos públicos, cuya misión secreta consiste en sacar a cada hombre de sí mismo, distraerle, ponerlo en condiciones de que la alegría de todos penetre en su alma.

Leed, descrita por una de las mejores plumas de Francia, una ciudad en fiestas:

Por fin llegaron los famosos Comicios. Desde la mañana de la fiesta los habitantes estaban entregados a los preparativos; habían adornado con hiedra la fachada del Ayuntamiento; en el prado se estaba levantando una tienda para el festín y, en medio de la plaza, delante de la iglesia, habían instalado una bombarda que debía anunciar la llegada del señor prefecto y el nombre de los cultivadores galardonados. La Guardia Nacional de Buchy (en Yonville no tenían) había venido a sumarse al cuerpo de bomberos, del que era jefe Binot. Este llevaba aquel día un cuello más alto que de costumbre, cosa casi imposible, y, encerrado en su casaca, tenía el busto tan estirado e inmóvil que parecía como si toda la vitalidad de su persona hubiese descendido a las piernas, que se movían cadenciosamente, a pasos rítmicos, en movimiento único. Subsistía una especie de rivalidad entre el preceptor y el coronel, y uno y otro, para demostrar su calidad, hacían maniobrar por separado a sus hombres. Alternativamente, pasaban las rojas espalderas y los negros plastrones. Nunca acababan d pasar, y constantemente volvían a empezar. Jamás se había visto demostración semejante de pompa. Muchos burgueses habían acicalado sus casas la víspera; de las ventanas cerradas colgaba la bandera tricolor; todos los bares estaban llenos, y, a la luz resplandeciente del sol que aquel día lucía espléndido, los cuellos almidonados, las cruces de oro y las pañoletas de colores relucían como nunca, destellando sus coloridos en medio de las sombras de las levitas y de los burgueses azules. Las granjeras de los alrededores se sacaban, al descender del caballo, el grueso alfiler con que recogían su vestido alrededor del cuerpo, y sus maridos, en cambio, ponían bajo sus sombreros los pañuelos, una de cuyas puntas sujetaban entre los dientes.

La gente afluía por los dos extremos de la calle principal y se desparramaban por las callejuelas, por las alamedas, por las casas; y se oían de vez en cuando los portazos de los burgueses que salían, en guantes de hilo, a ver la fiesta. Lo que más llamaba la atención eran dos enormes bambalinas llenas de lamparillas que flanqueaban el estrado donde iban a colocarse las autoridades. Además, había cuatro especies de astas contra las columnas del Ayuntamiento, cada una de ellas con un pequeño estandarte verdoso con letras de oro. En uno se leía: "Al Comercio"; sobre otro: "A la Agricultura"; sobre el tercero: "A la Industria", y sobre el cuarto: "A las Bellas Artes".

... ...

El prado empezaba a llenarse y las amas de casa chocaban con sus paraguas enormes, sus cestas y sus niños. A veces no quedaba más remedio que enfadarse ante una gran fila de campesinos, sirvientas, de medias azules y zapatos planos, que olían a leche cuando se pasaba cerca de ellas. Caminaban cogidas de la mano y ocupaban todo lo ancho del prado, desde la línea de los álamos hasta tienda del banquete. Pero llegó el momento del examen, y los cultivadores entraron, uno tras otro, en una especie de hipódromo formado por una larga cuerda sostenida por postes.

Las bestias estaban allí, con las cabezas estiradas hacia la cuerda, alineando confusamente sus grupas desiguales. Los embotados cerdos hundían sus hocicos en tierra; mugían las terneras; balaban las ovejas; las vacas, con sus grandes curvas, rumiaban lentamente, el vientre en la hierba, y guiñaban sus pesados párpados a los moscones que giraban a su alrededor. Unos carreteros de desnudos brazos sujetaban por los cabestros a unos garañones encabritados que relinchaban fuertemente al lado de los jumentos. Por encima de la inmensa ondulación de todos aquellos cuerpos amontonados se veía ondular al viento, como una ola, alguna crin blanca, o unos cuernos que sobresalían, o las cabezas de los hombres que corrían de un lado para otro. Aparte, fuera de la palestra, cien pasos más lejos, había un toro negro, embozalado y con un gran anillo de hierro en el morro que no mugía más que si fuera de bronce; un niño en harapos lo sujetaba de una cuerda.

Sonó un cañonazo; todo el mundo empujaba hacia el pueblo. Había sido una falsa alarma; el señor prefecto no llegó, y los miembros del jurado se sintieron algo embarazados, sin saber si había que empezar la sesión o esperar todavía.

Por fin apareció al final de la plaza un gran landó de alquiler arrastrado por dos caballos esqueléticos y conducido por un cochero de sombrero blanco. Apenas hubo tiempo de gritar "¡A las armas!; corrieron

hacia ellas, hubo una gran confusión y alguno se olvidó incluso el cuello. Pero parecía como si el equipo prefectoral se hubiera dado cuenta del embarazo y el coche llegó delante del Ayuntamiento, a trote corto, en el momento en que la Guardia Nacional y los bomberos desfilaban a golpe de tambor en alineación perfecta.

—¡Alto!—gritó el coronel—. ¡Media vuelta a la derecha!

Al preparar las armas, el ruido de las abrazaderas sonó como un pote de cobre rodando por una escalera, y en seguida retumbaron los fusiles.

Entonces descendió de la carroza un señor vestido con levita corta bordada en plata...

GUSTAVO FLAUBERT: *MADAME BOVARY*

La ciudad en calma

Finalmente, la ciudad también descansa. El descanso es una necesidad del cuerpo y del espíritu. Lo requieren los músculos fatigados, pero también lo requiere el alma, dolorida o alegre. El descanso transforma la ciudad, suprime el tráfago, disminuye el ruido, sustituye la prisa por la tranquilidad. La expresión del descanso es la calma. Gabriel Miró la describió maravillosamente en un capítulo de su admirable Libro de Sigüenza.

Sigüenza y sus amigos fuman contentos y habladores. Viajan sólo para pasar el día siguiente del domingo en la paz de los campos; no se proponen nada. Les aguarda la emoción de un pueblo y de un paisaje desconocidos. Dormirán en el lugar. Han de recorrer sus calles; de las casas sale la claridad de una alcoba de enfermo o de deleite, de una sala de viejecita que reza jaculatorias y pasa el rosario de sus recuerdos, de un escritorio de hidalgo que cavila en su hacienda empeñada o piensa en el hijo que partióse desgarradamente por ese mundo. Atravesando una fosca rinconada verán un muro enrojecido por el hogar de una tahona frontera. Oirán sus pisadas sobre las losas de una calleja donde ruge el agua de una escondida acequia. Llegados a la plaza, les envuelve la espesa negrura de los muros de la iglesia; encima de la torre, en los claros de

las espadañas, palpitan limpias, desnuditas y frías las estrellas. ¿No están al pie de los palacios de Aldonza Lorenzo? Y, aunque lejos del Toboso, ha de surgir para su mirada la figura larga, cansada, del valiente y enamorado caballero, transido de emociones, guiado por el embuste y bellaquería.

...No madrugan Sigüenza y sus amigos como era su intento. Ciegan las calles de blancura, de azul y de sol; zumban de gentes vestidas de domingo. Pero estos hombres venidos de sus besanas y viñales, aunque hablen, bullan y se golpeen alegres, tienen en sus vidas una huella de silencio, de quietud, de rigidez de voluntad que en la holgura del día de fiesta les produce un hastío ciego y triste, y ofrece un contraste que Sigüenza relaciona someramente con el amplio blancor de sus camisas sobre la carne enjuta y torrada.

Los niñitos van mudados, muy alegres porque no hay escuela, pero andan encogidos y medrosos dentro de sus galas. Al salir les advirtieron a gritos terribles que no podían correr, ni revolcarse, ni tocarse siquiera, y si comen una confitura, una fruta que les zuma, se miran con espanto sus manos, se tuercen, se doblan para que el gotear caiga en la tierra... Esos niños, cuyas morenas mejillas parecen erisipeladas, desolladas, por los relumbres del jabón del domingo, se van observando las medias gordas, las gorritas con un áncora bordada, un poco marchita... y hablan de un hermanito muerto, y dejan en el día inmenso y luminoso del domingo un sentimiento de la alegría que nos entristece.

Las entradas de los artesanos, apagadas y mudas; las forjas, ciegas; los tornos o telares, en reposo; los comenzados trabajos en espera y obscuridad, todo paseado por un gato cauteloso y huesudo que sabe y se aprovecha de la soledad de los talleres, hasta la limpieza de precepto del sábado, huelen a faena, a deber, a toda la semana, un olor que anticipa la visión de las futuras semanas, iguales, ásperas... ¡Señor!

"Esta es la casa de una vieja que no sabe los dineros que tiene. ¡Millones y millones! Va a misa de..., y ya no sale más."

Las bisagras, cerraduras y armellas de puertas y ventanas son de plata maciza.

Sigüenza y sus amigos se allegan al cancel y tocan la placa calentada de sol. Desde dentro les acechan los criados de la señora.

...Caminan por una callejita retorcida y solitaria. Un lebrel, acostado bajo una reja volada, se lame resignadamente la herida de un brazuelo; las moscas, moscas lugareñas, de una implacable terquedad, vuelan rodeándole la sangre. Un haz glorioso de luz enseña mejor su lacería. Después se queda inmóvil; oye los pasos; se le tienden encima las sombras

de aquellos hombres y el perro no les mira; sigue en su quietud solemne y fatal de alimaña de tumba egipcia. Y por esta calle tórrida pasa también el domingo; es como un silencio dentro del silencio.

GABRIEL MIRO: *LIBRO DE SIGÜENZA*

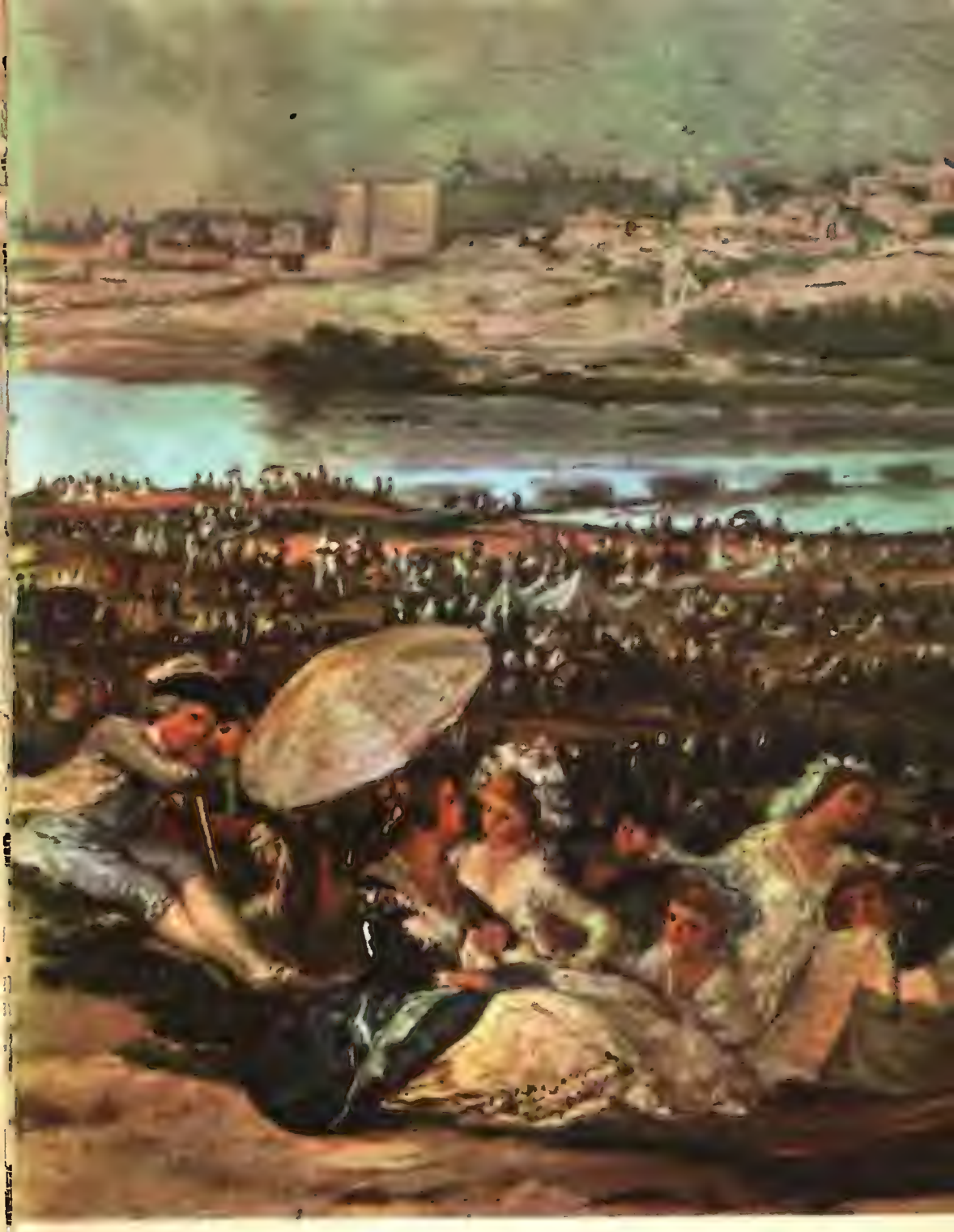
La provincia

He aquí, ahora, que en un descanso o recreo se juntan cuatro o cinco muchachos a conversar. Se conocen recientemente, y lo natural es que se hagan preguntas recíprocas, de esas preguntas elementales y necesarias que se hacen los muchachos para saber a qué atenerse, para establecer sus peculiares filiaciones de amigos y compañeros. En la conversación uno dice: "Yo soy manchego". Y otro: "Yo, catalán". El tercero afirma que es asturiano, y el cuarto, que de Madrid. "Pero, ¿de Madrid, Madrid, o de la provincia? Porque yo he nacido en Alcobendas", dice el quinto de los muchachos; y el cuarto, muy orgulloso, le responde que de Madrid, Madrid.

Fueron éstas cinco maneras distintas de proclamar la naturaleza o lugar de origen. Uno se refiere a una región natural: la Mancha; otro, a una región histórica, Cataluña; el tercero, el asturiano, que ha nacido en Luarca, puede responder "asturiano" si le preguntan por su región o por su provincia. El cuarto y el quinto tienen ambos derecho a tenerse por madrileños: el uno por haber nacido en la ciudad de este nombre, capital de España, y el otro por haber nacido en un pueblo de la provincia. Sin quererlo, han configurado varios modos de naturaleza que corresponden a otras tantas divisiones legítimas. No será necesario explicaros lo que es una región natural (la Mancha), o una región histórica (Cataluña), que comprende muchas regiones naturales; ni tampoco que, a veces, una región natural (Asturias o Navarra) se corresponden exactamente con regiones históricas del mismo nombre (reino de Asturias, reino de Navarra). La naturaleza, es decir, la fisonomía del paisaje, la lengua, las costumbres, así como la historia, han formado esas unidades a que nos venimos refiriendo. Sabéis lo que son.

Pero, ¿qué es una provincia? ¿Es una unidad natural o una unidad administrativa? El hecho de que, a veces, región natural, región histórica y provincia coincidan (casos de Asturias y Navarra, por ejemplo), no quiere decir que la provincia tenga idéntico origen o que se forme de la misma manera. No. La provincia es una división reciente, exigida por necesidades de la Administración, que, con el tiempo, llegará a constituir realidades históricas, modos de diferenciación. Por lo pronto, ya hay quien dice: "Yo soy gallego de Pontevedra" para distinguirse de los gallegos de Lugo. Un siglo aproximado de existencia va dando a las provincias fisonomía propia. Llegarán, probablemente, a tenerla perfecta.

Es muy difícil haceros llegar, por vía literaria o poética, la emoción de la provincia, La región natural, la región histórica, han sido tenidas en cuenta por los



escritores, porque son realidades sentimentales, como lo es la ciudad donde uno nace o donde uno vive. Lo que se ha escrito de las provincias nunca es poesía, ni siquiera literatura descriptiva, sino teoría: cómo deben ser las provincias para ser algo más que divisiones administrativas; para ser, de una parte, realidades sentimentales, y, de la otra, partes vivas del cuerpo de la Patria. Don José Ortega y Gasset se preocupó, en este sentido, de las provincias, y de sus escritos extractamos unos párrafos que, al seros explicados, os harán ver uno de los problemas más agudos de nuestra vida nacional, problema que en un pasado no muy remoto llegó a ser grave y acuciante. Si la realidad de las provincias va hoy poniéndose más clara, no han desaparecido todos los problemas que su existencia plantea, y por eso os brindamos la lectura de esas páginas que siguen.

Durante los tres últimos siglos hemos hecho el ensayo a la manera que Francia, organizando nuestro cuerpo nacional con una cabeza única. Hemos querido, como los franceses desde París, animar el mundo español con esta cabeza de Madrid. Por una u otras razones, que fuera indigesto examinar a los postres de un gentil convite, ello es que un madrileño como yo se ve obligado a confesar el fracaso de nuestra ciudad carpetovetónica como órgano único de capitalidad. En estos meses asistimos precisamente a la ejemplar comprobación de cómo faltan a nuestro pueblo propósitos y anhelos que sean a la vez nacionales y concretos. No hay duda que se exige un sistema nervioso más rico y adiestrado para percibir las líneas generales de la trayectoria española que para comprender cuáles son las necesidades de una aldea. Ve el labriego con plena claridad la línea fosforescente de la carretera que sesga su humilde vega, pero no os empeñéis que descubra los coluros de la esfera celestial.

Me parece, pues, forzoso que comencemos por dotar de concreción a la conciencia pública de nuestro pueblo. Para ello hay que limitarla, y al limitarla se condensará. En lugar de una enorme cabeza, tan enorme como vaga, prefiramos suscitar sobre el cuerpo, hoy sin estructura, de España, una pluralidad de capitalidades menores, pero enérgicas y suficientes,

Como cada cual tiene su arbitrio y su receta más o menos confesada o confesable, yo predico esta mía que llamo localismo. Hay trozos del haz peninsular que tienen necesidades características, peculiares maneras de sentir, un repertorio de costumbres en plena vigencia, un poder económico articulado y de inconfundible fisonomía. ¿Por qué no intentar que toda esa comunidad de rasgos y condiciones se condense en una clara voluntad local?

Sin apasionada vitalidad no cabe pensar en política alguna. ¿Qué

puede hacer la ingeniería sin carbón o saltos de agua? Del mismo modo la política es obra de paralítico cuando no halla pasiones afirmativas que encauzar. Desde largo tiempo carece España de toda emoción nacional por la cual comuniquen los bandos enemigos. Así se arrastra España con un corazón hendido hasta la raíz—derechas e izquierdas—, con un corazón doble—como diría un latino, discorde—. Si falta, pues, una emoción nacional, llevemos la turbina al torrente de las emociones provinciales y locales.

"Regionalismo" y "nacionalismo" han errado cuando, exigiendo la hora que corre urgencias de realidad, de plenaria actualidad, tratan de pedir a nuestro pueblo immémore que busque su mañana en los archivos sabios del pretérito. No tenemos curiosidad política y se nos invita a que, antes de votar, nos demos una vuelta por la Biblioteca Nacional para aprender en confusos manuscritos la historia de las razas ibéricas.

No; lo que hay de útil en esos recientes movimientos de ideología política es la apelación de una vida abstracta nacional a una vida concreta local. Lo concreto es lo actual: el pasado histórico es también una abstracción, labor de mentes no acosadas por la inminencia de la hora.

JOSE ORTEGA Y GASSET: *DISCURSO EN EL BANQUETE A LA REVISTA "HERMES"*

Ciudadanía

En vuestras excursiones por la ciudad, en vuestros juegos, en vuestros paseos, os habéis encontrado con que ciertos actos están prohibidos. Por ejemplo, no puede franquearse la valla de ese jardín tentador; las aguas del estanque no te servirán para refrescar tu cuerpo acalorado un día de verano; ¡de qué buena gana jugarías con las ocas y los cisnes!; pero las ocas y los cisnes también están vedados. A ti te gustaría, seguramente, poner a prueba tu agilidad y tu destreza atravesando una calle cuando más automóviles pasan por ella, pero alguien te lo impide, y has de someterte a las órdenes del guardia de tráfico o a las señales luminosas. Un día te enteras de que el mercado no es ya un lugar donde las vituallas afluyen en virtud de un fenómeno espontáneo, sino un recinto reglamentado. Otro oyes decir a tus padres que les ha correspondido pagar tanto dinero por el arreglo de las aceras... ¿De dónde proceden estas órdenes? Más adelante acabas dándote cuenta de que la vida de la ciudad es el resultado de una obra de gobierno, y que el gobierno se ejerce desde el Ayuntamiento. Tu primer tropiezo con el Municipio—*que así se llama la Institución*

que gobierna la ciudad—consiste en una multa que han de pagar tus padres porque tu bicicleta está sin matricular, o porque tu perro no ha sido todavía vacunado. Pensabas que la bicicleta o el perro son seres que puedes manejar libremente, pero resulta que no. Tu misma libertad—lo descubrirás también—sólo puedes ejercerla con ciertas cortapisas. Y un día, cuando vas pedaleando tranquilamente al colegio, se te echa encima un vehículo; vacilas, caes. El vehículo pasa por encima de tu bicicleta y la deja aplastada. Encuentras razonable que el responsable pague el importe del arreglo, pero sucede que tampoco eso se hace allí mismo, espontáneamente, sino en un lugar llamado Juzgado, al que te ves obligado a comparecer y donde tienes que explicar las circunstancias del atropello. Tras lo cual un señor ordena *al responsable que abone daños y perjuicios. Te hallas en presencia de la justicia, de esa parte de la justicia que ejerce la ciudad.*

El gobierno lleva consigo el ejercicio de la justicia. Es algo que los hombres comprendieron desde que se organizó la vida de las ciudades. Siempre, para eso, acudieron a Dios. Hace muchos siglos un hombre, Orestes, cometió unos pecados por los que se le atormentaba. Entonces recurrió a los dioses. Atenea, diosa protectora de Atenas, encomendó al Areópago, tribunal ateniense, el juicio de Orestes. Es un hermoso texto en que los mismos dioses confieren a la ciudad el derecho de juzgar, absolver o condenar:

ATENEA.—Escuchad ahora lo que voy a establecer aquí, oh ciudades de Atenas, los primeros llamados a saber de la sangre vertida. El pueblo de Egeo conservará en el futuro, siempre renovado, este Consejo de jueces. Sobre este mismo monte Arés, donde antaño establecieron y plantaron sus tiendas las Amazonas, en los días en que, por odio a Teseo, lucharon contra Atenas—edificando frente a su ciudadela las murallas de otra ciudadela, y porque hacían sacrificios a Arés, la roca y el monte conservaron el nombre de Arés—, sobre este mismo monte, digo, el Respeto y el Temor, hermano suyo, mantendrán en adelante, lo mismo de día que de noche, alejados del crimen a los ciudadanos, a menos que éstos no cambien sus propias leyes: y quien enturbia una fuente clara con corrientes llenas de impurezas y de fango se encontrará con que no tiene qué beber. Ni anarquía ni despotismo, ésta es la regla que aconsejo sea guardada con respeto en mi ciudad. Y sobre todo, que no sea arrojado el temor fuera de sus murallas; porque, si no hay qué temer, ¿quién hará lo que debe? Si respetáis como es debido ese poder augusto encontraréis en él una muralla tutelar de vuestro país y de vuestra ciudad como ningún otro pueblo posee, ni en Escitia ni en todo el suelo de Pelops. Incorruptible, venerable, inflexible, así es el Consejo que ahora instituyo, para guardar, siempre vigilante, la ciudad dormida. He aquí lo que he querido decir en términos concretos a mis ciudadanos para los tiempos ve-

nideros. Ahora os corresponde a vosotros levantaros y solucionar con vuestro sufragio. Y decidir el litigio respetando vuestros juramentos. Nada más.

ESQUILO: ***LAS EUMENIDES***

Andando el tiempo, la ciudad deja de ser el centro de la vida de los pueblos: la necesidad obliga a las ciudades a asociarse, a formar unidades superiores de las que surgen, en un proceso largo, los grandes Estados, las grandes naciones. La justicia deja de ser local; por encima del tribunal ciudadano hay tribunales superiores, que entienden en cuestiones graves. Pero no por eso el Municipio deja de ser el alma del gobierno y la justicia. España en el siglo XVI, era un gran Estado, un Estado enorme que gobernaba muchos pueblos y muchos hombres. La justicia multiplicaba sus tribunales y se repartía las cuestiones según su importancia. Cada tribunal atendía a los delitos atribuidos a su competencia. Sin embargo, el Municipio no desapareció: gobernaba las ciudades y los pueblos y ejercía en ellos justicia. En cierta ocasión una tropa pasó, camino de Portugal, por el pueblo extremeño de Zalamea. Allí, algunos de los soldados cometieron desmanes graves. Pedro Crespo, labrador rico, fue su víctima. Los soldados disponían de un fuero y de un tribunal competente. De nada valía que Pedro Crespo pidiera justicia: su honor quedaría sin vengar. Pero he aquí que el pueblo elige alcalde a Pedro Crespo y le entrega la vara en que se simboliza su autoridad, la vara que le confiere el derecho de juzgar. Pedro Crespo representa al Municipio, es decir, a la ciudad. Y, entonces, las cosas cambian. Don Pedro Calderón de la Barca recogió el episodio en un drama famoso, El alcalde de Zalamea, *cuyas escenas finales debéis leer. Son hermosas, y mucho podéis aprender de ellas. Limitaos de momento a comprender la importancia del Municipio como institución de gobierno y de justicia local. Pero no las olvidéis. Pedro Crespo hizo justicia en el principal culpable, sin tener en cuenta el fuero de los militares que don Lope representaba.*

La ley natural

Las cosas empiezan a complicarse. Espontáneamente pensamos: ¿Por qué no mató Pedro Crespo al capitán sin necesidad de tantas ceremonias? ¿Por qué don Lope puede impedírselo? ¿Por qué uno y otro se someten al fallo del rey? ¡Ah, es que el rey manda! Pero, ¿por qué manda el rey? ¿Porque dispone de fuerza—de soldados—para obligar a la obediencia? ¿Quiere esto decir que estamos obligados a obedecer, a someternos a todo el que tiene fuerza? ¿Por qué entonces—pongamos por caso—los españoles se rebelaron contra Napoleón, que disponía de fuerza para hacerse obedecer? ¿Y por qué, cuando en nuestra vida diaria nos obligamos a obedecer a alguien porque tiene más fuerza que nosotros, nos sentimos humillados? ¿Por qué, en cam-

bio, no nos humilla la orden del padre, del maestro, del guardia municipal, de quien sea, cuando tiene razón? *Pero, ¿en qué consiste tener razón? ¿Por qué se tiene y por qué no? A vuestra edad, todas estas cuestiones se os han planteado en la práctica de vuestras vidas, todas ellas responden a experiencias vuestras, a cosas que os han pasado, a situaciones en que os habéis visto, a sucesos de que habéis tenido noticia. Alguno de vosotros se habrá atrevido a interrogar a alguien—padre, maestro, sacerdote—, o lo ha tratado entre amigos. Otros se habrán quedado con la pregunta dentro, sin respuesta. Otros, los menos, se habrán encerrado en sí mismos, alimentando una rebeldía interior contra todo lo que se opone a su personal voluntad, sea o no razonable. Por lo pronto, sabed que todo aquel que discierne quién tiene razón y quién no la tiene lleva mucho adelantado. Porque la clave de la cuestión consiste en tener razón o en no tenerla, en que las cosas sucedan conforme a razón o contra ella. Voy a daros una palabra:* Ley, *y una definición:* Es la ordenación de la razón dirigida al bien común y promulgada por aquel a quien corresponde el cuidado de la sociedad. *Lo más probable es que no entendáis una palabra de esta definición. No importa. Aprendedla, no la perdáis de vista. Tras una cuantas lecturas, y con la ayuda ajena —la de vuestro profesor, naturalmente—, llegaréis a entenderla.*

Vamos a empezar por el mundo natural, el de los animales. Las páginas siguientes pertenecen a un hermoso libro del escritor inglés Rudyard Kipling. Quizá lo conozcáis ya: se titula El libro de la selva. *No creáis, sin embargo, que la ley es algo que afecta a los animales y a los hombres. También las plantas y los seres inertes se rigen por leyes. Si soltáis una piedra en el aire la piedra cae. Si plantáis un grano de trigo en condiciones, el grano germina. Pero si lo habéis plantado en condiciones desfavorables no germinará—es decir, no se cumplirá la ley que regula la vida del trigo. La tierra y las estrellas no andan dando tumbos por el espacio porque su movimiento está regido por leyes. Si habláis a alguien se os oye: el mundo del sonido tiene sus leyes. ¿Queréis retener esta nueva definición?* Las leyes son las relaciones universales, inmutables y necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas. *Tampoco la entenderéis de momento. Aprendedla asimismo: ya la entenderéis.*

Asistamos ahora al espectáculo de los animales en la selva. El escritor ha tratado de expresar, haciéndolos semejantes a los hombres, la existencia de una ley de la selva.

La ley de la selva prescribe terminantemente que cualquier lobo, al casarse, puede retirarse de la manada a que pertenece; pero que, tan pronto como sus cachorros tienen edad suficiente para sostenerse en pie, debe llevarlos al Consejo de la manada, que se celebra una vez cada mes, al resplandor de la luna llena, con el fin de que los demás lobos puedan identificarlos. Después de esta inspección los lobatos quedan en libertad para correr por donde quieran, y hasta que no hayan matado el primer gamo no se admite excusa alguna en favor del lobo de la manada que sea ya mayor y mate a alguno de aquéllos. La pena de muerte es el castigo que se da al asesino donde pueda hallársele; y, si pensáis sobre esto un momento, veréis que es, realmente, justo.

Esperó papá Lobo a que sus cachorros pudieran corretear un poco, y entonces, la noche de la reunión de toda la manada, cogiólos, junto con Mowgli y con mamá Loba, y llevóselos a la Peña del Consejo, una cima cubierta de piedras y guijarros, donde podían ocultarse un centenar de lobos. Akela, el enorme y gris Lobo Solitario que había llegado a ser jefe de la manada gracias a su fuerza y habilidad, estaba echado cuan largo era sobre su peña, y más abajo se sentaban unos cuarenta lobos de todos tamaños y colores, desde los veteranos de color de tejón que podían habérselas a solas con un gamo, hasta los de tres años de edad, que sólo presumían que habían de poder. El Lobo Solitario los guiaba a todos desde hacía un año. Dos veces había caído en una trampa allá en su juventud, y otra había sido apaleado hasta darlo ya por muerto; bien sabía, pues, los usos y costumbres de los hombres. Muy poco se habló en la reunión de la Peña. Los lobatos tropezaban unos con otros, cayéndose en el centro del círculo donde sus respectivos padres y madres se sentaban, y de vez en cuando un lobo anciano se dirigía silenciosamente hacia uno de los cachorros, lo miraba con gran atención, y se volvía a su sitio sin producir el menor ruido. De pronto empujaba una madre su lobato hacia la luz de la luna para tener la seguridad de que no había pasado inadvertido. Desde su peña, Akela gritaba: "Ya sabéis lo que dice la ley; ya lo sabéis. ¡Mirad bien, lobos!". Y las ansiosas madres repetían: "¡Mirad! ¡Mirad bien, lobos!".

Al fin (y en aquel momento se le erizaron a mamá Loba todos los pelos del cuello) empujó papá Lobo a "Mowgli, la rana", como le llamaban, hacia el centro, donde se sentó, riendo y jugando con algunos guijarros que la luz de la luna hacía brillar.

Akela, sin levantar la cabeza, que tenía puesta sobre las patas, continuó con su monótono grito: "¡Mirad bien!". Sordo rugido se elevó por detrás de las rocas; era la voz de Shere Khan, que gritaba a su vez:

—El cachorro es mío, dádmelo. ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Akela no movía ni las orejas. No hizo más que decir:

—¡Mirad bien, lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con los mandatos de cualquiera que no sea el mismo Pueblo? ¡Miradlo bien!

Alzóse un coro de gruñidos, y un lobo joven, de unos cuatro años, recogió la pregunta de Shere Khan, dirigiéndose otra vez a Akela:

—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Ahora bien, la ley de la selva prescribe que, en el caso de disputársele a un cachorro el derecho de ser admitido por la manada, han de

defenderle, por lo menos, dos de los miembros de ésta que no sean su padre o su madre.

—¿Quién habla en favor de este cachorro?—preguntó Akela—. ¿Quién, que pertenezca al Pueblo Libre, habla en favor suyo?

Nadie contestó, y mamá Loba preparóse para lo que ya sabía ella que sería su última pelea, si al terreno de la lucha era preciso llegar.

Entonces el único animal de otra especie a quien se le permite tomar parte en el Consejo de la manada, Baloo, el soñoliento oso pardo que enseña a los lobatos la ley de la selva, el viejo Baloo, que puede ir y venir por donde se le antoje, porque no come más que nueces, raíces y miel, se levantó en dos patas y gruñó:

—¿El cachorro humano?...—dijo—. Yo hablo en favor del cachorro. Ningún mal puede hacernos. No poseo el don de la palabra, pero digo la verdad. Dejadle correr con la manada, y contadlo como uno de tantos Yo mismo le enseñaré.

—Necesitamos ahora que hable otro—dijo Akela—. Baloo lo ha hecho ya, y él es el maestro de nuestros lobatos. ¿Quién toma la palabra además de él?

Una sombra negra deslizóse hacia el círculo. Era Bagheera, la pantera, de un negro de tinta toda ella, pero con marcas en la piel, propias de su especie, que, según como les daba la luz, parecían las aguas que llevan en la trama ciertas sedas. Todo el mundo conocía a Bagheera, y nadie gustaba de atravesarse en su camino, porque era tan astuta como Tabaqui, tan atrevida como el búfalo salvaje, y tan sin freno como el elefante herido. Pero, con todo eso, tenía una voz suave como la miel silvestre que gota a gota se desprende de un árbol, y piel más fina que plumón.

—¡Akela—dijo como susurrando—, y vosotros, Pueblo Libre! Yo no tengo derecho a mezclarme en vuestra asamblea; pero la ley de la selva dice que si alguna duda ocurre, que no sea relativa a alguna muerte, respecto a un nuevo cachorro, la vida de éste puede comprarse mediante un precio estipulado. Y la ley no dice quién puede, o no, pagar este precio. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Bien, bien!—dijeron los lobos más jóvenes, hambrientos siempre—. ¡Que se oiga a Bagheera! El cachorro puede comprarse mediante un precio estipulado. La ley lo dice.

—Como sé que no tengo derecho a hablar aquí, pido, para hacerlo, vuestro permiso.

—¡Habla, pues!gritaron a la vez veinte voces.

—Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Por otra parte, puede seros muy útil en la caza cuando sea mayor. Baloo ha hablado ya

en su defensa. Pues bien; a lo que él ha dicho añadiré yo la oferta de un toro, gordo, acabado de matar a poca distancia de aquí, si aceptáis al cachorro humano, de acuerdo con lo que dice la ley. ¿Tenéis algo que objetar?

Levantóse un clamor de docenas de voces que decían:

—¡Qué importa! Ya se morirá cuando lleguen las lluvias del invierno. Ya le abrasarán vivos los rayos del sol. ¿En qué puede perjudicarnos una rana desnuda, como ésta? Dejadle que se junte a la manada. ¿Dónde está el toro, Bagheera? Aceptémoslo.

Y entonces se oyó el profundo ladrido de Akela que advertía:

—¡Miradlo bien, miradlo bien, lobos!

Tan entretenido estaba Mowgli en jugar con los guijarros que no observó el acercársele de aquéllos, uno por uno, y mirarle atentamente. Al fin, descendieron todos de la colina, en busca del toro muerto, exceptuando únicamente Akela, Bagheera, Baloo y los lobos de Mowgli.

Shere Khan rugía aún entre las sombras de la noche, rabioso por no haber logrado que le entregaran a Mowgli.

—¡Sí! ¡Ruge, ruge cuanto quieras!—díjole Bagheera en sus propias barbas—. O yo no sé nada de lo que son hombres, o vendrá día en que esa cosa que está ahí tan desnuda le hará a vuesa merced rugir en muy distinto tono.

—Bien hemos hecho—observó Akela—. Los hombres y sus cachorros saben mucho. Con el tiempo podría ayudarnos.

—Verdaderamente... Puede ser nuestro apoyo en caso de necesidad; porque nadie es capaz de forjarse la ilusión de ser siempre director de la manada—dijo Bagheera.

Akela no contestó... Pensaba en aquel tiempo que llega, al fin, para todo jefe de manada, en que las fuerzas le abandonan, en que se halla más débil cada día, hasta que, al cabo, lo matan los otros lobos, y viene un nuevo jefe a ocupar su puesto... para que lo maten también, cuando le toca el turno.

—Llévatelo—dijo a papá Lobo—y adiéstralo en cuanto debe saber quien pertenece al Pueblo Libre.

Y así fue como Mowgli entró a formar parte de la manada de lobos de Seecnoee, siendo un toro el rescate pagado por su vida, y Baloo su defensor.

RUDYARD KIPLING: *EL LIBRO DE LAS TIERRAS VIRGENES*

La ley moral

Comparad esas dos definiciones de ley. En la primera se habla de la razón ordenada al bien común; *en la segunda, de* relaciones derivadas de la naturaleza de las cosas. *Aparentemente, una definición y otra se refieren a objetos distintos. Sólo es una apariencia, porque la segunda se refiere a toda clase de leyes, y la primera sólo a las que rigen las relaciones de unos hombres con otros y de todos los hombres con Dios. Llamémosles* ley natural y ley moral. *Si frotáis una cerilla* contra *una superficie áspera, la cerilla se enciende en virtud de una ley física; si inyectáis penicilina a un enfermo el enfermo cura; si un ser vivo no come se muere; si a un hombre le hieren en el corazón no puede seguir viviendo. El hombre es un ser natural y está regido por leyes naturales, físicas, químicas, bioquímicas. Incluso las meras leyes mecánicas que rigen a los cuerpos inertes afectan también al hombre: un hombre cae lo mismo que una piedra. Como ser natural,* las relaciones universales y necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas *dominan la vida natural del hombre.*

Pero no sólo como ser natural. Hace varios miles de años un rey de un reino remoto y ya desaparecido, Hammurabi, promulgó un código, que es el primero de que tenemos noticia. En este código hay una gran cantidad de preceptos referentes al comercio. ¿Tenemos que pensar que todos y cada uno de ellos son invención del propio Hammurabi, que el comercio en su tiempo se regía por su voluntad? No. Hammurabi no hizo más que observar las normas no escritas, las costumbres, por las que el comercio de su tiempo se regía, y convertirlas en preceptos legales.

Pero estas normas, estas costumbres habían surgido de la propia naturaleza del comercio. Por ejemplo: el precio de una cosa debe corresponder a su valor; el cambio equitativo de productos consiste en el trueque de cosas del mismo valor, etc., etc. Si a esos principios fue necesario convertirlos en leyes obedecería, seguramente, a que gentes ambiciosas pretendían que el precio fuese inferior al valor, o que una cosa de menos valor pudiera cambiarse por otra más valiosa.

Tomemos otro ejemplo: un hombre mata a otro. La naturaleza del hombre dispone que muera cuando una enfermedad ataca su organismo, o cuando el organismo se ha envejecido tanto que ya no sirve para vivir. El que mata a otro introduce un elemento artificial en un proceso natural, va contra la naturaleza, es decir, falta a una ley. Si por naturaleza el hombre quiere vivir lo más posible, el que mata a otro va contra su libertad. Etcétera, etc. En un principio, en los tiempos de la prehistoria, los hombres ignoran estas cosas. Poco a poco van descubriéndolas—como descubren que la carne es más digestible si se la cuece—. La naturaleza de la vida física y moral se les va revelando. Hasta que deciden convertirla en ley. No matarás.

En todas las civilizaciones se cuenta que un dios es el revelador de la ley. Esto es algo más que un mito: es la explicación de una realidad, de una verdad. Porque el autor de la ley es Dios, creador del universo, y hay leyes que el hombre no descubriría si Dios no se las revelase. Además, los hombres saben que Dios es el Supremo Juez y que todos han de responder ante Él del cumplimiento de las leyes puestas por Dios. Porque, si Dios no fuese el Juez, ¿quién se atrevería a constituirse en tal?

En Las Sagradas Escrituras *se cuenta cómo el Señor Dios reveló a Moisés su* LEY. *No era una ley para los judíos, sino para todos los hombres. Vosotros la habéis aprendido en forma de* DIEZ MANDAMIENTOS. *Leed ahora cómo nos fueron comunicados. Y comprended por vuestra cuenta las razones de tanta majestad y tanta solemnidad.*

El día primero del tercer mes después de la salida de Egipto llegaron los hijos de Israel al desierto del Sinaí. Partieron de Rafidim y, llegados al desierto del Sinaí, acamparon en el desierto. Israel acampó frente a la montaña. Subió Moisés a Dios, y Yavé le llamó desde lo alto de la montaña, diciendo: "Habla así a la casa de Jacob, di esto a los hijos de Israel: "Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa". Tales son las palabras que has de decir a los hijos de Israel".

Moisés vino, y llamó a los ancianos de Israel, y les expuso todas estas palabras, como Yavé se lo había mandado. El pueblo todo entero respondió: "Nosotros haremos todo cuanto ha dicho Yavé". Moisés fue a transmitir a Yavé las palabras del pueblo, y Yavé dijo a Moisés:

"Yo vendré a ti en densa nube, para que vea el pueblo que yo hablo contigo y tenga siempre fe en ti." Una vez que Moisés hubo transmitido a Yavé las palabras del pueblo, Yavé le dijo: "Ve al pueblo y santifícalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos, y estén prestos para el día tercero, porque al tercer día bajará Yavé a la vista de todo el pueblo, sobre la montaña del Sinaí. Tú marcarás al pueblo un límite en torno, diciendo: "Guardaos de subir vosotros a la montaña y de tocar el límite, porque quien tocare la montaña morirá. Nadie pondrá la mano sobre él, porque será lapidado o asaeteado. Hombre o bestia, no ha de quedar con vida. Cuando las voces, la trompeta y la nube hayan desaparecido de la montaña podrán subir a ella". Bajó de la montaña Moisés adonde estaba el pueblo, y lo santificó, y ellos lavaron sus vestidos. Después dijo al pueblo: "Aprestaos durante tres días, y nadie toque mujer". Al tercer día por la mañana hubo truenos y relámpagos, y una densa nube sobre la montaña, y un muy fuerte sonido de trompetas, y el pueblo temblaba en el campamento. Moisés hizo salir de él al pueblo para ir al encuentro de Dios, y se quedaron al pie de la montaña. Todo el Sinaí humeaba, pues había descendido Yavé en medio de fuego, y subía el humo, como

el humo de un horno, y todo el pueblo temblaba. El sonido de la trompeta se hacía cada vez más fuerte. Moisés hablaba, y Yavé le respondía mediante el trueno. Descendió Yavé sobre la montaña del Sinaí, sobre la cumbre de la montaña, y llamó a Moisés a la cumbre, y Moisés subió a ella. Yavé dijo a Moisés: "Baja y prohibe terminantemente al pueblo que traspase el término marcado, para acercarse a Yavé y ver, no vayan a perecer muchos de ellos. Que aun los sacerdotes que son los que se acercan a Yavé, se santifiquen, no los hiera Yavé", Moisés dijo a Yavé: "El pueblo no podrá subir a la montaña del Sinaí, pues lo has prohibido terminantemente, diciendo que señalara un límite en torno a la montaña y la santificara". Yavé le respondió: "Ve, baja, y subes luego con Aarón; pero que los sacerdotes y el pueblo no traspasen los términos para acercarse a Yavé, no los hiera". Moisés bajó y se lo dijo al pueblo.

SAGRADA BIBLIA

El bien común

Esa Ley que el Señor promulgó en el Sinaí—el Decálogo—la llevamos impresa en el fondo del corazón, y quienes no la reciben en la enseñanza la van descubriendo poco a poco en la vida. Vosotros mismos lo habréis experimentado. Vosotros, si habéis mentido, conocisteis el remordimiento, que es la sanción que el hombre se aplica a sí mismo cuando falta a la Ley.

Esto, sin embargo, no responde a todas vuestras preguntas. Porque estáis conformes con que matar es malo; pero, ¿por qué lo es arrancar una flor en un jardín público? Y si llegáis a convenceros de que es malo, ¿lo es con la misma clase de maldad? El que coge una flor en un jardín público puede sentir miedo de que le hayan visto y le pongan una multa; pero el que roba la merienda a su amigo siente remordimiento. Evidentemente no es lo mismo. Sin embargo, hay una razón por la cual se prohibe arrancar flores de los jardines públicos. Las leyes que rigen la vida ciudadana están también apoyadas en la razón, son formas de razón.

Ordenación de la razón dirigida al bien común y promulgada por el que cuida de la sociedad. *El ornato de las flores en un jardín público constituye un bien común. La prohibición de arrancarlas emana del que* tiene a su cargo el cuidado de la sociedad. *Pero este hombre, o estos hombres, ¿no se equivocarán? ¿La norma, la ley, son siempre hijas de la razón? ¿No pueden serlo de la conveniencia o del capricho? Y, cuando esto es así, ¿qué puede hacer el hombre a quien la ley o la norma perjudican?*

Este es un problema grave. De hecho, han existido leyes injustas, leyes nacidas,

no de la razón, leyes no encaminadas al bien común, sino nacidas de la voluntad particular y encaminadas a la conveniencia. El estudio de la Historia os pondrá en contacto con muchos casos en que esto ha sucedido. Pero, a veces, la ley de la ciudad (o del Estado), la ley humana, aunque en principio no sea injusta, puede, en algún caso imprevisto por el legislador, entrar en conflicto con la ley moral. La solución, entonces, es difícil; pero antes hay que obedecer a Dios que a los hombres. Hay una vieja historia trágica en que ese problema se plantea, en que ese conflicto entre dos leyes justas surge sin solución posible. Hubo un rey desgraciado, Edipo de Tebas, que cometió, contra su voluntad, grandes pecados, por los que fue castigado como si fueran voluntarios. Después de muerto hubo división entre sus hijos, y uno de ellos, Polinice, se rebeló contra el reino y atacó a Tebas. La Ley —justa—de entonces prohibía enterrar a los traidores a la patria; y, para aquellas gentes, abandonar un cuerpo a la voracidad de las ves de rapiña, era la mayor impiedad. Polinice fue vencido, y su cuerpo, abandonado a las aves y a las alimañas. Pero tenía una hermana, Antígona, muchacha piadosa y amante de sus hermanos. Antígona, contra la ley de la ciudad, pero obediente a la ley del corazón, enterró el cadáver de Polinice: ved un fragmento de la tragedia de Sófocles en que esto se cuenta:

EL GUARDA

Ved en qué forma ha sucedido todo. Apenas habíamos tornado a nuestro puesto cuando, intimidados por vuestras severas amenazas, apartamos con cuidado la tierra que cubría el cuerpo de Polinice; dejamos al aire el cuerpo ensangrentado y medio corrompido; fuimos luego a sentarnos cerca de una de las eminencias vecinas, al abrigo del viento, para evitar la infección que exhalaba. Nos excitamos unos a otros con las palabras más punzantes a cumplir con nuestro deber, sin escatimar esfuerzo alguno. Hemos permanecido en tal forma hasta el momento en que el disco brillante del sol, elevándose entre los aires, los incendiaba con su fuego. De súbito, un azote celeste, un ciclón impetuoso, alzando de la tierra torbellinos de polvo, ha invadido, cegador, el campo; hemos resistido todo el ímpetu de la tempestad. Apenas se ha aplacado, esta joven princesa se ha presentado a nuestra vista; lanzaba gritos agudos, semejantes a los del ave que ve su nido despojado de los polluelos que había criado en él. Sí, de tal manera ante el cadáver descubierto hacía resonar el aire con sus quejas y sus imprecaciones contra los autores de tal ultraje, y, de pronto, cubriendo al muerto de tierra seca, le rocía por tres veces con libaciones derramadas del seno brillante de un vaso de bronce. Al punto volamos hacia ella, y todos a la vez nos apresuramos a cogerla; no ha dado muestra alguna de espanto; interrogada por nosotros sobre el hecho actual y sobre el precedente, ha confesado ambos, y tal confesión

me es a un tiempo grata y dolorosa. Pues si nada es tan dulce como librarse de los males que a uno le amenazan, es aflictivo el exponer a ellos a quienes se ama. Pero nada debe serme más caro que mi propia conservación.

CREON (a Antígona)

¡Qué! Vos, que no levantáis los ojos del suelo, ¿no negáis el delito de que se os acusa?

ANTIGONA

Al contrario; lo confieso y estoy lejos de negarlo.

CREON (al guarda)

Vaya; endereza tus pasos adonde te plazca; no tienes nada que temer. Y vos habladme sin rodeos. ¿Conocíais la prohibición que yo había hecho?

ANTIGONA

La conocía. ¿Podía ignorarla? Era pública.

CREON

¿Y cómo habéis osado desafiar esa ley?

ANTIGONA

Porque ni Zeus ni la justicia, conciudadana de los dioses infernales, ninguno de los dioses que han dado leyes a los hombres, la habrían promulgado, y yo no pensaba que vuestros mandatos debiesen tener tanta fuerza que hiciesen prevalecer la voluntar de un hombre sobre la de los inmortales, sobre esas leyes que no están escritas y que no podrían ser borradas. No son de hoy ni de ayer esas leyes; son de todos los tiempos, y a nadie le es dable decir cuándo nacieron. ¿No debía yo, pues, sin temor a mortal alguno, someterme a las órdenes de los dioses? Sabía que había de morir. ¿Hubiera podido ignorarlo, aunque vos no hubiérais dictado el mandato? Si mi muerte es prematura, no es sino un gran

bien a mis ojos. ¿Y quién podría, en el abismo de males en que estoy, no mirar la muerte como una felicidad? Así, pues, suerte tal no puede ser a mis ojos una pena; más lo hubiera sido para mí, y harto dura, si yo hubiera dejado insepulto a un hermano concebido en el mismo seno que me llevó a mí. Eso es lo que me hubiera desesperado; lo demás no me aflige. Si después de esto tacháis mi conducta de locura, tal acusación bien podrá ser la acusación de un insensato.

EL CORO

En ese carácter inflexible se reconoce la sangre del inflexible Edipo; no ha aprendido a ceder ante la desgracia.

CREON (al coro)

Sabed que esas almas tan altivas son fácilmente abatidas. Ved el hierro, a pesar de su gran dureza, cómo se quebranta y se ablanda en el fuego. ¿El menor freno no basta para domar a los más fogosos corceles? Tanto orgullo mal cuadra a quien es esclavo de sus deudos. No es bastante el haber violado mis leyes: osa desafiarme y añade un segundo ultraje al primero, gloriándose de lo que ha hecho. En verdad sería preciso que yo cesase de ser hombre y que ella lo llegase a ser para que yo la permitiese gozar impunemente así del poder que usurpa... Sí, aunque sea sobrina mía; aunque fuera más parienta aún, ella y su hermana no se librarían de la suerte más terrible, pues su hermana, sin duda, es igualmente culpable del atentado. Que la hagan venir. La he visto hace un momento fuera de sí y sin poder ya dominarse. Un corazón que rumia un crimen en la sombra del misterio llega a ser fácilmente su propio delator. ¡Cuánto aborrezco a quienes, sorprendidos en medio del crimen, quieren vestirlo de bellos colores!

SOFOCLES: *ANTIGONA*

Acostumbraos a pensar que toda sociedad, toda agrupación, toda colaboración, entraña una ley. Vuestros juegos tienen sus reglas, cada uno la suya, distinta de las reglas de otros juegos, y sólo sometiéndose a ellas el juego resulta bien. ¡Con qué ira, cuando alguno no las cumple, os levantáis contra él! Entre los niños que juegan, el que no guarda las reglas, el tramposo, goza de mala reputación. Las leyes divinas son las reglas del juego moral; las leyes humanas lo son del juego social. No se puede prescindir de ellas en ninguna circunstancia, en ninguna ocasión. Hasta las asociaciones de delincuentes tienen leyes.

AUTORIDAD Y LIBERTAD

La autoridad

Volvamos a aquella definición de antes: ...promulgada por el que cuida de la sociedad. *¿Quién es éste al que tan importante función corresponde? No se puede responder con una sola palabra, porque esa función se ha llamado de muy diversas maneras, aunque todas ellas puedan designarse con un vocablo de significación general:* autoridad. *Autoridad es el guardia municipal que os impone una norma de circulación en la calle, como lo es el jefe del Estado, y todos los que, entre la suprema magistratura y la más humilde, ejercen en la sociedad un puesto rector.*

La autoridad, en relación con la ley, tiene dos funciones: promulgarla y hacerla cumplir. El diccionario os dirá lo que significa promulgar una ley. *Y, al estudiar la historia nacional, os encontraréis de cómo se elaboran las leyes de nuestro país en sus distintas etapas. Instituciones semejantes las hallaremos en todas partes. Pero, ¿cuál es la condición principal de la ley si ha de ser justa? Que sea conforme a razón:* que sea razón ordenada. *El que elabora la ley, el que la interpreta, son investigadores de la razón. El rey—máxima autoridad durante muchos siglos—es buen rey cuando guarda las leyes como primer ciudadano, es decir, cuando se somete a la razonable. Su autoridad sólo en esto halla fundamento sólido. El poder irrazonable se llama tiranía; bajo la tiranía los pueblos sufren, y todas las doctrinas, la católica ante todo, autorizan ciertas formas de rebelión contra la autoridad tiránica.*

A la muerte del rey Don Fernando I de Castilla sus hijos se repartieron el reino, y el mayor, Don Sancho, pretendió restituir a unidad lo que el testamento de su padre había descompuesto. Peleaban en ese episodio histórico dos ideas contradictorias: una, la de que el rey es dueño de sus reinos como si fuesen su hacienda privada; otra, la de que el reino no es propiedad particular de nadie. Don Sancho representaba esta idea. Hubo, naturalmente, guerras, y en el cerco de Zamora Don Sancho fue asesinado por el traidor Vellido Dolfos. Quedaba como heredero suyo su hermano Alfonso, pero cabía la duda de que hubiera participado, como instigador, en la muerte de su hermano. De haber sido así, su autoridad carecería de fundamento, por estar asentada en un crimen, *es decir, en algo contra razón. Como entonces no existían policías que pudiesen investigar el crimen, y como los hombres concedían a la palabra y al*

juramento más valor que hoy, a los ciudadanos que iban a recibir por rey a Don Alfonso les bastaba con su palabra. Los romances cuentan el episodio: Jura en Santa Gadea:

JURAMENTO QUE TOMO EL CID AL REY DON ALFONSO

En Sancta Gadea de Burgos, — do juran los hijosdalgo,
allí le toma la jura — el Cid al rey castellano.
Las juras eran tan fuertes, — que al buen rey ponen espanto;
sobre un cerrojo de hierro — y una ballesta de palo:
—Villanos te maten, Alonso — villanos, que no hidalgos;
de las Asturias de Oviedo, — que no sean castellanos;
mátente con aguijadas, — no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos, — no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas, — que no zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas, — no de contray ni frisado;
con camisones de estopa, — no de Holanda ni labrados;
caballeros vengan en burras, — que no en mulas ni en caballos;
frenos traigan de cordel, — que no cueros fogueados.
Mátente por las aradas, — que no en villas ni en poblado;
sáquente el corazón — por el siniestro costado,
si no dijeres la verdad — de lo que te fuere preguntado,
si fuiste ni consentiste — en la muerte de tu hermano.
Jurado había el rey — que en tal nunca se ha hallado;
pero allí hablara el rey — malamente y enojado:
—Muy mal me conjuras, Cid, — Cid, muy mal me has conjurado,
mas hoy me tomas la jura, — mañana me besarás la mano.
—Por besar mano de rey — no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre — me tengo por afrentado.
—Vete de mis tierras, Cid, — mal caballero probado,
y no vengas más a ellas — desde este día en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid, — pláceme, dijo, de grado,
por ser la primera cosa — que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno, — yo me destierro por cuatro—.
Ya se parte el buen Cid — sin al rey besar la mano,
con trescientos caballeros; — todos eran hijosdalgo,
todos son hombres mancebos, — ninguno no había cano.
Todos llevan lanza en puño — y el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas — con bolas de colorado;
mas no le faltó al buen Cid — adonde sentar su campo.

Responsabilidad de la autoridad

Sí. De acuerdo con lo quensáis: Don Alfonso no se portó bien; Don Alfonso abusó de su autoridad al desterrar al Cid, que en aquel solemne instante representaba al pueblo castellano y a su deseo de justicia. La autoridad de Alfonso, visto el juramento, era legítima; pero su irritación personal, contra razón, empezaba a estropearla. De ahí se deriva una de las historias más hermosas, la del Cid Campeador, cuyos méritos, cuyo derecho, *acabó por reconocer el rey, reconciliándose con él y colmándole de honores. Así se reintegra el rey a la justicia,* a lo razonable; *así su voluntad tiene fuerza de ley.*

El pueblo español ha confiado siempre en la justicia del rey. Entre el pueblo y el monarca se interponen frecuentemente autoridades subalternas que abusan de su poder en perjuicio del pueblo. ¿Qué sería de éste si no tuviera confianza en la más alta magistratura? ¿Cuál no sería la decepción si el rey se pusiera del lado de la injusticia? La parte más valiosa de nuestro teatro clásico pone en juego estos sentimientos de esperanza y confianza ante el rey justo, es decir, ante el que no hace ley de su voluntad, sino de la razón.

Podría, ahora, traeros copiosos ejemplos del disgusto y dolor del pueblo ante la injusticia real. Hay un drama de Lope de Vega, La Estrella de Sevilla, *en que claramente se ve cómo el pueblo vacila ante el respeto al monarca y el sentimiento de injusticia. Sería menester que leyerais el drama entero. Sin embargo, para que os deis cuenta del sentimiento popular ante la injusticia real, no hace falta que salgamos de la historia del Cid. Lo mismo que vosotros habéis pensado ante su destierro injusto lo pensaron sus contemporáneos, y así se recogió en romances:*

DESTIERRO DEL CID

Grande saña cobró Alfonso — contra el buen Cid castellano,
porque le tomó la jura — de la muerte de su hermano:
encubrió la su enemiga, — aguardó a hacerse vengado.
El rey moro de Toledo, — que Alimaimón es llamado,
del Cid se quejara al rey — que en su reino se había entrado,
y hasta dentro de Toledo — sus moros ha cautivado:
siete mil son los cautivos, — sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa, — contra el Cid estaba airado;
mucho más que antes estaba, — con el rey lo habían mezclado
por envidia que le tienen — los grandes de su reinado.
Escribióle el rey al Cid, — que salga de su reinado,
dentro de los nueve días, — que más no le da de plazo.

El buen Cid a sus parientes — las cartas les ha mostrado:
todos se quejan del rey — de haberlo tan mal mirado
desterrando a un caballero — tan valiente y esforzado,
que muy bien había servido — a él, a su padre y a su hermano.
Ofrécense de ir con él — a lo servir muy de grado,
y que todos morirían — con él juntos en el campo.
El Cid les agradecería — la palabra que le han dado,
y otro día salió el Cid — de Vivar, que era su Estado,
con toda su compañía — con ánimos esforzados:
volvióse a sus caballeros — y esto les está fablando:
—Amigos, si a Dios pluguiese — que a Castilla nos volvamos,
dígovos que tornaremos — todos muy ricos y honrados.

Juzgar con arreglo a la ley

Obrar conforme a la ley es justicia, lo que es lo mismo, obrar conforme a razón. La autoridad, pues, es legítima en el ejercicio de la justicia. El hombre injustamente tratado acude a la autoridad. Así doña Jimena, la que después fue mujer del Cid:

—Justicia, buen rey, te pido — y venganza de traidores
así lo logren tus hijos — y de sus fazañas gozes,
que aquel que no la mantiene — de rey no merece el nombre,
nin comer pan a manteles — nin que le sirvan los nobles.
¡Aquel que no la mantiene — de rey no merece el nombre!

En estos dos versos se encierra el quid de la cuestión.

Sin embargo, si el rey puede ejercer directamente justicia en ciertos casos, si la ejercía personalmente en ciertas épocas, pronto fue necesario que el rey fuese representado en el ejercicio de la justicia; que fuese sustituido por alguien que, en su nombre, la ejerciese. Tal fue el juez. El juez se asistió de entendidos, de peritos —jurisperitos—sabedores de la ley y del derecho. La justicia, cosa divina, se rodeó de solemnidades. Nacieron los Tribunales de Justicia. Y como en todo caso hay, por lo menos, dos interesados, el que ha vulnerado la ley y el que lo ha padecido, uno y otro—las partes se llaman—concurren ante el Tribunal a dirimir su cuestión con arreglo a la ley, es decir, a la razón. William Shakespeare fue un gran dramaturgo inglés. De una de las mejores comedias, El mercader de Venecia, *tomamos unas escenas ejemplares:*

Entra Porcia, en traje de doctor en Leyes.

DUX.—Dadme la mano. ¿Venís de parte del viejo Belario?

POR.—Sí, señor.

DUX.—Sed bienvenido. Ocupad vuestro sitio. ¿Estáis enterado del proceso que está actualmente pendiente ante el tribunal?

POR.—Estoy por completo al corriente de la causa. ¿Cuál es aquí el mercader y cuál el judío?

DUX.—Antonio y tú, viejo Shylock, avanzad los dos.

POR.—¿Vuestro nombre es Shylock?

SHY.—Shylock es mi nombre.

POR.—La demanda que hacéis es de naturaleza extraña, y, sin embargo, de tal manera legal, que la ley veneciana no puede impediros proseguirla. *(A Antonio.)* Caéis bajo su acción, ¿no es verdad?

ANT.—Sí, es lo que dice.

POR.—¿Reconocéis este pagaré?

ANT.—Sí.

POR.—Entonces el judío debe mostrarse misericordioso.

SHY.—¿Por efecto de qué obligación, queréis decirme?

POR.—La propiedad de la clemencia es que no sea forzada; cae como la dulce lluvia del cielo sobre el llano que está por debajo de ella; es dos veces bendita: bendice al que la concede y al que la recibe. Es lo que hay de más poderoso en lo que es todopoderoso; sienta mejor que la corona al monarca sobre su trono. El cetro puede mostrar bien la fuerza de poder temporal, el atributo de la majestad y del respeto que hace temblar y temer a los reyes. Pero la clemencia está por encima de esa autoridad del cetro; tiene su trono en los corazones de los reyes; es un atributo de Dios mismo, y el poder terrestre se aproxima tanto como es posible al poder de Dios cuando la clemencia atempera la justicia. Por consiguiente, judío, aunque la justicia sea tu punto de apoyo, considera bien esto: que en estricta justicia ninguno de nosotros encontrará salvación; rogamos para solicitar clemencia, y este mismo ruego, mediante el cual la solicitamos, nos enseña a todos que debemos mostrarnos clementes con nosotros mismos. No he hablado tan largamente mas que para instarte a moderar la justicia de tu demanda. Si persistes en ella, este rígido tribunal de Venecia, fiel a la ley, deberá necesariamente pronunciar sentencia contra el mercader aquí presente.

SHY.—¡Que mis acciones caigan sobre mi cabeza! Exijo la ley, la ejecución de la cláusula penal y lo convenido en mi documento.

POR.—¿Es que no puede rembolsar el dinero?

BAS.—Sí, ofrezco entregárselo aquí ante el tribunal. Más aún; ofrezco dos veces la suma. Si no basta, me obligaré a pagar diez veces la cantidad poniendo como prenda mi cabeza, mis manos, mi corazón; si no es suficiente aún, está claro entonces que la maldad se impone a la honradez. Os suplico por una sola vez que hagáis flaquear la ley ante vuestra autoridad; haced un pequeño mal para realizar un gran bien y doblegad la obstinación de este diablo cruel.

POR.—No puede ser; no hay fuerza en Venecia que pueda alterar un decreto establecido; un precedente tal introducirá en el Estado numerosos abusos; eso no puede ser.

SHY.—¡Un Daniel! ¡Oh joven y sabio juez, cómo te honro!

POR.—Dejadme, os ruego, examinar el pagaré.

SHY.—Vedle aquí, reverendísimo doctor; vedle aquí.

POR.—Shylock, se te ofrece tres veces tu dinero.

SHY.—Un juramento, un juramento, he hecho un juramento al cielo. ¿Echaré sobre mi alma un perjurio? No, ni por Venecia entera.

POR.—Bien, este pagaré ha vencido sin ser pagado, y por las estipulaciones consignadas en él el judío puede legalmente reclamar una libra de carne, que tiene derecho a cortar lo más cerca del corazón de ese mercader. Sed compasivo, recibid tres veces el importe de la deuda; dejadme romper el pagaré.

SHY.—Cuando haya sido abonado conforme a su tenor. Parece que sois un digno juez; conocéis la ley; vuestra exposición ha sido muy sólida. Os requiero, pues, en nombre de la ley, de la que sois una de las columnas más meritorias, a proceder a la sentencia. Juro por mi alma que no hay lengua humana que tenga bastante elocuencia para cambiar mi voluntad. Me atengo al contenido de mi contrato.

ANT.—Suplico al tribunal con todo mi corazón que tenga a bien dictar su fallo.

POR.—Pues bien; aquí está entonces. Os es preciso preparar vuestro pecho al cuchillo.

SHY.—¡Oh noble juez! ¡Oh excelente joven!

POR.—En efecto, el objeto de la ley y el fin que persigue están estrechamente en relación con la penalidad que este documento muestra que se puede reclamar.

SHY.—Es muy verdad, ¡oh juez sabio e íntegro! ¡Cuánto más viejo eres de lo que indica tu semblante!

POR.—En consecuencia, desnudad vuestro pecho.

SHY.—Sí, su pecho; es lo que dice el pagaré, ¿no es así, noble juez? "El sitio más próximo al corazón", tales son los términos precisos.

POR.—Exactamente. ¿Hay aquí una balanza para pesar la carne?

SHY.—Tengo una dispuesta.

POR.—Shylock, ¿habéis tomado algún cirujano a vuestras expensas para vendar sus heridas, a fin de que no se desangre y muera?

SHY.—¿Está eso enunciado en el pagaré?

POR.—No está enunciado; pero ¿qué importa? Sería bueno que lo hicieseis por caridad.

SHY.—¡No veo por qué! ¡No está consignado en el pagaré!

POR.—Acercaos, mercader. ¿Tenéis algo que decir?

ANT.—Poca cosa. Estoy armado de valor y preparado para mi suerte. Dadme vuestra mano, Bassanio, ¡adiós! No sintáis que me haya ocurrido esa desgracia por vos, pues en esta ocasión la fortuna se ha mostrado más compasiva que de costumbre. Es su hábito dejar al desdichado sobrevivir a su riqueza para contemplar con ojos huecos y arrugada frente una pobreza interminable. Pues bien; ella me libra del lento castigo de semejante miseria. Encomendadme al recuerdo de vuestra honorable mujer; referidle todas las peripecias del fin de Antonio; decidle cómo os quería; hablad bien de mí después de mi muerte, y, cuando vuestro relato haya terminado, instadle a que decida si Bassanio no era su verdadero amigo un tiempo. No os arrepintáis de perder vuestro amigo y él no se arrepentirá de pagar vuestra deuda; pues si el judío corta bastante profundamente voy a pagar vuestra deuda con mi corazón entero.

BAS.—Antonio, estoy casado con una mujer que me es tan querida como la vida misma; pero la vida, mi mujer, el mundo entero no me son tan caros como tu vida. Sacrificaré todo, lo perderé todo por librarte de ese diablo.

POR.—Si vuestra mujer estuviese aquí cerca y os oyera hacer un ofrecimiento parecido os daría bien pocas gracias por ella.

GRA.—Tengo una mujer que amo, lo declaro; pues bien, quisiera que estuviera en el cielo, a fin de que intercediese con alguna potencia divina para cambiar el corazón de ese feroz judío.

NER.—Hacéis bien de expresar un voto como ése en su ausencia. Expresado en su presencia, turbaría la tranquilidad de vuestra casa.

SHY.—*(Aparte.)* He ahí los maridos cristianos. Tengo una hija: mejor hubiera querido que se casase con uno de la raza de Barrabás que verla con un cristiano por esposo. *(En voz alta.)* Perdemos tiempo; te lo ruego, acaba tu sentencia.

POR.—Te pertenece una libra de carne de ese mercader: la ley te la da y el tribunal te la adjudica.

SHY.—¡Rectísimo juez!

POR.—Y podéis cortar esa carne de su pecho. La ley lo permite y el tribunal os lo autoriza.

SHY.—¡Doctísimo juez! ¡He ahí una sentencia! ¡Vamos, preparaos!

POR.—Detente un instante. Hay todavía alguna otra cosa que decir. Este pagaré no te concede una gota de sangre. Las palabras formales son éstas: una libra de carne. Toma, pues, tu libra de carne. Pero si al cortarla te ocurre verter una gota de sangre cristiana, tus tierras y tus bienes, según las leyes de Venecia, serán confiscados en beneficio del Estado de Venecia.

GRA.—¡Oh juez íntegro! ¡Adviértelo, judío! ¡Oh recto juez!

SHY.—¿Es ésa la ley?

POR.—Verás tú mismo el texto; pues ya que pides justicia, ten por seguro que la obtendrás, más de lo que deseas.

GRA.—¡Oh docto juez! ¡Adviértelo, judío! ¡Oh recto juez!

SHY.—Acepto su ofrecimiento entonces: páguenme tres veces el valor del pagaré y déjese marchar al cristiano.

BAS.—Aquí está el dinero.

POR.—¡Despacio! El judío tendrá toda su justicia. ¡Despacio! Nada de prisas. No tendrás nada más que la ejecución de las cláusulas penales estipuladas.

GRA.—¡Oh judío! ¡Un juez íntegro, un recto juez!

POR.—Prepárate, pues, a cortar la carne; no viertas sangre y no cortes ni más ni menos que una libra de carne; si tomas más o menos de una libra precisa, aun cuando no sea más que la cantidad suficiente para aumentar o disminuir el peso de la vigésima parte de un simple escrúpulo; más aún: si el equilibrio de la balanza se descompone con el peso de un cabello, mueres, y todos tus bienes quedan confiscados.

GRA.—¡Un segundo Daniel, judío; un Daniel! Aquí os tengo ahora, en la cadera, pagano.

POR.—¿Por qué se detiene el judío? Toma tu retractación.

SHY.—Dadme mi principal y dejadme partir.

BAS.—Tengo el todo preparado para ti; aquí está.

POR.—Lo ha rehusado en pleno tribunal. Obtendrá justicia estricta y lo que le conceda su pagaré.

GRA.—¡Un Daniel, te lo repito; un segundo Daniel! Te doy gracias, judío, por haberme enseñado esa palabra.

SHY.—¿No conseguiré pura y simplemente mi principal?

POR.—No tendrás sino la retractación estipulada, para que a tu riesgo la tomes, judío.

SHY.—Pues bien; entonces que el diablo le dé la liquidación. No quedaré aquí más tiempo discutiendo.

SHAKESPEARE: *EL MERCADER DE VENECIA*

Mando y obediencia

Dos caminos se ofrecen ahora a nuestra elección, dos caminos que conducirán al mismo fin, que es vuestro conocimiento y formación. Podemos, por el primero, continuar nuestra consideración de la vida en sociedad, de vuestro lugar en ella, de vuestras obligaciones y deberes entre los demás hombres. El segundo respecta a lo más delicado de vosotros mismos. Vamos a continuar por el primero, a cuyo final volveremos atrás para hacer por el segundo un breve viaje.

En lo que lleváis leído, alguna vez, varias veces, os habéis tropezado con un hecho universal, que tampoco os es desconocido en la realidad de vuestra propia vida. Como hijos, obedecéis a vuestros padres; como escolares, a vuestros maestros; como ciudadanos, a las autoridades; como cristianos, a Dios y a su Iglesia. Todo lo cual se resume en una universal obediencia al Señor, porque de Él emana toda autoridad y a Él se rinde cualquier obediencia. Conforme crecéis en edad y entendimiento os dais cuenta de que, ante vosotros, se amplifica el campo de la obediencia, de momento, en funciones superiores en que vosotros mismos, el mismo sujeto, el mismo hombre, obedece y manda a la vez. La situación narmal del hombre maduro es este juego conjugado de mando y obediencia, y toda la sociedad es una vastísima trama en que mandar u obedecer se implican. Se obedece a los padres, a los maestros, a los dirigentes, a los jefes, a las autoridades; se obedece a los principios morales, a las normas por las que la vida de cada cual se rige. Pero no son ahora estas normas impersonales las que van a entretenernos, sino ese hecho humano, universal, del mando y la obediencia entre hombres.

En vosotros se organiza una pandilla con un fin cualquiera. Uno de vosotros se constituye en capitán, bien por sus méritos indiscutibles y reconocidos, bien por elección de todos. Este compañero vuestro os manda; hay veces en que le obedecéis a gusto; otras, en que vais a disgusto tras él o en que os ponéis enfrente con toda franqueza. ¿Qué sucede para que el juego limpio de mando y obediencia se haya interrumpido? Es muy importante que leáis los siguientes párrafos de Oswald Spengler, porque en ellos se dice algo importante para el que ha de obedecer y para el que ha de mandar:

Con el mando crece el individuo sobre sí mismo y se convierte en centro de un mundo activo. Hay una manera de mandar que hace de la obediencia un hábito libre, orgulloso y distinguido. Napoleón no poseía esta

manera. Un resto de sentido subalterno le impidió educar hombres y no instrumentos registradores. No dominó por medio de personalidades, sino por órdenes. Y habiéndole faltado este refinado tacto del mando, tuvo que hacer siempre por sí mismo lo realmente decisivo y hubo de perecer lentamente en la desproporción entre los problemas de su posición y los límites de la capacidad humana. Pero quien posee este último y supremo don de humanidad perfecta, como César o Federico el Grande, ése siente, sin duda, en la noche de una batalla, cuando las operaciones llegan al término deseado y con la victoria se decide la campaña, o al poner la firma última que cierra una época de la historia, un maravilloso sentimiento de poder. Hay momentos en que un individuo siente su personalidad casi como la cáscara en que la historia del futuro está formándose.

Lo primero es hacer uno mismo algo; lo segundo—menos aparente, pero más difícil y de efecto lejano más profundo—es crear una tradición, empujar en ella a los demás, para que prosigan la propia obra, su ritmo y su espíritu, desencadenar un torrente de actividades uniformes que ya no necesitan del primer jefe para mantenerse "en forma". Así, el hombre de Estado se eleva a un rango que los antiguos hubieran calificado de divino. Tórnase creador de una nueva vida, fundador "espiritual" de una raza joven. El mismo, como ser, desaparecerá a los pocos años. Pero una minoría por él creada—otro ser de extraña índole—aparece en su lugar para un tiempo incalculable. Ese algo cósmico, ese alma de una capa dominadora y gobernante puede un individuo engendrarlo y dejarlo en herencia; esto es lo que ha producido en toda historia los efectos más duraderos. El gran hombre de Estado es raro. Que aparezca, que se imponga, y que esto suceda demasiado pronto o demasiado tarde, depende del azar. Los grandes individuos destruyen a veces más que edifican—por el hueco que su muerte deja en el torrente del suceder—. Pero crear una tradición significa eliminar el azar. Una tradición cría hombres de un nivel medio superior, con los cuales puede contar el futuro. No crea un César, pero sí un Senado; no un Napoleón, pero sí un incomparable cuerpo de oficiales. Una fuerte tradición atrae los talentos y con pequeñas dotes alcanza grandes éxitos. Demuéstranlo las escuelas de pintura en Italia y Holanda, no menos que el ejército prusiano y la diplomacia de la curia romana. Fue una gran debilidad de Bismarck, en comparación con Federico Guillermo I, el que, sabiendo actuar, no supiera crear una tradición. No pudo producir junto al cuerpo de oficiales de Moltke una raza correspondiente de políticos que se sintiese idéntica con su Estado y los nuevos problemas de éste y que acogiese de continuo los hombres de abajo, infundiéndoles para siempre su ritmo de acción. Cuando no sucede esto

queda, en lugar de una capa de gobernante, una colección de cabezas que no pueden valerse ante lo imprevisto. Pero, si se realiza, entonces surge un pueblo "soberano", en el único sentido digno de un pueblo y posible en el mundo de los hechos: una minoría perfectamente criada y que se completa y renueva a sí misma; una minoría con tradición segura, probada en larga experiencia; una minoría que incluye en su esfera todos los talentos y los emplea, y, por tanto, se encuentra en armonía con el resto del país gobernado. Semejante minoría se convierte lentamente en una verdadera raza, incluso si una vez ha sido un partido, y decide con la seguridad de la sangre y no del intelecto. Pero precisamente por eso sucede en ella todo "por sí mismo", sin necesidad del genio. Esto significa, por decirlo así, la sustitución del gran político por la gran política.

OSWALD SPENGLER: *LA DECADENCIA DE OCCIDENTE*

Saber mandar y saber obedecer

Pero también existe el que sabe obedecer y el que ignora este arte. Y los que no obedecen lo hacen por dos razones principales: porque llevan dentro el instinto del mando, o porque su calidad espiritual les hace incapaces para la obediencia. El que instintivamente está vocado al mando mal hace en rechazar el puesto de la obediencia, porque sólo obedeciendo se aprende a mandar; la Historia nos enseña cómo muchos hombres llamados al mando fracasaron en él porque, antes, no habían obedecido. Grande es la escuela de la obediencia, sobre todo cuando el que manda ejerce su misión llenando de orgullo al que obedece por el hecho de obedecer. ¡Qué gran jefe sería Mío Cid Campeador, cuando espontáneamente tantos hombres se ponían a sus órdenes! Esa misma alegría llenaba a los que, voluntariamente, marchaban tras las banderas del Gran Capitán, otro hombre que sabía infundir en sus subordinados el orgullo de serlo. El secreto de estos hombres consistió, indudablemente, en hacer comprender a sus subordinados, sin decírselo, que no obedecían la voluntad de un hombre constituido en jefe, sino que este mismo jefe obedecía a su vez a las normas, a las leyes, a los principios y a las exigencias planteadas por la misión que todos habían de cumplir. Una batalla no se gana caprichosamente, un barco no se construye de cualquier modo, una sociedad mercantil no funciona porque sí: la batalla, el barco, la empresa mercantil son realidades con leyes propias, y el que manda la batalla, ordena la construcción o dirige la empresa tienen que ser los primeros obedientes a dichas leyes. Saber mandar es saber comunicar a los subordinados esa obediencia común.

Un barco de guerra es un mundo cerrado y aislado, un mundo constantemente en

peligro. La vida interna de un barco de guerra es siempre un buen ejemplo de funcionamiento. En el barco no hay más que una voluntad, transmitida desde arriba y recogida por los sucesivos rangos de la dotación. En la guerra, la tensión interior de ese juego se hace más aguda; una desobediencia, una negligencia, pone en riesgo de muerte a muchos cientos de hombres. Ante el enemigo hay que saber mandar y saber obedecer, desde la quilla a la perilla, *como dicen los marinos; desde el comandante al último grumete. Ved ese juego de mando y obediencia descrito por la pluma, ya conocida de vosotros, de don Benito Pérez Galdós, en un fragmento de sus* Episodios Nacionales:

De repente nuestro comandante dio una orden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los motones, trapearon las gavias.

—¡En facha, en facha!—exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento—. Ese condenado se nos quiere meter por la popa.

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía dispuesto a cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros familiarizados, como Marcial, con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban a los obenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntario; pero, por lo común, todos eran de leva, obedecían las órdenes como de mala gana y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

Por lo que a mí me toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales a las de aquel momento. A pesar de mis pocos años me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y les admiraba al verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.

Cayó con estruendo el palo del trinquete, ocupando el castillo de proa con la balumba de su aparejo, y Marcial dijo:

—Muchachos, vengan las hachas. Metamos este mueble en la alcoba.

Al punto se cortaron los cabos, y el mástil cayó al mar.

Y viendo que arreciaba el fuego, gritó dirigiéndose a un pañolero que se había convertido en cabo de cañón:

—Pero Abad, mándales el vino a esos casacones para que nos dejen en paz.

Y a un soldado que yacía como muerto, por el dolor de sus heridas y la angustia del mareo, le dijo aplicándole el botafuego a la nariz:

—Huele una hojita de azahar, camarada, para que se te pase el desmayo. ¿Quieres dar un paseo en bote? Anda: Nelson nos convida a echar unas cañas.

Esto pasaba en el combés. Alcé la vista al alcázar de popa, y vi que el general Cisneros había caído. Precipitadamente le bajaron dos marineros a la cámara. Mi amo continuaba inmóvil en su puesto; pero de su brazo izquierdo manaba mucha sangre. Corrí hacia él para auxiliarle y, antes que yo llegase, un oficial se le acercó, intentando convencerle de que debía bajar a la cámara. No había éste pronunciado dos palabras cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza y su sangre salpicó mi rostro. Entonces don Alonso se retiró, tan pálido como el cadáver de su amigo, que yacía mutilado en el piso del alcázar.

Cuando bajó mi amo el comandante quedó solo arriba, con tal presencia de ánimo que no pude menos de contemplarle un rato, asombrado de tanto valor. Con la cabeza descubierta, el rostro pálido, la mirada ardiente, la acción enérgica, permanecía en su puesto dirigiendo aquella acción desesperada que no podía ganarse ya. Tan horroroso desastre había de verificarse con orden, y el comandante era la autoridad que reglamentaba el heroísmo. Su voz dirigía a la tripulación en aquella contienda del honor y la muerte.

Un oficial que mandaba en la primera batería subió a tomar órdenes, y antes de hablar cayó muerto a los pies de su jefe; otro guardia marina que estaba a su lado cayó también mal herido, y Uriarte quedó al fin enteramente solo en el alcázar, cubierto de muertos y heridos. Ni aun entonces se apartó su vista de los barcos ingleses ni de los movimientos de nuestra artillería; y el imponente aspecto del alcázar y toldilla, donde agonizaban sus amigos y subalternos, no conmovió su pecho varonil ni quebrantó su enérgica resolución de sostener el fuego hasta perecer. ¡Ah! Recordando yo después la serenidad y estoicismo de don Francisco Javier Uriarte he podido comprender todo lo que nos cuentan de los heroicos

capitanes de la antigüedad. Entonces no conocía yo la palabra "sublimidad"; pero viendo a nuestro comandante comprendí que todos los idiomas deben tener un hermoso vocablo para expresar aquella grandeza de alma que me parecía favor rara vez otorgado por Dios al hombre miserable.

Entretanto, gran parte de los cañones habían cesado de hacer fuego, porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Tal vez no me hubiera fijado en esta circunstancia si, habiendo salido de la cámara, impulsado por mi curiosidad, no sintiera una voz que con acento terrible me dijo:

—¡Gabrielillo, aquí!

Marcial me llamaba. Acudí prontamente, y le hallé empeñado en servir uno de los cañones que habían quedado sin gente. Una bala había llevado a Medio-hombre la punta de su pierna de palo, lo cual le hacía decir:

—Si llego a traer la de carne y hueso...

Dos marinos muertos yacían a su lado; un tercero, gravemente herido, se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

—Compadre—le dijo Marcial—, ya tú no puedes ni encender una colilla.

Arrancó el botafuego de manos del herido y me lo entregó diciendo:

—Toma, Gabrielillo; si tienes miedo vas al agua.

Esto diciendo, cargó el cañón con toda la prisa que le fue posible, ayudado de un grumete que estaba casi ileso; lo cebaron y apuntaron: ambos exclamaron: "¡Fuego!"; acerqué la mecha y el cañón disparó.

Se repitió la operación por segunda y tercera vez, y el ruido del cañón, disparado por mí, retumbó de un modo extraordinario en mi alma. El considerarme, no ya espectador, sino actor decidido en tan grandiosa tragedia disipó por un instante el miedo y me sentí con grandes bríos, al menos con la firme resolución de aparentarlos. Desde entonces conocí que el heroísmo es casi siempre una forma del pundonor. Marcial y otros me miraban: era preciso que me hiciera digno de fijar su atención.

—¡Ah!—decía yo para mí con orgullo—. Si mi amita pudiera verme ahora... ¡Qué valiente estoy disparando cañonazos como un hombre!... Lo menos habré mandado al otro mundo dos docenas de ingleses.

Pero estos nobles pensamientos me ocuparon muy poco tiempo, porque Marcial, cuya fatigada naturaleza comenzaba a rendirse después de su esfuerzo, respiró con ansia, se secó la sangre que afluía en abundancia de su cabeza, cerró los ojos, sus brazos se extendieron con desmayo, y dijo:

—No puedo más: se me sube la pólvora a la toldilla (la cabeza). Gabriel, tráeme agua.

Corrí a buscar el agua, y cuando se la traje bebió con ansia. Pareció tomar con esto nuevas fuerzas; íbamos a seguir, cuando un gran estrépito nos dejó sin movimiento. El palo mayor, tronchado por la fogonadura, cayó sobre el combés, y tras él el de mesana. El navío quedó lleno de escombros y el desorden fue espantoso.

Felizmente quedé en hueco y sin recibir más que una ligera herida en la cabeza, la cual, aunque me aturdió al principio, no me impidió apartar los trozos de vela y cabos que habían caído sobre mí. Los marineros y soldados de cubierta pugnaban por desalojar tan enorme masa de cuerpos inútiles, y desde entonces sólo la artillería de las baterías bajas sostuvo el fuego. Salí como pude, busqué a Marcial, no le hallé, y, habiendo fijado mis ojos en el alcázar, noté que el comandante ya no estaba allí. Gravemente herido de un astillazo en la cabeza, había caído exánime, y al punto dos marineros subieron para trasladarle a la cámara. Corrí también allá, y entonces un casco de metralla me hirió en el hombro, lo que me asustó en extremo, creyendo que mi herida era mortal y que iba a exhalar el último suspiro. Mi turbación no me impidió entrar en la cámara, donde por la mucha sangre que brotaba de mi herida me debilité, quedando por un momento desvanecido.

En aquel pasajero letargo seguí oyendo el estrépito de los cañones de la segunda y tercera batería, y después una voz que decía con furia:

—¡Abordaje!... ¡Las picas!... ¡Las hachas!...

Después la confusión fue tan grande que no pude distinguir lo que pertenecía a las voces humanas en tan descomunal concierto. Pero no sé cómo, sin salir de aquel estado de somnolencia, me hice cargo de que se creía todo perdido, y de que los oficiales se hallaban reunidos en la cámara para acordar la rendición; y también puedo asegurar que, si no fue invento de mi fantasía, entonces trastornada, resonó en el combés una voz que decía:

—El *Trinidad* no se rinde.

De fijo fue la voz de Marcial, si es que realmente dijo alguien tal cosa.

Me sentí despertar, y vi a mi amo arrojado sobre uno de los sofás de la cámara, con la cabeza oculta entre las manos en ademán de desesperación y sin cuidarse de su herida.

Acerquéme a él, y el infeliz anciano no halló mejor modo de expresar su desconsuelo que abrazándome paternalmente, como si ambos estuviéramos cercanos a la muerte. El, por lo menos, creo que se consideraba

próximo a morir de puro dolor, porque su herida no tenía la menor gravedad. Yo le consolé como pude, diciendo que, si la acción no se había ganado, no fue porque yo dejara de matar bastantes ingleses con mi cañoncito, y añadí que para otra vez seríamos más afortunados; pueriles razones que no calmaron su agitación.

Saliendo afuera en busca de agua para mi amo, presencié el acto de arriar la bandera, que aún flotaba en la cangreja, uno de los pocos restos de arboladura que con el tronco de mesana quedaban en pie. Aquel lienzo glorioso, ya agujereado por mil partes, señal de nuestra honra, que congregaba bajo sus pliegues a todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores, no puede encontrar la imagen más perfecta para representarse a los ojos humanos que la de aquella oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquela tarde tristísima, tocando el término de su carrera en el momento de nuestra rendición, iluminó nuestra bandera con su último rayo.

El fuego cesó y los ingleses penetraron en el barco vencido.

BENITO PEREZ GALDOS: *TRAFALGAR*

Mando: responsabilidad y sacrificio

La batalla de Trafalgar se perdió por incapacidad del almirante francés Villeneuve. Bajo su mando figuraban marinos ilustres por su valor, su sabiduría y su autoridad; entre ellos los tres jefes españoles: Churruca, Gravina y Alcalá Galiano. Ninguno de los tres desobedeció. La disciplina militar obliga a la obediencia. Pero, ¿fué sólo el deber de obediencia lo que rigió los actos de Churruca, el más ilustre de los muertos españoles en aquella batalla? Tenemos que pensar en otra clase de sentimientos, complementarios de aquéllos. Hablemos ya de la responsabilidad y de la solidaridad. Y saludemos en la persona del gren Churruca a esa clase de hombres distinguidos, verdaderamente superiores, que, hallándose en la cima del mando, se superan a sí mismos, se engrandecen por el sacrificio. Responsabilidad y sacrificio son las ideas que habréis de extraer de la lectura siguiente, tomada también de Pérez Galdós:

—Desde que salimos de Cádiz—dijo Malaespina—, Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. El había opinado contra la salida,

porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El diecinueve dijo a su cuñado Apodaca: "Antes de rendir mi navío lo he de volar o echar a pique. Este es el deber de los que sirven al rey y a la patria". El mismo día escribió a un amigo suyo, diciéndole: "Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto". Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos. Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El veintiuno, a las once de la mañana, mandó subir toda la tropa y marinería, hizo que se pusieran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: "Cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva a esos valientes que ignoran lo que les espera en el combate". Concluida la ceremonia religiosa, les mandó poner en pie, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó: "¡Hijos míos: en nombre de Dios prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente, y si escapase a mis miradas o a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado". Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del *Nepomuceno*. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vio con el mayor desagrado las primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó la orden de batalla, manifestó a su segundo que ya consideraba perdida la acción con tan torpe estrategia. Desde luego comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposición que éstos no pudieran prestarse auxilio. El *Nepomuceno* vino a quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y el *Royal Sovereing*, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan*; pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que a fuerzas triples. Nos sostuvimos enérgicamente contra tan supe-

riores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho; pero devolviendo doble estrago a nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado a soldados y marineros, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo, sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de los ingleses. Estos necesitaron nuevos refuerzos; necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el *Dreadnought* se puso al costado del *San Juan* para hatirnos a medio tiro de pistola. Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos, vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arrojo de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas parecía que las tomaban también los cuerpos; y, al ver cómo infundíamos pavor a fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres. Entretanto Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de suplir a la fuerza economizaba los tiros, y lo fiaba todo a la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todos atendía, todo lo disponía, y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza, sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía nacido para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía a todos misterioso ardor, sólo con el rayo de su mirada. Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fue él mismo a apuntar el cañón y logró desarbolar al contrario. Volvía al alcázar de popa cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazón, que hasta aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fue rapidísimo; le vi esforzándose por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho; le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada exclamó: "Esto no es nada. Siga el fuego". Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle a la cámara; pero no fue posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era pre-

ciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando. Desde aquel momento la tripulación se achicó: de gigante se convirtió en enano; desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. La consternación de que yo estaba poseído desde que recibí en mis brazos al héroe del *San Juan* no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido la tripulación, así se quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición. La mitad de la gente estaba muerta o herida; la mayor parte de los cañones, desmontados; la arboladura, excepto el palo de trinquete, había caído, y el timón no funcionaba. En tan lamentable estado aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al *Príncipe de Asturias*, que había izado la señal de retirada; pero el *Nepomuceno*, herido de muerte, no pudo gobernar en dirección alguna. Y a pesar de la ruina y destrozo del buque, a pesar del desmayo de la tripulación, a pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió a intentar un abordaje. Temían a nuestro navío, aun después de vencerlo. Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera, y que no se rindiera el navío mientras él viviese. El plazo no podía menos de ser desgraciadamente muy corto, porque Churruca se moría a toda prisa, y cuantos le asistimos nos asombrabámos de que alentara todavía un cuerpo en tal estado; y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño a la vida, porque para él en aquella ocasión vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes, no se quejó de sus dolores, ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía sobre todo en que la oficialidad no conociera la gravedad de su estado y en que ninguno faltase a su deber. Dio las gracias a la tripulación por su heroico comportamiento; dirigió algunas palabras a su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo a su joven esposa, y de elevar el pensamiento a Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces tenuemente por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido, asociando el deber a la dignidad y haciendo de la disciplina una religión; firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja ni acusar a nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Nosotros contemplábamos su cadáver, aún caliente, y nos parecía mentira; creíamos que

había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al expirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido. Rindióse el *San Juan*, y, cuando subieron a bordo los oficiales de las seis naves que lo habían destrozado, cada uno pretendía para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decían: "Se ha rendido a mi navío", y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno u otro de los buques a que pertenecían. Quisieron que el comandante accidental del *San Juan* decidieron la cuestión, diciendo a cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquél respondió: "A todos, que a uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*". Ante el cadáver del malogrado Churruca los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo esto o cosa parecida: "Varones ilustres como éste no debían estar expuestos a los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegación". Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos. El número de heridos a bordo del *San Juan* era tan considerable que nos transportaron a otros barcos suyos o prisioneros. A mí me tocó pasar a éste, que ha sido de los más maltratados; pero ellos cuentan poderlo remolcar a Gibraltar antes que ningún otro, ya que no pueden llevarse al *Trinidad*, el mayor y el más apetecido de nuestros navíos.

BENITO PEREZ GALDOS: *TRAFALGAR*

Solidaridad

La vida en común empieza a tener para vosotros nuevos perfiles. Las palabras de Churruca unen en el mismo deber, en el mismo riesgo y en la misma grandeza a todos los hombres de su dotación. Sólo el miserable, el cobarde, se sentirá excluido de ese gran cuerpo formado por todos los hombres del barco, de donde ya toda distinción moral está borrada, donde ya no quedan otras diferencias que las determinadas por la función de cada cual. Manda el almirante, mandan los oficiales, mandan los contramaestres, pero, al mandar, sus órdenes son la expresión de la función que cada uno de ellos tiene en la batalla. Por debajo de estas funciones el heroísmo colectivo iguala a todos, los une a todos. Los lazos habituales entre hombres y hombres parecen reforzados. Antes de la batalla podrían existir entre ellos enemistad o despego; la batalla

inminente les hace sentirse hermanos. ¿Por qué? ¿Es acaso una situación artificial, o, por el contrario, la situación sirve para poner de manifiesto la esencial hermandad de todos los hombres, que el correr de cada día puede aminorar y hasta convertir en enemistad, en odio?

Nos encontramos ante un hecho nuevo. Desde muy antiguo los hombres, al verse iguales en figura y en destino, al verse diferentes de las restantes criaturas del universo, empiezan a sospechar que, más allá del parentesco de la sangre, hay un origen común y un común destino. Que la igualdad fundamental engendra un amor también fundamental, ese amor que recibe, según los pueblos y las civilizaciones, distintos nombres. En un principio, une al grupo, a la fratría. *Después, a los habitantes de la misma ciudad; más tarde, a los de una nación, Estado o pueblo; por último, a todos los hombres.* Esa solidaridad, *que suele manifestarse como sentimiento insobornable, salta frecuentemente por encima de diferencias terribles. Acabáis de ver cómo los ingleses reconocen el heroísmo de Churruca y le rinden honores. Otros casos de guerra conoceréis en que el enemigo socorre al enemigo. Un episodio relativamente reciente, el naufragio del crucero "Baleares", durante la guerra de 1936-39, relatado por el fallecido almirante Moreno, da testimonio de esta solidaridad:*

El comportamiento de la dotación del *Baleares* fue ejemplar en todos los aspectos. El buque recibió, al parecer, dos impactos de torpedos, que lo alcanzaron por debajo del *bulge*, a la altura de las torres 1 ó 2, produciendo el incendio de los tanques de combustible y la explosión de los pañoles de municiones de las torres proeles y quizá la del pañol de 120 milímetros, situado debajo del sollado de fogoneros. Con la explosión saltaron por el aire las cámaras de tiro de las dos torres 1 y 2, quedando envuelto en llamas el puente de navegación y de Estado Mayor, donde se encontraban el cantraalmirante Vierna, el comandante del buque, capitán de navío Fontela, y un gran número de jefes y oficiales. Desde la cara de popa de la chimenea hacia proa quedó el buque totalmente destruido y sin posibilidad de acceso, pocos segundos antes de los impactos de proyectiles enemigos que provocaron incendios en las superestructuras de popa y cámara del almirante, que la dotación sofocó después.

El buque quedó sin energía eléctrica, lo que dificultó extraordinariamente los trabajos de seguridad interior en todos los intentos que se hicieron para salvarlo, pues, aunque tenían intactas las dos cámaras de máquinas y, al principio, una de calderas, no se pudieron poner en función los servicios de contraincendios y achique por carecer de grupos electrógenos de emergencia.

La dotación, al mando de los escasos oficiales que se salvaron, desplegó gran actividad, intentando por todos los medios salvar al buque y atender a la gran cantidad de heridos existentes, muchos de ellos de gra-

vedad. Son innumerables e imposibles de relatar aquí los actos de heroísmo y sacrificio demostrado por el personal del buque. Se recogieron los heridos llevándolos a cubierta, donde eran atendidos con gran cariño por los oficiales médicos del buque, agotando los medicamentos de la enfermería de combate, establecida en la cámara de oficiales, intentando aliviar sus dolores y padecimientos y animándolos con palabras de aliento. Se apagaron varios incendios de las cajas de municiones de urgencia, arrojando los proyectiles al agua envueltos en llamas, y se destruyó toda la documentación secreta, claves y códigos. El personal de máquinas, sin abandonar sus puestos, intentó por todos los medios comunicar las calderas de popa para obtener energía eléctrica.

Cuando la dotación se encontraba en lucha con los incendios e intentando contener la inundación, a las cuatro horas, aproximadamente, avistaron varias luces por babor, que en un principio creyeron se trataba de las unidades enemigas, que regresaban a rematar al crucero. Ante esta eventualidad cubrieron el único cañón de 120 mm. que creían que se encontraba en condiciones de hacer fuego para hacer frente al supuesto enemigo. Las torres 3 y 4, desencajadas de sus pivotes, estaban inútiles para disparar.

Las luces fueron reconocidas como pertenecientes a los destructores ingleses *Boreas* y *Kempenfel*, los cuales, al avistar el buque, a 40 millas de distancia, por el resplandor del incendio, se acercaron a prestar auxilio. Estos barcos maniobraron en forma conveniente para socorrer a la dotación del *Baleares*, llegando incluso a intentar atracarse al crucero para efectuar el traslado de los heridos, teniendo que desistir ante la peligrosa escora que iba tomando, amenazado ya de dar la voltereta final.

Poco antes del hundimiento los supervivientes entonaron en la toldilla las estrofas de la Salve, tradicional de la Armada, y del *Cara al sol*. Los heridos, incorporados sobre cubierta o en pie sobre sus sangrientos muñones, unieron sus voces a las de sus camaradas, dando vivas y arribas a España, al Generalísimo y a la Marina.

Sobre las cinco de la madrugada, estando el barco con las hélices fuera del agua, el oficial más antiguo superviviente dio la orden de "abandono de buque", echando al agua todos los objetos flotantes; momentos después el barco escoró rápidamente a estribor, arrojando por la borda a todos los heridos y a cuantos se encontraban en cubierta; arrastrando, además, consigo a unos 800 hombres.

Los botes de los destructores ingleses se dedicaron a recoger del agua a los náufragos; otros, con más facultades físicas o aferrados a tablones u objetos flotantes y en lucha con el petróleo, pudieron llegar hasta el

costado de los destructores, donde eran izados o se agarraban a los cabos que se les arrojaba desde los mismos. Los ingleses recogieron un total de 435 náufragos, desapareciendo 788. Se dio la triste coincidencia de que en el *Baleares* iban bastantes heridos convalecientes del bombardeo del *Cervera* ocurrido en el mes anterior, que regresaban a la Península con licencia; algunos de ellos desaparecieron en el hundimiento. En el barco murieron también doce Flechas Navales, que se encontraban en su mayoría en el puente, afectos al servicio de señales, cuyo cometido lo desempeñaban perfectamente.

"Resumen de la información verbal dada por el vicealmirante J. F. Somerville, C. B., D. S. O., del buque de S. M. *Galatea,* referente al salvamento de los náufragos del buque de guerra nacionalista español *Baleares* el día 6 de marzo de 1938.

"Estando los destructores *Kempenfelt* y *Boreas* patrullando, observaron, a las 2,20 horas del día 6 de marzo de 1938, unos proyectiles iluminantes y el resplandor de un fuego de artillería lejano, seguido por una explosión hacia el SE. Inmediatamente ambos buques viraron para gobernar esta dirección y comunicaron la segunda caldera, al objeto de poder aumentar la velocidad hasta 24 nudos.

"A las 3,50 horas avistaron un buque que parecía que estaba ardiendo. A las 4,25 se aproximaron al mismo y vieron un gran número de hombres en el agua, nadando alrededor del buque, y tres balsas. Antes de llegar adonde estaban los náufragos los dos destructores pararon e invirtieron las máquinas, para evitar alcanzarlos con las hélices.

"Arriaron los botes, arrojaron cabos a los hombres que estaban en el agua y orientaron los proyectores hacia el naufragio, el cual fue identificado entonces como la popa del buque de guerra nacionalista español *Baleares.*

"En este instante se recibió un aviso en el *Kempenfelt* de que se habían visto unos buques apagados hacia el SE. del *Baleares.* Se ordenó al *Boreas* abandonar sus botes y explorar en esta dirección, ya que se creyó que los buques pudieran ser buques de guerra del Gobierno español. Se comprobó que la noticia carecía de fundamento.

"Después de recoger a los hombres que estaban alrededor del *Kempenfelt* el comandante de éste decidió intentar atracar al costado del *Baleares* y tomar a su bordo a los hombres que estaban en la toldilla del crucero. En este momento el *Baleares* tenía una escora a estribor de 10 grados, estaba hundido por las amuras, y la mitad de las hélices de babor estaban por encima del agua.

"Se hizo un intento de colocar la proa del destructor contra la popa

del *Baleares* para evitar las hélices. Tuvo que abandonarse esta maniobra debido a que la quilla del balance, que se proyectaba hacia afuera por la parte de más a proa del buque naufragado, podía abrir el casco del *Kempenfelt*. Entonces el *Kempenfelt* se metió de ángulo, colocando su amura al costado de babor del *Baleares*, entre las hélices. Debido a que el *Baleares* estaba abatiendo rápidamente, no se pudo mantener esta posición, y el *Kempenfelt* estaba en peligro de ser desgarrado por las hélices y por los restos del naufragio. Se recogió del agua un número determinado de hombres que se habían deslizado ellos mismos desde la toldilla del *Baleares*. En este momento el *Baleares* no daba señales de que se fuese a hundir o dar la voltereta. Se hizo un segundo intento y el *Kempenfelt* se atracó al costado del *Baleares* a popa por las hélices, pasando unos cables a bordo. Tan pronto como se afirmaron los cables el *Baleares* empezó a hundirse por estribor, desapareciendo a las 5,08 horas. Inmediatamente el *Kempenfelt* y el *Boreas* maniobraron hacia la masa de hombres que luchaban por mantenerse a flote en el agua, recogiendo un gran número de ellos. Los oficiales y la marinería de ambos buques acudieron a la borda para ayudar al salvamento de los náufragos. Esta tarea se veía muy dificultada por el petróleo, que cubría los botes, los cabos y los náufragos.

"Ambos buques continuaron la búsqueda de náufragos. El total de los recogidos fue el siguiente:

"Doscientos veinte por el *Kempenfelt*, de los cuales ciento cincuenta fueron asistidos de quemaduras y heridas, y ciento cincuenta por el *Boreas*, de los cuales treinta necesitaron asistencia inmediata.

"Los náufragos fueron objeto de toda clase de cuidados, proporcionándoseles alimentos, ropa y cama.

"A las siete horas se avistaron el *Canarias* y el *Almirante Cervera*, trasladando al *Canarias* un determinado número de náufragos en los botes del *Kempenfelt* y del *Boreas*, así como en los del *Blanche* y *Brilliant*, a quienes se les había ordenado acercarse a la escena del naufragio.

"A las 8,30 horas, cuando estaba en pleno desarrollo el traslado de los náufragos, el *Canarias* fue atacado por bombas de la aviación del Gobierno desde una altura de 10.000 pies, aproximadamente. Las bombas cayeron alrededor del *Kempenfelt* y del *Boreas*, que se encontraban en las proximidades del *Canarias*, hiriendo a cinco hombres del *Boreas*, uno de los cuales, el marinero de primera Long, falleció en seguida a consecuencia de las heridas.

"Los oficiales y dotaciones británicas que estuvieron presentes en el naufragio hicieron notar el valor y la entereza admirables de los oficiales

y dotación del *Baleares*. Especialmente el valor demostrado por los heridos, en medio de sus sufrimientos, es digno de las mayores alabanzas.

"El comandante en jefe británico ha felicitado al capitán de navío R. R. Mac Grigor y a los oficiales y dotaciones del *Kempenfelt* y del *Boreas* por su actividad rápida, adecuada y valiente en esta ocasión, y ha felicitado especialmente a los oficiales y a los miembros de las dotaciones que figuran en la relación anexa por sus acciones individuales.

"Hace notar el peligro que supuso el atracar el *Kempenfelt* al costado del naufragio incendiado, una maniobra que exige buen criterio, buena maniobra y decisión. Considera que el riesgo que supuso esta maniobra, justamente con la posibilidad de que hiciesen explosión el pañol de municiones de popa y las cargas de profundidad del crucero, está justificado por las tradiciones de la mar y por las de la Marina de guerra de Su Majestad.

"J. F. SOMERVILLE, vicealmirante.

"Señor capitán de corbeta A. Hillgarth, O. B. E.

Consulado Británico.—Palma."

MORENO: *LA GUERRA EN EL MAR*

Solidaridad heroica

El camino emprendido *nos lleva ahora a un extraño suceso, el martirio de San Mauricio y de sus compañeros. Se os ofrece en la narración escrita por fray Justo Pérez de Urbel en su* Año Cristiano. *No paséis ligeramente las páginas, no lo leáis sólo como quien se entera de una historia heroica y desventurada. Por el contrario, una vez leído, volved a las páginas anteriores, comparad lo que en unas y otras se describe. Es necesario que, por vosotros mismos, señaléis un elemento nuevo que aparece en la narración del martirio de San Mauricio, en el que destaca evidentemente un caso de solidaridad,* pero solidaridad de otra clase. *Nos mantenemos todavía dentro del ambiente militar; los protagonistas de la historia son soldados. Hay un jefe, hay una guerra, hay un deber semejantes a los que hemos visto en la narración de* Trafalgar. *¿Por qué este episodio es distinto a aquél? ¿Por qué* aprobamos la conducta de San Mauricio y de sus compañeros, *y hubiéramos desaprobado una conducta semejante de los marineros y oficiales del buque de Churruca? Hallad la diferencia por vuestra cuenta: es muy fácil.*

Es el año mismo en que Diocleciano, comprendiendo que la actividad de un solo emperador era incapaz de atender a la administración de un Imperio formado en mil años de victorias, de conquistas y de anexiones, reparte su dignidad de augusto con un colega, danubiano como él, con el gigante y atlético Marco Aurelio Valerio Maximiano. El nuevo emperador era un soldado activo, enérgico hasta la brutalidad, brutal hasta la crueldad. Diocleciano le dio el nombre de Hércules, y él se quedó con el de Júpiter; y, reservándose la tarea de dirigir la administración desde su capital asiática, le encargó la defensa de las fronteras. Y el universo quedó a merced de aquellos dos oficiales sin nacimiento, sin instrucción y sin cultura.

Pronto se le ofreció a Maximiano una ocasión de ejercitar sus aficiones bélicas. Una revuelta social había estallado en la Galia. Irritados por las exigencias del fisco imperial, los cultivadores de la tierra se habían rebelado contra el Imperio y estaban dispuestos a cobrar cara su vida, el único bien de que no se les había despojado todavía. Para guiarles al combate, estos desesperados, a quienes se daba el nombre de baguadas, habían elegido sus jefes, dos augustos, que osaban desafiar el poder de los dioses de Nicomedia. Maximiano acudió a la primera noticia del peligro. Dejando el Oriente, atravesó las provincias del Danubio y se presentó en el norte de Italia. Allí había citado a sus divisiones. Fue preciso organizar un cuerpo expedicionario, pues todas las guarniciones que Roma tenía en el territorio de las Galias apenas alcanzaban la cifra de dos mil hombres. Es verdad que en las fronteras de Germania estaban apostadas diez legiones, pero todas eran necesarias para contener el ímpetu de los bárbaros.

Entre las tropas concentradas para hacer entrar en razón a los campesinos galos figuraba un destacamento formado por soldados egipcios o tebeos. El ejército expedicionario se puso en marcha durante el mes de septiembre, pasando los Alpes por el gran San Bernardo, a fin de llegar por Borgoña hasta la cuenca del Sena, donde estaba el principal foco de la rebelión. Antes de llegar al lago de Leman quiso Maximiano que el ejército descansase en la ciudad de Agauno, situada en un valle profundo de la cordillera alpina, junto a la corriente del Ródano. Todos los soldados debían allí tomar parte en un sacrificio solemne con que el emperador esperaba hacerse propicio a los dioses en aquella expedición peligrosa. Y al sacrificio debía acompañar un juramento especial de fidelidad distinto del *sacramentum* que todo legionario prestaba al incorporarse en el ejército, acompañado de prácticas idolátricas y de imprecaciones sacrílegas. Unos tras otros, los batallones pasaban delante del ara. Cuando

llegó a su vez al cuerpo de los tebeos, todos a una rehusaron obedecer. Ni quisieron participar en el sacrificio ni prestar el juramento. Ante aquella actitud Maximiano estalló en una de aquellas sus cóleras terribles, que conocían bien cuantos le rodeaban. Más que una resolución inspirada por motivos religiosos, aquella negativa le pareció una cobardía innoble, o un acto de connivencia con los rebeldes del campo galo. De todas maneras, se trataba de una falta grave contra la disciplina. Recurriendo al más terrible de los castigos previstos en el código militar, el augusto mandó diezmar a los recalcitrantes. Llevados a presencia del ejército, se les echó a la suerte de los números, y todo aquel a quien le tocaba una decena era azotado y decapitado delante de sus camaradas. Realizada la ejecución, los supervivientes permanecieron tan firmes como antes. El tirano los mandó diezmar de nuevo; y ellos recibieron la orden con alegría, dispuestos a morir antes que renunciar a Cristo. "Somos cristianos—decían—y no podemos sacrificar a los dioses ni hacer juramentos impíos."

Tres oficiales sostenían su valor y encendían su entusiasmo; eran Mauricio, jefe de todos ellos, y sus dos subalternos, Exuperio y Cándido. Dóciles a sus discursos, los tebeos despreciaron todas las amenazas y todos los castigos. El hagiógrafo pone en su boca un discurso admirable, que traduce, si no sus palabras, al menos los sentimientos que les embargaban entonces: "Hemos visto—decían—degollar a los compañeros de nuestros trabajos y nuestros peligros, y estamos salpicados por su sangre. Sin embargo, juzgándolos felices de morir por Dios, no hemos llorado su muerte. Y ahora, no creas, ¡oh emperador!, que es la desesperación la que nos arma contra ti; tenemos las armas en la mano, pero no resistimos; preferimos morir antes que matar, morir inocentes antes que vivir culpables. Porque si es verdad que somos soldados tuyos, somos también siervos de Dios; si a ti te debemos la milicia, a El le debemos la inocencia; tú nos das la paga de nuestro servicio. El nos ha dado la luz y la vida". A la tercera negativa sucedió el tercer sorteo, y finalmente la matanza general de todos aquellos valientes. Todos ofrecieron su garganta sin defender, entregando las armas, arrojando el casco, el escudo y la loriga y presentando su pecho a la espada. Ni el número ni la seguridad de morir les inspiraron la idea de vengar con el hierro la justicia de su causa; acordándose sólo de que morían por Aquel que se dejó llevar a muerte sin protestar, del Cordero divino que no abrió la boca para quejarse. Ovejas de Dios, dejáronse devorar por los lobos; la llanura quedó cubierta con sus cadáveres, y su sangre corrió en abundancia por el suelo.

Así acabó aquel episodio célebre en las gestas de los mártires. El hecho es indubitable. Antes de terminar el siglo IV lo reconocía el obispo de

Martigny, San Teodoro, al consagrar el culto de los generosos legionarios, y en la primera mitad del siglo V San Euquerio de Lyon escribía su historia. Parece probable, sin embargo, que no se trataba de una legión completa, que haría el número de seis mil hombres, sino de un cuerpo menos numeroso, tal vez de una simple cohorte auxiliar. Una cosa es cierta: que la crítica de nuestros días ha venido a confirmar el relato de la leyenda hagiográfica.

FR. JUSTO PEREZ DE URBEL: *EL AÑO CRISTIANO*

Solidaridad cristiana

La diferencia hallada por vosotros mismos (no hay duda de que la habréis encontrado con facilidad) consiste en que, en la batalla de Trafalgar, los deberes del hombre para con Dios y los deberes para con la Patria no entraban en conflicto, y, en el caso de San Mauricio, sí. Pero, de todas maneras, no deja de ser extraña esa nueva solidaridad en el martirio de que dan testimonio los soldados de la Legión Tebana. Ni uno solo se retracta o reniega: todos van alegremente a la muerte. Si en vida eran hermanos, la muerte los ha hermanado mucho más. Su fuego interior abrasa mucho más que el fuego de la disciplina y del patriotismo. ¿Qué ha sucedido?

En el siglo I de nuestra Era apareció Jesucristo, vivió unos pocos años en Galilea y Judea, predicó, enseñó con su ejemplo, fue traicionado y murió. Aparentemente, aquella historia de Jesús no pasaba de acontecimiento provinciano sin importancia. Pero sus consecuencias se extendieron al mundo entero. Se le llamó Cristianismo. *Primero, casi en secreto; más tarde, públicamente; por último, en publicidad triunfante, el Cristianismo, al extenderse, fue transformando las relaciones humanas.* No es lo mismo la solidaridad entre los hombres anteriores a Cristo que la solidaridad de los que vinieren después, de los que se educaron en el Cristianismo, e incluso de aquellos que, sin ser cristianos, conocen nuestra civilización y se benefician de ella. *Una parte del mensaje cristiano, de la palabra de Dios traída por Jesucristo, se encuentra cifrado, condensado y expuesto en el* Sermón de la Montaña: *Imaginad a Jesús rodeado de las turbas, que se aprietan para escucharle. La tarde empieza a caer. Jesús se sienta en una piedra; sus amigos forman un pequeño círculo a su alrededor; los demás, el pueblo, en círculos cada vez más alejados, permanece en silencio, porque va a hablar el Maestro. Y el Maestro habla, con voz dulce, con voz penetrante, con voz en que resplandecen la autoridad y la verdad. Desde lo alto de los cielos el Señor escucha a su Hijo:*

Mas viendo Jesús a todo este gentío, se subió a un monte, donde, habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su boca los adoctrinaba diciendo:

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

—Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

—Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios.

—Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

—Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

—Dichosos seréis cuando los hombres, por mi causa, os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.

—Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes.

—Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte: ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

—No penséis que yo he venido a destruir la Ley ni los profetas: no he venido a destruirla, sino a darle su cumplimiento.

—Que con toda verdad os digo que antes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la Ley, hasta una sola jota o ápice de ella.

—Y así, el que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos.

—Porque yo os digo que, si vuestra justicia no es más llena y mejor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

—Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás, y quien matare será condenado en juicio.

—Yo os digo más: quienquiera que tome ojeriza con su hermano merecerá que el juez le condene.

—El que llame estúpido a su hermano merecerá que le condene el concilio.

—Mas quien le llamare fatuo será reo del fuego del infierno.

—Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda.

—Componte luego con tu contrario, mientras estás con él todavía en el camino, no sea que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue en las del alguacil, y te metan en la cárcel.

—Asegúrote de cierto que de allí no saldrás hasta que pagues el último maravedí.

—Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No cometas el adulterio.

—Yo os digo más: cualquiera que mirase a una mujer con mal deseo hacia ella ya adulteró en su corazón.

—Que si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está perder uno de tus miembros que no todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

—Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno.

—Hase dicho: Cualquiera que despidiere a su mujer dele libelo de repudio.

—Pero yo os digo: que cualquiera que despidiere a su mujer, si no es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera; y el que se casare con la repudiada es asimismo adúltero.

—También habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No jurarás en falso, antes bien cumplirás los juramentos hechos al Señor.

—Yo os digo más: que de ningún modo juréis.

—Ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey; ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, pues no está en vuestra mano el hacer blanco o negro un solo cabello.

—Sea, pues, vuestro modo de hablar, sí, sí,o no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene.

—Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente.

—Yo, empero, os digo que no hagáis resistencia al agravio; antes bien,

si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa; y a quien te forzare a ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil. Al que te pide, dale, y no tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo.

—Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo.

—Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿No lo hacen así aun los publicanos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? ¿Por ventura no hacen también esto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celesial es perfecto.

SERMON DE LA MONTAÑA

Caridad

¡Qué distinto nos parece el mundo después de haber escuchado la palabra del Señor! ¡Y cómo vemos, al recordarla, que todos son hermanos nuestros, hasta los enemigos, hasta los malos! El sentimiento que nos une a todos en Jesucristo ya no es la solidaridad *natural de los hombres entre sí; es la* caridad, *o amor que se profesan todos los que se unen en Cristo. Diréis: ¿y a los no cristianos? También, porque Cristo vino a redimirnos a todos. Expresamente dice que no hagamos distinción entre buenos y malos, entre amigos y enemigos, entre fieles y paganos. Pero aún hay más. ¿Habéis advertido la insistencia de Jesús en ordenar el respeto a los otros? ¿Os habéis fijado en su modo de condenar explícita, tajantemente* al que llama tonto a su hermano? *Cuando pensamos en las humillaciones, en los desprecios, en las afrentas hechas a los otros, sentimos que la palabra de Jesús nos acusa, que su dedo nos señala. Por eso la expresión más pura de la caridad no es precisamente la limosna —aunque el valor de la limosna sea inmenso cuando está hecha con caridad—, sino esas otras manifestaciones del amor que tienden a que resalte la dignidad humana del humilde, del ofendido, del enfermo. Rubén Darío escribió un hermoso poema,* Cosas del Cid, *que, a la luz de las palabras de Jesús, vais a leer y comprender. ¿Por qué fue de más valor lo que el Cid hizo con el leproso que si le hubiera dado una moneda?*

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca, descansando del huracán guerero,
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.

Ríe la primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.

—¡Oh Cid, una limosna!—dice el precito—. —¡Hermano,
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano!—
dice el Cid; y, quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
el Cid, siguió su rumbo por la primaveral
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.

Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada o que surgiera
encarnación de la divina primavera.
Y fue al Cid y le dijo: "Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego,
esta rosa naciente y este fresco laurel".
Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas, siente
que en su guante de hierro hay una flor reciente
y en lo íntimo del alma un dulzor de miel.

RUBEN DARIO: *COSAS DEL CID*

La traición

Instintivamente, el pueblo exalta al hombre que ama a los demás, al caritativo, al bueno. ¿Conocéis la historia de San Francisco de Asís, el más popular, acaso, de todos los santos, el "pobrecito", el humilde, el enamorado de todas las criaturas? Francisco de Asís no limitaba su amor, su caridad, al prójimo, a los hermanos, a los hombres, sino que lo extendía a los animales, a las flores, a las estrellas, a toda la Creación. Pues bien, ese mismo instinto popular rechaza, denigra, al insolidario, al incaritativo, al duro de corazón, al cruel. Detesta sobre todo al que practica la máxima forma de insolidaridad, al traidor. *La repulsa del traidor es universal. Antes de Cristo es rechazado, odiado. Cristo va a la muerte en la cruz porque Judas le traiciona. Y si Cristo nos enseña a perdonar también al traidor prohibe con ello el odio y la venganza personales; pero no prohibe el odio a la traición ni que la autoridad castigue justamente a quien la haya cometido.*

Tomamos un ejemplo de la Literatura española: El castellano leal, *del duque de Rivas.*

"Hola, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad, como bien nacidos,
de mi sangre y casa en pro.

"Esas puertas se defiendan,
que no ha de entrar, ¡vive Dios!,
por ellas quien no estuviere
más limpio que lo está el sol.

"No profane mi palacio
un fementido traidor,
que contra su rey combate
y que a su patria vendió.

"Pues si él es de reyes primo,
primo de reyes soy yo,
y conde de Benavente,
si él es duque de Borbón.

"Llevándole de ventaja
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre,
y haber nacido español."

Así atronaba la calle
una ya cascada voz
que de un palacio salía,
cuya puerta se cerró;
y a la que estaba a caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises,
más bien que timbre, baldón;
y pajes y escuderos
llevando un tropel en pos
cubierto de ricas galas,
el gran duque de Borbón,
el que lidiando en Pavía,
más que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
a su natural señor:

y que a Toledo ha venido,
ufano de su traición,
para recibir mercedes
y ver al Emperador.

.....

Abrese al fin la mampara
y entra el de Borbón soberbio,
con el semblante de azufre
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto;
y con balbuciente lengua,
y con mal borrado ceño,
acusa al de Benavente,
un desagravio pidiendo.

.....

Pensativo está el monarca,
discurriendo cómo pueda
componer aquel disturbio
sin hacer a nadie ofensa.

.....

Grave el conde le saluda
con una rodilla en tierra,
mas, como grande del reino,
sin descubrir la cabeza.

El Emperador benigno
que alce del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable,
al cabo le manifiesta
que es el que a Borbón aloje
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera,
respóndele Benavente,
destocando la cabeza:

"Soy, señor, vuestro vasallo,
vos sois mi rey en la tierra,
a vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacienda.

"Vuestro soy, vuestra mi casa,
de mí disponed y de ella,
pero no toquéis mi honra
y respetad mi conciencia.

"Mi casa Borbón ocupe,
puesto que es voluntad vuestra;
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca,

"que a mí me sobra en Toledo
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores
cuyo solo aliento infesta.

"Y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo a ella,
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas."

Dijo el conde; la real mano
besó, cubrió su cabeza,
y retiróse, bajando
a do estaba su litera.

DUQUE DE RIVAS: *UN CASTELLANO LEAL*

EL TRABAJO

La obra bien hecha

Es indudable que estas lecturas y estos ejemplos van dejándoos perplejos. La lectura, sobre todo, del Sermón de la montaña, *tomada al pie de la letra, os llenará de confusión. No faltará a vuestro lado quien, para tranquilizaros, intentará crear un falso compromiso entre la realidad de las exigencias cristianas y vuestra perplejidad. No les hagáis caso. A Cristo hay que tomarlo al pie de la letra, y toda interpretación tiene que partir de lo que la letra dice, y no puede negarlo ni corregirlo. Afortunadamente, Cristo habló claro.*

Pero, entonces, ¿qué pasa en el mundo? Sencillamente, que poco a poco va olvidándose de ser cristiano. Que el egoísmo puede más que la caridad. Diréis: "Pero nosotros tenemos que vivir en el mundo y luchar con las armas del mundo". Indudable. Pero se puede luchar de dos maneras: buscando la victoria en este mundo, o en el otro. Pensando en Dios, u olvidándolo. Si lo que pretendéis es la victoria en el mundo *sin pensar en el otro; si lo que buscáis es el* éxito, *entonces arrojad fuera de vosotros este libro, y todos los libros donde se hable de Dios, de honor, de justicia, de caridad, e id a realizar vuestro aprendizaje al mundo mismo, al mundo de poco techo, entre los hombres donde se cumple aquel dicho de que* el hombre es un lobo para los otros hombres. *La moral del éxito y del fracaso ha perturbado las relaciones humanas. Hoy se desprecia al fracasado y se admira al triunfante; pero* no hemos venido al mundo a triunfar ni a fracasar: hemos venido a ser buenos. *El verdadero triunfo y el verdadero fracaso no se miden por la estimación o el desprecio de los hombres, sino por lo que nos dice nuestra conciencia cuando quedamos a solas con nosotros mismos, cuando la voz de Dios nos habla desde nuestro propio corazón.*

Entonces, esta lucha... ¿Por qué, desde niños, se os prepara para la lucha, para la competencia? ¿Por qué alguien *os dice que debéis estudiar más* para saber más que Fulano? *Pero, ¿dónde está mandado que hayas de saber más que Fulano? ¿Dónde está escrito que tu deber consiste en saber más que alguien, en ser más que nadie? Se te ha dado una medida, y es contigo mismo con quien tienes que medirte. Tienes que llegar a ser lo que puedes ser; tienes que llegar a saber lo que puedes saber.*

La competencia entre los hombres sólo es moralmente buena cuando se ejerce en el terreno del juego, porque el juego, el deporte, son actividades coronadas por la

victoria de unos sobre otros; pero fijaos cómo esa victoria no supone, o no debe suponer, preeminencias ni ventajas. La moral deportiva confiere el mismo honor al que vence que al vencido. Y, al mentar la moral deportiva, no se alude al deporte vigente, a la rivalidad de equipos locales de fútbol, a ese gran disparate, a esa perturbación de las normales relaciones humanas que lleva nada menos que a creerse toda una ciudad *superior o inferior a otra sólo porque el equipo local ha ganado o perdido.*

Hay que concebir la competencia de otra manera. El espectáculo de la competencia comercial, industrial, que nos ofrece el mundo moderno, no sirve de ejemplo, al menos de buen ejemplo. Se tiende a arruinar a los demás, a eliminarlos. Se tiende a dominar en un ramo de la producción o del comercio. Pero este dominio implica un dolor, una humillación, un perjuicio de los otros. ¿Sois capaces de imaginar qué clase de alma sucia y vil posee ese hombre que se frota las manos de contento cuando ha hundido a un semejante? La misma clase de alma vil de ese compañero vuestro que sólo es feliz cuando él sólo sabe lo que los demás no saben, cuando él sólo alcanza el aprecio de los superiores. Antiguamente, cuando las relaciones humanas partían de una exigencia de nobleza, cuando la nobleza obligaba, *el hombre verdaderamente noble se sentía feliz siendo* par entre pares, *lo que quiere decir* grande entre grandes, valiente entre valientes, noble entre nobles. *Nada hay más despreciable que la necesidad de hacer a los demás inferiores para que resalte la superioridad personal. Recordad aquel refrán del tuerto que es rey en país de ciegos.*

Toda competencia ha de tener presente la caridad, el amor, y ha de partir de que los otros poseen una dignidad semejante a la nuestra, y que disminuirla, insultarla, humillarla, es el peor de los pecados. No es pensando en los demás, sino en la obra encomendada a nuestro esfuerzo, *como ha de organizarse la competencia. Desconfiad de la moral del éxito y del fracaso. Muchas veces la figura de un fracasado esconde un alma santa, generosa, noble, y detrás del triunfo se esconden la envidia, la vileza, la traición y el crimen. No seamos lobos para el hombre; seamos hombres que aspiran a la perfección de sí mismos y de sus obras. Y alegrémonos del triunfo de los demás. Y pensemos que la más pura y legítima victoria es igualar a los mejores. Desterrad la envidia de vuestro corazón: no os sintáis dolidos cuando los demás triunfan o alcanzan alguna clase de perfección. El corazón envidioso esconde una víbora.*

Ahora que vamos a entrar en un mundo nuevo, en el mundo del trabajo, conviene tener presentes estas consideraciones. Hay una moral del trabajo que abarca a todos los hombres, porque en el taller, en la fábrica, en el estudio o el despacho todos los hombres trabajan. El trabajo es una obligación e implica un proyecto de perfección. La obra bien hecha *es la meta, el fin de todo trabajo. Individuales o colectivamente coordinados, los trabajos no valen por sí mismos, sino por su resultado. ¿Habéis entrado alguna vez en un astillero? Encima de las gradas se coloca la quilla, y de la quilla van surgiendo estructuras cada vez más complejas, hasta que el casco y todo lo que encierra está concluido. Entonces hay que botar el barco. Si todo está bien hecho, el barco se deslizará suavemente hasta entrar en la mar. Es un momento emocionante. Todos los que han participado en la construcción del buque esperan, con el corazón suspenso. Hay una ceremonia simbólica; una botella de vino se rompe contra la afilada proa; pero el impulso lo dan unas máquinas potentes. Si el barco está bien hecho, si se ha logrado el equilibrio, resbalará elegantemente, tranquilamente. Los ingenieros, los capataces, los remachadores, los últimos obreros, han puesto allí su esfuerzo y ponen allí su orgullo. El barco es como un hijo de todos, y la botadura*

es como su nacimiento. ¿Y quién no espera emocionado el nacimiento de un hijo?

El barco empieza a moverse, gana impulso, se acerca a la orilla, penetra en la mar, hunde la popa—¡el saludo!—, y todos aplauden y se abrazan; las sirenas de los otros barcos responden al saludo. ¡Qué alegría! Tan grande como la decepción si el barco no se mueve, o si se inclina y cae... Lo que enorgullece a los hombres, lo que les llena el corazón de satisfacción legítima, lo que les hace verdaderamente superiores y les distingue y ennoblece es la obra bien hecha.

Pero existe también un orgullo ilegítimo, una intolerable vanidad: la de aquel que, al crear un producto, se considera a sí mismo como su único autar, como su dios creador. Crear, en el sentido estricto, significa sacar algo de nada; pero eso no lo hizo más que Dios. La creación humana es limitada y nunca, nunca es absolutamente individual. *Todo hombres es un heredero. Examinar vuestro propio cuerpo, la forma de vuestra cabeza, la capacidad de vuestro cerebro. El hombre de Neanderthal era más imperfecto que vosotros, y su cerebro, inferior. Fueron necesarios miles y miles de años para que el hombre alcanzase la perfección y capacidad actuales. De modo que el nacimiento por sí sólo os regala una situación y unos instrumentos superiores a los de nuestros remotos antepasados.*

Pero no es eso sólo. Leed ahora un fragmento de Robinson Crusoe. *El famoso náufrago se halló solo en una isla desierta, y se las compuso para vivir en ella muchos años y rodearse de instrumentos que hacían su vida más cómoda. Todos los recordáis ¿verdad? Veámosle ahora en trance de fabricar sus primeros instrumentos:*

El día primero de noviembre levanté mi cabaña al pie de la roca; la hice todo lo espaciosa que pude, sosteniéndola con postes que planté y de los cuales suspendí la hamaca, y allí dormí la primera noche.

El día cuatro por la mañana me prescribí una regla que consideré como un deber observar, en lo sucesivo, cada día: la de distribuir el tiempo para trabajar, para pasear con la escopeta, para mis pequeñas distracciones y para dormir. Arreglé las cosas del modo siguiente: por la mañana salía con la escopeta durante dos o tres horas, si no llovía; luego trabajaba aproximadamente hasta las once, y después comía lo que la Providencia y mi industria me deparaban. Al mediodía me acostaba y dormía hasta las dos, pues a aquellas horas el calor era excesivo; por último, volvía a trabajar hasta el anochecer. Empleé aquel día y todo el siguiente en construir una mesa, porque entonces no era más que un pobre obrero; pero más adelante la necesidad y la práctica me hicieron muy diestro en tales menesteres, y creo que cualquier otro hombre que se hubiese hallado en mi lugar no hubiera llegado a ser menos hábil con estos dos grandes maestros.

El diecisiete empecé a excavar la roca que estaba detrás de mi choza, para tener más espacio en que moverme y estar más cómodo. Téngase en cuenta que me faltaban tres cosas muy necesarias para este trabajo, a sa-

ber: un pico, una pala y una carretilla o un cesto. Emprendí el trabajo y empecé a meditar cómo me las arreglaría para remediar esta falta y fabricarme herramientas. En cuanto al pico, lo reemplacé fácilmente con dos palancas de hierro muy a propósito para ello, aunque algo pesadas. Y en cuanto a la pala, segunda cosa que me faltaba, y tan necesaria que sin ella no podía hacer nada, no supe al momento cómo sustituirla, pero al día siguiente, buscando por los bosques, encontré una especie de árbol que, si no era lo mismo que los brasileños llaman por su extraordinaria dureza árbol de hierro, se le parecía mucho, y, luego de haberme cansado extraordinariamente cortando una pieza, lo llevé también con fatiga a mi domicilio, pues aquella madera es muy pesada.

La excesiva dureza de la madera, unida a la falta de elementos de trabajo, me obligó a emplear mucho tiempo en la construcción de tal herramienta. Pero por fin, poco a poco, le di la forma de una pala y de un azadón. Tenía el mango hecho exactamente como los que se usan en Inglaterra; pero la parte plana, como no estaba guarnecida de hierro, no podía ser de tanta duración; sin embargo, bastó para el uso a que yo la destinaba.

La fabricación de una cubeta que me hiciera el servicio de un cesto no me dio tanto trabajo como hacer la pala. Pero una y otra, unidas al intento de construir una carretilla, me ocuparon cuatro días enteros, reduciendo mi paseo matutino, pues era tan raro que renunciase a salir con la escopeta como que volviese a casa sin traer algo bueno para comer.

DANIEL DE FOE: *ROBINSON CRUSOE*

El trabajo en el campo

¿Verdaderamente no poseía Robinsón más que esos útiles de que habla el texto? No. La verdad es que poseía todo lo que los hombres habían inventado hasta entonces. *Robinson conocía la existencia de la rueda, del carretillo, del canasto. No tenía que inventarlos; tenía sólo que fabricarlos. La idea de rueda, de carretillo, de azada, de canasto, la había heredado. Todos los hombres anteriores a Robinson estaban allí, con su esfuerzo; ellos hacían posible que Robinson fabricase sus instrumentos.*

Quizá sea el mundo del trabajo aquel en que se ve con más claridad la necesidad del esfuerzo de todos, del sacrificio de todos; quizá sea, en el fondo, el más generoso de todos. Vosotros os maravilláis cada día de lo que el hombre consigue. Ya no se

limita a surcar el aire; se atreve más allá del aire y atraviesa en aparatos sorprendentes por su ingenio los espacios estelares; circunda la Luna y no se conforma: busca ir más allá. ¿Sería esto posible si los que lo intentan, si los inventores de esos cohetes admirables no hubiesen heredado el saber que, siglo tras siglo, fue el hombre acumulando? Euclides, Arquímedes, Copérnico, Pascal, Newton, Leibtniz, están presentes en las rampas de despegue de Cabo Cañaveral; pero no sólo ellos, sino todos los que crearon una moral, un modo de convivencia, una forma de trabajo colectivo. Todos los que hicieron la civilización están allí, porque el cohete despega de su rampa gracias al desvelo, al esfuerzo, al pensamiento, al sacrificio, de todos, absolutamente todos *los hombres que nos han precedido. Cada mejora, cada perfección, cada invento, supone lo anterior y se apoya en él como cimiento. Repitámoslo:* Todo inventor es un heredero. *El orgullo de investigar es pura vanidad si no va parejo del* orgullo *de haber heredado. No hay que enorgullecerse de uno mismo, sino de ser hombre y de haber recibido lo que los hombres han hecho.*

Veamos ahora, en descripciones sucesivas, los distintos modos de trabajar, los distintos esfuerzos, los distintos sacrificios. Y no perdamos jamás de vista este sentido de lo colectivo, de la colaboración de todos, gracias a la cual vivimos. He aquí una descripción del trabajo campesino, tan humilde, tan duro, tan menospreciado:

Al día siguiente, cuando apenas la aurora empezaba a enrojecer el cielo y el crepúsculo azulado del alba estaba aún sobre la tierra, la gente sacudió el sueño y se dispuso al trabajo.

El sol se levantó hermoso, haciendo resplandecer el mundo, todo empolvado de escarcha, como si fuese de plata. La tierra se bañaba en resplandores y en la vivificante frescura de la mañana. Los pájaros coreaban un clamoroso canto, los árboles rumoreaban, las aguas gorgoteaban al correr, resonaban voces humanas, y la brisa matinal que sacudía el rocío de los arbustos dispersaba por el pueblo una confusión de voces y llamamientos, mugidos del ganado, cantos de muchachas y todo el baturrillo y toda la algazara de los que pasaban por el pueblo dirigiéndose al trabajo.

La niebla yacía aún tendida en los prados, como blanca nieve; pero donde los campos estaban más elevados era más tenue y, alcanzada y perseguida por los rayos del sol, se dispersaba como humaredas de incensario, elevándose hacia el cielo inmaculado como un tejido hecho trizas. Los campos, aún cubiertos de rocío, se recogían en su último sueño y se trinchaban como yemas. Y pero los hombres invadían ya por todos lados las parcelas abandonadas cubiertas de rocío, se sumergían en aquellos vapores soleados y se encorvaban silenciosos sobre sus terruños; y de la tierra, de los árboles, de las lontananzas azulinas, de las aguas de relucientes combas, de las nieblas y del cielo que sostenía el disco abrasado

del sol, del mundo entero se desprendía tal júbilo de primavera, una embriaguez de fuerza tal, que parecía faltar la respiración y las almas sentían un estremecimiento de gozo profundamente santo, que sólo podía acabar en lágrimas silenciosas y no podía expresarse más que con un suspiro, o prosternándose ante aquel misterio de la primavera que se revela hasta en la más diminuta hierba.

Toda aquella gente campesina miró en torno largo rato, se santiguó piadosamente, murmuró una oración y se puso a trabajar en silencio. Cuando la campana tocó a misa cada cual estaba ya en su sitio.

Ls brumas se disiparon pronto, los campos se despejaron a la claridad del sol. Hasta donde llegaba la mirada en tierras de Lipce, cortadas por largas franjas donde verdeaban los sembrados de otoño, aparecían las faldas rojas de las mujeres, los arados entregados a la labor y los rastrillos manejados por las muchachas. Hileras de mujeres hozaban plantando patatas, y, a menudo, en las largas parcelas negras, se veía a los campesinos con una tela atada a la cintura, ligeramente encorvados, esparcir, con piadoso gesto dadivoso, el grano en la tierra surcada, que lo esperaba.

Trabajaban todos con tanto ahínco, sin levantar siquiera la cabeza, que ni siquiera se dieron cuenta de que el señor cura, en cuanto acabó la misa, vino en busca de su criado, que araba junto a la carretera. Luego se fue de campo en campo, saludando contento a la gente, ofreciendo a uno una toma de rapé, dando a otro un cigarrillo, dirigiendo al de acullá una palabra amable; acariciaba la cabeza de los niños, bromeaba con las muchachas y ahuyentaba algunas bandadas de gorriones que se lanzaban sobre la cebada recién sembrada, arrojándoles motas de tierra. Con frecuencia bendecía el primer puñado de grano, haciendo la señal de la cruz, o lo esparcía él mismo; y en todas partes daba prisa, es decir, que un administrador no hubiera actuado con más celo.

... ...

Los segadores caminaban uno tras otro, precedidos de Jozka, que arrastraba una percha. Uno murmuraba su oración, otro se desperezaba aún y se frotaba los ojos, y los demás charlaban. Pasaron por detrás del molino. Sobre los prados flotaban brumas bajas y ligeras, entre las que se destacaban grupos de alisos como arbustos de humo; el río brillaba bajo velos azulados, las hierbas empapadas de rocío estaban encorvadas, las avefrías llamaban de tiempo en tiempo y el levante abrasador traía el hálito perfumado de las flores recién abiertas.

Jozka condujo a los hombres a los montículos, midió el prado paterno y, después de fijar la percha en tierra junto al lindero, se volvió corrien-

do. Los mozos se quitaron sus chalecos, se arremangaron los pantalones hasta las rodillas, se plantaron uno al lado del otro y, apoyando en tierra los mangos de las hoces, las afilaron con la piedra.

—La hierba es espesa como una piel de carnero; conozco a uno que va a darse una buena sudada—dijo Mateusz, poniéndose a la cabeza y probando el golpe de su brazo.

—Es alta y espesa. ¡No van a tener poco heno, a fe mía!—dijo otro, tomando sitio a continuación.

—Con tal que tengan buen tiempo para recogerlo...—dijo un tercero, examinando el cielo.

—"En cuanto el hombre siega la pradera la lluvia poco se espera" —dijo el cuarto sonriendo.

—Eso es verdad otros años, pero éste no. ¡Empieza, Mateusz!

Se santiguaron. Mateusz se apretó el cinturón, separó un poco las piernas, encorvó la espalda, escupió en sus manos, aspiró hondo y manejó la hoz con amplio braceo. Ya iba alineando gavilla tras gavilla, y lo mismo hacían los demás, colocándose un poco al bies para no hacerse cortaduras en las piernas. Cada cual se hundía más y más en la pradera velada de bruma y segaba la hierba con un movimiento de hoz igual, rítmico. Las frías hojas relucían silbando y la hierba caía pesadamente regándolas con lágrimas de rocío.

El viento se puso a agitar la hierba muy ligeramente y los llamamientos de las avefrías que cruzaban el espacio eran cada vez más plañideros. A veces volaban perdigones por entre sus piernas; pero ellos se balanceaban de derecha a izquierda y segaban incansablemente, penetrando más adentro en el prado, palmo a palmo. Sólo de tiempo en tiempo se paraba alguno para afilar su hoz y enderezar el espinazo y al minuto volvía al trabajo con nuevo encarnizamiento, dejando tras sí un lecho cada vez mayor de hierba segada y la huella profunda de sus pies.

Casi todas las praderas gemían bajo las hoces antes que el sol se hubiese levantado por encima del pueblo. En todas partes se segaba, en todas partes chispeaban las hojas azules y se oía el chirrido del acero afilado, y en todas partes se elevaba el fuerte olor de las hierbas encogidas por el calor.

El tiempo era ideal para la siega del heno, pues, aunque diga un antiguo proverbio: "Empieza a recoger los henos en cuanto llora el cielo", aquel año sucedía precisamente lo contrario. En vez de lluvias había sequía.

Eran días empapados de rocío y que, sin embargo, quemaban como un hombre calenturiento. Por las noches soplaba un hálito abrasador y

pozos y arroyos se secaban ya, los trigos amarilleaban, las patatas se marchitaban, el pulgón y otras alimañas asaltaban los árboles y los frutos se secaban. Hasta las vacas perdían su leche porque volvían hambrientas de los pastos quemados y el señor no dejaba apacentar en los claros de sus terrenos más que a los que pagaban cinco rublos por cola de bestia.

LADISLAO REYMONT: *LOS CAMPESINOS*

El trabajo en el mar

En la mar el trabajo es más hermoso, pero más arriesgado. El pescador no sabe si ha de volver a puerto. En el azar de cada día se encierra un peligro. No hemos inventado todavía el modo de vencer al mar. La más poderosa embarcación, la mejor dotada, no resiste a la mar enfurecida. ¡Cuanto más los frágiles, menudos barcos que salen de pesca, que se demoran meses y meses en mares remotos! Un escritor español contemporáneo, Ignacio Aldecoa, tripulante de uno de esos barcos, ha visto de cerca las faenas de pesca y las describe así:

Maniobró el *Aril*. El copo quedó pegado al barco en la banda de estribor. El contramaestre Afá preguntó a Simón Orozco:

—¿Usamos el salabardo?

—No es necesario.

—Trae bastante pesca, patrón.

—No es necesario.

Preventivo, insistió Afá:

—Si se rompe el cable... Es mejor salabardear, patrón.

—No es necesario. Sacad ya.

Izaron el copo. Quedó unos instantes balanceante sobre cubierta. Afá tiró de la cuerda que cerraba la boca de la red y la cubierta se cubrió con la pesca. Habían establecido para su clasificación compartimientos y casillas. El monte de pesca tenía los blandos colores del mundo submarino: rosicler de cucos, carnavales y payasos; rojo de sangre coagulada y plata de los besugos; plata vieja de las merluzas, las pescadillas, la carioca machacada por los peces grandes; blanco de esclerótica de los calamares y los cabezones pulpos de arena; verdes y amarillos de los bacalaos y su clan de abadejos y barruendas; pintarrojas, mielgas, tolles, ra-

yas y una caila hediente, al acecho del descuido de un marinero, con la boca entreabierta, con la boca de tres filas de dientes móviles, con la boca de muerte. La caila del elan de los grandes escualos, quieta y larga como un madero ennegrecido por las aguas.

Comenzó a bordo el trabajo de clasificación de la pesca. Los barcos se emparejaron y fue lanzada al agua, tras de una breve andada, la red del segundo arrastre. Simón Orozco comunicó con el barco compañero el cálculo del montón de la pesca.

Los hombres del barco, excepto los dos patrones, Domingo Ventura y Gato Rojo, trabajaban en la clasificación y preparación del pescado. Domingo Ventura había sido reclamado para que bajase a la cubierta a abrir los bacalaos, pero Domingo Ventura prefería contemplar la tarea desde el puente, trinando al aire por las separaciones y agujeros de la dentadura ocupados por restos de comida, ahuecándose perezoso dentro de la capa de aguas, tiesa y como quebradiza. Domingo Ventura, después de aguantar durante un rato la lluvia mansa del mediodía, desapareció rumbo a su catre. Gato Rojo estaba de guardia en máquinas, entretenido en la artesanía de los anzuelos de cacea.

Junto al palo mayor José Afá abría merluzas. A un lado el cajón de las cocochas y las huevas, al otro el de los desperdicios. La merluza limpia se la pasaba a Sás, que la bañaba en el cubridor de hierro de la escotilla de la nevera, al que habían dado la vuelta y llenado de agua. Macario Martín seleccionaba pescado a mano, dando gran impresión de trabajo, siendo muy poco eficaz. Venancio Artola y Juan Ugalde paleaban la basura de la mar a la mar; trabajaban de firme. Los Quiroga abrían merluzas junto a los carretes de cables. Juan Arenas y Manuel Espina preparaban bacalaos, abadejos y barruendas para la salazón.

Los besugos, coleteando, resistiéndose a la muerte, iban llenando las cajas. Cajas de besugos, cajas de merluzas, cajas de pescadillas. Alguna de cariocas en buen estado, de ojitos y lenguados, de rapes. Todo lo demás a la mar. En los primeros días de pesca no se puede llenar la nevera de peces de poco precio: peces cucos, peces burros... El congrio para comer los de los ranchos; las langostas reservadas para los patrones, porque siempre las ven los primeros; si hay más de tres también alcanza para la marinería; si no, a fastidiarse, porque donde hay patrón obedece el marinero, que es la ley de la mar.

En el arte se habrían tomado cerca de tonelada y media de peces. La mayoría volvían a las aguas, muertos, para banquete de las hienas de la mar: las cailas y su clan. El trabajo en la cubierta, bajo la lluvia, con mar movida, agotaba a los hombres. Solamente plantarse, recibir, quebrar en

los balances, era ya un trabajo. Macario Martín seleccionaba a mano de dama sin ascos, pero con prevenciones, agarrado con la del delito a la tapa de regala. Macario se quejaba de la cintura, suspiraba hondo, se incorporaba lentamente vértebra a vértebra, muelle a muelle, como se abre una navaja. Los Quiroga, Ugalde y Artola no hablaban en el trabajo. Afá y Sas reincidían, en las bromas del trabajo, a cuenta de Macario. Los engrasadores se curioseaban mutuamente el trabajo, perdiendo el tiempo.

—Mal abierto—dijo Juan Arenas—. En la raspa se te ha quedado un filete grande.

—Le he perdido el tino—respondió Espina—. Hasta que abra una docena no lo haré bien.

Macario Martín usó de las dos manos para tirar por la borda una raya gigante. Se asomó para ver su descenso. La raya descendía solemne, despaciosamente, como una gran hoja otoñal. Por un momento fue un oscilante brillo fosfórico. Luego se perdió hacia los fondos. Macario volvió a su técnica selectiva, cuidadosa, descansada y farsante.

En la estela del *Aril* alborotaban los pájaros de la mar. Los mascates picaban desde las alturas, desde la parsimoniosa de sus vuelos; los arrendotes gañían en la disputa del banquete; las ligareñas, ligeras, gráciles, se adelantaban a los arrendotes, amagaban sobre la espuma y la comida, levantando el vuelo de perseguidas. Los petreles sorbían con urgencia los aceites y, rápidos, revoleaban las laderas de las olas para de pronto ascender y revolear al lado contrario.

Juan Arenas le daba al cante chico mientras abría bacalaos. Manuel Espina lo acompañaba tarareando. Entraba el agua por las amuras, arrastrando las cabezas de los bacalaos, cegando los imbornales de desperdicios. José Afá no podía sonarse las narices con las manos llenas de sangre y de escamas y moqueaba ruidosa e infantilmente. Macario Martín gritó:

—Afá, quítate los mocos que no dejas oír al fenómeno, a la voz aristocrática de Puerto Chico.

La voz aristocrática de Puerto Chico dejó de cantar y preguntó:

—¿Tú lo haces mejor, Matao?

Macario Martín le lanzó una barruenda:

—Toma, trabaja y calla, que te estropeas la garganta.

Sas terminó de llenar una caja de merluzas.

—¿Quién me hace un cigarrillo? A ver esos ayudantes—se refería a los engrasadores—. ¿Quién me hace un pito?

—Voy a secarme las manos y hago los cigarrillos que queráis.

IGNACIO ALDECOA: *GRAN SOL*

El trabajo del artista

Y, aquí, la imaginación del conde de Gobineau nos traslada al interior del taller de Miquel Angel. ¿Sabéis quién fue Miguel Angel? Pintor, escultor, arquitecto, poeta, es, quizá, la figura señera de uno de los períodos más creadores de la historia humana: el Renacimiento. Era un hombre genial, y en todas sus actividades dejó impresa una garra de gigante. Pero ese gigante creaba con dolor. Sus grandes obras son el resultado de un gran sufrimiento y de un gran esfuerzo.

MIGUEL ANGEL

Llueve a cántaros. Se oye golpear el agua en los tejados y caer a las losas del patio como un ancho río. La tempestad ha sido terrible. Relámpagos surcan la negrura reluciente de los vidrios. Pero en el fondo de esos ruidos severos, ¡qué calma! A lo lejos retumba la tormenta sorda y majestuosamente; pero ninguna voz humana, ninguna voz falsa, embustera, chillona, presuntuosa o estúpidamente arrogante se alza para irritarse. ¡Puede uno crear..., tiene uno la inteligencia libre..., es uno dichoso!... Se está por eso todo entero en lo que merece la pena de que a uno le posea; y el seno compacto y prieto del mármol se entreabre; comienza ya a desprenderse esta cabeza viviente... Blanca, blanca, estremécese bajo el cincel que liberta cada uno de sus rasgos... Salen de la materia..., hablan... ¡Urbino!

URBINO

¡Señor!

MIGUEL ANGEL

¡Que te estás durmiendo en ese escabel! ¡Tú eres quien haría bien en irse a buscar la cama!

URBINO

No puedo. Cuando durmáis vos dormiré yo; pero no antes.

MIGUEL ANGEL

¡Vaya una extraña terquedad!

URBINO

Cierto es que no soy joven, y el velar me fatiga; pero la señora marquesa me ha dicho: "Mientras tu amo no descanse no descanses tú tampoco, y veremos si pretende abusar de las fuerzas de su viejo sirviente".

MIGUEL ANGEL

Concédeme unos instantes más; tengo que terminar una cosa.

(Llaman a la puerta con violencia.)

¿Quién puede venir a estas horas? ¡Mira por el ventanillo!

URBINO

¿Quién llama?

UNA VOZ

Soy yo, Antonio Mini... ¡Abrid, señor! Soy yo, vuestro discípulo. ¡Tengo grandes noticias que daros!

MIGUEL ANGEL

¡Mi discípulo Antonio Mini!... ¡Abre!... ¿Se trata de alguna desgracia?

ANTONIO MINI

(Entrando.)

¡Ah, señor, una gran desgracia!

MIGUEL ANGEL

¿Qué tienes?... ¡Estás muy pálido!

ANTONIO MINI

¡Rafael se muere! Sin duda que a estas horas habrá muerto.

MIGUEL ANGEL

¡Rafael!... ¡Dios del cielo!...

UNA VOZ

Rafael ha muerto, y Miguel Angel queda solo en Italia.

(Pasa el cortejo. Miguel Angel cae sentado en un banco de piedra. Las nubes se han separado. Brilla la luna, en medio de una atmósfera profunda.)

MIGUEL ANGEL

¡Quedo yo, es verdad!... Me quedo solo. El año último se fue Leonardo... Ahora, él; y todos aquellos a quienes los tres conocimos y escuchamos partieron desde hace largo tiempo. Es verdad; me quedo solo. Hubo un tiempo en que me hubiera gustado ser solo, el único, el más grande, el confidente exclusivo de los secretos del cielo creador. Me figuraba que al parecerme al sol, en medio del mundo, sin par, sin rival, era la más admirable parte de la felicidad que pudiera apetecerse... ¡Como si hubiera alguna cosa peor que estar solo en la tierra!... Durante años no amé a Leonardo... Reñía a Rafael en el fondo de mi corazón. Para convencerme de ello me repetía a mí mismo que no les estimaba... Sí, sí; hubo días en que tú, Miguel Angel, no fuiste sino un pobre miserable; y, porque es verdad te lo digo, ¡a quien valía tanto como tú y tal vez más! ¡Ahora tengo lo que deseaba mi necesidad! Los astros se han extinguido en el cielo, y ya estoy solo..., bien solo. ¡Y me ahogo en mi aislamiento!... Sin embargo, aún queda el Tiziano: es un gran genio, es un alto espíritú... Queda Andrés del Sarto... Queda... Pero no, ¡ay de mí! Por grandes que sean, no son iguales a Leonardo, ni a aquel que está tendido ahora allá abajo... ¡Ah, cuánto valía éste!... ¡Belleza, finura, gracia, gentileza, y, en sus dichos y en sus miradas, la miel divina!... ¡Todo lo que no soy!... ¡Aquel que fue tan amado y que tanto lo ha merecido!... ¡Ah Dios mío, Dios mío! ¿Qué es lo que siento? ¿Qué es esto que en mí se agita y me arranca lágrimas de estos ojos que no querían llorar nunca?... ¿A qué pensar en ella? Sí, un río doloroso surge y corre por el fondo de mi pecho, brotan las lágrimas de mis párpados y surcan mis mejillas, cayen-

do sobre aquel de quien rezongué siempre, de quien huí, que era mejor y más amado del cielo que yo. Ella me lo ha dicho, ella... Victoria... Ella me lo ha dicho siempre y yo no quería admitirlo. Pero, bien lo sé, en el fondo estaba yo conforme; y ahora que el rayo de la muerte acaba de cruzar entre él y yo, que permanezco aquí con los pies en el fango del mundo, mientras se me aparece en el seno de Dios su noble y encantadora faz resplandeciente de claridad celeste, veo cuán poco sincero y cuán pequeño era yo. No..., no. Tiziano y los demás, por admirables que sean, no son iguales a esos grandes hombres, ¡ahora idos ya! En torno de ellos y de mí, que aún quedamos, la luz se empaña y aleja, alárganse las sombras... Sí, ya estoy solo, y el aire glacial del sepulcro que acaba de abrirse me azota el rostro. ¿Qué será de las artes? Y nosotros, los que tanto hemos esperado, querido tanto, imaginado tanto, trabajado tanto, en definitiva, ¿en qué habremos sobresalido y qué legaremos a la posteridad que nos sigue? ¡Ni siquiera la cuarta parte de lo que habría sido preciso hacer!

(Se cubre la cara con las manos.)

URBINO

Vamos, señor, vais a coger frío.

ANTONIO MINI

Dadme el brazo, y entremos en vuestra casa.

MIGUEL ANGEL

Cierto; hay que conservar las fuerzas y trabajar por tan largo tiempo como nos agarrote la cadena de la vida.

EL CONDE DE GOBINEAU: *MIGUEL ANGEL*

El trabajo del artesano

Veamos ahora unas cuantas figuras individuales, y empecemos por un trabajador ignorado y humilde, el monje de Vigila, miniatura medieval, que la imaginación y la pluma de fray Justo Pérez de Urbel nos describen en su taller monástico, ante el códice cuya página blanca espera el milagro del dibujo y del color. ¿No veis a Dios detrás de Vigila? Vigila, hondamente cristiano, sabe que es Dios quien mueve su mano hacia la perfección. Todo él quiere desaparecer. Lo importante son la obra, y el Señor Dios a quien la obra va dedicada. La religiosidad anima el trabajo de este monje silencioso y solitario.

Más sabio, aunque menos artista, es Vigila, el miniaturista riojano. Su casa se llamaba Albelda—la blanca—, un monasterio que brilla un instante esplendorosamente en nuestra historia para quedar de pronto envuelto en el olvido. Allí escribió sus himnos y sus preces el abad Salvo, último enriquecedor de la liturgia mozárabe, y en la escuela del bienaventurado Salvo se formó Vigila, pintor, poeta y calígrafo. Fundamento de su gloria es un códice de los más preciosos que enriquecen nuestros archivos.

Vigila tuvo que vencer muchas dificultades para escribirlo, como él mismo confiesa: "Grandes eran los deseos que tenía de componer esta obra; pero temía mucho la falta de pergamino; hasta que al fin dejé toda duda y empecé a escribirla con afán". Conociendo la magnitud de la empresa, empezó su trabajo con una oración en verso, que estampó en la primera página: "Cristo, virtud divina, luz de luz, favorece dulce y piadoso a este tu siervo. Al empezar esta obra, ¡oh Padre de piedad!, te ruego que con tu omnipotencia ayudes a este exiguo y miserable Vigila para que, auxiliado de tu mano, pueda llegar al puerto deseado".

Debajo de los versos, dentro de un arco bizantino en oro y colores, el artista se pintó a sí mismo en actitud de escribir, sentado en pobre banqueta de la que cuelgan dos cuernos que sirven de tinteros. En su diestra la pluma, una pluma muy tosca de madera, que a su paso dejaba los más delicados trazos.

La obra estaba comenzada y era preciso continuar con el frío y con el calor, en una habitación, abierta como todas las demás, en la montaña blanca, mal iluminada por un tragaluz, desde donde se divisaban en el

fondo las aguas del Fregua, alborotadas y espumosas,y la cinta serpeante de la vía romana que, arrancando en los confines de Andalucía, iba a morir en las cercanías de Amaya.

Y Vigila trabajaba, primero, solo; después, ayudado por otros dos monjes: García, su discípulo, y el presbítero Sarracino, su compañero. Fue un trabajo de mucha paciencia y de muchos años. Al terminar, en el de 974, Vigila sintió nuevamente el soplo de la inspiración y manifestó su alborozo en largas tiradas de versos, versos bárbaros y obscuros, pero que le ponen muy por encima de sus contemporáneos. "La virtud de Cristo—cantaba—ha socorrido al pobre Vigila para llevar a feliz término esta obra en que están reunidas las flores más olorosas de la Iglesia oriental y occidental... Que nuestros nombres y nuestra obra sean escritos en el libro de la vida que hay en los atrios del Señor; que, juntamente con los nombres de las muchedumbres celestiales, se lean los de estos dos maestros excelentes, Vigila y Sarracino, y que así ellos como los doscientos hermanos que en Albelda, la bella, la cándida, andan los caminos del Señor, guiados por el Evangelio, lleguen un día a gozarse para siempre con los coros de los ángeles...

"¡Oh Verbo salido de la boca de Dios Padre, cuya mirada ilumina la máquina toda de este mundo, haz que disfrutemos las dulzuras del gozo de aquellos que te sirven! Defiende este templo del bienaventurado Martín, para que tu gloria resplandezca en él eternamente y perezca vencido el enemigo malo, y el atrio de los santos florezca iluminado con la luz de Dios y nos alegremos los que en él habitamos, protegidos por tu presencia, ¡Oh Jesús, soberano Enmanuel..."

Así rezaba aquel artista piadoso, y, terminada su oración, al llegar a la última página, creyó que ya había merecido el honor de poner en ella su imagen, juntamente con las de sus compañeros, las de los reyes que ordenaron el Fuero Juzgo y las de los monarcas que gobernaban en León cuando él escribía.

La página está dividida en tres planos. En el inferior, sobre fondo rosa y violeta, están los tres escribas: a la derecha, Sarracino, con túnica dorada, abrigo blanco y manto azul; con la mano izquierda empuña fuertemente un rollo de pergamino, señalando al mismo tiempo a Vigila. También García extiende hacia Vigila la mano izquierda, mientras sostiene con la derecha el códice; lleva un manto azul, caído, sujeto únicamente al brazo con una cinta, y debajo un ropón verde, muy adornado, y la túnica color pajizo. En medio está el maestro; su túnica es igual que la del discípulo, pero encima ostenta un rico manto de oro, adornado con orlas azules y caprichosamente ceñido al cuerpo; la actitud es

majestuosa, los ojos se abren desmesuradamente y la boca se pliega en un gesto de energía; con las manos sostiene, mejor dicho, acaricia un libro: aquel libro que le daba derecho a ponerse en tal lugar, al lado de los reyes, con su misma actitud firme y dominadora.

Había terminado una obra digna de tal honor; había escrito una verdadera enciclopedia eclesiástica, donde se hallaban calendarios, libros de cómputo y de aritmética, de geografía y de astronomía; fragmentos de las *Etimologías*, buena parte de la Regla de San Benito, homilías de San Gregorio y de San Agustín, muchas vidas de santos y de varones ilustres, y otras cosas más menudas. El cuerpo de la obra lo formaban la colección de los Concilios orientales y occidentales, las Decretales de los Papas y las leyes del Fuero Juzgo. Era un monumento único de ciencia canónica.

R. P. JUSTO PEREZ DE URBEL: *SEMBLANZAS BENEDICTINAS*

El trabajo precoz

Ahora es un filósofo y matemático, Blas Pascal, el que se ofrece a vuestra consideración y a vuestra admiración. Tiene siete años y su padre lo encierra, castigado. ¡Es curioso! Blas Pascal no se desespera, no patalea. ¿Qué hace Blas Pascal, a los siete años, en su encierro? ¡Inventa la geometría!

La extraordinaria precocidad de Blaise Pascal trastornó por completo el plan educativo que su padre había forjado. Las conversaciones sostenidas por Etienne con sus solemnes amigos solían ser acerca de las matemáticas y de la geometría. ¿Qué era aquello de la geometría?, se preguntaba el muchacho y preguntaba a los demás. Y el padre le contestaba, con su acostumbrada sobriedad, que era el saber más alto y más noble de todos los conocidos. Acaso le recordase la inscripción que figuraba en la puerta de la Academia de Platón, y que decía: "Que no entre aquí ningún ignorante de la geometría". Blaise se sentía decepcionado y molesto, y pedía y suplicaba que se le instruyera en las matemáticas, igual que otro niño hubiera pedido que se le diesen dulces. Pero el padre se negó resueltamente a ello, porque temía que el muchacho distrajese su atención de los clásicos por concentrarla en la geometría; sin embargo, le prometió hacerle aprender las matemáticas en cuanto supiese el

latín y el griego. A fin de poner fuera del alcance del chico tales golosinas intelectuales, el padre encerró bajo llave todos los libros de texto y rogó a sus amigos que no mencionasen las matemáticas en presencia de aquel pequeño escudriñador. Lo único que Blaise consiguió saber por su padre fue que la geometría era la ciencia de hacer diagramas exactos y de averiguar la proporción entre ellos.

Entregóse Blaise a la meditación, solo en su cuarto, y púsose a aplicar tal definición. Comenzó a trazar con carbón diagramas en el suelo de la habitación, tratando de hacer una circunferencia y un triángulo equilátero. Al conseguirlo, sintió como si en ello le complaciesen el ritmo y el equilibrio de las líneas. Observó ciertas verdades evidentes o axiomas, y llegó a formular algunas descripciones circunspectas o definiciones. Planteó él mismo algunos problemas y vislumbró métodos de prueba o demostraciones. Gracias a su preparación en el uso del razonamiento procedió adelante paso por paso, hasta llegar a la trigésima segunda proposición de Euclides, la de que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos angulos rectos.

Mientras Blaise estaba por completo absorbido en tan intrincado problema se le ocurrió al padre ir a la habitación del muchacho y se quedó allí parado un gran rato observando la actuación del geómetra inconsciente. No pudo el padre contenerse más y, medio temeroso y medio orgulloso, diose a explicar la estructura de su lógica con una ridícula e improvisada terminología de "rayas" y "ruedos", de "líneas rectas" y de "círculos". Y lo perdonó todo en un gran arrebato de orgullo y de afecto por el hijo.

Esto es, poco más o menos, el relato hecho por Gilberte, y su relación, en calidad de testigo presencial, es acreedora a todo nuestro respeto. Debe, por fuerza, de ser verídica, salvo las naturales exageraciones que el comprensible orgullo de familia haya ido introduciendo en una historia repetida con frecuencia. Se ha impugnado el testimonio de la hermana, fundando la impugnación en el hecho de que el orden de las primeras treinta y dos proposiciones de Euclides no es tan lógicamente inevitable que permita a un desconocedor de las matemáticas, por grande que sea su genio, reproducirlas de igual forma que se hallan en los libros de texto. Pero el caso es que Gilberte no dijo jamás que su hermano llegase a reproducir milagrosamente a Euclides, sino que llegó, por la simple vía de su propio razonamiento, a la proposición treinta y dos; resultado perfectamente creíble, si bien de todo punto extraordinario; a decir verdad, casi maravilloso.

MORRIS BISHOP: *PASCAL*

El trabajo científico

Uno de los grandes avances de la ciencia moderna ha sido el descubrimiento del radium. *Pero muy pocos saben cuántos dolores, cuántos esfuerzos, cuántos fracasos, cuántos desalientos precedieron al genial descubrimiento de los esposos Curie. Desconocidos, modestos, sin recursos, trabajando en condiciones increíbles, estos dos sabios persiguen la verdad escondida en la naturaleza. Viven para eso, a eso se someten y en eso han de morir. El verdadero premio de su trabajo no fue el Nobel, tardíamente concedido, sino ese momento en que, donde menos se esperaba (¡en un garaje!), gracias a un laboratorio improvisado y a la tenacidad y la fe de quienes lo manejan, se descubre el* radium.

El objeto es obtener radio y polonio puros. En los productos más vigorosamente radiactivos que los sabios hayan preparado, estas dos substancias no figuran más que en el estado de ligeros indicios. María y su marido saben por qué procedimiento pueden esperar el aislamiento de los nuevos metales, pero la separación no puede hacerse sin tratar grandes cantidades de materias primas.

Y aquí se plantean tres problemas angustiosos:

¿Cómo procurarse una cantidad suficiente de mineral?

¿En qué local efectuar el tratamiento?

¿Con qué dinero se pagarán los inevitables gastos del trabajo?

La pechblenda, en que se esconden el polonio y el radio, es un mineral precioso que se extrae de las minas de Saint Joachimstal, en Bohemia, para retirar las sales de uranio que se utilizan en la industria del vidrio. ¡Cuestan muy caras las toneladas de plechblenda! ¡Demasiado caras para el matrimonio Curie! El ingenio suplirá la fortuna. Según las previsiones de los dos sabios, la extracción del uranio deberá dejar intactas, en el mineral, las huellas del polonio y del radio que contiene aquél. Nada se opone, pues, a que se encuentren en los residuos. Si la pechblenda en bruto es muy cara, sus residuos, después del tratamiento, no tienen más que un valor mínimo. Si se pidiese a un colega austriaco una recomendación para los directores de la mina de Saint Joachimstal, ¿no sería posible obtener a precios factibles una cantidad importante de esos residuos?

La cosa es demasiado fácil. Hay que meditar sobre ello.

Es más: se debe añadir a la compra de la materia prima su transporte

a París. Los Curie buscan la cantidad necesaria de sus modestas economías. No cometen la ingenuidad de pedir un crédito oficial. Si dos profesores de Física que se hallan sobre la pista de un descubrimiento inmenso solicitaran de la Universidad de París o del Gobierno una subvención para comprar residuos de pechblenda se reirían de ellos en sus propias caras. O, en todo caso, su carta se perdería entre los expedientes de cualquier oficina y deberían esperar meses y meses antes de obtener una contestación, generalmente desfavorable.

De las tradiciones y los principios de la Revolución Francesa, que creó el sistema métrico, fundó la Escuela Normal y en muchas ocasiones fomentó las ciencias, el Estado no parece haber retenido, tras un siglo, más que aquellas palabras desagradables pronunciadas por Fouquier-Tinville en la audiencia en que Lavoisier fue condenado a la guillotina:

—¡La República no tiene necesidad de hombres de ciencia!

Además, ¿encontrarán los Curie, entre los numerosos edificios que dependen de la Sorbona, un local apto para que puedan realizar su trabajo? También parece que no es posible. Tras algunas gestiones, los Curie vuelven descontentos a su punto de partida. Es decir, a la Escuela de Física en donde Pedro da clases y al pequeño taller bajo el techo del cual María realizó sus primeros ensayos. El taller da a un patio, y enfrente del mismo hay una barraca de madera, un *hangar* abandonado, cuya techumbre de cristales está en estado tan lamentable que por ella pasa la lluvia. En tiempos lejanos la Facultad de Medicina utilizaba ese recinto como sala de disección, pero desde hace mucho tiempo el lugar no ha parecido digno siquiera de albergar los cadáveres. No hay piso. Una leve capa de betún cubre el suelo. Como mobiliario, algunas vetustas mesas de cocina, una pizarra que está allí no se sabe exactamente por qué, una vieja estufa de hierro con el tubo enmohecido.

Ni un obrero trabajaría con agrado en semejante lugar. Pero los Curie se resignan. El *hangar* tiene una ventaja: que el recinto es tan poco tentador, tan miserable, que nadie se atreve a negarles su libre disposición. El director de la Escuela, el señor Schutzenberger, que constantemente ha demostrado su bondad para Pedro, acaso lamenta no poderle ofrecer nada mejor. Y, aun cuando no se lo ofrezca, los esposos están contentísimos de poner su pie con su material en aquel lugar, dándole las gracias y diciendo "que les irá bien y que ya se arreglarán".

Mientras toman posesión de su nuevo dominio les llega una carta de Austria dándoles muy buenas noticias. Los residuos de las recientes extracciones de uranio, cosa extraordinaria, no han sido tirados. La materia inútil ha sido amontonada en un terreno rodeado de pinos que bordea la

mina de Saint Joachimstal. Gracias a la intervención del profesor Suess y de la Academia de Ciencia, de Viena, el Gobierno austríaco, que es el propietario de esa mina del Estado, ha decidido poner gratuitamente una tonelada de residuos a disposición de los dos lunáticos franceses que pretenden necesitarla. Si ulteriormente desean recibir mayor cantidad de esa materia les será cedida por la dirección de la mina en las mejores condiciones posibles. Los Curie, momentáneamente, no tienen para pagar más que los gastos del transporte de una tonelada de material.

Y, una mañana, un pesado carro tirado por caballos, semejante a los que hacen las entregas de carbón, se para en la calle Lhomond, ante la Escuela de Física. Se llama a los Curie. Se precipitan a la calle, con la cabeza descubierta, con las batas de laboratorio. Pedro, que nunca aparece nervioso, conserva su calma; pero, ante la escena de las bolsas que descargan unos obreros, María, más exuberante, no puede contener su alegría. Es la pechblenda, su pechblenda, que hace unos días le había sido anunciada por una nota de la estación de mercancías. Febril de curiosidad y de impaciencia quiere, sin esperar más, abrir uno de los sacos y contemplar su tesoro. Corta las cuerdas, deslía la basta tela, hunde sus manos en el mineral tierno y pardo, entre el cual aparecen algunas aristas de los pinos de Bohemia.

Es ahí donde se esconde el radio. Es de ahí de donde María quiere extraerlo, aunque debe "tratar" una montaña de esta cosa inerte, semejante al polvo de los caminos.

En una buhardilla, María Sklodowska ha vivido los momentos más lúcidos de sus años de estudiante. María Curie va a conocer de nuevo, en esta barraca destartalada, alegrías maravillosas. Extraña repetición de una felicidad áspera y sutil (que, sin duda alguna, ninguna mujer antes que María había logrado), que escoge por dos veces un decorado tan miserable. El *hangar* de la calle Lhomond gana el campeonato de la incomodidad. En verano, debido a su techo de vidrio, se está como en un invernáculo. En invierno, no sabe qué preferir, si la escarcha o la lluvia. Si llueve, el agua cae gota a gota con un dulce rumor molesto, sobre el piso o sobre las mesas de trabajo, en sitios donde los Curie dejan señales para no colocar un solo aparato. Si hiela, se hielan. No hay remedio. La estufa, incluso llena completamente, no da calor suficiente. Si se acercan y la tocan perciben un poco de calor, pero en cuanto se alejan un paso vuelven a la zona glacial.

Acaso es mejor que María y su marido se acostumbren a las crueldades de la temperatura exterior. La mayor parte de los tratamientos deben ser hechos en el patio, al aire libre, pues la instalación técnica, inexis-

tente, no tiene conducciones para echar fuera los gases nocivos. En cuanto cae un chaparrón los dos profesores de Física agarran precipitadamente sus aparatos y los trasladan bajo el techo del *hangar*. Y, para poder continuar su trabajo sin quedar asfixiados, establecen corrientes de aire abriendo las puertas y las ventanas.

María no ha podido envanecerse ante el doctor Vauthier de esta particular cura de sus brotes de tuberculosis.

"No tenemos dinero, laboratorio ni ayuda para llevar a cabo esta labor importante y difícil—escribía más tarde—. Era como crear alguna cosa con nada, y si mis años de estudiante habían sido calificados por Casimiro Dluski como "los años heroicos de la vida de mi cuñada", puedo decir sin exageración que este período fue, para mi marido y para mí, la época heroica de nuestra existencia común.

"...No obstante, fue en ese miserable y viejo *hangar* donde transcurrieron los mejores y más felices años de nuestra vida, enteramente dedicada al trabajo. A menudo prefería comer allí para no tener que interrumpir alguna operación de importancia particular. A veces pasaba el día entero removiendo una masa en ebullición con una barra de hierro casi tan grande como yo. Por la noche estaba rendida de fatiga."

En estas condiciones trabajaron los Curie desde 1898 a 1902.

EVA CURIE: *VIDA DE MADAME CURIE*

El trabajo de un empresario

Giovanni Papini describe a Henry Ford en una imaginaria entrevista. Giovanni Papini fue un escritor original, caprichoso, un sí es no es extravagante; pero supo advertir y describir, en esta entrevista imaginaria, lo que es, de verdad, un gran capitán de industria, uno de estos hombres que crean, ponen en marcha, dirigen una empresa moderna, una de esas empresas que abarcan la totalidad de un ramo de producción y mueven miles y miles de hombres. Henry Ford será siempre el ejemplo más elocuente de esta manera de concebir el trabajo industrial, de esta figura imprescindible de la economía moderna, el director.

Había ya encontrado tres o cuatro veces al viejo Ford (Henry) en los tiempos en que me ocupaba de negocios, pero esta vez he querido hacerle una visita personal y "desinteresada".

Le he encontrado fresco de aspecto y de buen humor, dispuesto, por consiguiente, a hablar y expansionarse.

—Usted sabe—me ha dicho—que no se trata de desarrollar una industria, sino de realizar un vasto experimento intelectual y político. Nadie ha comprendido bien los místicos principios de mi actividad. Sin embargo, no pueden ser más sencillos: se reducen al Menos Cuatro y al Más Cuatro y sus relaciones. El Menos Cuatro son: disminución proporcional de los operarios; disminución del tiempo para la fabricación de cada unidad vendible; disminución de tipos de los objetos fabricados, y, finalmente, disminución progresiva de los precios de venta. El Más Cuatro, relacionado íntimamente con el Menos Cuatro, son: aumento de las máquinas y de los aparatos, con objeto de reducir la mano de obra; aumento indefinido de la producción diaria y anual; aumento de la perfección mecánica de los productos; aumento de los jornales y de los sueldos. A un espíritu superficial y anticuado estos ocho objetivos pueden aparecer como contradictorios entre sí, pero usted, hombre práctico, podrá comprender seguramente su perfecta armonía. Aumentar la cantidad y el rendimiento de las máquinas significa poder disminuir el número de los operarios; reducir el tiempo necesario para la fabricación de un objeto quiere decir producir muchos más durante el día; disminuir el número de los "tipos", obligando a los consumidores a renunciar a sus gustos individuales, tiene como consecuencia un aumento de la producción y una reducción de los precios de coste, y, finalmente, disminuyendo los precios y aumentando los salarios, se aumenta el número de aquellos que tienen posibilidad de comprar y capacidad de adquirir, con lo que se puede aumentar la producción sin peligros. Si los automóviles son caros y mis dependientes ganan poco, muy pocos podrán comprarlos. Pague usted mucho y venda a bajo precio, y todos se convertirán en sus clientes. El secreto para enriquecerse es pagar como si se fuese pródigo y vender como si se estuviese en vísperas de quiebra. Esta paradoja, que asusta a los tímidos, es el secreto de mi fortuna. Volviendo a mis ocho principios, es fácil deducir que el ideal máximo sería el siguiente: Fabricar sin ningún operario un número cada vez mayor de objetos que no cuesten casi nada. Reconozco que serán precisas todavía algunas decenas de años antes de que se consiga este ideal. Soy un utopista, pero no un loco. Me voy, sin embargo, preparando para ese día. Estoy construyendo en Detroit una nueva fábrica que llevará por nombre La Solitaria. Una verdadera alhaja, un sueño, un milagro; la fábrica donde no habrá nunca nadie. Cuando esté terminada y hayan sido montadas las máquinas del más reciente modelo, y en parte absolutamente nuevas, que se están pre-

parando, no habrá necesidad de obreros. De vez en cuando un ingeniero hará una breve visita a La Solitaria, pondrá en movimiento algunos engranajes y se marchará. Las máquinas lo harán todo por sí solas y trabajarán no únicamente durante el día, como hacen ahora los hombres, sino también toda la noche, y aun los domingos, pues ninguna ley del Michigan prohibe el trabajo de los motores y de los tornos en días de fiesta. Un tren eléctrico llevará automáticamente a los depósitos los miles de automóviles y los miles de aeroplanos producidos por La Solitaria. Dentro de veinte años todas mis fábricas serán iguales a ésta y podré lanzar al mercado millones de aparatos al mes con sólo la ayuda de algunas decenas de técnicos, de mozos de almacén y de contables.

—La idea es genial—manifesté—y el sistema sería excelente si no hubiese una dificultad. ¿Quién comprará esos millones de automóviles, de tractores y de aeroplanos? Si usted suprime la mano de obra reduce también el número de compradores.

Una sonrisa cordial iluminó el bello rostro de viejo juvenil de Ford.

—Ya he pensado también en esto—respondió—. Produciré tantas máquinas y a precios tan modestos que a ningún otro industrial del mundo le tendrá cuenta fabricar lo que yo fabrique. Mis fábricas surtirán por eso a los cinco continentes. En muchas partes del mundo el automóvil y el aeroplano no son todavía de uso general. Con la potencia de la publicidad y del control bancario obligaremos a todos los pueblos a usarlos. Mis mercados son prácticamente ilimitados.

—Pero, perdone: si sus métodos anulan, en gran parte, la industria de los otros países, ¿de dónde sacarán éstos el dinero necesario para comprar sus máquinas?

—No hay que tener miedo—repuso Ford—. Los clientes extranjeros pagarán con los objetos producidos por sus padres y que nosotros no podemos fabricar en nuestras fábricas: cuadros, estatuas, joyas, tapices, libros y muebles antiguos, reliquias históricas, manuscritos y autógrafos. Todo cosas únicas que no podemos reproducir con nuestras máquinas. En Asia y en Europa existen todavía colecciones privadas y públicas llenas hasta rebosar de esos tesoros que no se pueden imitar, acumulados durante setenta siglos de civilización. Entre los europeos y entre los asiáticos aumenta cada día la manía de poseer los aparatos mecánicos más modernos y disminuye al mismo tiempo el amor hacia los restos de la vieja cultura. Llegará pronto el momento en que se verán obligados a ceder sus Rembrandt y Rafael, sus Velázquez y Holbein, las biblias de Maguncia y los códices de Homero, los joyeles de Cellini y las estatuas de Fidias, para obtener de nosotros algunos millones de coches y de mo-

tores. Y, de este modo, el almacén retrospectivo de la civilización universal deberán venir a buscarlo a los Estados Unidos, con gran ventaja, por otra parte, para las industrias del turismo. Además, mis precios, como consecuencia de la reducción del coste, serán de tal modo bajos que hasta los pueblos más pobres podrán comprar mis aeroplanos de deporte y mis automóviles de familia. Yo no busco, como usted sabe, riqueza. Solamente los pequeños industriales atrasados se proponen como fin el ganar dinero. ¿Qué quiere usted que yo haga con los millones? Si vienen no es culpa mía, sino el resultado involuntario de mi sistema altruista y filantrópico. Personalmente vivo como un asceta: tres dólares al día me bastan para alimentarme y vestirme. Soy el místico desinteresado de la producción y de la venta: las ganancias excesivas me fastidian y no aprovechan más que al fisco. Mi ambición es científica y humanitaria. Y ahora, viejo Gog, ¿un *drink?* ¿Es cierto que pertenece usted secretamente a los "húmedos", o le han calumniado?

No había bebido nunca un *whisky* tan perfecto y no había hablado nunca con un hombre tan profundo. No olvidaré fácilmente esta visita en Detroit.

GIOVANNI PAPINI: *GOG*

El trabajo de un genio universal

Veamos, por último, contado por Giorgio Vasari, el gran biógrafo de artistas, la vida entera de uno de los hombres más grandes que se hayan conocido: Pintor, escultor, arquitecto, ingeniero, poeta, matemático... ¡Todas las ciencias, todas las artes, todos los saberes se reunían en la persona admirable de Leonardo de Vinci! El llevó a la perfección las más notables actividades humanas.

Verdaderamente admirable y divino fue Leonardo, hijo de Ser Piero de Vinci. En la erudición y en los principios de las letras hubiera rayado a gran altura, de no haber sido tan versátil e inestable, pues emprendía el aprendizaje de muchas cosas, pero luego de comenzadas las abandonaba. Así, en los pocos meses que estudió aritmética hizo tales adelantos que promovía de continuo dudas y dificultades al maestro que le enseñaba y frecuentemente lo confundía.

Volvió su atención a la música, y, como la naturaleza le había otorgado un espíritu elevadísimo y lleno de armonía, pronto decidió aprender a tocar la lira y acompañándose con ella improvisó cantos divinamente.

Sin embargo, aunque se dedicase a estudios tan variados, nunca dejó el dibujo ni el relieve, tarea que realizaba con más agrado que ninguna otra. Viendo esto, y considerando la elevación de aquel talento, tomó un día Ser Piero algunos de los dibujos de su hijo, los llevó a Andrea del Verrocchio, que era muy amigo suyo, y le rogó encarecidamente que le dijese si Leonardo medraría consagrándose al dibujo.

Maravillóse Andrea al ver los extraordinarios comienzos de Leonardo y aconsejó a Ser Piero que le hiciese continuar por aquel camino. Decidió éste que su hijo concurriera al taller de Andrea, con gran satisfacción de Leonardo. No se ejercitó en una sola profesión, sino en cuantas interviniera el dibujo. Tenía una inteligencia tan perspicaz y maravillosa que, además de ser bonísimo geómetra, no sólo trabajó en la escultura—haciendo en su juventud, en barro, algunas cabezas de mujeres que ríen, las que fueron vaciadas luego en yeso, y cabezas de niños, que parecían salidas de las manos de un maestro—, sino que también hizo muchos dibujos y proyectos de casas y otros edificios; y durante su primera juventud fue ya el primero que imaginó canalizar el Arno desde Pisa a Florencia. Diseñó molinos, batanes y toda clase de máquinas hidráulicas; pero, como quiso que su profesión fuese la pintura, se preocupó en copiar del natural; algunas veces modelaba figuras en barro, sobre las cuales ponía telas mojadas untadas de tierra, y después, con paciencia, las copiaba sobre telas sutilísimas de linón o lienzos usados y las pintaba en negro y blanco con la punta del pincel, lo que parecía cosa de milagro; de ello dan fe todavía algunas que tenemos de su mano en nuestro libro de dibujos. Además, dibujó en papel con tanto cuidado y perfección, que en estas labores delicadas nadie le ha superado jamás. Yo tengo hecha por él una cabeza en estilo claroscuro, que es sorprendente. En su clara inteligencia Dios había infundido su gracia suprema y le había concedido un raciocinio profundo, ayudado por una excelente memoria, junto a una facilidad extraordinaria para expresar su pensamiento con el dibujo de sus manos; era capaz de vencer con sus razonamientos y confundir con sus conceptos al más gallardo de los ingenios.

Todos los días hacía modelos y diseños para poder rebajar fácilmente las montañas y horadarlas para pasar de un llano al otro; y por medio de palancas, cabrias y tornillos demostraba cómo se podían levantar o arrastrar grandes pesos; ideaba la manera de abrir puertos y emplazar

bombas para extraer agua de los lugares bajos; en fin, aquel cerebro nunca cesaba de inventar. De todos estos pensamientos y fatigas se hallan esparcidos muchísimos dibujos entre nuestros artistas, y yo he visto muchos. Hasta perdió el tiempo en dibujar nudos de cuerda hechos según determinado orden y de manera que de una punta se fuere sacando el resto hasta el otro extremo y se llenara así un círculo; se ha publicado uno, dificilísimo y muy bello, que contiene en el centro estas palabras: LEONARDUS VINCI ACADEMIA. Entre estos modelos y dibujos había uno con el cual quería demostrar a muchos ciudadanos ingeniosos que entonces gobernaban Florencia que podría levantar el templo de San Giovanni de aquella ciudad y sostenerlo por debajo con escaleras sin arruinarlo; persuadía a sus oyentes con tan poderosas razones que en ese momento les parecía factible, aunque luego, cuando él se retiraba, comprendían por sí mismos la imposibilidad de aquella empresa.

Era tan agradable en su conversación que atraía la simpatía de todos. Por esto, a pesar de que no poseía bienes de fortuna y trabajaba poco, tuvo continuamente servidores, caballos (que le gustaban mucho) y particularmente toda clase de animales, que con amor grandísimo y paciencia domesticaba. Mostraba su amor por ellos, pues a menudo, cuando pasaba por lugares donde se vendían pájaros, los sacaba de la jaula y, una vez pagado el precio al vendedor, los soltaba en el aire para que recobraran su perdida libertad.

La naturaleza quiso favorecerlo tanto, que, en cuanta empresa aplicaba el pensamiento, el cerebro o la voluntad, demostró tal acierto en su realización que nadie ha podido jamás igualarlo en rapidez, perfección, vivacidad, bondad, donaire y gracia.

Bien se deja ver que Leonardo, por su inteligencia del arte, comenzó muchas cosas y ninguna acabó, pues le parecía que la mano no podía alcanzar la perfección que él imaginaba en sus concepciones; él forjaba proyectos tan maravillosos y con dificultades tan sutiles que las manos más diestras jamás podrían darles forma. Tales y tantas fueron sus divagaciones que, filosofando sobre las cosas naturales, llegó a conocer las propiedades de las hierbas, observó el movimiento del cielo, el curso de la Luna y la traslación del Sol.

Como ya hemos dicho, por medio de Ser Piero ingresó, siendo muchacho, en el taller de Andrea del Verrocchio para dedicarse al arte; éste hizo una tabla donde San Juan bautizaba a Cristo, y en ella Leonardo pintó un ángel que sostenía unos vestidos y, a pesar de su extrema juventud, lo realizó tan bien que superó a las figuras de Andrea. Esta fue la causa de que Andrea no quisiera nunca más tocar los colores, mortificado

de que un muchacho supiese más que él. Encargóse a Leonardo la pintura de un cartón para una antepuerta que se había de tejer en Flandes, en oro y seda, para mandarla al rey de Portugal; el motivo era el pecado de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Leonardo hizo con el pincel en claroscuro, iluminado con albayalde, un prado con multitud de hierbas y algunos animales; y bien puede decirse que, como habilidad y naturalidad, ningún otro ingenio del mundo puede hacer cosa igual. Allí estaba la higuera con los escorzos de las hojas y los perfiles de las ramas, ejecutados con tanto amor que la mente se turba sólo al pensar que un hombre pueda tener tanta paciencia. También había una palmera con los círculos del tronco trabajados con tan grande y maravilloso arte que sólo la paciencia y el ingenio de Leonardo podían hacerlo. El tejido no llegó a ejecutarse, por lo cual el cartón se halla hoy en Florencia, en la feliz morada del magnífico Octaviano de Médicis, a quien le obsequió no hace mucho el tío de Leonardo.

Dícese que, hallándose Ser Piero de Vinci en su casa de campo, fue visitado por un colono suyo que le pidió le hiciera pintar en Florencia una rodela hecha de un tronco de higuera cortado por él en la hacienda; Ser Piero consintió de muy buen grado, porque el campesino era muy práctico en la pesca y en la caza de pájaros y le prestaba mucha utilidad en estos menesteres. Hizo, pues, llevar la rodela a Florencia y, sin decir a Leonardo de quién era, le pidió que pintase algo en ella. Un día tomó Leonardo en sus manos aquella rodela y, viéndola torcida, mal trabajada y tosca, la enderezó con el fuego y la entregó después a un tornero, que, de tosca y grosera que había sido, la transformó en lisa y delicada; después la enyesó y preparó a su manera y comenzó a pensar qué se podría pintar en ella para que asustase a quien la viera de pronto y produjese el mismo efecto que la antigua cabeza de Medusa.

A este efecto llevó Leonardo a una habitación, donde nadie entraba sino él, lagartijas, lagartos, grillos, serpientes, mariposas, langostas, lechuzas y otras extrañas especies similares de animales; combinando con habilidad este conjunto pintó un monstruo horrible y espantoso, que parecía envenenar con el aliento y abrasar el aire; lo representó como saliendo de una roca obscura y quebrada, arrojando veneno por las fauces abiertas, fuego por los ojos y humo por la nariz, de modo tan pavoroso que parecía una cosa enteramente monstruosa y terrible. Pasó muchas penurias para realizar este trabajo; el hedor de los animales muertos en la habitación era insoportable, pero Leonardo estaba tan absorto en su arte que no lo sentía.

Acabada aquella obra, que ya no le reclamaba ni el campesino ni

su padre, Leonardo dijo a éste que cuando quisiese podía mandar a buscar la rodela, que por su parte estaba terminada.

Fue, pues, Ser Piero una mañana a dicha habitación por la rodela y llamó a la puerta. Leonardo le abrió y le pidió que aguardase un poco. Volviendo a entrar colocó la rodela sobre un caballete y dispuso la ventana de modo que le diese luz deslumbradora; después hizo pasar a su padre. Ser Piero, al verla de pronto, tomado de sorpresa, se sobresaltó, pues no creyó que fuese una rodela, ni siquiera que aquel monstruo estuviese pintado; se disponía a huir cuando Leonardo le contuvo, diciéndole: "Esta obra sirve para lo que ha sido hecha; tomadla, pues, y llevadla, ya que tal es el fin que debe esperarse de toda obra".

GIORGIO VASARI: *VIDA DE LEONARDO DA VINCI*

Cuando se desdeña el trabajo

Convendría ahora olvidar, por un momento, estas figuras deslumbrantes y recordar algo que nos atañe, como españoles, muy de cerca. España fue un país poderoso que, de pronto, se hundió en la decadencia. España fue vencida. ¿Por qué pudo ser vencida España? ¿Porque sus soldados dejaron de ser valerosos? ¿Porque sus políticos dejaron de ser inteligentes? Ante todo, porque los españoles dejaron de trabajar. El siglo XVI nos brinda el espectáculo pavoroso de un pueblo que renuncia progresivamente al trabajo, que abandona el campo, los oficios, las industrias; que entrega la banca y los negocios a extranjeros y que se dedica... a buscar la vida como puede Nace la picaresca, es decir, el arte de los pobres que se las ingenian para vivir sin trabajar. ¡Penoso espectáculo el de la gran España, con sus campos incultos, sus labradores pobres, sus ciudades melancólicas, sus miles y miles de tramposos, ladrones, pícaros, y mendigos!

Extraídos de las obras de grandes escritores, siguen unos fragmentos elocuentes. El primero describe el hambre, esa gran desdicha española. Se debe a la pluma de Quevedo.

Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición. Comieron una comida eterna, sin principio ni fin. Trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en

la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güerfano y sólo que estaba en el suelo.

Decía Cabra a cada sorbo:

—Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.

Y, sacando la lengua, la paseaba por los bigotes, lamiéndoselos, con que dejaba la barba pavonada de caldo.

Acabando de decillo, echóse su escudilla a pechos, diciendo:

—Todo esto es salud y otro tanto ingenio.

—¡Mal ingenio te acabe!—decía yo entre mí, cuando veo un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía que la había quitado de sí mismo.

Venía un nabo aventurero a vueltas de la carne, y dijo el maestro en viéndole:

—¿Nabos hay? No para mí perdiz que se le iguale. Coman, que me huelgo de verlos comer.

Y tomando el cuchillo por el cuerno, picóle con la punta; y asomándole a las narices, trayéndole en procesión por la portada de la cara, meciendo la cabeza dos veces, dijo:

—Confortan realmente, y son cordiales—que era gran adulador de las legumbres.

Repartió a cada uno tan poco carnero que en lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decía:

—Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.

¡Mire v. m. qué buen aliño para los que bostezaban de hambre!

Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa y en el plato dos pellejos y unos güesos, y dijo el pupilero:

—Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo.

—¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado—decía yo—, que tal amenaza has hecho a mis tripas!

Echó la bendición, y dijo:

—Ea, demos lugar a la gentecilla que se repapile, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.

Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuese.

Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio malparado, y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arre-

metí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el de un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir. Al ruido entró Cabra diciendo:

—Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.

Volvióse a gozar del sol, y dejónos solos. Certifico a v. m. que vi al uno de dellos, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no le acertaban a encaminar las manos a la boca. Pedí yo de beber, que los otros, por estar casi en ayunas, no lo hacían, diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado a la boca cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me lo quitó el mozo espiritado que dije.

Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón. Diome gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome:

—Como no lo son, en esta casa no las hay. Para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, dondequiera podréis; que aquí estoy dos meses ha y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como agora vos, de lo que cené en mi casa la noche antes.

¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fue tanta que, considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada dél.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban váguidos en aquella casa, como en otros ahitos.

Llegó la hora de cenar (pasóse la merienda en blanco); cenamos mucho menos y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. ¡Mire v. m. si inventara el diablo tal cosa!

—Es muy saludable y provechoso—decía—cenar poco, para tener el estómago desocupado.

Y citaba una retahila de médicos infernales.

Decía alabanzas de la dieta, y que ahorraba un hombre de sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían.

Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS: *LA VIDA DEL BUSCON*

El pobre labrador

En el segundo, un gran escritor moderno, Azorín, *imagina la vida del labrador español durante esos siglos. No es imaginación caprichosa:* Azorín *se apoya en documentos serios, en realidades debidamente historiadas.*

El pobre labrador vive en Castilla, en Tierra de Campos, en el Bierzo, en la Vera de Plasencia, en Andalucía, en Cataluña, en Galicia. El pobre labrador puede ser pobre por su corta hacienda; pero en el siglo XVI —y en el XVII—era pobre por otras circunstancias. La vida del campo es la verdadera vida. De todo dispone el labrador. La vida del campo es independencia y sociabilidad al mismo tiempo. Se tiene en el campo la amada soledad y a la vez la grata comunicación. Las casas están independientes, a largo trecho una de otras; pero por veredas y atajos se va prestamente de una a otra. El labrador es rey en su heredad. Tiene pan, vino, leche, miel, aceite. Con las maderas de sus árboles construye las puertas y ventanas y los artefactos y muebles de la casa. El aceite de sus olivos le alumbra. Las ovejas le dan lana para los trajes. El lino está presto para convertirse en blancos lienzos; sobre ellos estará el pan y entre ellos reposaremos. Hierbas medicinales son la farmacia del labrador. Para sus devociones la cera le da luz al labriego, cera que es luz en las alegrías y luz en los momentos luctuosos. El pobre labrador vive independiente en sus tierras. Su vida está reglada por el sol. El sol es indefectible en sus mandatos; no tiene nunca ni apresuramientos ni negligencias. Acompasada sobre tal norma, la vida del labrador es toda simetría y regularidad. En el campo es en donde la autoridad y el orden son más espontáneos y firmes. La tradición es más sólida. El labriego conoce minuciosamente la campiña; es grato departir con él sobre las cosas agrestes. La charla de un señor nos vemos obligados a soportarla; la de un labriego podemos concluirla cuando nos plazca. "Más trabajo es sufrir a un señor pesado que a un labrador necio—decía fray Antonio de Guevara en una carta al conde de Benavente—; porque el caballero háceos rabiar, y el bobo labrador provócaos a reir; y más allende de esto, al uno podéisle mandar que no hable, y al otro habéisle de esperar a que acabe." El pobre labrador puede ser pobre por otras circunstancias que su pobreza. A fines del siglo XVI ya la fuga de los moradores de los campos se ha ini-

ciado. Las ciudades hechizan a los villanos. Las ciudades son espléndidas en el siglo XVI. Los monumentos aparecen nuevos. En las anchas plazas —muchas de ellas rodeadas de soportales—se yerguen esos hermosos edificios. El labriego se marcha hacia la ciudad. Le tientan las guerras y la conquista de América. Van faltando operarios en las campiñas. La Mesta se lleva todos los privilegios. Sobre el labrador pesan todas las cargas. Sus tierras no puede cerrarlas; los ganados entran a pastar en ellas; se comen los rastrojos y destruyen las viñas; los viandantes hurtan la fruta de los linderos; las tropas huellan las cosechas; gentes de guerra entran a saco en las casas; roban los perniles que están colgados en el humero; se llevan las gallinas escondidas en los anchos follados. No es grata la vida en el campo. Ya en el siglo XVI la labranza comienza a declinar. Y el sustento de la Patria son los labradores.

AZORIN: *UNA HORA DE ESPAÑA*

La picaresca

Lo que sigue es la conocida descripción del patio de Monipodio por Miguel de Cervantes: el latrocinio convertido en industria, organizado como un oficio, con altas y bajas complicidades. El arte de robar constituido en meta de las aspiraciones de dos muchachos... porque es profesión lucrativa. ¿Qué sociedad puede soportar esta carroña?

El salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljimifrado parecía se vertía carmín de lo más fino. A un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro. A otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman macete, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio; y, viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja, de dos pequeñas que en el patio estaban, y vio en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande, sin tapa ni cosa que la cubriese, y

otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada a la pared una imagen de Nuestra Señora, de estas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y, encajada en la pared, una almofía blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna y la almofía de tener agua bendita, y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco dos de la esportilla y un ciego; y, sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta, con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda, y, sin decir nada, se fue a la sala, y, habiendo tomado agua bendita con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza habiendo primero besado tres veces el suelo y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falta, cuellos a la valona, medias de color, ligar de gran balumba, espadas de más de marca sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina. Los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y, llegándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falta; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo; las manos eran cortas, pelosas, y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él

la guía de los dos, y, trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Estos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi señor Monipodio. Vuesa merced los desanime, y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana—respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que, así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que a medio magate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuestra merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque, si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: "Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron", u otra cosa semejante, que, por lo menos, suena mal a los buenos oídos. Y así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.

—Pues de aquí adelante—respondió Monipodio—quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estipendio para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las tales ánimas por vía de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa y el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando

voces: "¡Al ladrón, al ladrón! ¡Deténgale, deténgale!" se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: "¡Déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva! ¡Allá se lo haya; castíguele su pecado!". Son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la trena como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que, si anda de buena, no hay delito que sea culpa ni culpa a quien se dé mucha pena. Y por todos éstos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto—dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre)—que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuestra merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio y tormenta, o ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, o no quedará de mí pedazo—replicó Monipodio.

Y llamando a la guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo: ¿Estan puestas las postas?

—Sí—dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre—: tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, a nuestro propósito—dijo Monipodio—, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

—Yo—respondió Rinconete—sé un poquito de floreo de Vilhán; entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son—dijo Monipodio—; pero todas ésas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de medianoche abajo. Pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentado sobre ese fundamento media docena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

—Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades—respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis?—preguntó Monipodio.

—Yo—respondió Cortadillo—sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más?—dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados—respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo—replicó Monipodio—, que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir—respondió Rinconete—, sino muy bien? Animo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

—Está bien—replicó Monipodio—; pero querría yo que también le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir "esta boca es mía".

—Ya sabemos aquí—dijo Cortadillo—, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo; porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el Cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida o su muerte: ¡Como si túviese más letras un no que un sí!

—¡Alto, no es menester más!—dijo a esta sazón Monipodio—. Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy de ese parecer—dijo uno de los bravos.

Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo.

El respondió que, por darles contento a todos, desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene a saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor a la cárcel, ni a la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuando, como y adonde quisieran, sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno de ellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás, con palabras muy comedidas, las agradecieron mucho.

Estando en esto entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote—dijo Monipodio—,que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguense, que yo le saldré a hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al algucil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí—dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo—dijo Monipodio—se ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es—dijo la guía—que hoy faltó esa bolsa. Pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—¡No hay levas conmigo!—replicó Monipodio—. ¡La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

Tornó a jurar el mozo que no sabía de ella. Comenzóse a encolerizar Monipodio de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo y a maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa ni vístola de sus ojos; todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle y dar contento a su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos, sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores, que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta: que hoy mi camarada Cortadillo le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto; viendo lo cual Monipodio dijo:

—Cortadillo el Bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción de este servicio; y la bolsa se ha de llevar al alguacil; que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: "No es mucho que a quien te da la gallina entera tú des una pierna de ella". Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de "Bueno", bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

M. DE CERVANTES SAAVEDRA: *RINCONETE Y CORTADILLO*

El señoritismo

Un país no puede prosperar cuando la mitad de su población está compuesta de maleantes, pícaros, mendigos y variadas combinaciones de unos y otros. Todas las instituciones del país, los Concejos, las Cortes, claman un día y otro, un año y otro, por el remedio; pero el remedio no llega. El español no cree en la eficacia del trabajo. Reconoce su miseria, pero le busca remedio en otras partes. A la guerra me lleva —mi necesidad—; si tuviera dineros — no iría en verdad, *canta en el* Quijote *aquel mozo que marcha a alistarse en los Tercios. El menosprecio del trabajo llega a inventar la curiosa paradoja de que el trabajo es* deshonor. *Cuando la sociedad piensa un disparate semejante, ¿quién puede asombrarse de que la gente no trabaje?*

Pero sucedió que, mientras los españoles, hambrientos, holgaban o esperaban el remedio de la fortuna que había de llegar sin esfuerzo, el resto de los países europeos se levantaban sobre su esfuerzo, sobre su trabajo. *Aquí no nos dábamos cuenta de que corrían una carrera en la que nos iba a ser muy difícil alcanzarlos. Aquí nos conformábamos con inventar el* señoritismo, *que fue—que es todavía—una degeneración del señorío. Y los* señoritos *se entregaban a las diversiones como las que describe, en las páginas siguientes, un novelista de fines del siglo pasado, Armando Palacio Valdés:*

El inglés se había despojado de la americana y el chaleco, y, remangándose la camisa, enseñaba los bíceps de sus brazos, que eran de verdad

poderosos, entreteniéndose en dar sobre ellos con las botellas vacías hasta partirlas. Se había hecho sangre, pero continuaba sin hacer caso. Luego pidió al mozo que le trajese una botella de ron y un vaso grande. Llenólo hasta los bordes de este licor, y lentamente, sin hacer el menor gesto ni pestañear, lo bebió todo. Luego colocólo sobre la mesa frente al conde, y dijo gravemente:

—Usté no hacer esto.

Pasó por los ojos del magnate calavera una chispa de furor. Supo reponerse, no obstante, y vertiendo en el vaso el resto de la botella, mandó tranquilamente al mozo traer la pimienta. Echó un puñado de ella; echó luego la ceniza de su cigarro que tenía amontonada delante de sí, y sin decir palabra, con la misma sonrisa despreciativa, apuró el vaso, y, no contento con eso, lo rompió con los dientes. Vimos sus labios manchados de sangre. La reunión acogió con oles y gritos de triunfo esta prueba de gran estómago, en la que, al parecer, se hallaba interesada la honra nacional.

El conde no se había dado por satisfecho con la victoria alcanzada sobre el inglés. Mientras seguía paladeando con aparente sosiego las cañas que le ofrecían no dejaba de comérselo con los ojos, embargado por una rabia sorda que no tardó en estallar. Sus ojos, que era lo único móvil en su fisonomía impasible, brillaban cada vez más feroces, semejando los de un loco cuando le han puesto la camisa de fuerza.

El inglés seguía haciendo alardes de fuerza, completamente ebrio, y causando bastante molestia a los demás, que no tenían una borrachera tan brutal.

—Usted es muy valiente, ¿verdad?—le dijo el conde, sin dejar de sonreir con desdén.

—Más que usté—respondió el inglés.

Don Jenaro fue a lanzarse sobre él, pero le sujetaron. Calmándose de pronto, dijo:

—Ya que es usted tan bravo, ¿a que no pone la mano sobre la mesa?

—¿Para qué?

—Para clavarla con la mía.

El inglés, sin vacilar, extendió su grande y membruda mano. El conde sacó del bolsillo un puñalito damasquinado y puso la suya fina de caballero sobre la del inglés. Y sin vacilar, con un arranque feroz, alzó el puñal con la otra y clavó de un golpe ambas sobre la mesa.

Las mujeres lanzaron un grito de terror. Los hombres nos precipitamos a socorrerles. Algunos salieron en busca de auxilio. Es un instante llenóse nuestro cenador. De las heridas brotaban abundantes chorros de

sangre que manchaban los pañuelos que les aplicábamos. Un médico, que por casualidad había entre los oencurrentes, les hizo la primera cura provisional con los pocos elementos de que pudo disponer. El conde sonreía mientras le curaban. El inglés se había abatido como un buey, vomitando. No tardó aquél en hacer lo mismo. Los subieron a los cuartos que había en el establecimiento, y se les acostó. Todo el mundo se dispersó comentando la barbarie del acto.

A. PALACIO VALDES: *LA HERMANA SAN SULPICIO*

Todo el trabajo es necesario

El esfuerzo de unos cuantos hombres, políticos, escritores, industriales, negociantes; de unos cuantos hombres que fueron capaces de desafiar la pereza secular y el ridículo a que, en aquella España, se condenaba todo esfuerzo, toda voluntad de mejora, toda idea nueva, toda gran aspiración, puso los cimientos de una nueva era en que, poco a poco, nos vamos convenciendo de que el trabajo, y sólo el trabajo de todos sus miembros, *mantiene las sociedades en forma y evita la injusticia, el hambre, el dolor. España tiene que ser rehecha cada día con el esfuerzo de todos, y la primera etapa de ese esfuerzo es la aceptación de una tarea individual, en cualquier campo, en cualquier actividad, cada uno en la que le corresponde por su vocación y sus aptitudes, partiendo de esa verdad elemental:* que sólo del trabajo, de la obra bien hecha, puede el hombre enorgullecerse; que sólo el trabajo confiere nobleza.

Todos somos necesarios en la sociedad: los que ejercen oficios humildes y los que se entregan a tareas elevadas de pensamiento, de dirección o de gobierno. Trabajo es todo. No incurramos en el defecto opuesto, en el de esos que únicamente estiman el trabajo productivo en el orden material, el trabajo que levanta fábricas y produce objetos necesarios. El estudioso, el intelectual, el artista, el pensador, el santo, también trabajan, y su trabajo, en apariencia inútil, es igualmente necesario para la sociedad, porque no sólo de pan vive el hombre, *dijo el Señor. El trabajo da fundamento a nuestra vida y le sirve para elevar la vida; y el nivel de vida elevado no consiste sólo en el número de automóviles o de neveras que se consuman en un país, sino también en el desarrollo de la vida espiritual, de la cultura. El verdadero nivel de vida se mide por el consumo de productos materiales y de* productos culturales. *Los libros que se leen, los cuadros que se venden, las comedias que se representan, las teorías que se inventan, todo eso, reducido a cifras, importa tanto en las estadísticas como las toneladas de acero.*

Termina este paréntesis con un cuento que fue famoso hacia 1900, Las tres cosas

del tío Juan, de José Nogales. Veréis en él, si lo leéis con atención, el resplandor de una conciencia de nuestros males y la seguridad de cuál era el remedio y dónde estaba.

Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derritiendo vivo por Lucía, y que, aunque ésta no se derretía por nadie, no ponía mala cara a las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella joven, guapa, robusta y, de añadidura, rica; él en los linderos de los veinticinco, no pobre, medio señoritín, por lo que iba para alcalde, y entrambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmación, y para eso no había otro obispo sino tío Juan *el Plantao*, padre y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los *Plantaos* distinguióse desde muy antiguo tiempo por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo elavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esa tozudez hereditaria, y recelaba que el tío Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus síes o sus noes así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tío Juan había dicho una vez: "¿Qué trae ése por aquí?". Y para los que le conocían el genio era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre... Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus quereres y tonteos. Si quieres decírselo, anda; y lo que saques a mi padre del buche eso será, porque yo también soy *plantá*.

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar a la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra, que tendía sus sarmientos como cuerdas secas, y después por el angosto corral atestado de aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la puerta de la bodega enredósele un manojo de telarañas en el *bombín*, y tragando saliva entró en la obscura pieza.

—¡Tío Juan; eh, tío Juan!...

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jinojo de tinglao no se ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en mangas de camisa, des-

pechugado, con una pelambre de pecho que parecía una maceta de albahaca. Era más que medianamente apersonado, canoso y fuerte; y sudando, como estaba, parecía un oso polar.

—¿No se figura usted a lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; a tomar un parecer.

—Pues no es lo mesmo. Pero, anda, suéltala; que no hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucía me tira un poco, un pocazo, si se han de decir las cosas conforme son. Y como me parece a mí que yo también le tiro una migaja, venía, porque es razón, a decirle qué le parece a usted de este tiraero, que va por buen fin y derecho camino.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en el testuz, y, volviendo las espaldas, fue a buscar el jarrillo y la venencia, y con ambas cosas en las manos, como quien echa el *Dominus vobiscum*, se abrió de brazos, diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un sí y un no. Así es que, antes de soltar uno u otro, hay que rumiar bien las cosas. Tomaremos un par de alumbradoras y que Dios sea con todos.

Y, después de beber por riguroso turno, quedóse tío Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y prudente buey, que no pone la pata sino en terreno firme.

—Pues, atento a eso, digo que me parece a mí que la mujer se hizo para el hombre y el hombre para la mujer... y que por eso tiran el uno del otro. Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres, otros han de agarrarse a la mancera para que el surco salga bien hecho y la simiente no se desperdicie. Yo, que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo que quien quiera ayuntarse con mi cordera ha de hacer tres cosas, sin que ninguna le perdone; no haciéndolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la parva.

—Aunque sean trescientas haré yo, con tal de meterme debajo del yugo. Eche usted, tío Juan, por esa boca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar con la bodega, todavía me ha de parecer mandato ligero, según lo encalabrinado y emperrado que estoy con el aquel de tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres cosas que pido son éstas: que me traigan todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba, para hacer un remedio de este dolor de ijares que me quita

el resuello de cuando en cuando; que al que tenga ese querer véalo yo una vez siquiera trincar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la mano el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantao, y ha de ser a lo justo; que ni sobre ni falte.

—Tío Juan, vaya usted preparando el yugo más fuerte que haya en casa, porque yo me lo echo encima, si Dios no dispone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara radiante, bailándole los ojos en una ráfaga de alegría loca y dando al viento como romántica pluma aquel jirón de telarañas que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucía, me ha dicho tu padre que te vayas preparando, que tenemos que abrir un surco.

—Qué tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece que viene su merced algo repuntado y que el jarro habló más que las personas.

—Te hablo del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. Verás qué labor más dulce.

—¡Pero qué borrico te has vuelto!

* * *

"La del alba sería" cuando Apolinar acudió solícitamente a su corral sin quitar ojo del gallo hasta que dio de sí el extraño remedio del mal de ijares, que en caliente recogió, bien así como si llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por aquel día la primera condición y no sabiendo qué hacer a tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fuese con los cavadores a su majuelo a *matar el tiempo* hasta que el estómago le avisase. Al llegar a la viña dijo a los jornaleros:

—Vamos a ver, muchachos: un cuartillo de vino hay para quien, sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse, trinque un bocado de sarmientos.

—¿Pero eso qué tiene que hacer? ¡Valiente hombría!

Y cuatro o cinco, los más jóvenes, salieron del grupo y, doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajitas para hacer el nido.

—A ver yo...

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar dio de cabeza en el montón. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol de color

de cereza que subía por la cuesta azul parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es menester cavar viñas y darle al cuerpo buenos remojones de sudor.

—¿Sí? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y, como general que arenga sus tropas, dijo, blandiendo el instrumento:

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar..., y no os compadezcáis de mí si veis que reviento, porque necesito echar un espinazo que sea a la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquélla fue una jornada heroica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarrillos, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto a sus brazos. Al ponerse el sol no presentaba aquella cara burlona, henchida de risa, con que apareció entre las brumas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecía complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo.

Al dar de mano dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

—Pues, vamos, hombre; hay día para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio, él, que lo suyo es mejor; yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega a la rodilla; el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecía brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: "¡Todo es tuyo; regocíjate, o no eres hombre!"

Y se regocijó honradamente, paternalmente, como si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas.

—¡Yo, que no había visto esto! ¡Maldito sea el casino y las cartas, y quien las inventó! ¡Malditos tabernáculos, que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistían la comparación. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la habían esquilmado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso:

—Dale a un trabajador carne y vino; a otro, papas y tomates. Eso es la tierra: un trabajador. Según le eches, así produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor a la tierra, el amor a lo suyo, el gozo íntimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla que germina, brota y crece y se reproduce:

—¿En qué estaría yo pensando? Tío Agapito, usted me hace un hombre. Voy a echarme al campo como una fiera.

—¡Al campo, al campo! Esa es la ubre... ¡Si vieras cuánto gandul mantiene el campo!

—Yo soy el primero. Mejor dicho, lo fui. Ya soy otro. Me duelen los pies..., zapatos de vaca... Me duele la cabeza..., tiraré este apestoso *bombín* y compraré un sombrero de esos fuertes, como si los hicieran de cerdas de cochino. No más vestidos de Carnaval. Tío Agapito, un abrazo, y pídale usted a Dios que allá, por la primavera, pueda yo comer hierba sin doblar los corvejones.

No durmió bien, porque el excesivo cansancio riñe con el sueño. En las manos parecían arder sus huesos desencajados; el espinazo se le engarrotaba... y, en medio de sus dolores, otro sentimiento nuevo lo iba conquistando mansamente; un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, a cambio de unos cuartos roñosos, aumenta el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida. Y como a la madrugada oyese cantar al gallo, pregonero de su deber y compromiso, volvió a ver la claridad del naciente día, y otra vez cogieron sus doloridas manos el azadón lustroso, y el sudor del amo cayó como lluvia fecunda en la heredad, que parecía estremecerse de amor y agradecimiento.

Y un día tras otro se fue curtiendo al sol y al aire, y mientras más se endurecía la corteza, más nobles blanduras aparecían por dentro.

—Como la viña de Apolinar no hay ninguna. La sementera de Apolinar es la capitana. ¡Qué suerte de hombre!

Este era el tema de conversación entre la gente labradora. Los jornaleros se disputaban la casa, porque había formalidad y trago de vino, y allí no se hacía el agio vergonzoso para la baja de jornales. Con Apolinar trabajaban los sanos, los hombres de empuje, estimulados por su ejemplo.

Pasó el invierno y el sol primaveral vistió el campo de gala. Los habares en flor henchían el aire de aromas purísimos: los trigos azuleaban, los cebadales se mecían orgullosamente a compás del viento; las yemas del higueral, reventando al esfuerzo de las primeras hojas, tendían al sol una espléndida gasa de oro verde..., y los viñedos extendían sobre la

rojiza tierra otra gasa de pámpanos, y ya el olor tempranero del cierne se esparcía como una caricia dulce y vivificante.

Llegó el día de la prueba; el día temido y deseado en que Apolinar tenía puestos todos los grandes anhelos de su vida. Antes que el canticio de los gallos sonaron las campanas de la torre con un repique de gloria, de alegría, como voces de un coro nupcial que celebrase las bodas del cielo y de la tierra.

No pudo Lucía convencer a su padre de que, al menos aquel día, debiera pasarlo con la chaqueta puesta.

—Me ajogaría.

Y, por parecerle esta razón suficiente peso, no daba otra. Con orgullo hereditario cubría su busto de oso polar con limpísima camisa de lienzo, por entre la cual se desbordaba la crespa pelambre como maceta frondosísima. Cuando entró Apolinar ya estaba allí el primo Clímaco, la hermana Bella con su dilatada prole, los trabajadores de la casa y varios vecinos, trídos por aquellos olores de cocina y fritanga, fieros despertadores de la gula.

—Que los tenga usted muy felices, tío Juan y la compaña.

—Apolinar, tantas gracias, y lo mesmo digo.

—Vaya, aquí tiene usted la gallinaza de hoy, que parece un bruño.

Y, sin pedir permiso, fuese a la cuadra y trajo un brazo de amapolas, que tiró al suelo.

—Tío Juan, eche usted cuenta.

Y, más ágil que un pájaro, doblóse y pescó un manojo de hierba en flor que le caía sobre el pecho como una llama.

—Si usted quiere, me la como.

—No tienes que comerla. El toque está en trincarla.

—Lucía, coge el ascua más grande que haya en la hornilla: hala, ya está. Tío Juan, encienda usted su cigarro, y, si quiere liar otro, por mí no hay apuro: que ni me meneo, ni bailo, ni soplo, ni sacudo... ¡Cómo que tengo un callo que parece una onza de oro!

—Ya está. Ahora... justo, las tres cosas. Ahora, tú, Lucía, abraza a este bruto.

El bruto no esperó a Lucía: él la abrazó con todas sus fuerzas.

—Tío Juan, ¿de veras que es para mí?

—Para ti, cernícalo. Y dale gracias al gallo que te curó; porque ni yo tengo dolor de ijares ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces?...

—No seas borrico—dijo Lucía—. Padre quería que madrugases; si no madrugas, no me abrazas.

Apolinar soltó un relincho estrepitoso; un relincho de salud, de amor, de fortaleza y de ventura.

—¿Sabéis lo que soñé esta noche?—dijo el tío Juan—. Pues que yo era el Padre Eterno, y esta mi cordera era la España, y yo se la daba a una gente nueva, recién venida no sé de dónde, con la barriga llena, los ojos relucientes, con callos en las manos y el azadón al hombro...

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro al aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de labranza; dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá, en lo alto, el alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría su fecundo surco de amor en la llanura humana.

JOSE NOGALES: *LAS TRES COSAS DEL TIO JUAN*

LA PERSONA

La opinión pública

Volvamos ahora atrás. Recorrido el camino de la vida en sociedad, veamos al hombre solo, a la persona. Hombre solo, aquí, no quiere significar solitario, aislado. Nadie puede vivir aislado, como hemos afirmado al principio; pero esta materia en cuyo conocimiento entraremos ahora se refiere a valores individuales, personales. Es curioso, sin embargo, que todos ellos tengan relación con los demás hombres. Ni en lo íntimo de su conciencia está el hombre solo. No puede extrañarnos. Persona es el hombre en la sociedad, el hombre entre los hombres. Lo otro es el individuo, que no existe como tal, que es pura abstracción.

Y lo primero con que nos tropezamos es con el juicio de los otros y con el juicio sobre los otros. ¡Peligroso, resbaladizo terreno! El juicio ajeno, el juicio colectivo, la opinión, posee una fuerza indomeñable, ya sea en el terreno de la política, ya en el de las actividades privadas. Napoleón conocía un poco, por experiencia personal, el valor de la opinión pública:

"La opinión pública—decía en otro momento y sobre otro asunto—es un poder invisible, misterioso, al que nada resiste: nada hay más versátil, más vago y más fuerte. Y, por caprichosa que sea, es, sin embargo, verdadera, razonable y justa con mucha mayor frecuencia de lo que se piensa.

"Siendo cónsul provisional, uno de los primeros actos de mi administración consistió en deportar a una cincuentena de anarquistas. La opinión pública, antes horrorizada de ellos, se tornó súbitamente en pro suyo y me obligó a retroceder. Pero algún tiempo después, habiendo aquellos mismos anarquistas querido organizar una conjura, fueron abatidos

de nuevo por la misma opinión, vuelta de mi lado. Y así fue también como la Restauración, obrando mal, logró hacer populares a los mismos regicidas que la masa de la nación proscribía un momento antes."

LAS CASES: *MEMORIAL DE SANTA ELENA*

Difícilmente pueda nadie sustraerse a la opinión. Más aún: la necesita. Lo que los demás piensan de cada uno sirve para que el hombre se haga una imagen de sí mismo. Lo que los demás piensan de mí es la base de lo que yo pienso de mí. *El hombre obra para que los demás le juzguen, a voces o en silencio. Nadie puede, pero nadie quiere sustraerse a la opinión ajena. Grandes obras, grandes hazañas, conductas heroicas, tienen la opinión pública como meta y premio.*

Conoceréis, seguramente, la historia de Julio César, de su vida y de su muerte. Shakespeare la contó en un extraordinario drama, y de una de sus escenas tomamos el siguiente párrafo en que Marco Bruto, después de haber matado a César, se justifica *ante los ciudadanos romanos y* busca anhelante su buena opinión:

BRUTO

Tened calma hasta el fin. ¡Romanos, compatriotas y amigos! Oídme defender mi causa y guardad silencio para que podáis oírme. Creedme por mi honor y respetad mi honra, a fin de que me creáis. Juzgadme con vuestra rectitud y avivad vuestros sentidos para poder juzgar mejor. Si hubiese alguno en esta asamblea que profesara entrañable amistad a César, a él digo que el afecto de Bruto por César no era menos que el suyo. Y si entonces ese amigo preguntase por qué Bruto se alzó contra César, ésta es mi contestación: "No porque amaba a César menos, sino porque amaba a Roma más". ¿Prefiriríais que César viviera y morir todos esclavos a que esté muerto César y todos vivir libres? Porque César me apreciaba, le lloro; porque fue afortunado, le celebro; como valiente, le honro; pero por ambicioso le maté. Lágrimas hay para su afecto, júbilo para su fortuna, honra para su valor y muerte para su ambición. ¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay tan estúpido que no quiera ser romano? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan vil que no ame a su patria? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! Aguardo una respuesta.

SHAKESPEARE: *JULIO CESAR*

Y todos, todos, la tenemos cuando es una falsa opinión, cuando el juicio colectivo sobre alguien o sobre algo consiste en una mentira. ¡Cuántos hombres han padecido por una mentira propalada ligeramente, o voluntariamente! ¡Cuántas reputaciones se han destruido a causa de una ligereza! ¡Cuántas figuras históricas han llegado a nosotros falsamente estimadas y juzgadas, y qué necesario resulta a veces el trabajo paciente de los que se entregan a la tarea de reivindicarlas! El temor a la calumnia ha sido recogido por los escritores, por los poetas. Un dramaturgo francés, Beaumarchais, la describe con estas palabras:

¿La calumnia, señor? Mal conocéis lo que desdeñáis; a los más sin mancilla los he visto casi abrumados a su peso. Creed que no hay villanía, horrores, historias absurdas, que no se hagan adoptar a los desocupados de una gran ciudad si se es un poco hábil; ¡y tenemos aquí tanta gente de una destreza!... Un leve susurro, al principio a ras de tierra, como golondrina antes de la borrasca, pianísimo murmura y pasa, y deja, al pasar, la flecha emponzoñada. Tal boca la recoge, y, piano, piano, os la cuela en la oreja bonitamente. El mal está hecho; crece, se extiende y avanza; y rinforzando de boca en boca allá va el diablo; después, de súbito, sin saber cómo, veis enderezarse a la calumnia, silbar, hincharse, agrandarse a ojos vistas; luego se lanza, tiende el vuelo, se atorbellina, envuelve, arranca, arrastra, estalla y truena, y se torna, por fin, en un grito general, un *crescendo* público, un chorus universal de odio y de proscripción. ¿Quién demonio resiste esto?

La opinión personal

Hay otra forma de opinión: la personal. El juicio que nos merecen *las personas y las cosas. El hombre tiene vocación de verdad, y la verdad es su gran conquista. Pero no es fácil el camino de la verdad, o porque está escondida, o porque nuestras propias pasiones nos impiden hallarla. El hombre orgulloso prefiere mentir a confesar su decepción o su error. ¡Nuevo y grande error, en el que tanto incurrimos los españoles! Un personaje de una comedia clásica dice:* Procure siempre acertalla — el honrado y principal; — pero, si la acierta mal, — defendella y no enmendalla. *Un país donde semejante criterio se hace norma de conducta tiene que acabar engañándose finalmente a sí mismo, que fue lo que nos pasó a los españoles. Hemos vivido tres siglos engañados por no confesar que nos habíamos equivocado.*

Ya en los tiempos de Sócrates la opinión y los medios de alcanzarla con rectitud preocupaban a los hombres. Vedlo en este fragmento de un diálogo platónico:

SOCRATES

Mi querido Critón, tu solicitud es muy laudable, si es que concuerda con la justicia; pero, por lo contrario, si se aleja de ella, cuanto más grande es se hace más reprensible. Es preciso examinar, ante todo, si deberemos hacer lo que tú dices o si no deberemos; porque no es de ahora, ya lo sabes, la costumbre que tengo de sólo ceder por razones que me parezcan justas, después de haberlas examinado detenidamente. Aunque la fortuna me sea adversa, no puedo abandonar las máximas de que siempre he hecho profesión; ellas me parecen siempre las mismas, y como las mismas las estimo igualmente. Si no me das razones más fuertes, debes persuadirte de que yo no cederé, aunque todo el poder del pueblo se armase contra mí, y, para aterrarme como a un niño, me amenazase con sufrimientos más duros de los que me rodean: cadenas, la miseria, la muerte. Pero ¿cómo se verifica este examen de una manera conveniente? Recordando nuestras antiguas conversaciones, a saber: de si ha habido razón para decir que hay ciertas opiniones que debemos respetar y otras que debemos despreciar. ¿O es que esto se pudo decir antes de ser yo condenado a muerte, y ahora, de repente, hemos descubierto que, si se dijo entonces, fue como una conversación al aire, no siendo en el fondo más que una necesidad o un juego de niños? Deseo, pues, examinar aquí contigo, en mi nueva situación, si este principio me parece distinto o si le encuentro siempre el mismo, para abandonarle o seguirle.

Es cierto, si yo no me engaño, que aquí hemos dicho muchas veces, y creeríamos hablar con formalidad, que entre las opiniones de los hombres las hay que son dignas de la más alta estimación y otras que no merecen ninguna. Critón, en nombre de los dioses, ¿te parece esto bien dicho? Porque, según todas las apariencias humanas, tú no estás en peligro de morir mañana, y el temor de un peligro presente no te hará variar en sus juicios; piénsalo, pues, bien. ¿No encuentras que con razón hemos sentado que no es preciso estimar todas las opiniones de los hombres sino tan sólo algunas, y que no de todos los hombres indistintamente, sino tan sólo de algunos? ¿Qué dices a esto? ¿No te parece verdadero?

CRITON

Mucho.

SOCRATES

En este concepto, ¿no es preciso estimar sólo las opiniones buenas y desechar las malas?

CRITON

Sin duda.

SOCRATES

¿Las opiniones buenas no son las de los sabios, y las malas las de los necios?

CRITON

No puede ser de otra manera.

SOCRATES

Vamos a sentar nuestro principio. ¿Un hombre que se ejercita en la gimnasia podrá ser alabado o reprendido por un cualquiera que llegue, o sólo por el que sea médico o maestro de gimnasia?

CRITON

Por este sólo, sin duda.

SOCRATES

¿Debe temer la reprensión y estimar las alabanzas de éste sólo y despreciar lo que le digan los demás?

CRITON

Sin duda.

SOCRATES

Por esta razón, ¿debe ejercitarse, comer, beber, según le prescribe este maestro y no dejarse dirigir por el capricho de todos los demás?

CRITON

Eso es indiscutible.

SOCRATES

He aquí sentado el principio. Pero si, desobedeciendo a este maestro y despreciando sus afecciones y alabanzas, se deja seducir por las caricias y alabanzas del pueblo y de los ignorantes, ¿no le resultará mal?

CRITON

¿Cómo no le ha de resultar?

SOCRATES

Pero este mal ¿de qué naturaleza será? ¿A qué conducirá? ¿Y qué parte de este hombre afectará?

CRITON

A su cuerpo, sin duda, que infaliblemente arruinará.

SOCRATES

Muy bien, he aquí sentado este principio; ¿pero no sucede lo mismo en todas las demás cosas? Porque sobre lo justo y lo injusto, lo honesto y lo inhonesto, lo bueno y lo malo, que eran en este momento la materia de nuestra discusión, ¿nos atendremos más bien a la opinión del pueblo que a la de un solo hombre, si se encuentra uno muy experto y muy hábil, por el que sólo debamos tener más respeto y más deferencia que por el resto de los hombres? Y si no nos conformamos al juicio de este único

hombre, ¿no es cierto que arruinaremos enteramente lo que no vive ni adquiere nuevas fuerzas en nosotros sino por la justicia, y que no perece sino por la injusticia? ¿O es preciso creer que todo eso es una farsa?

CRITON

Soy de tu dictamen, Sócrates.

PLATON: *CRITON O EL DEBER*

La dignidad

La dignidad se manifiesta, ante todo, en la conducta. Pero también en el aspecto, en el continente. Vayan unos cuantos ejemplos de dignidad, y empezaremos por la historia de aquel capitán que, por haber matado a un niño, no volvió a usar la espada:

El capitán Renaud era un hombre de espíritu recto y muy cultivado, tipo de persona muy frecuente en la Guardia de aquella época. Conocíamos muy bien su carácter y sus costumbres, y los que lean estos recuerdos sabrán a quién se les puede poner un nombre de guerra familiar, de esos que suelen poner los soldados. Lo mismo que las viejas familias, los viejos regimientos, conservados intactos por la paz, adquieren costumbres y ponen nombres a sus hijos. Una antigua herida en la pierna era la causa de que el capitán se apoyase constantemente en su *bastón de junco*, de puño singular, que atraía la atención de todos aquellos que lo veían por primera vez. Lo llevaba siempre en la mano, y lo hacía sin afectación alguna: sus modales eran demasiado sencillos y serios. Sin embargo, se comprendía que era por algo muy íntimamente arraigado en él. Estaba muy bien considerado en la Guardia. Sin ambición, y no queriendo ser más de lo que era, capitán de granaderos, leía mucho y hablaba lo menos posible, y por monosílabos.

Alto, pálido y de rostro melancólico, tenía en la frente, entre las cejas,

una cicatriz bastante profunda que a veces cambiaba su color azulado en negro y, en ocasiones, daba a su rostro frío y apacible un aire feroz.

Los soldados lo querían muy bien; y en la guerra de España se había hecho patente la alegría con que partían los destacamentos mandados por *Bastón de junco*. Y verdaderamente era el *bastón de junco* el que los mandaba, pues el capitán Renaud nunca llevaba la espada en la mano, ni siquiera cuando, a la cabeza de los tiradores, se aproximaba al enemigo lo bastante para correr el riesgo de un cuerpo a cuerpo.

... ...

Mil ochocientos catorce. Principios del año y últimos momentos de aquella sombría guerra en la que nuestro pobre ejército defendía el Imperio y el Emperador, mientras Francia miraba con disgusto el combate. El Emperador quería que recuperásemos Reims. El tiempo estaba obscuro y caía continuamente la lluvia. El día anterior habíamos perdido un oficial de primera clase que iba conduciendo prisioneros. Los rusos lo habían sorprendido de noche y matado, y habían libertado a sus compañeros. Nuestro coronel, que era un hombre duro de pelar, quería tomarse la revancha. Estábamos cerca de Epernay, en las alturas que la rodean. Empezaba a anochecer, y habíamos empleado todo el día en rehacernos; el coronel me llamó. Me llevó aparte, y me dijo con voz cascada:

—¿Ve usted aquella granja que hay sobre la colina de la derecha, allí donde se ve a aquel fantoche ruso paseando con su gorro de obispo?

—Sí—respondí yo—; veo perfectamente la granja y el granadero.

—Pues bien; sepa usted que es el sitio que los rusos ocuparon anteayer y que de momento preocupa más al Emperador. Me dijo que es la llave de Reims, y podría ser así. En todo caso, nosotros vamos a jugarle una partida a Woronzoff; a las once de esta noche tomará a doscientos de sus muchachos, sorprenderá al cuerpo de guardia que hay en la granja y listo. Para no dar la alarma, ataque a la bayoneta.

... ...

El que hacía la guardia estaba con el mentón apoyado en el fusil y se balanceaba como si estuviera muerto de fatiga y fuese a quedarse dormido de pie. Uno de mis granaderos lo sujeto y le tapó la boca mientras otros dos lo acuchillaron. Confieso que aquel día me sentí invadido por una especial emoción que nunca, en otros combates, había experimentado. Era vergüenza de atacar a personas que estaban acostadas. Los veía, envueltos en sus mantas, iluminados por las linternas sordas, y el corazón me batía violentamente. Pero había que obrar rápidamente, y lo deseché como temiendo que fuese una debilidad; desenfundé mi sable y entré el primero en acción. Y a un gesto mío se arrojaron primero sobre las armas y luego

sobre los hombres. Fue una matanza sorda y terrible. Los gritos se apagaban, apenas salidos, bajo los pies de nuestros soldados, y no había cabeza que se levantase que no recibiese un golpe mortal. Yo había dado, de entrada, un golpe terrible sobre un bulto negro que había atravesado de parte a parte; un viejo oficial, hombre grande y fuerte, llena la cabeza de pelo blanco, se levantó como un fantasma, dio un grito salvaje viendo lo que yo había hecho y me dio un golpe con su espada antes de caer muerto bajo las bayonetas. Yo caí, del golpe, sentado a su lado, y oí la voz moribunda y tierna de un niño que decía: "¡Papá!".

Entonces comprendí mi obra y miré. Era uno de esos jóvenes oficiales rusos de apenas catorce años; los cabellos rubios caían largos sobre sus hombros y su cabeza descansaba como si de nuevo se hubiera quedado dormido. Lo levanté sobre mi brazo. La ternura, la confianza y el reposo de un delicioso sueño parecía reposar sobre su cara muerta, y parecía decir: Durmamos en paz.

¿Era aquello un enemigo? Lo apreté contra mí, y noté la empuñadura de mi sable contra mi pecho. Nuestro coronel llegó entonces y me preguntó, al verme en aquella postura, si estaba herido, y después me dijo: "¡Bravo! ¡Perfecto!".

Solté al niño, que quedó entre los azules pliegues de su capote, y me quedé aterrado ante la idea de perturbar su paz desclavando mi espada de su pecho. Miré en derredor, y me sorprendió ver que entre su mano tenía medio agarrado un bastón de junco. Lo cogí, y tomé la resolución de no usar en la guerra otra arma que aquella, en el resto de mis días, ni aun en el caso más violento de cuerpo a cuerpo.

A. DE VIGNY: *SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DE LAS ARMAS*

Saber ganar y perder

Ganar y perder. ¿Es fácil? ¿Sabe ganar cualquiera, sabe perder cualquiera? El triunfo puede ofender la dignidad del vencido, y, entonces, redunda en menoscabo de la dignidad del vencedor. El vencido puede ofender la dignidad del victorioso, apenarlo de su triunfo. ¡Qué difícil juego moral éste de la victoria y la derrota, y cuántos delicadísimos sentimientos humanos pueden herirse! Velázquez, gran pintor y hombre noble, tuvo sensibilidad extraordinaria para los valores de la dignidad humana. La

rendición de Breda *es la gran apología, el gran homenaje de la victoria digna, en que el vencedor y el vencido se honran mutuamente. Manuel Machado, gran poeta contemporáneo, refleja la escena de estos versos:*

"LAS LANZAS", DE VELAZQUEZ

Es la guerra—humo y sangre—la que hizo
campo de pelear esta campaña,
la que abrió este sendero, la que baña
de rojo el holandés cielo plomizo.

Sobre este campo blando e invernizo
—ya no paisaje, fondo de la hazaña—
la gloria flota militar de España,
al viento de la suerte, tornadizo.

Arde en el fondo Breda... Su alegría
oculta al vencedor. Y el pecho fuerte
del vencido devora su amargura.

Humana flor de eterna lozanía,
por encima del odio y de la muerte
la sonrisa de Spínola fulgura.

MANUEL MACHADO

La dignidad del fuerte

Y del mismo gran poeta es este poemilla—que debéis aprender de memoria—, en que resplandece la dignidad del fuerte ante el débil, la dignidad del caballero Rodrigo Díaz de Vivar, expulsado del reino, ante una pobre niña que tiene a su cargo la defensa de su casa y de los suyos ante la justicia—o la injusticia—del rey:

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

—Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de venturas...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!

Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guereros,
y una voz inflexible grita: "¡En marcha!".

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

MANUEL MACHADO

La dignidad de un católico

Un fragmento de una novela del gran escritor católico inglés G. K. Chesterton nos pone en contacto con otro tipo de dignidad: la del hombre que, en un mundo indiferente a Dios, en un mundo en que Dios ha pasado de moda, *se atreve a defender el nombre de Dios y el de la Virgen María, públicamente insultados.*

Con el fino instinto periodístico peculiar de toda su escuela, el director de *El Ateísta* había puesto en el primer lugar del periódico y en lo más visible de la vidriera un artículo titulado "La mitología mesopotámica y su influencia en el folk-lore siriaco". Mr. Evan MacIan comenzó a leer muy distraídamente, como si leyese noticias y anuncios relativos a una joven desaparecida en Brighton o a un remedio para la bilis. Recibió la copiosa suma de datos acumulados por el autor con la fatigosa perspicacia de los niños en las tardes bochornosas del verano, esa fatigosa perspicacia que los lleva a seguir haciendo preguntas mucho después de haber perdido interés por el asunto y de estar tan fastidiados de él como su aya. Las calles estaban llenas de gentes y vacías de aventuras. Lo mismo podía enterarse de los dioses de Mesopotamia como de no enterarse; así, arrimado su rostro, largo y flaco, a la turbia y glacial vidriera, leyó cuanto había que leer acerca de los dioses de Mesopotamia. Leyó cómo en Mesopotamia había un dios llamado Sho (que a veces se pronunciaba Ji), descrito como un ser muy poderoso, semejanza notable con ciertas expresiones relativas a Jahveh, de quien también se dice que tenía poder. Evan no había oído en toda su vida hablar de Jahveh, e, imaginándose que sería otro ídolo de la Mesopotamia, siguió leyendo con obtusa curiosidad. Aprendió que el nombre Sho, bajo su tercera forma, Psa, aparece en una leyenda primitiva que cuenta cómo la deidad, a la manera de Júpiter en tantas ocasiones, sedujo a una virgen y engendró a un héroe. No es esencial en nuestra existencia el nombre del héroe, que fue, según cuentan, el héroe principal y el Salvador en el sistema moral mesopotámico. Seguía un párrafo citando otros ejemplos de héroes y salvadores nacidos de relaciones depravadas entre un dios y un mortal. Después seguía otro párrafo, pero Evan no lo entendió. Lo leyó otra vez, y otra. Entonces lo entendió. El cristal cayó hecho pedazos en el pavimento, y Evan se precipitó por la vidriera en la tienda, blandiendo el bastón.

—¿Qué es esto?—exclamó, irguiéndose, Mr. Turnbull, el pequeño, flameante el cabello—. ¿Cómo se atreve usted a romperme la vidriera?

—Porque era lo más rápido para caer sobre usted—gritó Evan, pateando—. Conque, ¡alto y a luchar!, cobarde borracho. Vamos, loco asqueroso, defiéndase. ¿Tiene usted aquí armas?

—¿Está usted loco?—preguntó Turnbull con descaro.

—¿Y usted?—gritó Evan—. ¿Quién más que un loco embadurna su casa con porquerías que ofenden a Dios? Defiéndase y a la lucha, repito.

El rostro de Mr. Turnbull se esclareció con un fuerte albor. Por entre sus pelos y barba rojos se le vio palidecer densamente de gozo. Por fin, tras de veinte años solitarios de trabajo inútil, hallaba la recompensa. Había uno que se encolerizaba con el periódico. Brincó como un chico; vio que se abría ante él una juventud nueva. Y, como no es raro que les ocurra a los señores de edad madura cuando ven abrirse ante ellos una nueva juventud, se encontró en presencia de la policía.

Los policías, tras interrogarlos gravemente, echaron mano a los dos entusiastas. Mostraban, sin embargo, más respeto al joven que había quebrado los cristales que al descreído a quien se los habían quebrado. En el porte de Evan MacIan había un aire de misterio refinado, que le faltaba al irascible tenderillo, aire de misterio refinado que impresionaba a los policías, porque los policías, como otros muchos tipos ingleses, eran poetas y *snobs* juntamente. Presentían que MacIan pudiera ser un caballero; manifiestamente, no lo era el periodista. Y las invocaciones del director, bellas, racionalistas y republicanas, al respeto de la ley, y su ardor por que lo juzgasen otros ciudadanos, sus iguales, parecieron a los policías una jerigonza, como se lo hubiera parecido el misticismo de Evan. La policía no estaba habituada a oir hablar de principios, ni siquiera de los principios de su propia existencia.

El juez, ante quien los llevaron para ser juzgados, era un tal Cumberland Vane, hombre de mediana edad, jovial, honrosamente afamado por la levedad de sus sentencias y la agilidad de su conversación. En ocasiones se inflamaba en una especie de furor teórico contra ciertos delincuentes especiales, como los individuos que hurtan dinero a sus mujeres; hablaba, con tono sentimental y desenfadado, de la conveniencia de azotarlos, y le desconcertaba irremediablemente el hecho de que las mujeres se encolerizasen con él más que con sus maridos. Hombre alto, acicalado, con un hilo de bigote negro y traje de mañana incomparable. Con toda la apariencia de un caballero, aunque, en cierto modo, de un caballero de teatro.

—Vamos a ver, Mr. MacIan—dijo arrellenándose en el sillón—: ¿en-

tra usted siempre en casa de sus amigos metiéndose por un cristal? *(Risas.)*

—No es amigo mío—dijo Evan, con la estolidez de un chico lerdo.

—¿No es su amigo?—dijo el juez, chispeante—. ¿Es su cuñado? *(Risas estruendosas y prolongadas.)*

—Es mi enemigo—dijo sencillamente Evan—. Es enemigo de Dios.

Mr. Vane cambió vivamente de postura, dejando caer el monóculo, en un momento de visible desconcierto.

—No tiene usted por qué hablar de eso aquí—dijo ásperamente y con cierta precipitación—. Eso no nos concierne.

Evan abrió sus grandes ojos azules y comenzó:

—Dios...

—Basta—dijo el juez, colérico—. Es una impertinencia hablar de tales cosas... e... e... en público, ante un tribunal. La religión... e... e... es una cuestión demasiado personal para mencionarla en este sitio.

—¿De veras?—contestó el montañés—. Entonces, ¿por qué acaban de jurar los policías?

—No hay caridad—contestó Vane, que se irritaba—. Es claro, hay una forma de juramento..., que debe prestarse con reverencia..., con reverencia, y se acabó. Para hablar en público acerca de uno de los sentimientos más sagrados, más íntimos..., eso me parece de mal gusto. *(Ligeros aplausos.)* Me parece irreverente. Me parece irreverente, por más que yo no sea precisamente un ortodoxo.

—Veo que no lo es usted—dijo Evan—. Pero yo lo soy.

—Nos apartamos de la cuestión—dijo el juez, corrigiéndose—. ¿Puedo saber por qué ha roto usted la vidriera de este digno ciudadano?

Evan palideció un poco al recordarlo, pero respondió con la precisión fría e implacable que venía mostrando:

—Porque ha blasfemado de Nuestra Señora.

G. K. CHESTERTON: *LA ESFERA Y LA CRUZ*

Dignidad ante la muerte

"Nuestras vidas son los ríos — que van a dar a la mar, — que es el "morir", escribió, en versos de sobra conocidos, Jorge Manrique. ¿Qué es el morir? Nosotros lo conocemos desde aquí, pero no nos es dado penetrar en el misterio de la muerte. Ante la muerte se acumulan milenios y milenios de temor humano; más que de temor, de

terror. Pero desde que los hombres alcanzaron la madurez, desde que las nociones morales maduraron en ellos, han intentado superar de algún modo el terror de la muerte. La Historia os habrá enterado de muertes heroicas, de muertes serenas, de muertes grandiosas. La Religión os enseña el sentido de la muerte, os promete la resurrección y os presenta a Cristo como garantía. Cristo, con la suya, nos libró de la muerte eterna. La Resurrección de Cristo es la prenda de nuestra personal resurrección. Sin embargo, la flaqueza humana, la fuerza de la vida, nos hace temblar ante la muerte. Leed con atención y bien guiados el relato de la Pasión de Cristo, y veréis cómo también Él suplicó a su Padre "que apartase aquel cáliz de amargura".

Es humano temblar ante la muerte, pero también es humano superar el temor. Cuando ayudan la fe y la esperanza la superación es más fácil. De todas maneras, conviene que nos habituemos desde niños a considerar el modo que tuvieron de morir algunos hombres ejemplares: algunos santos y algunos héroes. ¡Son tantas las muertes que pueden servir a la nuestra de enseñanza! Muertes en que culmina una carrera de caridad o de valentía, y también—¿por qué no?—muertes en que una vida innoble se redime.

Leed en las páginas que siguen el testamento de José Antonio Primo de Rivera. Fue escrito, como sabéis, la noche antes de su muerte, y os servirá para aprender cómo debe morir un hombre, y, sobre todo, cómo el valor puede revestirse de sencillez y hasta de elegancia. José Antonio supo morir y, con su muerte, legó un ejemplo a los españoles. No hizo frases, ni desplantes, ni escenas teatrales. Murió como un cristiano y como un caballero. Murió como un hombre.

Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, de treinta y tres años, soltero, abogado, natural y vecino de Madrid, hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen), en la Prisión Provincial de Alicante, a dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que, si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicaciones.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito

acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé, aduje los mismos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiésemos sabido que era esto no estaríamos aquí!". Y, ciertamente, no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí, y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice *responsable de todo* ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó, no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de habérseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esa sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que, si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar. El aislamiento absoluto de toda

comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos sólo fue roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruido contra mí no he tenido noticias de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que la trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con "mercenarios traídos de fuera". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabia o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrinas de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico.

TESTAMENTO DE JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

El honor

¡Morir con honra, vivir honrados! ¿Qué es el honor? ¿No será la conciencia que cada cual tiene de su valer humano, y la necesidad de que los demás la reconozcan, acaten y respeten? El sentimiento del honor tampoco es patrimonio de nadie, sino de la raza humana. Pero algunos pueblos, como el nuestro, han sido especialmente

sensibles al honor, y no es extraño que sean españolas sus más atinadas expresiones. Ved discutir a Pedro Crespo, el alcalde de Zalamea, con don Lope de Figueroa acerca del honor:

CRESPO

Mil gracias, señor, os doy
por la merced que me hicisteis
de excusarme la ocasión
de perderme.

DON LOPE

¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO

Dando muerte a quien pensara
ni aun el agravio menor...

DON LOPE

¿Sabéis, ¡vive Dios!, que es
capitán?

CRESPO

Sí, ¡vive Dios!,
y aunque fuera el general,
en tocando a mi opinión,
le matara.

DON LOPE

A quien tocara,
ni aun al soldado menor,
sólo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

CRESPO

A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

DON LOPE

¿Sabéis que estáis obligado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESPO

Con mi hacienda,
pero con mi fama no.
Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

DON LOPE

¡Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO

Sí, ¡vive Cristo!, porque
siempre la he tenido yo.

DON LOPE

Yo vengo cansado, y esta
pierna que el diablo me dio,
ha menester descansar.

CRESPO

Pues, ¿quién os dice que no?
Ahí me dio el diablo una cama,
y servirá para vos.

DON LOPE

¿Y dióla hecha el diablo?

CRESPO

Sí.

DON LOPE

Pues a deshacerla voy;
que estoy, voto a Dios, cansado.

CRESPO

Pues descansad, voto a Dios.

DON LOPE

Testarudo es el villano;
Tan bien jura como yo.

CRESPO

Capricho es el Don Lope;
No haremos migas los dos.

CALDERON DE LA BARCA: *EL ALCALDE DE ZALAMEA*

Palabra de honor

La palabra de honor ata, obliga, aunque nos lleve al sacrificio y a la muerte. No es la primera vez que traemos a cuento páginas de Alfredo de Vigny. Una vez más nos sirve como ejemplo alguna de sus historias. Ved ésta, la de un prisionero de guerra que dio su palabra de honor:

Mi chapuzón había sido tan violento que estuvieron a punto de echarme al mar, como muerto, pero un oficial que registró mi cartera encontró allí la carta de mi padre y la firma de Collingwood, y ordenó que me atendieran con cuidado; parece que notaron en mí señales de vida, y, cuando recobré el conocimiento, ya no estaba en la *Náyade*, sino en el Victoria *(the Victory)*. Pregunté quién mandaba el barco y me respondieron lacónicamente que lord Collingwood. Pensé que se trataría de un hijo del que había conocido mi padre, pero cuando me condujeron a su presencia salí de mi error: era el mismo hombre.

No pude contener mi sorpresa al oírle decir con paternal bondad que no había esperado ser el guardián del hijo después de haberlo sido del padre, pero que creía que no sería distinto que entonces; había asistido a los últimos momentos de aquel hombre, y, al conocer mi nombre, quiso tenerme a bordo de su barco; hablaba un francés inmejorable, con una dulzura melancólica que nunca se irá de mi memoria. Me ofreció quedar en su barco, bajo palabra de no hacer tentativa alguna de evasión. Di mi palabra de ello, sin vacilar, como era propio de mis dieciocho años, pensando que siempre sería mejor que estar en un pontón; conocí a algunos de los oficiales del barco, cosa que resultó entretenida dada mi ignorancia de su lengua y de las cosas de mar, y me asombró el no encontrar nada que justificase las prevenciones que sobre los ingleses nos habían imbuido. Sin embargo, me embargaba una gran tristeza cuando veía en la lejanía las blancas costas de Normandía, y tenía que retirarme para no llorar. Gracias a mi juventud y mi rabia conseguía no hacerlo, pero después, sólo en la cama, incapaz mi voluntad de dominar el corazón, las lágrimas brotaban de mis ojos a mi pesar y humedecían mis mejillas y la ropa de la cama.

Una tarde abordaron un *brick* francés; de lejos vi cómo se hundía, sin que pudiera salvarse un solo hombre de la tripulación, y, a pesar de

la gravedad y los esfuerzos de los oficiales, no tuve más remedio que oir los hurras y los gritos de los marineros que veían con gozo cómo desaparecían bajo el mar los restos de aquello. Me retiré y estuve oculto en el departamento que lord Collingwood me había asignado cerca del suyo, como para indicar su protección, y después que anocheció subí solo a cubierta. Había sentido al enemigo más cerca que nunca, y me puse a reflexionar con amargura sobre mi destino, tan súbitamente detenido. Hacía un mes que era prisionero de guerra, y el almirante Collingwood, que en público me trataba con tanta benevolencia, sólo me había hablado en privado un instante el día de mi llegada a bordo; era bueno, pero frío, y en sus maneras, lo mismo que en las de todos los oficiales ingleses, había un punto en el que se detenían todas las expansiones y se presentaba la cortesía como infranqueable barrera de todos los caminos. En esto es en lo que se nota la diferencia de vivir en un país extraño. Estaba entregado a mis pensamientos, considerando con terror lo horrible de mi posición, que podía durar hasta el final de la guerra, y veía ya como cosa inevitable el sacrificio de mi juventud, anonadada en la vergonzosa inutilidad del prisionero. La fragata caminaba velozmente, con todas las velas desplegadas, y no la sentía correr. Tenía las manos apoyadas en un cable, y la frente en las manos, y miraba, así, el agua. Sus profundidades verdes y sombrías me daban una especie de vértigo, y en el silencio de la noche sólo se oían algunos gritos en inglés. Pensaba que, cualquier día, el barco me llevaría muy lejos de Francia y, al día siguiente, ya no vería las costas blancas de mi pobre país. Pensaba que así me libraría del constante deseo que me producía aquella visión y que, al menos, me libraría del suplicio de no poder pensar siquiera en escaparme sin deshonra, suplicio de Tántalo, devorado por una ávida sed de Patria. Pensaba que podía tramar algo para que me matasen, o bien maquinar hábilmente una muerte, como lo hacían los antiguos. Pensaba en un fin heroico, de aquellos que habían sido objeto de tantas páginas y conversaciones, y de tanta envidia entre mis compañeros. Soñaba de ese modo que, a los dieciocho años, más parece una continuación de la acción y del combate que una meditación seria. De repente sentí que me tocaban el brazo y, volviéndome, me encontré al buen almirante Collingwood.

Tenía en la mano su anteojo de noche y estaba vestido con su uniforme de gala. Me puso una mano en el hombro, paternalmente, y pude ver en su frente y en sus grandes ojos negros una profunda melancolía. Sus blancos cabellos, medio empolvados, caían negligentemente sobre sus orejas, y tenía, más allá de la calma inalterable de su voz y sus modales,

un fondo de tristeza que me sorprendió y me hizo sentir hacia él más respeto que nunca, distraída algo mi atención.

—¿Ya estás triste, querido muchacho? Me gustaría charlar contigo, ¿quieres?

Balbucí algunas palabras de cortesía que debieron resultar incoherentes, pero no las oyó, y se sentó en un banco. Yo estaba a su lado, de pie.

—Sólo estás prisionero hace un mes; yo lo estoy desde hace treinta años. Sí, amigo mío, soy prisionero del mar; ella es mi constante guardián; siempre olas y olas; es lo único que veo, lo único que oigo. Mis cabellos han blanqueado con su espuma, y mi espalda está algo inclinada por su humedad. He pasado tan poco tiempo en Inglaterra que apenas si la conozco más que por el mapa. La Patria es un ser ideal que sólo consigo entrever, pero a la que sirvo como un esclavo, y que aumenta su rigor para conmigo a medida que le voy siendo más necesario. Son estas cadenas lo que más deberíamos desear, pero a veces resultan muy pesadas.

Se interrumpió un momento y estuvimos en silencio, pues yo no me hubiera atrevido a decir una palabra viendo que iba a continuar.

—Cuando te hice traer a este barco reflexioné mucho y me pregunté cuál era mi deber. Hubiera podido dejar que te condujeran a Inglaterra, pero puede que ello te hubiera traído una miseria que yo te he evitado, y una desesperación de la que espero también salvarte; mi amistad por tu padre fue verdadera, y ahora podré darle una prueba de ello; si me viese, estaría contento de mí, ¿no?

El almirante volvió a callar y me apretó la mano. Se inclinó hacia mí y me miró atentamente para ver mi reacción a medida que hablaba. Pero yo no podía decir nada; continuó en seguida:

—Ya he escrito al Almirantazgo para que seas enviado a Francia en el primer intercambio. Pero esto puede tardar—añadió—; no te lo oculto; pues, aparte de que Napoleón no es partidario de ello, nos hacen muy pocos prisioneros. Mientras, me gustaría verte estudiar la lengua de tus enemigos; ya ves que yo sé la vuestra. Si quieres, trabajaremos juntos, y te prestaré a Shakespeare y al capitán Cook. Y no te preocupes, pues siempre serás libre antes que yo, pues, si el Emperador no hace la paz, no lo seré nunca.

Aquel tono de bondad, por el que se asociaba a mí y nos hacía camaradas en su prisión flotante, me dio pena; sentí que, en medio de aquella vida sacrificada y aislada, tenía necesidad de hacer bien para consolarse secretamente de la rudeza de su misión siempre belicosa.

—Milord—le dije—, antes de enseñarme las palabras de una lengua

nueva me gustaría que me enseñarais los pensamientos gracias a los cuales habéis llegado a esa calma perfecta, a ese estado de alma que tanto se parece a la felicidad, y que esconde un malestar continuo... Perdone lo que voy a decirle, pero temo que esa virtud sólo sea un perpetuo disimulo.

—Te equivocas completamente—dijo él—; el sentimiento del Deber termina por dominar de tal forma el espíritu que entra en el carácter y se convierte en uno de sus rasgos principales; lo mismo que un alimento sano tomado constantemente puede cambiar la masa de la sangre y convertirse en uno de los principios de nuestra constitución. Yo he experimentado, quizá más que nadie, hasta qué punto es fácil llegar a olvidarse completamente de uno mismo. Pero no es posible despojarse de todo el hombre, y hay cosas que están más arraigadas en el corazón de lo que sería de desear.

Continuó hablando, después de unos minutos de silencio:

—Tengo que decirte—ahora lo hizo en tono más firme—que no tardaremos en aproximarnos a Francia. Soy un eterno centinela de vuestros puertos. Quiero advertirte una cosa: acuérdate de que estás aquí bajo palabra de honor, y que nadie te vigilará. Cuanto más tiempo pase más difícil será la prueba. Eres demasiado joven; si la tentación se hace muy fuerte para tu resistencia, si temes sucumbir, recurre a mí; no te ocultes; yo te ayudaré a librarte de un acto innoble que algunos oficiales han cometido, para deshonra de sus nombres. Acuérdate de que es lícito romper la cadena de galeote, si llega la ocasión, pero no la palabra de honor.

Después de decir esto me hizo una presión en el brazo y se fue.

... ...

y en su esfuerzo por sujetar mi cadena había excitado en mí más vivamente el desenfrenado deseo de romperla.

Mi vida me resultaba cruel, y larguísimas las melancólicas jornadas marinas. Durante años no paramos de navegar en torno a Francia y constantemente tenía enfrente a mí, en el horizonte, las costas de aquella tierra que Grotius había llamado "el reino más bello, después del cielo"; y luego volvíamos a alta mar para no ver en torno a mí más que nieblas y montañas de agua. Todos los barcos que, cerca o lejos de nosotros, pasaban eran ingleses; ninguno otro tenía permiso para lanzarse al viento, y en el Océano no se escuchaba una palabra que no fuese inglesa. Los mismos ingleses estaban entristecidos por ello y se quejaban de que el Océano se había convertido en un desierto en el que debían permanecer constantemente, y Europa en una fortaleza que les estaba vedada.

Algunas veces mi prisión de madera pasaba tan cerca de la costa que podía distinguir los hombres y las mujeres que caminaban por la playa. Entonces mi corazón latía violentamente, y una rabia interior me devoraba con tanta violencia que iba a esconderme al fondo de la cala para no sucumbir al deseo de tirarme al mar; pero cuando volvía junto al infatigable Collingwood me entraba vergüenza de mis debilidades infantiles, y me resultaba admirable que a una tristeza tan profunda como la suya pudiese unir un valor tan efectivo.

... ...

Un día nuestro barco fue a recalar en Gibraltar. Bajé a tierra con el almirante, y después, paseándome solo por la ciudad, me encontré con un oficial del 7.º de húsares que había sido hecho prisionero en la campaña de España y conducido a Gibraltar con cuatro de sus compañeros. Podían andar a sus anchas por la ciudad, pero estaban vigilados de cerca. Había conocido a aquel oficial en Francia. Nos saludamos con placer, y supímos que nuestra situación era poco más o menos la misma. Hacía tanto que no oía hablar francés a un francés que le encontré elocuente, a pesar de que era completamente tonto, y después de un cuarto de hora nos contamos mutuamente nuestras situaciones. Me dijo en seguida con franqueza que iba a salvarse con sus compañeros; que habían encontrado una ocasión excelente, y que no se haría repetir dos veces la insinuación de seguirlos. Me dijo que fuera con ellos, a lo que yo respondí que él podía ser feliz por estar vigilado, pero yo no lo estaba, y no me era posible salvarme sin deshonor, y que él, sus compañeros y yo no estábamos en el mismo caso. Esto le pareció muy sutil.

—En fin, no sé—me contestó—, pero si quieres te llevaré junto a un obispo que te aclare tu situación. Pero, en tu lugar, yo me iría. Sólo veo dos cosas, ser libre o no serlo. ¿Sabes que has perdido tu ascenso, después de cinco años en ese cascarón inglés? Los tenientes de tu promoción son ya coroneles.

Llegaron sus compañeros y me llevaron a una casa de bastante mal aspecto donde bebieron vino de Jerez y donde me citaron tantos capitanes convertidos en generales y tantos tenientes que ya eran virreyes que la cabeza me estallaba, y les prometí encontrarlos al día siguiente, a medianoche, en el mismo lugar. Nos recogería un barquito contrabandista que nos dejaría en un barco francés encargado de trasladar los heridos de nuestro ejército a Tolón. La idea me pareció admirable, y mis compañeros, después de hacerme beber grandes tragos de vino para calmar los remordimientos de mi conciencia, terminaron sus discursos con un victorioso argumento, jurando por sus vidas que bien podía tenerse un miramiento con un hombre que nos había tratado bien, pero todo les hacía creer que los ingleses no eran hombres.

Volví pensativo a mi barco y, después de haber dormido, vi clara mi situación, y me pregunté si mis compatriotas se habrían burlado de mí. Sin embargo, el deseo de la libertad y una gran ambición desmedida que tenía desde niño me empujaron a la evasión, a pesar de la vergüenza que me daba faltar a mi juramento. Pasé un día entero cerca del almirante sin atreverme a mirarle a la cara, y procuraba encontrarlo inferior y de poca inteligencia. En la mesa, hablé alto, con arrogancia, de la grandeza de Napoleón; me excité, alabé su genio universal, que adivinaba las leyes haciendo códigos y preveía al futuro realizando los acontecimientos. Hice hincapié insolentemente en la superioridad de aquel genio, en comparación con las mediocridades de los hombres de táctica y de maniobra. Esperé que me contradijeran, pero, en contra de lo que esperaba, encontré admiración por parte de los oficiales ingleses.

... ...

Al día siguiente el almirante me llevó a Gibraltar. Debíamos pasar allí ocho horas. Llegó la noche de la evasión. Mi cabeza era un hervidero, y yo sólo hacía pensar y más pensar. Aducía motivos y los encontraba falsos; dentro de mí se estaba librando un violento combate; y mientras mi alma iba y venía por entre aquel maremágnum endemoniado de preguntas y respuestas, mi cuerpo seguía el camino de la huida. Sin darme cuenta, había hecho un paquete con mis cosas, y marchaba camino de la casa donde teníamos la cita. De repente, me detuve y me di cuenta que aquello era imposible...

Cuando vi lo que iba a hacer, que iba a faltar a mi palabra, sentí tal espanto que creí volverme loco. Corrí por la playa y me alejé de la casa fatal como si se tratara de un hospital de apestados, sin atreverme a mirarlo siquiera. Me eché a nadar y llegué al barco, nuestro barco, mi prisión flotante. Subí por los cables y cuando estuve en cubierta me abracé al palo mayor, apretándome contra él con pasión, como un asilo que me ocultase al deshonor, y en aquel momento el sentimiento de la grandeza de mi sacrificio me desgarró el corazón y caía de rodillas, sollozando, con mi frente sobre los anillos de hierro del mástil...

A. DE VIGNY: *SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DE LAS ARMAS*

La libertad: suprema facultad humana

¿Podríamos exigir una conducta semejante de un animal superior, del más noble y fuerte de los animales? ¿Creéis capaz al caballo, al león, al aguila de comprometerse por su palabra? ¿Antes bien, no huye el animal prisionero cuando halla un resquicio por donde hacerlo?

El animal se rige por sus instintos; pero el hombre está dotado de razón para domar el instinto y... elegir. **El hombre es el único animal dotado del poder de elección; y en este poder reside su máxima dignidad.** ***Esta facultad del hombre se llama*** **libertad.** ***Toda nuestra vida moral obedece al hecho de ser libres. El que no es libre de elegir y de obrar no es responsable.***

La libertad brota de la esencia misma del ser hombre. Nuestras grandezas y nuestros errores nacen de nuestra libertad. El hombre privado de libertad queda reducido a condición miserable. Cualquier ser de la creación está por encima de él.

También los españoles hemos sabido dar la máxima expresión poética a este sentimiento de la libertad y al horror de su privación. **La vida es sueño,** ***el gran drama de Calderón, comienza, precisamente, por las lamentaciones de un hombre reducido a prisión, encadenado:***

(Ábrense las hojas de la puerta y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)

SEGISMUNDO

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque, si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito del nacer),
¿qué más os puede ofender,
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma;
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
(gracias al docto pincel),
cuando atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto;
¿y yo, con mejor instinto,
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas me mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
y yo, ¿con más albedrío,
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón:
¿qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,

excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

CALDERON DE LA BARCA: *LA VIDA ES SUEÑO*

Ejercicio de la libertad

¿Seréis capaces de señalar, en esta escena de Los tres mosqueteros, *los momentos en que sus protagonistas actúan libremente; los momentos fundamentales en que ejercen la libertad mediante* la elección entre variadas posibilidades? *¿Seréis capaces de comprender que el destino de todos ellos, el de cualquier hombre, el de nosotros mismos, se decide en una elección, y consiste en ir eligiendo, a cada instante, entre todo lo que podemos hacer?*

—El señor es con quien me bato—dijo Athos indicando con la mano a Artagnan y saludándole ligeramente.

—Con él me bato yo también—dijo Porthos.

—Pero a la una—respondió Artagnan.

—Y yo me bato también con este caballero—dijo Aramis llegando a su vez.

—A las dos—repuso Artagnan con calma.

—¿Y por qué os batís vos, Athos?—preguntó Aramis.

—Lo ignoro; me ha lastimado en el hombro.

—¿Y vos, Porthos?

—Yo me bato porque me bato—contestó Porthos poniéndose encarnado.

Athos, a quien nada escapaba, observó una ligera sonrisa en los labios de Artagnan.

—Hemos tenido una disputa sobre modas—dijo el joven.

—¿Y vos, Aramis?—preguntó Athos.

—Yo, por una cuestión de teología—repuso Aramis, pidiendo a Artagnan con la mirada que guardase el secreto del duelo.

Athos vio pasar una segunda sonrisa por los labios de Artagnan, y dijo:

—¿Es cierto?

—Sí; un punto de San Agustín sobre el cual no estábamos de acuerdo —contestó el gascón.

—Decididamente es un hombre de talento—murmuró Athos.

—Y ya que estáis reunidos, caballeros, permitidme presentaros mis excusas—dijo Artagnan.

Al oir la palabra "excusas" una nube pasó por la frente de Athos, una sonrisa altanera cruzó por los labios de Porthos y un gesto negativo fue la respuesta de Aramis.

—No me entendéis, señores—dijo Artagnan levantando la cabeza sobre la que caía en aquel momento un rayo de sol que doraba sus líneas finas y atrevidas—; os presento mis excusas para el caso que no pueda satisfaceros a los tres mi deuda: porque M. Athos tiene el derecho de matarme primero, lo cual quita mucho valor a vuestro crédito, Mr. Porthos, y hace el vuestro poco menos que nulo, M. Aramis. Por eso, señores, os ruego que me excuséis, solamente por eso. Y ahora, ¡en guardia!

A estas palabras, y con el ademán más caballeresco, Artagnan tiró de la espada.

Eran las doce y cuarto. El sol estaba en el cenit, y el lugar escogido para teatro del combate se hallaba expuesto a todos sus rigores.

—Cuando gustéis, caballero—dijo Athos, poniéndose en guardia.

—Esperaba vuestras órdenes—dijo Artagnan, cruzando el hierro.

Pero apenas las hojas se habían tocado cuando una escuadra de guardias de Richelieu se presentó en la esquina del convento, capitaneada por M. De Jussac.

—¡Los guardias de Richelieu!—gritaron a la vez Porthos y Aramis—. Las espadas a la vaina... ¡Pronto, las espadas a la vaina!

Pero ya era tarde. Los dos combatientes habían sido vistos en una posición que no dejaba lugar a dudas.

—¡Hola!—gritó Jussac, adelantándose y haciendo ademán a los suyos de que le siguieran—. ¡Hola! ¡Mosqueteros, parece que nos batimos! Y ¿para qué se dan los edictos?

—Sois muy generosos, señores guardias—dijo Athos con ira, porque Jussac era uno de los agresores de la antevíspera—. Si nosotros os viéramos batiros os aseguro que nos guardaríamos bien de impedirlo. Dejadnos, pues, y tendréis un placer sin trabajo alguno.

—Caballeros—dijo Jussac—, os declaro con gran pesar que no es posible. Nuestro deber, ante todo. Venid, pues, si gustáis y seguidnos.

Pero Aramis se negó con burla, lo cual contrarió a Jussac.

—Si desobedecéis, os cargaremos.

—Son cinco—dijo Athos a media voz—y nosotros no somos más que tres; seremos batidos otra vez y habrá que morir aquí, porque os aseguro que no vuelvo a presentarme vencido delante del capitán.

Athos, Porthos y Aramis formaron al instante un solo grupo, en tanto que Jussac alineaba a sus soldados.

Este momento bastó a Artagnan para tomar un partido: era aquel uno de esos momentos que deciden la vida de un hombre; tenía que elegir entre el rey y Richelieu, y, una vez la elección hecha, debía perseverar en ella. Batirse, es decir, desobedecer la ley; arriesgar su cabeza, es decir, hacerse de un solo golpe enemigo de un ministro más poderoso que el rey mismo; he aquí lo que entrevió el joven, y digamos en honor suyo que no dudó un momento. Volvióse hacia Athos y sus amigos y dijo:

—Señores, tengo que rectificar, si lo permitís, algunas de vuestras palabras. Habéis dicho que no sois más que tres, y a mí me parece que somos cuatro.

—Pero vos no sois de los nuestros—dijo Porthos.

—Es verdad, no tengo el uniforme—repuso Artagnan—; pero tengo el alma. Siento que mi corazón es ya de mosquetero, y eso me impulsa.

—Apartaos, joven—gritó Jussac, que sin duda en el ademán y en la expresión del rostro de Artagnan había comprendido su designio—. Podéis retiraros; lo consentimos. Salvad la piel: id ligero.

Artagnan permaneció inmóvil.

—Decididamente, sois un gran muchacho—dijo Athos, estrechando la mano al joven.

—Ea, tomemos una resolución—gritó Jussac.

—¡Vamos!—dijeron Porthos y Aramis—; hagamos algo.

—Este caballero está lleno de generosidad—dijo Athos.

Pero los tres pensaron en los pocos años de Artagnan, y temieron su inexperiencia.

—Siempre seríamos tres, y uno de los tres herido, más un muchacho —dijo Athos—; y no por eso dejarán de decir que somos cuatro hombres.

—Sí, pero retroceder...—dijo Porthos.

—Es difícil—repuso Athos.

—Imposible—añadió Aramis.

Artagnan comprendió su irresolución.

—Señores, ponedme a prueba—dijo—, os lo ruego; y os juro por mi fe que si somos vencidos, no quiero salir de aquí.

—¿Cómo os llamáis, intrépido joven?—preguntó Athos.

—Artagnan.

—Pues bien, ¡Athos, Porthos, Aramis, Artagnan, adelante!—gritó Athos.

... ...

contra el palacio las piezas de artillería imprudentemente dejadas allí por las tropas en retirada. Sin embargo, los asaltantes todavía no atacan. Hacen demostraciones amistosas a los soldados que estaban en las ventanas: "Entregadnos el palacio y quedaremos tan amigos", les gritan. Los suizos, para demostrar sus pacíficas intenciones, arrojan algunos cartuchos por las ventanas. Los más atrevidos de los asaltantes llegan hasta el mismo vestíbulo, hasta la misma barrera tras la cual se mezclaban confusamente suizos y guardias nacionales. Hay una gran discusión, tras la cual la barrera es levantada. Entonces los asaltantes inician la subida de las escaleras, repitiendo que hace falta que les entreguen el palacio. Parece que algunos guardias fueron degollados, y se oyó un tiro, a lo que los indignados suizos respondieron haciendo fuego. En seguida empezaron a oírse terribles descargas por todas partes. Es difícil saber quiénes hicieron los primeros disparos.

... ...

Los suizos habían defendido valientemente las Tullerías, pero su resistencia fue inútil: la escalera grande había sido tomada, y el palacio se vio en seguida invadido. El pueblo, vencedor, entraba por todas partes, pues se pensaba en tesoros inmensos que serían encontrados. ¡Qué venganza contra la riqueza, el poder y la grandeza!

Ochenta suizos que no habían tenido tiempo a retirarse fueron degollados después de una defensa feroz. La multitud se precipitó entonces hacia las habitaciones y se ensañó con aquellas gentes cuya única misión era la cuestodia personal del rey, pocos de los cuales se libraron de la muerte. Puerta que se encontraba cerrada era derribada. Unos porteros que quisieron impedir la entrada en el consejo fueron muertos inmediatamente. Los servidores de la familia real huían despavoridamente sin dirección, a través de las enormes galerías, lanzándose por las ventanas o buscando rincones donde esconderse. Las damas de la reina se refugiaron en una de sus habitaciones, esperando que a cualquier momento se abriese la puerta; la princesa de Tarento decidió que debían dejarla abierta para no irritar a los asaltantes, y así se hizo. Cuando aquéllos llegaron, hubo un momento en que parecía que la matanza de las damas era inevitable, y ya estaban levantados algunos cuchillos cuando una voz salió de entre los asaltantes: "¡Gracia para las mujeres; no deshonremos a la nación!"; y se obró el milagro, y los mismos que habían estado a punto de matarlas las escoltaron y pusieron a buen recaudo.

A la matanza siguió la devastación; todos los muebles y objetos fueron aplastados, y no quedó nada sano. La gente se repartió por las habitaciones y no dejaron lugar secreto ni mueble por mirar. En los aparta-

mentos de la reina hubo escenas de obscenidad, y no quedó cerradura en su sitio ni cosa en el lugar donde había estado. Al asesinato y el saqueo sucedió el incendio. Se había empezado por los departamentos anexos a los patios exteriores, y el fuego empezaba a propagarse al edificio principal, amenazando con la ruina total de aquella maravillosa residencia real.

Pero la desolación no se limitó a aquella zona. Las calles estaban llenas de cadáveres y restos. Cualquier persona que pasase corriendo era tomada por enemigo y perseguida a tiros. La mosquetería y los cañones dejaban oir constantemente su música. ¡Cuántos horrores siguieron a aquella victoria!

THIERS: *HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA*

El hombre

Y con esto hemos terminado. Habréis advertido que ser hombre es difícil, y doloroso, y grande. Mayor grandeza cuanta más dificultad y más dolor.

Cerraremos esta antología de textos ejemplares con uno de San Isidoro de Sevilla, que leeréis a continuación, y con unos versos muy conocidos, de Rudyard Kipling, en que se cifra la perfección moral de la conducta humana:

—Mi alma padece, mi espíritu se agita, mi corazón fluctúa; la angustia del alma me domina, la angustia del alma me aflige. Rodeado soy de todos los males, cercado de desdichas, circundado de adversidades.

No hallo hasta hoy refugio de tanto mal, no encuentro razón de tanto dolor. No veo indicios de que se acabe la calamidad, no colijo motivos de que disminuya el dolor, no hallo paso para escapar de la muerte.

En todas partes me persiguen mi infelicidad, en casa y afuera no me abandona mi calamidad.

Dondequiera que huyere síguenme mis males; dondequiera que me volviere acompáñanme las sombras de mis males. Como la sombra del cuerpo, así no puedo huir de mis males.

Yo soy aquel hombre de nombre desconocido, hombre de obscura opinión, hombre de ínfimo linaje, conocido sólo por mí, para mí mismo.

A nadie hice mal jamás, a nadie calumnié, a nadie contrarié, a nadie molesté, a nadie inquieté, viví con todos sin queja alguna; en cambio, todos se empeñan en amargar mi vida, todos se enfurecen y enloquecen contra mí. Se han confederado para lanzarme en mil tropiezos, me llevan a la ruina, me arrastran al peligro, buscan mi perdición.

Nadie me protege, nadie me defiende, nadie me ayuda, nadie en mis males me socorre; soy abandonado de todos; cuantos me miran, o huyen, o tal vez me persiguen; como a infeliz me consideran. Y ni sé las consejas que dolosamente me dicen con palabras de paz; adornan la malicia oculta con blando lenguaje; una cosa expresan con la boca y otra meditan en el corazón; destruyen con las obras lo que prometen con las palabras; proceden con ánimo envenenado bajo capa de piedad. Velan la malicia con disfraz de bondad, ocultan la astucia con la simplicidad, simulan amistad con engaño, muestran en la cara lo que en el corazón no llevan.

¿A quién creerás? ¿A quién darás fe? ¿A quién hallarás leal amigo? ¿Dónde está ya la lealtad? Pereció la lealtad; fue arrebatada la fe pública, en ninguna parte es segura la fidelidad.

Si nada hay legítimo, la verdad del juicio es nada; si se desdeña la equidad; si se niega autoridad al derecho; si a todos se niega la justicia, perecen las leyes, juzgando la avaricia.

Fue en auge la avaricia, ¡adiós ley do impere la codicia! Nada valen los derechos; los premios y los dones quitaron fuerzas a las leyes.

En todas partes vence el dinero; en todas partes es venal el juicio. Ninguno es el miedo a las leyes, ninguno el temor del juicio, queda impune la licencia del mal vivir.

Nadie contradice a los pecadores, nadie venga el delito; todo crimen queda sin castigo, los inicuos son hechos salvos, los inocentes perecen.

Los buenos andan alcanzados, los malos tienen en abundancia; los criminales son poderosos. Los justos viven en miseria, los inicuos son honrados. Los justos son vilipendiados, los malvados se alegran; los justos están en tristeza y llanto. El impío prevalece contra el justo. Los buenos son condenados por los malos; el inicuo es honrado en lugar del justo, y el justo es condenado en vez del impío; los inocentes perecen por los dañosos sin que ninguna cosa lo impida...

¡Miserable de mí!, me se consumido en el dolor; desfallecieron en el dolor el alma y el cuerpo. La mente es ya vencida, el alma está cercada por el dolor. Sentí muchas cosas insoportables, sufrí muchas cosas acerbas, sobrellevé muchas cosas graves, jamás hasta ahora recibí tan grave y cruel herida; fui oprimido por inopinado golpe, fui herido con instantánea llaga, arrojóme de improviso la calamidad de la vida en tan grande

mal; sin preverlo sorprendióme súbita calamidad, me derribaron repentinas contrariedades y muertes.

¿Por qué nací, infeliz? ¿Por qué fui echado a esta miserable vida? ¿Por qué, miserable de mí, vi esta luz? ¿Por qué le salió al encuentro a un miserable la aurora de esta vida? ¡Ojalá hubiera salido de este mundo más presto que entré! ¿Por qué motivo, sea cual fuere, dejaría de existir? Mas, ¡ay!, que la muerte esperada, ansiada, llega tarde a los míseros. ¡Pueda ya, por fin, morir quien de veras lo ansía! Hastío me da vivir; deseo morir; la muerte sola me encanta. ¡Oh muerte, cuán dulce eres para los miserables! ¡Cuán suave para los que viven amargados! ¡Cuán hermosa eres, muerte, para los tristes y afligidos!

Venga, pues, para el gran mal de la vida el gran consuelo de la muerte. Sea el término de la vida el fin de tantos males. Dé fin a la miseria el descanso de la sepultura. Y, si no la vida, comience al menos la muerte a apiadarse del miserable.

La muerte pone fin a todos los males, da finiquito a la calamidad, acaba con toda desventura.

La muerte, por lo menos, acude al socorro de los miserables; mejor es morir bien que vivir mal; mejor es no ser que ser infelizmente. Comparados con mis miserias, más felices son los muertos que los vivos.

Os suplico disculpéis mi dolor: excusad, por favor, mi aflicción, dad venia a mi angustia, sed indulgentes con mis dolores; en tan grande aprieto no os agitéis contra mí.

Pues lamento mis heridas; deploro mi calamidad; lloro la familiar desolación de mi miseria, desolación grande que acarrea el dolor; no puedo, ¡infeliz de mí!, consolarme, porque es insoportable mi dolor, infinita mi aflicción.

No sana mi herida; no se secan mis lágrimas; no acaba mi dolor. El alma perdió la confianza; ya no puede sufrir más; vencida por las miserias, se ha rendido.

CONTESTA LA RAZON AL HOMBRE DESOLADO

—Todo lo de este mundo pasa y nada permanece; porque todo lo que sobreviene no puede durar. Nada dura tanto, nada es tan largo, que no se acabe en breve. Todo tiene su fin debajo del cielo,

Es imposible que seas hombre y no pruebes angustias. El dolor y la tristeza son comunes a todos. Todos lo soportamos en este mundo con parecida fortuna. Nadie experimenta el mal perpetuamente; nadie hay

que, puesto en esta vida, no suspire. Llena está de lágrimas la presente vida que por el llanto empieza. El que nace comienza a vivir llorando; y llorando somos lanzados a esta vida miserable; el mismo nacimiento es gemido de los dolores que han de seguir...

No te quita la vida la perversidad de los males, sino que te alecciona; la enemistad de los perversos no te quebranta, te ensalza; la tentación humana te prueba, no te acaba. Pues cuanto más somos en esta vida quebrantados tanto más nos consolidamos para la eternidad; cuanto más afligidos somos al presente tanto más nos alegramos en lo futuro.

Si aquí nos vemos abrumados con desgracias, purificados nos veremos en el juicio. Hiere aquí Dios siempre a quienes prepara para la eterna salvación. En el fuego se prueba el oro; tú eres purgado en el crisol de las tribulaciones para que no tengas lacras; para que vuelvas al lustre de tu natío eres derretido en el fuego de la persecución, y así te veas limpio de la lacra de todos tus pecados: pues para prueba son todas estas cosas que sufres...

SAN ISIDORO DE SEVILLA: *EL HOMBRE*

La guerra y la paz

"La guerra es la continuación de la política con otros medios", escribía, hace ya bastante más de ciento cincuenta años, un famoso tratadista militar —von Clausewitz—. La definición es válida para los tiempos modernos, e incluso para buena parte de los tiempos históricos; pero no debemos olvidar que, alguna vez, la guerra ha sido el único medio de llevar a cabo la política exterior de un pueblo —si a aquellas expediciones que la Historia registra con horror conviene una denominación tan moderna.

La Biblia nos relata la particular contienda de Caín y Abel. Desde entonces, no sólo la Historia, sino también la Prehistoria, nos hablan de guerras, de la guerra. ¿Nos preguntamos por la suerte que corrieron las primitivas civilizaciones de la India? La respuesta inmediata es que fueron aniquiladas por unas guerras de invasión. Hoy, los arqueólogos revelan que en Mohenjo-Daro la gente vivía con gran adelanto para aquel tiempo: los invasores hicieron retroceder aquellas tierras al primitivismo.

Y si nos preguntamos por el modo cómo los grandes reyes mesopotámicos ejercían la victoria, pirámides de cabezas cortadas —veinte, treinta, cincuenta mil—, nos envían muda respuesta. La reducción a esclavitud de los pueblos vencidos fue un progreso indudable, desconocido de ciertas hordas asiáticas, todavía en la Edad Media, celebraban la victoria con pirámides de cabezas degolladas —en Europa o en China.

Se combate con lanzas, con espadas, con armas arrojadizas. El caballo muy pronto se convierte en arma guerrera, solo o uncido al carro militar, esos carros majestuosos desde los que los faraones disparan las flechas de sus arcos.

Esas fueron, durante muchos siglos, las armas de los hombres. Con esas armas

la gigantesca Persia atacó a la diminuta Grecia; con ellas, Grecia defendió su libertad: esa libertad tan mal usada, que no dejó a los griegos vivir en paz y que acabó por someterlos a los bárbaros.

Con esas armas, y con algunos ingenios aptos para el sitio de ciudades, los romanos impusieron su paz al mundo. Pero Roma, que había resuelto casi todos los problemas, no supo hallar solución a su economía de consumidores improductivos. La Gran Roma Imperial era una urbe de vagos que engullía los productos del Imperio. Cuando éste fue demasiado grande para los medios técnicos de aquel tiempo, cuando hubo que fraccionarlo para poderlo gobernar, cuando los ciudadanos de Roma huían el servicio de las armas y fue necesario reclutar, entre los bárbaros, los defensores de las fronteras, el Imperio romano se desmoronó ante la pujanza de nuevas razas —nuevas en Europa—, cuya sangre pujante venía a sustituir la podredumbre romana. De las ruinas de Roma nació la Europa que conocemos.

¿Una Europa pacífica? El cristianismo, religión de paz, no puede imponerse, y los intentos carolingios de reducir Europa a un solo Estado fracasan. La guerra no es sólo un instrumento de la política exterior, sino también de la interior; y no sólo de la política, sino también de la economía. Se guerrea para alcanzar el poder y para vivir. Se guerrea fuera de las fronteras y dentro de ellas. El que quiere mandar, necesita una hueste; el que quiere ser alguien, tiene que enrolarse en la mesnada. Se vive en perpetuo ataque y en perpetua defensa: pueblos contra pueblos, ciudades contra ciudades, señores contra señores. La Iglesia, ante aquel estado de guerra permanente, instituye treguas de Dios, y señala días en los que no se puede guerrear, bajo pena de excomunión. Las escasas ciudades se rodean de murallas, y todo edificio, sea civil o religioso, se protege con torres almenadas. Lugares hay en Europa donde cada casa es un castillo y donde, por encima de las calles, las familias se combaten de torre a torre.

* * *

En el Oriente Medio, Mahoma ha sabido canalizar los ímpetus de su pueblo hacia la conquista del mundo; ha proclamado la santidad de la guerra y ha prometido el paraíso a los que en ella mueran.

Los mahometanos conquistan el norte de Africa y amenazan a Europa. Detenidos en el sur de Francia, permanecen en España durante ocho siglos, ésos que nosotros llamamos de Reconquista. Los reinos cristianos de la Península tardan ochocientos años en expulsar al invasor. Primero, desde las montañas del Norte. Los grandes ríos peninsulares —el Duero, el Ebro, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Segura— van señalando las líneas de progresión hacia el Sur. La guerra culmina en Granada, en 1492.

Pero, tres siglos antes de esta fecha, también los cristianos han concebido su guerra santa, sus Cruzadas, para el rescate de los Santos Lugares. La civilización europea ganó mucho en el contacto con los orientales: las Cruzadas transforman nuestro modo de vivir.

La guerra que ahora se hace es de caballeros: armados con pesadas piezas de hierro combaten singularmente. Las armas del enemigo —los musulmanes, los bizantinos o los cristianos— son similares. Pero llega un momento en que no conviene matar al enemigo, sino conservarlo vivo para cobrar el rescate. La guerra se convier-

te en un negocio. Sería largo de explicar por qué los propietarios de castillos necesitan acudir a la guerra para poder subsistir.

Sin embargo, esto no dura mucho. Aparecen armas nuevas y nuevos sentimientos. En la batalla de Azincourt, los caballeros franceses son derrotados por los arqueros ingleses, que atacan desde lejos y que se protegen de los caballos con trincheras de troncos. La ballesta es un arma temible. Hay que cambiar de método. El descubrimiento de la pólvora, inmediatamente aplicada a la guerra, acaba con el sistema caballeresco. Y el sentimiento nacional, que por entonces aparece —"Francia es de los franceses", dice Juana de Arco, y casi nadie la entiende—, transforma la milicia y el modo de guerrear. La guerra es cara. Desaparecen las huestes privadas y son sustituidas por ejércitos nacionales, reclutados en nombre de los reyes y pagados por el erario público. Al mismo tiempo, en Italia, vemos surgir los ejércitos da alquiler, las "condottas", que se ponen al servicio de quien paga mejor.

A fines del siglo XV, el ejército de Gonzalo de Córdoba, que opera en Italia, es el más eficaz, porque es el más moderno. Dispone de todos los medios; su fin es la victoria.

Con pocas variantes, este ejército armado de arcabuces y cañones, ayudado de la infantería y de la caballería, con sus ingenieros y su intendencia, es el ejército que actúa durante dos siglos. Las grandes obras de defensa levantadas en Francia durante el reinado de Luis XIV exigen ya otra clase de ejércitos.

Es también el ejército de la Guerra de los Treinta Años: soldados profesionales, de varia nacionalidad, que cambian de bandera según les paguen y que viven sobre el terreno. El dibujante Callot dejó el testimonio de aquella guerra atroz, en la que quizá el último acto de nobleza haya sido el que Velázquez pintó en "La rendición de Breda".

La guerra, durante el siglo XVIII, se parece mucho a un juego de ajedrez. Jamás los ejércitos se han movido con tanta precisión; jamás sus movimientos han sido más bonitos. Sin embargo, por debajo de este juego, trasunto del juego diplomático de alianzas, contraalianzas y alianzas alteradas —ahora sí que verdaderamente "la guerra es la continuación de la política por otros medios"—, surge, aquí y allá, el drama. El poeta von Kleist cuenta la historia del príncipe de Honburg, que consiguió una victoria desobedeciendo las órdenes del Estado Mayor, y que fue inmediatamente condenado a muerte por desobediencia.

A partir de este momento la guerra se aprenderá en las escuelas como un arte: de estas escuelas sacará Napoleón las bases de su ciencia militar.

Pero, cuando Napoleón aparece en la Historia, un nuevo cambio ha acontecido: los ejércitos no son ya estatales, sino nacionales. La República francesa enrola a todos los ciudadanos aptos para la guerra —una guerra ideológica, el imperialismo de la libertad—. Cantando "La Marsellesa", los franceses recorren Europa, primero, bajo la República; más tarde, bajo Napoleón. La batalla de Austerlitz es otro juego, sí; un juego donde se opera con grandes masas de soldados en una extensión territorial enorme. Fue precedida del movimiento de tropas más grande y rápido que recuerda la Historia moderna, posible a su vez gracias al aprovechamiento de las técnicas del tiempo.

Las tropas masivas *de Napoleón llegan también a España, y aquí nos defendemos con* guerrillas. *La* guerrilla *es lo único que un país empobrecido y valeroso puede oponer al gigante militar de aquellos tiempos. No inflige derrotas espectaculares,*

pero hostiga, inquieta, debilita. La guerrilla *es el estorbo diminuto que entorpece y, a fin de cuentas, hace fracasar, los planes del gigante.*

Esas grandes masas de combatientes, con todo el país detrás trabajando para ellos —porque la guerra moderna exige la colaboración de todos—, queda impuesta durante todo el siglo XIX, y, sólo con algunas variantes, dura hasta la de 1939. Los medios de ataque y defensa se perfeccionan, se agrandan. Exigen la cooperación de las industrias pesadas, sin las cuales resultan inconcebibles los grandes cañones de sitio, como el "Gran Berta" de la guerra de 1914. Estas armas, además, se montan en barcos, inmediatamente transformados en su construcción. La guerra naval obliga a introducir novedades en el arte de la artillería, porque no es lo mismo que un cañón asentado en tierra firme dispare sobre un blanco inmóvil, que hacer el mismo disparo desde un barco que se mueve contra otro barco que se mueve también.

La guerra de 1914, guerra de trincheras, contempla la aparición de nuevas armas, desde las minas perfeccionadas —el arma de zapadores adquiere gran importancia— hasta los carros de combate, o tanques. Un arma mucho más mortífera y contra la que no existe defensa, el gas deletéreo, se ensaya también; pero su brutalidad misma la hace inservible. Basta un cambio de viento para que afecte a los mismos que la han usado.

También la aviación colabora en el ataque y en la defensa. Los primeros combates aéreos, los zeppelines armados, los bombardeos del frente, de los centros industriales, de los convoyes.

Y la peste como secuela. La peste, que alcanza a la población civil, que excede las fronteras de los países beligerantes y que alcanza al mundo entero. La peste ha seguido a la guerra con frecuencia, pero jamás sus efectos han sido universales.

Y llegamos a 1939. Las armas usadas en 1914 se han perfeccionado. La motorización de los ejércitos los hace movibles y rápidos. La potencia destructiva de la aviación es incalculable. Ciudades enteras quedan arrasadas después de un ataque en masa. Como una guerra mecanisada sólo puede sostenerse con una industria potente, las zonas industriales se convierten en el objetivo militar más importante. La guerra naval consiste, no en la destrucción de las grandes escuadras, sino de los convoyes de aprovisionamiento. Cientos y cientos de barcos cargados de hombres y de material bélico se envían a través del mar sólo para que una mínima parte llegue a su destino —pero esa parte mínima es suficiente.

Pero todo esto no es más que la ampliación, la multiplicación de medios, de tácticas conocidos. El radar *y el* sonar, *instrumentos de detección, permite descubrir al enemigo con gran ventaja sobre los antiguos procedimientos de exploración. (Al mismo tiempo, los antibióticos, fabricados en gran escala y al alcance de todo soldado, ahorran vidas humanas.) La gran novedad de la guerra de 1939 es la bomba atómica. De aquellos cálculos de Einstein que dieron origen a la teoría de la relatividad; de aquellas investigaciones de Bohr y otros físicos y químicos, la técnica ha llegado a la más prodigiosa de las hazañas científicas: la ruptura del átomo, con liberación de su energía. Pero, lamentablemente, su primera utilización es un artefacto destructivo, el que se deja caer, por razones disuasivas, en las ciudades japonesas de Hirosima y Nagasaki. En la Historia del mundo y de la guerra, una nueva era ha comenzado.*

Pero el nuevo instrumento de destrucción encierra un peligro cósmico. Hoy ya sabemos que dos contendientes armados de bombas modernas —de hidrógeno, o bomba H— quedarán absolutamente destruidos, y que las consecuencias harán imposible la vida humana en el planeta. Si las razones morales y religiosas no han conseguido

jamás la supresión de la guerra como instrumento de poderío, el miedo universal, la seguridad de la aniquilación de la vida acaso lo consigan. Estamos en un momento de la Historia en que, por su propio horror, la guerra puede desaparecer para siempre. ¿Después de cuántos miles de años?

* * *

Cuando consideramos las ideas de los hombres pretétritos acerca de la guerra debemos hacerlo con espíritu de comprensión: que se hayan exaltado, no sólo por las heroicidades, sino también los horrores, debe atribuirse a tipos de mentalidad que no coinciden con la nuestra. Y tampoco debemos olvidar que el ejercicio del pacifismo tiene que ser compatible con la dignidad de los hombres y de los pueblos. ¿Quién duda que el país invadido está en su perfecto derecho al defenderse y al procurar su libertad? ¿Y que el agredido debe legítimamente rechazar la agresión? Se trata, sin embargo, de situaciones que la vida moderna hace cada vez más difíciles. Echemos una mirada al mapa del mundo. Todavía hay guerra, todavía existen amenazas; pero los contendientes procuran valerse de medios realmente anticuados, cuyo uso permite localizar las contiendas. Y no ignoramos que las grandes potencias están tan interesadas en mantener esta localización como los contendientes mismos. En cualquiera de esas zonas de fricción puede producirse el chispazo peligroso, definitivo.

Hoy no existe literatura bélica. Empujar a los pueblos a la guerra valdría tanto como invitarles al suicidio de toda la Humanidad. En los países donde existen grupos belicistas, su propaganda y su acción política queda ahogada por la propaganda y la acción contrarias. A cierta clase de armas se les llama hoy "armas de disuasión". Se pretende con ellas atemorizar al posible enemigo y hacerle utilizar procedimientos pacíficos.

Pero no siempre ha sido así. Las grandes epopeyas, hoy reducidas a la condición de monumentos literarios, fueron en su tiempo instrumentos de propaganda a favor de un pueblo, de una idea. Además del Ramayana, *de la* Iliada, *de* Los Nibelungos, *del* Cantar de Roldán *o del* Poema del Cid, *conocidas de todos, cada pueblo, cada grupo étnico, tiene su literatura épica, que los acompañó en sus desplazamientos, en sus conquistas.*

Pocas veces aparecen en ellos los horrores de las guerras. Los hombres los olvidan, movidos solamente por los grandes ideales de la libertad, del honor, de la victoria. De las guerras surgen los países, las nacionalidades. ¿Podría explicarse Inglaterra sin la invasión normanda, o España sin la Reconquista? No debemos juzgar dividiendo a los hombres en buenos y malos; debemos pensar en la igualdad de todos, en las pasiones comunes, en los defectos y virtudes compartidos. Pero no olvidemos que incluso en esos tiempos en que la guerra se localizaba fácilmente, en que sus efectos alcanzaban a zonas mínimas, aunque desventuradas, de población, los hombres más justos predicaban la paz, y los que unían a la justicia la sabiduría, buscaban el modo de evitar la guerra. Los españoles debemos enorgullecernos de que en nuestra Universidad de Salamanca se hayan creado las primeras doctrinas jurídicas que pretendieron regular las guerras y establecer las bases de la paz justa, es decir, de la paz en la libertad.

Antes hemos citado a Callot, el dibujante que dejó testimonio gráfico de los horrores de la Guerra de los Treinta Años. En el siglo siguiente, en aquél precisamente en que cada batalla era un juego, los hombres bien intencionados desean la paz. Y ¿quién duda que la paz —asentada en el dominio de otros pueblos— era el pro-

pósito último de Napoleón? Pero se trataba de una paz sin libertad, de una paz injusta.

Es en el siglo XIX cuando aparecen los primeros testimonios del aspecto lamentable, doloroso, de la guerra moderna. La institución de la Cruz Roja es la respuesta mínima a un deseo general de aminoración de los efectos lamentables de las contiendas. Un fragmento de un libro muy leído en su tiempo ilustra la aparición de una conciencia nueva:

El tren debía partir dentro de una hora. Hubiese deseado entrar en la sala de espera, pero estaba repleta de heridos. Sólo se veían cuerpos yacentes, cabezas lívidas cubiertas de vendas. No tuve el valor suficiente para mirar de cerca; quería conservar toda mi energía para el viaje y los sufrimientos que me esperaban, quería conservarlo todo para mi marido, cuyos gritos de dolor continuaban martillándome los oídos.

Sin embargo, era imposible escapar al horroso espectáculo. Me refugié en el andén, pero allí el drama era peor. Llegó un tren lleno de heridos. Me estremezco al pensar en el desembarco de los heridos. Algunos bajaban por sus propios medios y se arrastraban como podían, unos ayudados y otros, los más, llevados. Pronto estuvieron listas las camillas disponibles y los heridos tuvieron que esperar, tendidos en el suelo, el regreso de los camilleros. Depositaron cerca de mí a un desdichado cuyos estertores oía demasiado bien. Me incliné para dirigirle algunas palabras de consuelo, pero tuve que retirarme horrorizada, cubriéndome el rostro con las manos. La cabeza de ese hombre no era una cabeza humana: su mandíbula inferior había sido arrancada de cuajo, uno de sus ojos colgaba fuera de su órbita y de todo su cuerpo se desprendía un olor a sangre descompuesta, hedionda. Quise huir, segura de que ese espectáculo provocaría en mí un desvanecimiento, y mi cabeza pegó contra la pared que se alzaba a mis espaldas. ¡Criatura débil, mujer cobarde! ¿Qué buscas en ese infierno de dolores si no eres capaz de prestar la menor ayuda? El pensamiento en mi marido reanimó mis escasas energías. Aun cuando lo hallara en el estado en que se veía al pobre hombre que agonizaba a mis pies, tratándose de él, lo soportaría todo, lo estrecharía entre mis brazos, lo besaría, ante la violencia de mi dolor enmudecerían la repulsión, mi espanto...

BERTHA VON SUTTNER: *ABAJO LAS ARMAS.*

En verdad, no es ésta la primera descripción penosa de los efectos de la guerra. ¿Quién no recuerda las narraciones de la retirada napoleónica de Rusia, el terrible paso del Beressina? La novedad es el sentimiento que dicta las páginas de la baronesa Suttner: el humanitarismo. *Muchas más páginas brotan del mismo sentimiento,*

de las guerras del siglo XIX y de las del XX. Pero inútilmente. El humanitarismo es un sentimiento humano *y revela, a lo largo de un siglo, su incapacidad para la lucha contra otros sentimientos, humanos como él, que empujan a los hombres a la guerra.*

En páginas anteriores hemos citado el miedo. *Miedo colectivo, universal, ante los posibles efectos catastróficos de la bomba atómica, de la bomba H, de todos los ingenios nucleares existentes o que puedan existir. Pero ¿no será el miedo tan insuficiente como lo fue el humanitarismo?*

A continuación os transcribimos dos fragmentos de un libro cuyo contenido interesará, seguramente, a los lectores. Se describen en uno los resultados de la primera prueba de una bomba atómica; en el otro, el lanzamiento de uno de estos artefactos en Hirosima. Y, para que el cuadro quede completo, añadimos una página acerca de los efectos de las radiaciones sobre el organismo humano.

LA PRUEBA DE LA BOMBA ATOMICA

Súbitamente..., lo temido.

Primero..., una luz.

Una luz vivísima, deslumbradora, como de cien soles que se hubiesen fundido en uno.

Todo el mundo cruzó sus brazos ante sus ojos, pestañeando con los párpados prietos.

Una claridad imposible de soportar..., de potencia espantosa..., que lo penetraba todo; pero maravillosamente bella.

¡Un sol cósmico!

Una esfera flamígera..., cada vez mayor..., grande como una montaña.

Luego, colores..., naranja..., rojo..., púrpura...

Los ojos dolían de tanto resplandor, pero había que mirar aunque fuese con los ojos entornados, temblorosos...

¡Un espectáculo ultraterreno!

¡Un ardiente, divino carrusel de fuego, en un silencio infinito, sin el menor sonido..., sin ruido alguno..., todo en unos segundos, semejando una eternidad de bienaventuranza!

Todo el paisaje iluminado como de día... ¡Muchísimo más que de día!

Las montañas, el llano, toda la lejanía..., hasta el fondo del horizonte, como alumbrados por el más brillante sol de agosto...

Luego, una sacudida, un golpe de aire, una onda gigantesca...

Un empuje gaseoso colosal..., que tira al suelo a todo el mundo.

Y el tableteo de un trueno que para el corazón y hiela la sangre en las venas.

Han pasado exactamente veinte segundos desde el momento "cero".

La gente no lo sabe.

Sólo les acucia un deseo: ¡ver..., ver!...

Se reaniman, incorporándose..., para en el acto volver a arrojarse contra el suelo.

Una columna de nubes sube a las alturas, como masa bullente, giratoria..., de doscientos, trescientos metros de ancho...

¿Quién podrá calcularlo en aquel momento?...

Alta..., cada vez más alta...

No se divisa el fin...

Chocará contra el cielo..., contra las estrellas.

Luego se ensancha en forma de sombrilla, como un hongo.

Como un hongo gigantesco, maravilloso..., como un juego de magia ultraterrenal...

Los meteorólogos midieron la altura. Alcanzó 13.141 metros justos.

HIROSHIMA

Hiroshima está al fondo, resplandeciendo bajo un cielo intensamente azul.

El sol reverbera en los cristales.

Se divisa el vapor de los trenes que salen.

Y el humo de las chimeneas.

Con los gemelos, el observador puede reconocer incluso los tranvías, no obstante la considerable altura.

—¡Lanzabombas abierto!...

Son las nueve y catorce minutos.

—¡Vista al objetivo!...

El capitán Lewis apoya la frente en el marco del aparato. Pálido como la cera, su mano empuña la palanca.

—¡¡Ya!!

Lewis acciona la palanca, lanzando un gemido.

—¡Dios mío!...

El avión sufre una ligera sacudida, la bomba se desliza fuera de la cámara, y moviendo graciosamente las caderas cae en el vacío.

Diez segundos..., veinte..., treinta segundos...

Un relámpago.

Una luz deslumbradora, penetrante, que llena todo el cielo, quemando los ojos.

El sol no es más que un opaco disco de cartón gris.

El infierno abre sus fauces... y traga toda una Era que va desde Sócrates a Gandhi, en la diezmillonésima parte de un segundo.

K. A. SCHENZINGER: *EL ATOMO.*

LOS HOMBRES RADIACTIVOS

El físico que preparando la *masa crítica* de la bomba fue alcanzado por el desencadenamiento de la fisión nuclear, se "quemó la mano". Tal fue le versión oficial de la época en aquella solitaria, yerma roca llamada Los Alamos. "Bien pronto, sin embargo, no tuvo nada más que trescientos glóbulos rojos por milímetro cúbico de sangre, mientras su brazo se hinchaba desmesuradamente y el cuerpo adquiría un color rojo sombrío". Poco después murió trágicamente.

De las cuarenta personas que han fallecido, trece de ellas, dicen los periódicos japoneses, han muerto a consecuencia de lesiones de hígado, once de leucemia, nueve de anemia y dieciséis de enfermedades diversas. Algunas de tipo nuevo: tumores múltiples en la médula del hueso.

Los médicos opinan que esa situación se debe a los efectos de las radiaciones electromagnéticas, donde aparecen los rayos X y los rayos gamma. Las radiaciones derivadas de corpúsculos atómicos son también muy graves. Los neutrones atraviesan la materia —ya sabemos que los neutrones son partículas pesadas, eléctricamente neutras, que constituyen el núcleo del átomo con el protón— y se alojan en los tejidos y en los órganos. En aquéllos chocan con núcleos de hidrógeno, lo que da origen, a su vez, a una radiación secundaria. "Los mecanismos de la lesión de los tejidos vivos por radiaciones ionizadas es el siguiente: se produce una oxidación de las moléculas biológicas por las disociaciones químicas inestables aparecidas inmediatamente después de las colisiones". Las lesiones atómicas parecen producirse con mayor frecuencia, de acuerdo con las informaciones de Hiroshima, sobre órganos extremadamente delicados: médula del hueso, ganglios linfáticos, glándulas genitales, intestino, hígado y piel.

En 1960 Hiroshima ha tenido, por tanto, siete veces más leucemias que Tokio. Lo tremendo es que los aparentemente curados ven reproducirse, con alguna periodicidad, sus lesiones.

En 1955, el profesor Francis Perrin, del Colegio de Francia, físico renombrado en el mundo entero, estudiaba la situación y el balance de Hiroshima con estas palabras: "Si las experiencias atómicas prosiguen tendremos que absorber medicamentos antiatómicos". Con su barbita ne-

gra, mefistofélica, Perrin recuerda a los hombres del Renacimiento, pero sus observaciones son simples, sencillas y claras:

"La bomba "A" es un juguete al lado de las explosiones termonucleares verificadas posteriormente. Ningún país está protegido contra ellas."

He aquí, pues, a Hiroshima y Nagasaki convertidas en el revés de la situación. Hiroshima tiene el "privilegio" de ser el ejemplo primero. Nagasaki, que recuerda en pequeño la diversidad y variedad de Hong-Kong, es el segundo. Las voces se apagan en la noche:

"Americano, ¿quieres bekkos de concha de tortuga?"

ENRIQUE RUIZ GARCIA: *SUSPENSE ATOMICO.*

¿Existirá un sentimiento capaz de superar las causas, legítimas o no, que hasta ahora ha producido la guerra?

Recordemos que el miedo, *como sucesor del humanitarismo, puede conducir a los hombres a aceptar* una paz injusta. *Ante el temor de la destrucción total de la vida, ¿no llegará un momento en que los hombres estén dispuestos a considerar como un bien, no ya la sumisión de unos pueblos a otros,* sino la de unos hombres a otros, es decir, la esclavitud? *No es una fantasía, sino una realidad posible.* La técnica moderna, utilizada por un grupo humano vocado al poderío, puede, en efecto, reducir a la esclavitud al resto de los hombres. *Es sintomático el hecho de que en todas las fantasías literarias escritas en los últimos cuarenta años, empezando por "Un mundo feliz", de Aldous Huxley, conciban la humanidad futura compuesta de señores y esclavos. ¿Tendremos que admitir que* la voluntad de poderío *será, a fin de cuentas, el único sentimiento humano triunfante? Y, si lo es, ¿qué podríamos oponerle?*

No hay más que una respuesta: la caridad. *Que no es un sentimiento humano, sino* una virtud sobrenatural, *es decir,* el amor a todos los hombres en Dios.

Sólo en el marco de la caridad puede concebirse la justicia, esa justicia total que hará posible, aceptable y benéfica la paz universal.

Por eso queremos terminar este capítulo con el texto resplandeciente de un documento en el que se resumen la experiencia y las doctrinas cristianas relativas a la pacífica convivencia de los hombres entre sí, así como la de los pueblos, en un orden justo y pacífico. Nos referimos a la encíclica "Pacem in terris" (Paz en la tierra), escrita por el fallecido Papa Juan XXIII, ese a quien el mundo entero, los creyentes como los incrédulos, llaman el buen Papa Juan.

No es documento que pueda antologizarse, sino que todos los hombres de buena voluntad deben leerlo y llevarlo en el corazón. No son los suyos principios que se apoyen en los mudables sentimientos humanos, ni que puedan destruirse a golpes de propaganda: tan firmes son sus fundamentos. En "Pacem in terris" se contiene todo un sistema de verdades que, puestas en práctica, garantizarán la paz en el orden y en la libertad. Es decir, en la justicia. Sólo teniendo en cuenta este texto luminoso podrá llegar el derecho de gentes a establecer las bases de la paz futura y perdurable. Y sólo entonces, cuando esta paz cristiana se haya establecido, podrá la inmensa

sabiduría de los hombres ponerse por entero al servicio de un mundo mejor. Sólo entonces los resplandores tétricos de Hirosima y Nagasaki serán luz de la futura perfección y salud de los hombres.

En la imposibilidad, pues, de incluir en este libro el texto entero de "Pacem in terris" —que, por otra parte, es perfectamente accesible a todo el mundo—, damos aquí su preámbulo. Sus palabras bastan para que el desconocedor de su texto entero desee conocerlo.

A LOS VENERABLES HERMANOS
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y DEMAS ORDINARIOS
EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA,
AL CLERO Y FIELES DE TODO EL MUNDO
Y A TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

JUAN PAPA XXIII

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS
SALUD Y BENDICION APOSTOLICA

INTRODUCCION

EL ORDEN EN EL UNIVERSO

La paz en la tierra, *profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios.*

El progreso de las ciencias y los inventos de la técnica nos manifiestan el maravilloso orden que reina en los seres vivos y en las fuerzas de la naturaleza al mismo tiempo que la grandeza del hombre que descubre este orden y crea los medios aptos para adueñarse de esas fuerzas y reducirlas a su servicio.

Pero los progresos científicos y los inventos técnicos nos muestran sobre todo la grandeza infinita de Dios, Creador del universo y del hombre. Ha creado Dios el universo derramando en él los tesoros de su sabiduría y de su bondad como exclama el Salmista: ¡Oh Señor, Señor nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ¡Qué grandes son tus obras, Señor! Todo lo has hecho con sabiduría. *Ha creado al hombre inteligente y libre* a su imagen y semejanza *haciéndolo señor de todas las cosas:* "Has hecho al hombre, *exclama el mismo Salmista,* un poco inferior a los ángeles, lo has coronado de gloria y honor y lo has colocado sobre las obras de tus manos. Has puesto todo bajo sus pies".

¡Cómo contrasta en cambio con este orden maravilloso del universo el desorden que reina no sólo entre los individuos, sino también entre los pueblos! Parece que sus relaciones no pueden regirse sino por la fuerza.

Sin embargo, el Creador ha impreso el orden aun en lo más íntimo de la naturaleza del hombre: orden que la conciencia descubre y manda perentoriamente seguir.

Los hombres muestran escrita en sus corazones la obra de la ley y de ello da testimonio su propia conciencia. *¿Cómo podría, por lo demás, ser de otro modo? Todas las obras de Dios son un reflejo de su sabiduría infinita y un reflejo tanto más luminoso cuanto más altas están en la escala de las perfecciones.*

Un error en el que se incurre con bastante frecuencia está en el hecho de que muchos piensan que las relaciones entre los hombres y sus respectivas comunidades políticas se pueden regular con las mismas leyes que rigen las fuerzas y los seres irracionales que constituyen el universo, siendo así que las leyes que regulan las relaciones humanas son de otro género y hay que buscarlas donde Dios las ha dejado escritas, esto es, en la naturaleza del hombre.

Son, en efecto, estas leyes las que indican claramente cómo los individuos deben regular sus relaciones en la convivencia humana; las relaciones de los ciudadanos con la autoridad pública dentro de cada comunidad política; las relaciones entre esas mismas comunidades políticas; finalmente, las relaciones entre los ciudadanos y comunidades políticas, de una parte, y aquella comunidad mundial, de otra, que las exigencias del bien común universal reclaman urgentemente que por fin se constituya.

... Y serás hombre

Estos son los versos de Kipling, broche de nuestro trabajo, meta de nuestro camino.

IF

Si en tu puesto mantienes la cabeza tranquila,
cuando a tu lado todo es cabeza perdida.
Si tienes una fe en ti mismo que te niegan
y no desprecias nunca las dudas que ellos tengan.
Si esperas en tu puesto, sin fatiga en la espera,
Si, engañado, no engañas,
y no buscas más odio que el odio que te tengan.
Si eres bueno y no finges ser mejor de lo que eres.
Si al hablar no exageras lo que sabes y quieres.

Si sueñas y los sueños no te hacen su esclavo.
Si piensas y rechazas lo que piensas en vano.
Si tropiezas el triunfo; si llega la derrota,
y a los dos impostores los tratas de igual modo.
Si logras que se sepa la verdad que has hablado
a pesar del sofisma del orbe encanallado.
Si vuelves al comienzo de la obra perdida,
aunque esta obra sea la de toda tu vida.

Si arriesgas en un golpe, y lleno de alegría,
tus ganancias de siempre a la suerte de un día;
y pierdes, y te lanzas de nuevo a la pelea,
sin decir nada a nadie de lo que es y lo que era.
Si logras que tus nervios y el corazón te asistan,
aun después de la fuga de tu cuerpo en fatiga,
y se agarren contigo, cuando no quede nada;
porque tú lo deseas, lo quieres y mandas.

Si hablas con el pueblo y guardas tu virtud.
Si marchas junto a reyes con tu paso y tu luz.
Si nadie que te hiera llega a hacerte la herida.
Si todos te reclaman y ni uno te precisa.
Si llenas el minuto inolvidable y cierto
de sesenta segundos que te lleven al cielo.
Todo lo de esta tierra será de tu dominio;
y mucho más aún: SERAS HOMBRE, hijo mío.

RUDYARD KIPLING: *SERAS HOMBRE.*

Sed buenos, leales y esforzados. La bondad, la lealtad y el esfuerzo os llevarán al Señor, y harán que vuestra memoria sea alabada por los hombres. Amén.

INDICES

Indice de autores y textos

ALDECOA, Ignacio

Gran Sol 142

ANONIMO

Poema de Mío Cid 98
Poema de Mío Cid 99

BARRIE, James M.

Peter Pan y Wendy 23
Peter Pan y Wendy 30

CALDERON DE LA BARCA, Pedro

El alcalde de Zalamea 202
La vida es sueño 212

CELA, Camilo José

Judíos, moros y cristianos 54

CERVANTES, Miguel de
Rinconete y Cortadillo 167

CURIE, Eva
Vida de Madame Curie 153

CHEJOV, Antón
Vañka 14

CHESTERTON, Gilbert K.
La esfera y la cruz 196

DOSTOYEWSKI, Feodor M.
Los hermanos Karamazov 39

DUCHI, Jean
El animal vertical 50

DUMAS, Alejandro
Los tres mosqueteros 214

EVANGELIO
Sermón de la Montaña 125

ESQUILO
Las Euménides 83

FLAUBERT, Gustave
Madame Bovary 76

FOE, Daniel de
Robinsón Crusoe 137

FRISCH, Karl V.
La vida de las abejas 18

FUSTEL DE COULANGES, Ninna D.
La ciudad antigua 51

GOBINEAN, Conde de
Miguel Angel 145

ISIDORO DE SEVILLA, San
El hombre 219

JUAN XXIII
Encíclica "Pacem in terris" 232

KIPLING, Rudyard
El libro de las tierras vírgenes 85
Serás hombre 222

LAIN ENTRALGO, Pedro
La generación del noventa y ocho 58

LAS CASES, Manuel
Memorial de Santa Elena 185

MACHADO, Manuel
"Las Lanzas", de Velázquez 194
Castilla 195

MANZONI, Alessandro
Los novios 73

MARTINEZ RUIZ, José - "Azorín".
Una hora de España 166

MIRO, Gabriel
Libro de Sigüenza 78

MORAND, Paul
Nueva York 61

MORENO, Almirante
La guerra en el mar 117

MORRIS, Bishop
Pascal 151

NOGALES, José
Las tres cosas del tío Juan 176

ORTEGA Y GASSET, José
El origen deportivo del Estado 33
Discurso en el banquete a la revista "Hermes" ... 81

PALACIO VALDES, Armando
La hermana San Sulpicio 173

PAPINI, Giovanni
Gog 156

PEREZ GALDOS, Benito
Del 19 de marzo al 2 de mayo 70
Trafalgar 108
Trafalgar 112

PEREZ DE URBEL, fray Justo
El año cristiano 122
Semblanzas benedictinas 149

PLATON
Critón o el deber 188

PRIMO DE RIVERA, José Antonio
Testamento 199

QUEVEDO, Francisco de
La vida del Buscón 163

REYMONT, Ladislao
Los campesinos 139

RIVAS, Duque de
Un castellano leal 130

RUBEN DARIO
Cosas del Cid 128

RUIZ GARCIA, Enrique
Suspense atómico 231

SAGRADA BIBLIA 90

SANCHEZ-ALBORNOZ, Claudio
Estampas de la vida en León hace mil años 66

SCHENZINGER, K. A.
El átomo 230

SHAKESPEARE, William
El mercader de Venecia 101
Julio César 186

SOFOCLES
Antígona 92

SPENGLER, Oswald
La decadencia de Occidente 105

SUTTNER, Bertha von
Abajo las armas 227

THIERS, Louis A.
Historia de la Revolución Francesa 217

VASARI, Giorgio
Vida de Leonardo de Vinci 159

VELLOSO, José Miguel
Los caballeros de la tabla redonda 35

VIGNY, Alphonse de
Servidumbre y grandeza de las armas 32
Servidumbre y grandeza de las armas 191
Servidumbre y grandeza de las armas 205

Indice de láminas

Familia de saltimbanqui, Picasso *24-25*

Niños jugando a los dados, Villavicencio ... *40-41*

Toledo, El Greco *56-57*

El mercado, Brueghel El Viejo *64-65*

El carro de heno, El Bosco *72-73*

La Pradera de San Isidro, Goya *80-81*

La reconvención de Dios a Adán, Bassano. *88-89*

Carlos V, Tiziano *104-105*

San Mauricio y sus compañeros, El Greco. *120-121*

El campo, Lara *136-137*

La tempestad, Zubiaurre *144-145*

Los hermanos Solana, Vázquez Díaz *152-153*

Campesino, Zabaleta *160-161*

El ciego de la guitarra, Goya *168-169*

La rendición de Breda, Velázquez *192-193*

El caballero de la mano en el pecho, El Greco *200-201*

Indice de materias

CONVIVENCIA

Prólogo *9*
Serás hombre *13*
Asociación *18*
La familia *22*
Padre y madre *29*
El padre *31*
La empresa común *33*
Los amigos *39*

MODOS DE RELACION HUMANA

Nacimiento de la ciudad 49
La ciudad española 54
La capital de España 58
La ciudad de los rascacielos 61
El mercado 65
Unión ante el peligro 69
La calamidad colectiva 73
La ciudad en fiestas 76
La ciudad en calma 78
La provincia 80
Ciudadanía 82
La ley natural 84
La ley moral 89
El bien común 91

AUTORIDAD Y LIBERTAD

La autoridad 97
Responsabilidad de la autoridad 99
Juzgar con arreglo a la ley 100
Mando y obediencia 105
Saber mandar y saber obedecer 107
Mando: responsabilidad y sacrificio 112
Solidaridad 116
Solidaridad heroica 121
Solidaridad cristiana 124
Caridad 127
La traición 129

EL TRABAJO

La obra bien hecha 135
El trabajo en el campo 138

El trabajo en el mar 142
El trabajo del artista 145
El trabajo del artesano 149
El trabajo científico 153
El trabajo de un empresario 156
El trabajo de un genio universal 159
Cuando se desdeña el trabajo 163
El pobre labrador 166
La picaresca 167
El señoritismo 173
Todo el trabajo es necesario 175

LA PERSONA

La opinión pública 185
La opinión personal 187
La dignidad 191
Saber ganar y saber perder 193
La dignidad del fuerte 194
La dignidad de un católico 196
Dignidad ante la muerte 198
El honor 201
Palabra de honor 205
La libertad: suprema facultad humana 211
Ejercicio de la libertad 214
Abuso de la libertad 217
El hombre 219
La guerra y la paz 222
...Y serás hombre 233

Indice de autores y textos 237
Indice de láminas 241

«APRENDIZ DE HOMBRE» EN SU 7.ª EDICION, SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE RIVADENEYRA, S. A., EL DIA 26 DE AGOSTO DE 1965, VISPERA DE LA FESTIVIDAD DE SAN JOSE DE CALASANZ. LAUS DEO

ería S